



KIM HOLDEN

**BRIGHT
SIDE**

EL SECRETO ESTÁ EN EL CORAZÓN

«¡Tenéis que leer este libro!
Es precioso y conmovedor.»

COLLEEN HOOVER

OZ
EDITORIAL

BRIGHT SIDE

El secreto está en el corazón

KIM HOLDEN

Traducción de Idaira Hernández



BRIGHT SIDE

V.1: febrero, 2017

Título original: *Bright Side*

© Kim Holden, 2014

© de la traducción, Idaira Hernández, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Fotografía de cubierta: gpointstudio / iStock Photo

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-60-9

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Bright Side

Todos guardamos secretos. Y algunos... pueden acabar contigo.

Kate Sedgwick no ha tenido una vida fácil, pero es una chica optimista, divertida y feliz. Por eso su amigo Gus la llama Bright Side, porque siempre ve el lado positivo de las cosas.

Y aunque Kate es alegre, y una virtuosa de la música, hay algo que se le resiste: el amor. Nunca ha creído en él y cuando empieza la universidad, lo último que esperaba encontrar era precisamente eso, el amor. Keller Banks cambiará su mundo. Pero el secreto que el joven esconde... no es nada comparado con el que guarda la propia Kate.

«¡Tenéis que leer este libro! Es precioso y conmovedor.»

COLLEN HOOVER

«No he podido escribir esta reseña sin derramar alguna lágrima, porque sinceramente este libro es perfecto y trágicamente hermoso. Solo os puedo decir que lo leáis, por favor. Porque merece la pena.»

THE ROMANTIC SHELF

«No tengo palabras suficientes para describir cómo me ha hecho SENTIR este libro. ¡Coged pañuelos (¡los necesitaréis!) y LEED ESTE LIBRO!»

TOTALLY BOOKED BLOG

*Para B., Debbie y Robin.
Gracias por querer a estos
personajes tanto como yo.*

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Bright Side

Dedicatoria

Lunes, 22 de agosto

Martes, 23 de agosto

Miércoles, 24 de agosto

Jueves, 25 de agosto

Viernes, 26 de agosto

Sábado, 27 de agosto

Domingo, 28 de agosto

Lunes, 29 de agosto

Martes, 30 de agosto

Miércoles, 31 de agosto

Jueves, 1 de septiembre

Viernes, 2 de septiembre

Domingo, 4 de septiembre

Lunes, 5 de septiembre

Martes, 6 de septiembre

Miércoles, 7 de septiembre

Jueves, 8 de septiembre

Viernes, 9 de septiembre

Sábado, 10 de septiembre

Domingo, 11 de septiembre

Lunes, 12 de septiembre

Martes, 13 de septiembre

Miércoles, 14 de septiembre

Jueves, 15 de septiembre

Viernes, 16 de septiembre

Sábado, 17 de septiembre

Domingo, 18 de septiembre
Lunes, 19 de septiembre
Martes, 20 de septiembre
Miércoles, 21 de septiembre
Domingo, 25 de septiembre
Viernes, 7 de octubre
Sábado, 8 de octubre
Domingo, 9 de octubre
Miércoles, 12 de octubre
Jueves, 13 de octubre
Lunes, 17 de octubre
Martes, 18 de octubre
Viernes, 21 de octubre
Lunes, 24 de octubre
Viernes, 28 de octubre
Sábado, 29 de octubre
Domingo, 30 de octubre
Lunes, 31 de octubre
Martes 1 y miércoles 2 de noviembre
Viernes, 4 de noviembre
Domingo, 6 de noviembre
Martes, 8 de noviembre
Jueves, 10 de noviembre
Viernes, 11 de noviembre
Sábado, 12 de noviembre
Domingo, 13 de noviembre
Lunes, 14 de noviembre
Martes, 15 de noviembre
Miércoles, 16 de noviembre
Viernes, 18 de noviembre
Sábado, 19 de noviembre
Lunes, 21 de noviembre
Jueves, 24 de noviembre
Domingo, 27 de noviembre
Miércoles, 30 de noviembre

Viernes, 2 de diciembre
Jueves, 8 de diciembre
Sábado, 10 de diciembre
Domingo, 11 de diciembre
Lunes, 12 de diciembre
Jueves, 15 de diciembre
Domingo, 18 de diciembre
Lunes, 19 de diciembre
Martes, 20 de diciembre
Jueves, 22 de diciembre
Domingo, 25 de diciembre
Miércoles, 28 de diciembre
Viernes, 30 de diciembre
Sábado, 31 de diciembre
Viernes, 13 de enero
Domingo, 15 de enero
Lunes, 16 de enero
Martes, 17 de enero
Miércoles, 18 de enero
Jueves, 19 de enero
Viernes, 20 de enero
Domingo, 22 de enero
Miércoles, 25 de enero
Viernes, 27 de enero

Agradecimientos
Sobre la autora

Lunes, 22 de agosto

Kate

—¿Qué pasa, cara de pasa?

—Pues, ya sabes, acabo de conducir del tirón unas treinta horas o algo así, la verdad es que he perdido la cuenta. No he dormido en... ¿dos, tres días? Me he bebido una docena de Red Bulls y cincuenta litros de café. Así que lo de siempre, supongo.

Él ríe y dice:

—Tía, creo que igual tienes un poco de sangre de camionera.

—Mi nuevo apodo, «Camionera puñetera».

Vuelve a reír.

—¡Me encanta! Puede que tenga que dejar de usar Bright Side* y empezar a llamarte «Camionera puñetera», entonces.

La conversación va bien por ahora, es natural, como deseaba. Después de cómo nos separamos Gus y yo hace unos días en San Diego no sabía qué esperar de su llamada.

Entonces llega el silencio incómodo.

Nos conocemos desde hace diecinueve años y nunca hemos tenido silencios incómodos.

—Así que Minnesota, ¿eh?

—*Sip.*

—¿Entonces te quedas en casa de Maddie?

—Sí.

—¿Y qué tal va la cosa? —pregunta.

—Va. —Dios, esto no está mejorando. Gus casi parece aburrido, pero mi oído detecta que está nerviosísimo. Me pregunto por qué todavía no lo he oído encenderse un cigarro. Y, de repente, escucho el chasquido del mechero y el sonido familiar de la larga primera calada—. Deberías...

—Será mejor que te deje, Bright Side —me interrumpe—. Acabo de llegar a casa de Robbie y ya están todos aquí para la reunión del grupo, y además llego tarde, como siempre. Me están esperando.

Estoy decepcionada, pero sé que la vida de la gente no puede detenerse o ponerse en espera solo porque Kate lo quiera. Por eso esbozo mi mejor sonrisa y respondo:

—Sí, claro. ¿Tendrás tiempo mañana por la noche? Te llamaré.

—Mañana iré a hacer surf después del trabajo, pero podré hablar. —Su respiración se ha estabilizado, pero sé que es porque está concentrado en el maldito cigarro, devolviendo la calma a su cuerpo a base de chupar humo y nicotina.

—Vale. Te quiero, Gus.

Siempre nos decimos «te quiero». Siempre lo hemos hecho. Él creció escuchando cómo su madre se lo decía cada cinco minutos porque eso era lo que ella sentía. Era lo natural. Yo crecí sin que mi madre me lo dijera nunca. Nunca, porque era justo lo que ella sentía. Era lo natural en ella. *Quería* demostrar su indiferencia. Yo la sentía todos los días. Supongo que por eso siempre me ha encantado escuchar cómo se lo dicen Gus y su madre, Audrey. Sería raro terminar una conversación con ellos y no decirlo.

—Yo también te quiero, Bright Side.

—Adiós.

—Adiós.

Estoy alojada en casa de Maddie. Maddie es mi tía, la media hermana de mi madre, que es mucho más pequeña que ella. Mi madre no sabía que tenía una media hermana hasta que se encontraron en el funeral de mi abuelo —el padre de ambas— hace tres años. Mi abuelo no estuvo presente durante la mayor parte de la vida de mi madre. Se marchó cuando ella tenía unos diez años. Desapareció sin más y, por lo que parece, tenía otra familia y todo. Luego volvió a su vida unos años antes de morir. Yo lo vi algunas veces y me cayó bien. No podía juzgarlo por lo que había hecho, porque en el fondo no sabía nada de su vida. Total, que Maddie aparece en el funeral y mi madre monta un pollo cuando Maddie anuncia que es su media hermana. O sea, mi madre esperó mucho tiempo para tenernos a mi hermana, Grace, y a mí, aunque quizá «esperar» no es la palabra correcta. Grace fue un accidente y yo fui un débil intento de aferrarse a un hombre que no la quería ni a ella ni a nosotras. Mi madre tenía treinta y nueve años cuando Grace nació y cuarenta cuando llegué yo. Maddie solo tiene veintisiete años, ocho más que yo, lo cual significa que mi madre tiene treinta y siete más que Maddie. Sí, haced las cuentas: mi abuelo era un viejo salido. Pero, como dije antes, no puedo juzgarlo.

Así que, bueno, tengo una tía que no sabía que existía y a la que apenas conozco, excepto por la visita que nos hizo en San Diego, cuando se quedó en la casa de mi madre durante una semana. Eso fue hace dos años. Cuando me enteré de que me

habían aceptado —y de que me habían dado una beca completa— en Grant, una pequeña universidad en un pueblo diminuto con el mismo nombre situado justo a las afueras de Minneapolis, llamé a Maddie y le pregunté si podía quedarme en su casa una semana antes de mudarme a la residencia y de que empezaran las clases. Ella dudó como si le estuviera pidiendo un maldito riñón, pero al final accedió. Y ahora estoy aquí, en su cuarto de invitados, y solo ha pasado una hora, pero me siento como un huésped que ha estado más tiempo del que debe en una casa.

Deshago la maleta y dejo el cepillo y la pasta de dientes, el champú, el acondicionador y la maquinilla de afeitar en el gran baño de invitados. Maddie tiene un piso muy bonito. No estoy segura de cuánto cuesta vivir en Minneapolis, pero parece caro. Es muy sofisticado. Sé que a algunas personas les gustan las cosas sofisticadas —para gustos, los colores—, pero para mí están sobrevaloradas. Hacen que desee cosas simples. Lo sofisticado esconde mucho, mientras que lo simple se muestra sin remordimientos para que todo el mundo lo vea. Me hace pensar en la vivienda que tenía en San Diego y en lo mucho que la echo de menos. Era un garaje reformado de una plaza que alquilé al antiguo jardinero de mi madre, el señor Yamashita. El señor Yamashita construyó un baño pequeño para poder alquilar aquel lugar. La cocina tan solo contaba con una mininevera, un microondas y un hornillo, y no había fregadero. Tenía que lavar los platos en el baño. El lugar era pequeño, apretujado y oscuro a menos que levantaras la puerta del garaje, pero a mí me encantaba. Era simple. Era mi *hogar*. Mi hermana y yo nos mudamos allí hace un año. Estábamos buscando un lugar donde quedarnos, y el señor Yamashita, como el dulce anciano que es, nos lo ofreció a un precio ridículamente bajo que no pudimos rechazar. Grace y yo compartíamos una cama doble y teníamos una mesa plegable y dos sillas que nos servían de comedor, escritorio y mesa de juegos. No teníamos mucho espacio, pero era acogedor. Estaba a una manzana del mar, pero en una esquina, por lo que teníamos unas buenas vistas del océano. Todas las noches después de cenar y de que Grace se diera un baño, levantábamos la puerta del garaje, nos sentábamos en el borde de la cama y mirábamos la puesta de sol sobre el mar. Y justo cuando el sol empezaba a meterse en el agua y el color naranja se extendía por el horizonte, Grace me cogía la mano, levantaba nuestros dedos entrelazados en el aire y gritaba:

—¡Que empiece el espectáculo!

Y yo, que estaba de acuerdo, gritaba entonces:

—¡Que empiece el espectáculo!

Tomaba mi mano con fuerza entre las suyas, que colocaba sobre su regazo, hasta que estaba muy oscuro. La oscuridad la persuadía para que aplaudiese con alegría. Y yo me unía a ella.

—Esta ha sido la mejor, ¿no crees? —me decía Gracie.

Yo estaba de acuerdo y, de alguna manera, siempre era verdad. Entonces yo cerraba la puerta, le subía las piernas a la cama y ella se tumbaba. La tapaba, la besaba en la frente y le decía:

—Buenas noches, Gracie. Te quiero. Que duermas bien.

A lo que ella contestaba:

—Que sueñes con los angelitos. Yo también te quiero, Kate.

Y me besaba a mí en la frente.

Lo echo mucho de menos.

Después de colocar todo lo que he traído para mi corta estancia, salgo para charlar con Maddie, pero está hablando por teléfono, así que gesticulo hacia la cocina como si le pidiera permiso para comer algo. Ella asiente distraídamente mientras suelta una risita tímida al teléfono. Debe de estar hablando con un chico. Las mujeres solo se ríen así cuando hablan con alguien con quien se acuestan. O con quien *intentan* acostarse.

Su perrita, Princesa, me sigue adondequiera que vaya. No sé de qué raza es, pero si pestañas la pierdes de vista porque es diminuta. Es simpática y me gusta, pero tengo que recordarme a mí misma que debo andarme con cuidado para no dar un paso en falso y aplastarla como a una hormiga.

Camino a trompicones hacia la cocina. Llegados a este punto, deslizo los pies por los azulejos porque levantarlos me cuesta demasiado. Abro la despensa de Maddie y encuentro un sobre de espaguetis con queso instantáneos, acompañado únicamente de una lata de sopa de ternera con verduras y una barrita de proteínas tan dura que estoy segura de que caducó el siglo pasado.

Busco una cacerola y pongo a hervir agua para cocinar los espaguetis e intento ignorar la conversación que tiene Maddie en la habitación contigua. Tarareo y pienso que ojalá tuviese mi iPod, pero está en el dormitorio, a veinte pasos de distancia, y temo que si hago ese esfuerzo la espléndida cama me atraerá con señas para que me meta en ella. Y necesito comer. La última vez que comí fue antes de cruzar algunos estados, en Nebraska, creo.

Maddie cuelga el teléfono justo mientras remuevo los espaguetis y abro la bolsita de queso. Entonces entra en la cocina.

—¿Tienes hambre, Maddie? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Supongo.

Comemos en silencio, excepto cuando se queja de la cantidad de grasa de la comida y de lo mal que sabe. Sin embargo, deja el plato vacío y pienso que solo le

falta limpiarlo con la lengua. Personalmente, creo que estaban de muerte: es imposible equivocarse con unos espaguetis con queso.

He esperado hasta el final de la comida a que ella haga el papel de anfitriona y comience una conversación de verdad o incluso que se ponga a hablar sobre cosas triviales, así que cuando no lo hace, me lo tomo como una señal para que lo haga yo.

—Entonces, Maddie, ¿llevas mucho tiempo viviendo aquí? El piso está genial.

—Llevo aquí un poco más de un año. Está bien. —Parece aburrida, como si hablar le supusiese demasiado esfuerzo.

—¿Que está *bien*? Dios, pero si está genial. Es un rascacielos a las afueras de la ciudad. Mientras conducía me ha parecido que el barrio es muy moderno, que hay muchos restaurantes y tiendas. Tienes aparcamiento subterráneo en el edificio y seguridad, gimnasio y una piscina. Lo tienes todo, Maddie.

Ella se encoge de hombros.

—Por ahora está bien. Estoy buscando otro piso. En un barrio más agradable. Con más comodidades. Con más metros cuadrados. Pero acabo de firmar un contrato de alquiler de seis meses que creo que no puedo romper. —Hace un mohín.

Asiento. ¿«Por ahora está bien»? Dios, intento guardarme mi opinión, pero cuanto más tiempo paso con ella, la sensación de que tiene algo raro es mayor. O sea, está en la naturaleza humana suplir las carencias, y la lista de cosas con que lo hacemos es larga, algunas son buenas y otras, malas. Creo que la medicina de Maddie es el dinero, las cosas materiales. Ha llegado a ese punto en que siempre quiere más y no reconoce cuándo debe dar las gracias por todo lo que tiene. Es triste. La codicia es como ese cuento infantil de la gallina de los huevos de oro. La codicia, el dinero y el exceso, esos son los huevos de oro. Y Maddie parece ser una granjera de las buenas. Intento alejarla de las cosas negativas.

—¿Qué tal el trabajo? Eres abogada, ¿no? —Hace tanto de mi visita de hace dos años que rebusco en mi mente cansada para intentar recuperar algún recuerdo.

—Sí. Rosenstein & Barclay. En el centro de Minneapolis.

—Qué bien. —Supongo que tengo que continuar yo—. Debes de estar ocupada con el trabajo, pero ¿tienes alguna afición? ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

Se le ilumina el rostro como si por fin hubiera tocado un tema que le interesa.

—Me gusta ir de compras, que me hagan la manicura, que me arreglen el pelo e ir a un salón de bronceado varias veces a la semana.

Me mira de arriba abajo mientras recita su lista con emoción. Está claro que ha descubierto que no tenemos nada en común cuando se fija en que tengo el pelo recogido en un moño descuidado y las uñas mordidas hasta la piel y que llevo unos pantalones de chándal y una camiseta del grupo Manchester Orchestra, estropeada de

tanto ponérmela y lavarla. Tengo la piel morena, pero no es por usar una máquina de bronceado, sino por el simple hecho de pasar tiempo al aire libre y estoy segura de que ella lo sabe.

—Ah, y *tengo* que hacer ejercicio todas las mañanas. —El énfasis que le pone a la palabra «tengo» es ligeramente perturbador.

—¿Haces ejercicio en el gimnasio que está en el piso de arriba del vestíbulo? Le he echado un vistazo cuando subía. Tiene buena pinta. Puede que vaya mañana a correr en una de las cintas.

Ella jadea como si le acabara de decir que probara un sándwich de mierda.

—Oh, Dios, no. Ese sitio es pésimo. Voy a un gimnasio privado cerca de la oficina: el Minneapolis Club.

«Por supuesto que sí», quiero decir, pero asiento hasta que se me pasa esa necesidad.

—Pues suena fantástico, Maddie. —Echo la silla hacia atrás y cojo mi plato—. Creo que me voy a la cama. Gracias por los espaguetis con queso. Mañana compraré comida. Estoy agotada ahora mismo.

—¿Puedes traerme un yogur desnatado de arándanos? —pregunta mientras pongo el plato en el lavavajillas. Un lavavajillas *de verdad*.

Estoy tan enamorada del electrodoméstico que casi no la oigo. Combato la necesidad de arrodillarme y besarlo, de idolatrarlo.

—Claro. Oye, ¿tienes cafetera? La mía no sobrevivió a la mudanza y soy un poco adicta.

Oigo el «hum» desde la otra habitación y tengo la clara sensación de que, de algún modo, acabo de insultarla. Cuando paso a su lado de camino al dormitorio, donde planeo permanecer en coma durante unas largas diecisiete o dieciocho horas, la veo sacudir la cabeza y mirarme como si me hubiera salido un tercer ojo.

—¿Por qué iba a tener una cafetera? Hay un Starbucks justo al lado.

—Ah, claro, por supuesto. —Supongo que así es como viven los abogados. Asiento y escribo una nota mental para acordarme de pillar un café cuando compre la comida—. Buenas noches, Maddie.

—¿Buenas noches? No te irás de verdad a la cama, ¿no? Son las cinco. —Tiene las manos en las caderas—. Había pensado que podíamos ir a tomarnos unas copas esta noche.

—Creo que me va a tocar posponerlo, cariño. Pero mañana por la noche me vendría bien. Porque, verás, en mi mundo las buenas noches tendrían que haber sido ayer, pero me las salté porque estaba hasta arriba de caféina, así que voy a tener que dormir lo de ayer y lo de hoy a la vez. Ahora mismo. Hasta mañana.

Notas:

* *Bright Side* en inglés se refiere al lado bueno o positivo de las cosas. (N. de la T.)

Martes, 23 de agosto

Kate

Despierto a las diez y treinta y siete de la mañana y, joder, estoy en la gloria. Recuperar las horas de sueño es algo que solo he tenido el lujo de disfrutar recientemente. El concepto me ha parecido ajeno durante, oh, no sé, toda mi vida.

Maddie debe de estar en el trabajo, así que enciendo el portátil y busco un supermercado cercano. Hay uno al que puedo ir a pie. Tomo el ascensor hasta el gimnasio, corro treinta minutos y, después, me ducho, cojo la cartera, el móvil y me dirijo a la tienda. Cuando salgo del edificio me siento atraída por el Starbucks que hay aquí al lado como una polilla a la luz. No me gustan las cafeterías pijas, sino las cafeterías familiares, los pequeños comercios locales. Sin embargo, ya he traspasado la puerta y noto que la sangre me retumba por las venas. Pido un café solo grande, y sé que les va a molestar porque se supone que debo pedirlo con un vocabulario pretencioso, pero hace años que no entro en una cafetería comercial y estoy desesperada por un café. No tengo tiempo para leer detenidamente el enorme menú de bebidas modernas para pillar la jerga que les gusta.

Recibo la letanía de preguntas típicas.

—¿Leche, leche de soja, sin lactosa?

—No, gracias.

—¿Quieres añadirle algún sabor?

—*Nop*, solo está bien. —Me balanceo sobre mis talones por la anticipación y, cuando la chica me da el café, quiero decir «Ven con mamá», pero lo que digo en realidad es—: *Muchas* gracias. —Haciendo énfasis en «muchas».

Busco el supermercado y compro todo lo que puedo llevar hasta el piso. Por causas del destino, también tienen en oferta una cafetera pequeña de dos tazas por quince dólares. En el camino de vuelta, llevo la bolsa de la comida en una mano y la cafetera aferrada en la otra como si fuera el maldito Santo Grial.

Cuando llego al piso de Maddie, decido limpiar un poco. Asumo que lo más probable es que trabaje mucho porque está muy sucio. No es que yo sea Don Limpio, pero supongo que es lo menos que puedo hacer para ayudarla. Paso la aspiradora y limpio la cocina y los baños hasta las cinco, cuando ella llega a casa.

A las cinco y cuarto Maddie anuncia que se muere de hambre, que no ha comido

en todo el día y que *tengo* que probar el restaurante de *sushi* que hay calle abajo. No soy muy fan del *sushi* —lo cual es un sacrilegio en ciertos círculos, lo sé— y también soy vegetariana. Solo eso ya reduce mis opciones y, teniendo en cuenta que no me gusta el arroz, no tengo mucho entre lo que elegir. Por supuesto, no quiero ser maleducada porque soy la invitada, así que le digo:

—Suena bien. Vamos.

El restaurante está a tope, pero ella conoce al metre y nos dan una mesa enseguida.

—¿Vienes a menudo? —pregunto, impresionada por la rapidez del servicio.

—No, solo un par de veces a la semana.

Asiento. Me estoy acostumbrando a asentir para sobreponerme cada vez que me deja asombrada con su estilo de vida. Supongo que no debería asombrarme porque mi madre también vivía así y, después de todo, eran hermanas. Quizá ser de gustos caros es genético o algo. Sin duda, de ser ese el caso, se saltó la generación de Grace y la mía.

Cuando empiezo a escudriñar el menú para encontrar algo comestible, oigo que Maddie pide una ronda de martinis. Pongo los ojos como platos, pero ella ya tiene la vista puesta en el menú.

—¿Qué te gusta?

Me inclino sobre la mesa y susurro:

—Maddie, solo tengo diecinueve años. No puedo beber alcohol, tía.

No es que no beba, pero no me apetece hacerlo esta noche. Y no tengo un carné de identidad falso por si el camarero decide pedírmelo cuando vuelva.

Ella le resta importancia con un movimiento de mano.

—Vengo aquí muy a menudo.

¿Eso es algún tipo de explicación? Me encojo de hombros y elevo las cejas.

—Vale. —Le ofreceré mi bebida a ella cuando llegue. Algo me dice que no la rechazará.

—Entonces, volviendo al tema de la comida, ¿qué tiene buena pinta?

Ella parece embriagarse de comida con solo mirar la carta, como si la estuviera drogando.

—Mmm, sí, soy vegetariana. ¿Qué puedo comer? —Escudriño la carta con furia en busca de algo que diga «vegetal».

De nuevo, ella le quita importancia con la mano cuando el camarero vuelve con las bebidas.

—Yo pediré por las dos.

La comida llega y, cuando el camarero termina de ponerla en la mesa, me quedo pasmada. Un montón de platos abarrotados de rollos de colores, pescados de color rosa y blanco brillante y montículos de wasabi llenan la mesa.

—Maddie, creo que ha habido un error. Esto es mucha comida.

—No, es toda nuestra.

Frunzo el ceño.

—Pero aquí hay como seis platos y nosotras solo somos dos.

Ella se encoge de hombros y me mira como si estuviera hablando japonés.

—El *sushi* no llena mucho. Además, es bueno tener variedad. Prueba un poco de todo.

Asiento por la que debe ser la centésima vez.

—Mmm, vale. Entonces dime cuáles no tienen carne, Maddie, porque todos me parecen iguales.

Ella se ríe como si hubiera dicho algo infantil.

—Creo que estás a salvo con estos dos platos.

—¿Lo crees o lo sabes? Porque mis intestinos están en juego. —Siento que tengo que ir al grano para que me entienda.

Arruga la nariz.

—Kate, eso es *asqueroso*.

—Lo siento. Solo digo lo que hay. Este cuerpo lo sabe y el rechazo es rápido y no hay vuelta atrás.

Sigue con la nariz arrugada.

—Solo come de estos dos platos y estarás bien.

Tengo un treinta por ciento de confianza en su consejo y, por desgracia, todo lo que hay encima de la mesa huele a pescado porque hay un montón frente a mí. Decido fiarme de ella. Pruebo la comida y me sabe rara, pero no diferencio entre lo que puede que sea arroz y lo que puede que sea pescado. De todos modos, tengo que combatir el reflejo de dar arcadas con cada bocado. Como tres piezas y alterno cada bocado con un trago de agua.

Maddie se termina los dos martinis y una impresionante cantidad de comida, y luego rechaza una caja que le ofrecen para que se lleve lo que ha sobrado. Lo digo en serio: si todo esto no supiera como el culo, podría haber comido durante varios días con lo que ella ha tirado a la basura.

Cuando nos traen la cuenta, Maddie se lleva la mano al bolso y se golpea la cabeza con delicadeza. Tiene talento para el dramatismo.

—Vaya. Me he olvidado la cartera en el piso.

Levanta la vista hacia mí con ojos adúladores y es obvio que no vamos a pagar a medias.

—No pasa nada. Pago yo —digo. O sea, yo soy la invitada. Es lo menos que puedo hacer por dejar que me quede en su casa unos días.

Maddie pone la cuenta en la mesa y casi me meo encima ¡porque son ciento setenta y tres dólares! Solo tengo cincuenta en la cartera, así que saco la tarjeta de crédito, la que reservo para emergencias, lo cual quiere decir que intento no usarla nunca. Siento como si estuviera entregando a mi primogénito cuando le doy la tarjeta al camarero. Soy bastante ahorradora, no porque sea una tacaña, sino porque tengo que pagar facturas todos los meses y soy una persona responsable. Siempre aparto algo de dinero para divertirme o ayudar a alguien, pero acabo de fundir esa cantidad en una sola cena. «No pasa nada», me digo, y para cuando el camarero regresa ya me he resignado al hecho de que ha sido una experiencia constructiva y que probablemente me reiré de ello más tarde.

Maddie se disculpa para ir al baño mientras yo firmo el recibo. Cuando regresa, me empieza a rugir el bajo vientre. Es un mal presagio débil y retumbante que habla de un futuro próximo en el que pagaré por lo que acabo de comer.

Volvemos a toda prisa a su casa y consigo llegar al baño medio segundo antes de cagarme en los pantalones. La culminación de mi experiencia con el *sushi* es furiosa y explosiva.

Después de que mi colon me haya castigado por completo, decido relajarme en mi habitación y leer un rato. Alrededor de las nueve y media empiezo a mirar el reloj cada pocos minutos. A las diez estoy dando vueltas por la habitación. A las diez y media casi he hecho una senda en la moqueta y tengo la mano sudorosa debido a la fuerza con la que agarro el móvil. Lo he mirado fijamente durante unos buenos quince minutos. Todavía es temprano en California, así que me digo que probablemente esté en la playa, pero ¿y si está en casa y me evita porque la conversación de anoche fue incómoda? Vaya, mierda, llámalo y acaba con esto o te volverás loca. Voy pasando los contactos que tengo en el móvil y toco su nombre. Su cara aparece en la pantalla. Tiene el pelo largo —teñido por el sol de un millón de tonos de rubio— y le cae sobre un ojo. Sale riéndose y el ojo que se le ve parece que brilla en mi dirección. Cada vez que marco su número, miro esa foto durante unos segundos, antes de llevarme el móvil a la oreja, porque parece que me esté saludando a su bobalicona manera. Sonrío, lo que me relaja. El teléfono da cuatro tonos y espero a que salte el contestador automático después del quinto. Pero entonces contesta.

Jadea como si se hubiera quedado sin aire.

—Estación de bomberos de Gus. Usted lo enciende, nosotros lo apagamos.

—Oye, ¿dónde hay un incendio, tío?

Toma aire varias veces.

—Lo siento. Estaba metiendo la tabla y oía el teléfono, pero la maldita puerta de la furgoneta tenía puesto el seguro y...

—Pensaba que el seguro estaba roto.

—Lo estaba. Ya no, supongo. No sé qué coño pasa. El sistema eléctrico está fatal.

—Quizá deberías comprarte una furgoneta nueva —sugiero, pero solo porque sé que así abriré un debate.

—¿Por qué querría hacer eso? —Finge haberse ofendido. Hacemos esto al menos una vez a la semana.

—Ah, no sé, quizá porque tu furgoneta es de 1989. O porque tiene más de quinientos mil kilómetros. O porque siempre tiene algo roto. —Yo me quedaría destrozada si se deshiciera de ella. Me encanta su furgoneta, sobre todo porque está hecha una mierda, pero él es tan protector que me divierte molestarlo.

—Tía, la estoy amoldando a mí. Tiene personalidad. —Su defensa es espectacular.

Río.

—Lo sé. Me encanta tu furgoneta y su personalidad amoldada. —Entonces dejo de fingir—. ¿Qué tal las olas hoy?

—Una porquería. La playa estaba hasta arriba de gente. Creo que todos los turistas y sus hermanos han elegido el día de hoy para alquilar una tabla e intentar conquistar las olas. Un verdadero caos. ¿Por qué se cree la gente que porque hayan visto una película de surf pueden alquilar una tabla y matarnos a todos? O sea, montar en toro me pareció muy divertido cuando tenía seis años y vi a un tipo hacerlo en un rodeo, pero yo no lo haría. Hay un protocolo, ¿sabes? Unas normas.

—Sí.

—Bueno. ¿Qué tal el segundo día en Minnesota?

—Pues hoy he cenado *sushi* con Maddie.

—¿*Sushi*? Odias el *sushi* —dice a sabiendas. Me encanta que haya alguien que lo sepa todo de mí.

—Sí, bueno, yo tampoco le gusto mucho al *sushi*. Creo que Maddie se confundió un poco con qué tenía pescado y qué no.

—Tía, la cagalera por carne no. —Suena preocupado, pero también percibo un tono divertido. Gus también lleva años sin comer carne y sabe que un mero bocado puede destrozarte el sistema digestivo de una manera muy violenta.

—*Sip*, ha sido horrible.

—Vaya, qué putada. Lo siento por ti. —Sin embargo, emite esa carcajada profunda que me encanta.

—Solo es gracioso porque tú no eres el que casi se caga en los pantalones delante de su tía a la que apenas conoce. —Yo también me estoy riendo, aliviada de que esta sea una conversación normal y no como la de anoche.

Gus ríe incluso más y entonces respira profundamente para intentar controlarse.

—Lo siento, Bright Side. Joder, hoy lo necesitaba.

Después de reír durante un rato más, se hace el silencio. Y con él, el nerviosismo vuelve a apoderarse de mí.

—¿Gus? —Intento ocultarlo, pero me traiciona la voz.

—Sí. —Alarga y arrastra la palabra cuando lo dice, como si supiera lo que viene a continuación.

—¿Podemos ser sinceros durante un momento? Eso... pasó. Ya no podemos seguir evitando el tema. Tenemos que hablar de ello.

Espira deliberadamente.

—Estoy de acuerdo.

Hay una pausa que ninguno de nosotros parece querer romper hasta que Gus dice:

—Mira, sé que estábamos borrachos y sé que es un gran cliché, pero pasó sin más. O sea, yo no tenía ningún plan magistral para emborracharte y hacérmelo contigo.

¿Le está quitando importancia? Porque tenemos que hablar de esto de verdad.

—Yo no estaba borracha, en realidad. Me bebí dos vasos de vino en unas cuatro horas. Y sé que tú no bebiste mucho más que yo. ¿Estás enfadado conmigo? No quiero que las cosas se vuelvan raras entre nosotros. Tampoco es algo que yo planeara, ¿sabes?

—Ya lo sé. —Su voz vuelve a sonar sincera.

El silencio se prolonga durante unos minutos.

—¿Sigues ahí? —pregunto.

—Sí.

—¿Y qué pasa ahora? Porque no creo que haya una guía para esto. —Tengo la voz tranquila, pero se me remueven las tripas, y lo odio. Normalmente no dejo que las cosas me molesten. No puedo dejar que me molesten. No me había sentido así desde hacía meses.

Y entonces pregunta en voz baja:

—¿Te arrepientes? —Suenan casi tímido.

Suelto el aire que he estado aguantando en los pulmones y un poco de los nervios

se esfuma con él.

—¿De verdad me estás preguntando *eso*? Me conoces. Ese es prácticamente mi lema: nunca te arrepientas de nada. Arrepentirse solo te hace dudar y estar triste, y estoy completamente segura de que no puedo permitírmelo.

—Ya.

Se hace el silencio durante un rato más y espero a que añada algo, pero Gus siempre se queda callado cuando está pensando, así que le doy tiempo.

Cuando ya no puedo aguantar más, pregunto:

—¿*Tú* te arrepientes?

Resopla y no sé si es de exasperación u otra cosa, pero cuando escucho sus palabras sé que le parece gracioso.

—Joder, Bright Side, soy un tío de veintiún años. Nos acostamos. ¿Tú qué crees?

Tiene algo de razón, pero quiero que me dé respuestas, no que me haga más preguntas.

—Pero te acostaste *conmigo*.

—Espera un segundo.

Oigo el chasquido del mechero y una inhalación profunda cuando da la primera calada al cigarro.

—Deberías dejarlo —le doy la lata. Regañarlo por fumar es un hábito, e incluso si no veo ni huelo el tabaco, tengo que decírselo.

Vuelve a dar otra profunda calada al cigarro y escucho como echa el humo.

—Lo sé, no empieces. —De repente suena triste, así que espero y dejo que se termine el cigarro porque fumar siempre lo calma, más o menos como cuando yo tocaba el violín, así que le permito continuar con el vicio—. Lo siento —se disculpa—. No sé, fue contigo, pero fue... Es decir, lo que pasó hace unos días fue... No sé...

No digo nada porque sé que le está dando vueltas. Elegir las palabras adecuadas es importante para él. Es compositor y un ser emocional, y quiere expresarlo bien. Gus siempre ha sido así. Le gusta comunicarse; no habla por hablar. Por eso espero. Siempre he sido muy paciente.

—¿Puedo hablarte un segundo como si fuera un tío? O sea, ¿como si no estuvieras involucrada en lo que pasó? —El que habla al otro lado de la línea es el Gus tranquilo, racional y sincero. Mi Gus.

—Siempre puedes hablar conmigo, pero si eso te ayuda, por mí bien.

—Esa noche fue, no sé, increíble, joder. —Suena animado, como cuando me toca una nueva canción por primera vez o está encima de una gran ola que lo lleva hasta la orilla—. Sé que suena muy cursi, pero hiciste que mi mundo se tambaleara.

Tiene razón; sí que suena muy cursi, pero es Gus y sé que lo dice desde lo más sincero y puro de su ser porque no le da vergüenza hablar así conmigo.

Gus baja un poco la voz y continúa:

—He estado con muchas chicas, *muchas*, pero esa noche fue diferente. No fue una más. Estábamos... no sé... conectados. Nunca me había pasado. No me saciaba. — Suspira y su voz se hace más grave—. Y entonces se terminó y te fuiste de la ciudad.

—Gus —digo para intentar consolarlo, o consolarnos, porque yo también sentí todo lo que acaba de decir.

Oigo que se enciende otro cigarro.

—Lo sé, lo sé —contesta.

Espero, porque en este momento no sé adónde se dirige la conversación. Lo único que sé es que la persona que está al otro lado del teléfono, su amistad, significa todo para mí. Es mi mejor amigo. Siempre lo ha sido. Es todo lo que tengo.

—Bright Side, no voy a mentirte. Esto me está volviendo loco. O sea, sé que no podemos estar juntos. Joder, ni siquiera sé si es eso lo que quiero. Sabes que no me van las relaciones. Sin ofender. No lo digo como un insulto. Para nada. Es solo que... tía, has sido mi mejor amiga desde... siempre. Lo hemos hecho todo juntos. Hemos pasado por muchas movidas chungas juntos. Y entonces, ¡pam! Te mudas a miles de kilómetros y yo voy a terminar en Dios sabe dónde con este contrato de grabación y entonces nos acostamos... y nunca he disfrutado tanto. Y fue *contigo*, mi mejor amiga. Tengo la sensación de que esto... No sé, la sensación de que es irreversible. Casi como un adiós. Pero no puedo perderte. *Necesito* a mi mejor amiga.

Qué poco se imagina la razón que tiene. A veces creo que me lee la mente.

—Maldita sea, Gus, ¿cuándo te has vuelto tan filosófico conmigo?

Lo digo como un cumplido, una confirmación, pero él lo malinterpreta. Odio los teléfonos. Necesito interacción física cuando hablo. Necesito ver a la otra persona y que me vea a mí. Necesito ver el lenguaje corporal y las señales no verbales. Al igual que Gus, obviamente. Suena enfadado, a pesar de que me acaba de abrir su corazón.

—Bright Side, no te lo tomes a la ligera. *Joder*, estoy intentando ser sincero y tal.

—No es eso. Lo digo totalmente en serio. —Debo de sonar desesperada. Odio ser quien causa un malentendido—. Mierda, ojalá me estuvieras viendo ahora mismo. En serio, tenemos que usar Skype o algo, porque hablar por teléfono no funcionará. —Ahora soy yo quien resopla, lo cual está bien porque nos conocemos tanto que podemos comunicarnos con resoplidos, suspiros y gruñidos y transmitirnos mensajes y emociones que la mayoría de la gente no puede expresar con palabras. Me encanta eso de nuestra amistad—. Todo lo que acabas de decir es *justo* lo que yo siento. Lo

de antes lo decía en serio: no quiero que las cosas se vuelvan raras entre nosotros. Te quiero. Lo sabes. Siempre te querré. Yo tampoco puedo perderte. Ahora necesito un mejor amigo más que a nadie en este planeta; a Noé le vas a hablar tú de la lluvia. O sea, estás hablando con Kate Sedgwick, solitaria empedernida.

—No digas eso —me interrumpe.

Tiene razón.

—Lo sé, lo siento... Es solo que, aunque nuestras vidas vayan en direcciones opuestas... quiero saber, necesito saber, que estás solo a una llamada de distancia de mí. Si necesito quejarme de un test...

Gus me interrumpe.

—Tú nunca te quejas, Bright Side. Y aunque lo hicieras, nunca has tenido la necesidad de quejarte de un examen porque siempre has sido de dieces, bicho raro.

Me río porque él siempre se mete conmigo por mis notas, especialmente desde que me gradué en el instituto con mención de honor. Sin embargo, siempre ha estado orgulloso de mí por ello, porque eso es lo que hacen los mejores amigos. Lo que no sabe es que no me refería a un examen, pero lo dejo pasar y continúo:

—¿Y si te necesito para que me busques un restaurante vegetariano porque tengo un móvil prehistórico sin internet y no sé a dónde ir en Minnesota... y no quiero tener cagalera otra vez...?

Vuelve a interrumpirme.

—Dios, eso es como empezar la casa por el tejado, ¿no crees? ¿Acaso hay restaurantes vegetarianos en Minnesota? ¿No hay ningún mandato o ley en contra o algo así? Quiero decir, está en el Medio Oeste de Estados Unidos. Imagino que comen carne para desayunar, almorzar y cenar, ¿no?

—O porque solo necesito oír tu voz, porque eres mi amigo, mi familia, mi pasado... y porque eres parte de mí.

Vuelve a ser el Gus tranquilo.

—Siempre te apoyaré. Vas a hacer cosas alucinantes, Bright Side. Serás la mejor profesora del mundo.

No me crezco con los cumplidos o cuando me dan ánimos, pero me alegra oírle decir eso. Siempre he querido ser profesora de educación especial.

—Me conformo con ser una profesora normalita, ¿te parece? Y tú vas a ser la estrella de *rock* más importante que el mundo haya conocido.

Gus tampoco se crece con los cumplidos o cuando le dan ánimos.

—Y yo me conformo con dar conciertos y pagar las facturas, ¿te parece? Joder, no creo que pueda trabajar en una sección de correos clasificando correspondencia durante otros seis meses.

A pesar de todo, me gusta hacer cumplidos, no en plan lameculos o para hacer la pelota, ni para hacer que la otra persona se sienta bien, sino de los sinceros, de los de verdad, de los que se dicen porque es lo que sientes en el corazón.

—Tienes *mucho* talento. Serás un gran artista, Gustov Hawthorne. Pero no dejes que tu ego se descontrole, ¿vale?

Digo esto último en broma, pero él responde con sinceridad:

—Para eso estás tú, Bright Side. Para recordarme que soy solo Gus... y no tan genial como me dicen todos esos putos mentirosos.

—Hecho. —Aunque no puedo evitar añadir—: Pero eres genial. —Tiene que saberlo. Es el músico con más talento que he visto nunca, y he visto a muchos. Antes la música era mi vida.

En San Diego, Gus y yo íbamos a un instituto privado especializado en música llamado La Academia. (Estaba justo al final de la calle en la que vivíamos, así que me admitieron por la proximidad y por tener un poco de talento. Gus no necesitaba la proximidad.) Gus tocaba la guitarra y el piano y encima cantaba bien. Yo tocaba el violín. La gente venía de todas partes del país para formarse en La Academia. Había algunos chicos que tenían un talento que lo flipas, pero Gus siempre ha sido un fuera de serie.

Me fascinó. Lleva dos años tocando con su grupo, Rook. Él compone toda la música y escribe las letras. Han estado tocando casi todos los fines de semana en el sur de California, pero hace unos meses un directivo de una discográfica independiente fue a uno de sus conciertos en Los Ángeles y los fichó ahí mismo. Terminaron de grabar su álbum hace dos semanas. A Gus no le gusta que lo encasillen, pero son un grupo de *rock* alternativo con mucha guitarra. Son increíbles, y Gus es su núcleo, su líder. Llegará lejos.

De momento ya no está serio y su personalidad bromista y despectiva consigo mismo ha regresado.

—Tía, se supone que tienes que ser el antídoto de mi ego descontrolado. Deja de darme palmaditas.

Río. Creo que la conversación está a punto de llegar a su fin y estoy contenta de que acabe bien. Siento que soy yo misma otra vez; somos solo Kate y Gus otra vez.

Pero entonces vuelve a sonar serio.

—¿Bright Side?

Y eso me pone nerviosa.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte una última cosa? Y no volveré a sacar el tema.

—Claro —digo a medio camino entre una pregunta y una afirmación. ¿Claro?

Claro. Estoy inquieta.

Gus da una carcajada nerviosa.

—No voy a pedirte que me des más palmaditas en la espalda —dice con calma—. Pero tengo que saberlo, para dar por zanjado todo este... todo este asunto, ¿sabes?

Hago una mueca porque pensaba que ya lo habíamos dado por zanjado.

—¿Cómo fue para ti? O sea, sé que has estado con otros y eso... pero ¿fue diferente conmigo?

Hago una pausa y sonrío porque no me esperaba que la conversación tomara este rumbo. Gus es un tío y sí que necesita que le den palmaditas en la espalda. Y, como ya he dicho, no hago cumplidos fácilmente. Son sinceros y reales, así que respondo con franqueza:

—Hiciste que mi mundo se tambaleara.

—Tía, no me trates con condescendencia. —Se piensa que he transformado su frase cursi pero sincera en una burlona.

—¡No es eso! Ya está; voy a bajarme Skype en cuanto cuelgue. Escúchame, Gus, probablemente aquella fue la mejor noche de mi vida.

—Mmm. —Percibo una sonrisa en su voz. Ya le he dado suficientes palmaditas en la espalda.

—Pero que no se te suba a la cabeza —le chincho.

—Demasiado tarde. Te quiero, Bright Side.

—Yo también te quiero, Gus.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Con una sensación de paz renovada, enciendo el portátil y escribo Skype en el buscador de Google. Voy a averiguar cómo funciona exactamente, hasta el último detalle. Y después me iré a dormir.

Miércoles, 24 de agosto

Kate

Duermo hasta las nueve de la mañana, y Maddie ya está en el trabajo cuando salgo de mi cámara de hibernación. Maldita sea, ¿es que los abogados bombean oxígeno puro en sus casas? Porque aquí duermo como un tronco. Me siento como una holgazana. Sé que el doctor Ridley dijo que necesitaba dormir más, pero estos días he dormido más de lo que suelo dormir en una semana. Decido sacar de paseo a Princesa y luego voy al gimnasio de la planta de abajo a correr unos cuantos kilómetros en la cinta. Como no puedo hacer surf, corro. Me recuerdo a mí misma que el dolor de mis cansados músculos no es dolor, sino vida. Y que la vida es preciosa. Cada día, cada minuto, cada segundo.

Me ducho, me peino el pelo mojado y me cepillo los dientes. Estoy vestida y lista en diez minutos. Gus nunca ha sido capaz de entender cómo una chica puede ducharse y estar preparada en ese corto espacio de tiempo. Él tarda cuarenta y cinco minutos en arreglarse para ir a cualquier parte. Supongo que la sociedad dicta ciertas expectativas en lo que a las mujeres se refiere, pero yo nunca me he preocupado por ellas. El tiempo es oro y yo no lo malgasto. Cuando era más joven, siempre iba con prisas por la mañana y por eso tuve que aprender a adaptar mi rutina. Nunca he llevado maquillaje y no tengo secador ni plancha del pelo. A decir verdad, no sabría qué hacer con ninguna de esas cosas si las tuviera. Cuando estaba en el penúltimo año de instituto, una amiga decidió que necesitaba un cambio de imagen, así que me maquilló y me alisó el pelo. Me sentí como si llevara una máscara con toda esa porquería en la cara. No me gusta mirarme en el espejo y ver a otra persona; me gusta mirar en el espejo y ver a la Kate de siempre. Lo único con lo que soy quisquillosa es con la ropa. Odio todo lo que sea poco original. Es decir, llevo vaqueros casi siempre, pero para la parte superior no llevo nada convencional. Acudo a tiendas de segunda mano, siempre en busca de camisetas con estampados interesantes. Las corto y reservo las mejores partes para combinarlas con las camisetas que Gus siempre me compra. Gus lo llama *look* «rockero y bohemio». Me da igual. A mí me gusta. Abro la cremallera de mi bolsa de deporte y desdoble la camiseta de «I “corazón” San Diego» que me dio Gus antes de que me marchara. Mis dedos se mueren de ganas de convertirla en algo único.

Me pongo las gafas de sol y me dirijo al coche con mi camiseta sin mangas modificada de «Surfea o muere». Hoy hace calor y humedad. Me recuerda a mi casa, así que me he vestido para la ocasión. Estoy muy contenta. Y necesito echar un vistazo a mi futuro hogar, así que estoy lista para conducir los veinticinco kilómetros que hay hasta Grant y el campus de la universidad.

No tengo ni idea de qué esperar. Solo he visto el campus en las fotos de un panfleto y en internet. El piso de Maddie está en la punta oeste del límite de la ciudad de Minneapolis, justo al lado de la autopista. Grant está en dirección oeste. Encuentro el carril de aceleración y me incorporo a la autopista. En cuestión de segundos he pasado a todos los coches a la vista. Diez, los he contado. Ver tan pocos coches en la autopista es muy inquietante. ¿Se aproxima el apocalipsis y nadie me lo ha dicho? ¿Dónde está todo el mundo? Estoy acostumbrada a los atascos y al sonido del claxon o a la gente conduciendo a ciento cuarenta por la carretera. ¿Pero qué coño? ¿Respetas de verdad la gente el límite de velocidad aquí? Me siento como una delincuente al pasar al lado de los coches como un rayo, corriendo durante los veinticinco kilómetros de manera que llego a Grant en solo diez minutos. Aminoro la velocidad en las calles residenciales y enseguida la Universidad de Grant se presenta ante mis ojos.

Grant es bonito, incluso pintoresco. El campus es pequeño y los edificios son viejos, pero no en plan cutre y ruinosos, sino que son lujosos y están cuidados. La residencia también es vieja y tiene cuatro pisos de ladrillos, mortero y hiedra, pero posee personalidad y parece acogedora. Suspiro aliviada. En unos días ese edificio será mi hogar y la verdad es que eso es lo que parece. De repente me doy cuenta de que esto está pasando de verdad. Soy una estudiante de la Universidad de Minnesota. También estoy sola por primera vez en mi vida y, aunque voy a tener que acostumbrarme a la soledad, en este momento no me da tanto miedo como pensaba.

Un poco más allá de la residencia está la calle principal del pueblo de Grant. Me detengo en un semáforo en rojo y echo un vistazo alrededor. Es una calle muy mona, flanqueada por una floristería, una licorería, una tienda *gourmet*, un pequeño supermercado con farmacia incluida y una peluquería. Y entonces la veo: una cafetería. Y no es la de una cadena repulsiva, sino una cafetería de verdad, práctica y modesta, situada al final de la manzana, en un edificio de ladrillos con grandes ventanas que dan a la calle. Y aunque ya he tomado tres tazas de café esta mañana que preparé en el Santo Grial en casa de Maddie, no puedo resistirme a echarle un vistazo. Me digo que solo pararé y me presentaré, pero cuando me detengo en el bordillo ya me debato entre si necesito un café normal o el grande de siempre. El café es una droga, lo juro. No puedo resistirme. No puedo decir que no. Empiezo a darle sentido a la visita diciéndome que puede que necesiten contratar empleados. Y

necesito un trabajo urgentemente.

Da la impresión de que la puerta, enorme y tallada con un diseño complejo, pesa una tonelada, así que llevo la mano al pomo y empujo con todas mis fuerzas. Casi me caigo de bruces cuando la muy maldita se abre de sopetón, tan ligera como una pluma. Una campana resuena contra la puerta de forma atronadora. Abro los ojos como platos y miro a mi alrededor. Hay un chico con la nariz metida en un libro, sentado en el sillón que hay a un lado de la habitación, una pareja sentada en una mesa pequeña en el otro lado y un chico detrás del mostrador, y todos han levantado la vista por el alboroto que he causado. Instintivamente, intento acallar la campana y desviar la atención de mí, pero cuando estiro la mano por encima de la cabeza, no llego. Mido un metro cincuenta y dos y la campana cuelga a al menos treinta centímetros de mi alcance. Sonrío avergonzada y, cuando la campana deja de sonar por sí sola, anuncio en un tono más elevado que el de un susurro:

—Ya he llegado.

El hombre de piel oscura que sonrío tras el mostrador lo confirma.

—Sí, sin duda ya has llegado.

Tiene un acento extraño, pero todavía no sé de dónde es. Debe de rondar los cuarenta años, tiene el pelo negro como el carbón, la piel de color caramelo oscuro y unos enormes ojos sonrientes. El tono de su voz no es burlón, sino acogedor. Ya me cae bien.

—Eres nueva por aquí, ¿verdad? —Me hace gestos para que me acerque—. Soy Romero. Bienvenida a Grounds, amiga. —Me hace un saludo militar y, en lugar de parecer un gesto tonto, resulta adorable.

Yo le devuelvo el saludo militar con torpeza.

—Eh, sí, y soy Kate. —¿Cuándo me he transformado en una inepta social? Me aclaro la garganta y le ofrezco la mano a Romero—. Soy Kate Sedgwick y tienes razón: soy nueva aquí. —Río—. ¿Es tan obvio? En fin, me han descubierto. Intentaba pasar desapercibida, pero entonces voy y despierto a los muertos con la campana.

Él ríe amablemente.

—No te preocupes. Es un pueblo pequeño. Conozco a todo el mundo, pero a ti, a ti nunca te había visto, Kate Sedgwick. ¿Eres de California? —Cuando dice «California», es como si dividiera la palabra en cuatro diferentes: «CA LI FOR NIA».

Elevo las cejas mientras intento averiguar cómo coño lo ha sabido.

—Sí, exacto.

Él percibe mi confusión y señala hacia el cristal de la fachada, hacia mi coche.

—La matrícula. ¿De qué parte de California?

Las arrugas de mi frente se relajan.

—Ah, claro, por supuesto. Soy de San Diego. Nací y crecí allí.

En su cara aparece una expresión de dolor.

—Oh, Kate, cariño, te deseo suerte este invierno. Yo soy de El Salvador y te aseguro que los inviernos de Minnesota no son para débiles. —Pronuncia Minnesota como si fueran cuatro palabras distintas: «MIN NE SO TA».

Resoplo; ha dado con lo que de verdad me daba miedo al mudarme aquí... el frío.

—Sí, he oído que aquí el invierno es una mierda.

Suelta una risita y le brillan los ojos.

El tipo que está sentado en el sillón leyendo un libro se mete en la conversación:

—*Es* una mierda.

Miro en su dirección. Todavía tiene la nariz metida en el libro, pero sonrío. Es pelirrojo y tiene una barba espesa. No puedo evitar pensar que se está asfixiando con este calor húmedo. Su sonrisa es inocente, incluso joven. Tiene la palabra «*hipster*» escrita por todas partes. No dice nada más, así que me vuelvo hacia Romero.

—Entonces, ¿qué te pongo, Kate? —pregunta Romero.

Miro el panel que hay detrás de él. Sé que seré una clienta habitual y no quiero insultarlo nada más llegar por no seguir el protocolo. Me siento aliviada al ver que todos los productos están ordenados por precios según los tamaños: pequeño, mediano y grande.

—¿Quieres que te recomiende algo? ¿Te gusta el café de tueste suave, medio o intenso? ¿Expreso? ¿*Cappuccino*? ¿Quizá algo frío para refrescarte?

Nunca he sido una esnob con el café. El café es café. Me da igual la terminología.

—Mmm, lo que quiero de verdad es un café fuerte y grande.

Por lo visto, esa era la respuesta correcta porque golpetea el mostrador con los nudillos suavemente. Es un gesto feliz que dice «Estoy de acuerdo contigo al cien por cien y sé exactamente lo que necesitas».

—Ah, entonces deberías probar la mezcla de la casa.

Sí, debería. Ahora mismo.

—Suena perfecto.

Romero inclina la cabeza inquisitivamente.

—¿Quieres añadirle algo más?

—No, gracias. Café solo.

Su sonrisa se hace más grande y vuelve a mirar al tipo de la barba del sillón mientras me señala.

—¿Lo has oído, Duncan? Café solo.

Duncan sonríe y levanta una taza de cerámica hacia mí como si fuera un brindis.

—Lo he oído, Rome. Bienvenida al club, chica nueva.

La amplia sonrisa de Romero sigue resplandeciente, pero baja la voz.

—Nadie quiere nunca un café solo. —Su acento es cerrado y tengo que concentrarme en cada palabra para asegurarme de que no me pierdo nada—. Lo estropean con extras. —Me guiña el ojo—. Muy pocos sabemos disfrutar de un café solo.

Mientras Romero vierte el café, siento que he roto el hielo y que somos amigos. Después de todo, parece que estoy en el club, así que me armo de valor y pregunto:

—Por casualidad no estarás buscando empleados,  no? Acabo de llegar al pueblo. Empiezo las clases el lunes y necesito ganar algo de dinero a toda prisa.

Romero suspira mientras me da un gran vaso de papel.

—Vaya, Kate, lo siento. Mi compañero Dan y yo somos los dueños. Solo tenemos un empleado que nos ayuda casi todas las mañanas. —Se da golpecitos en la barbilla con el índice y su sonrisa se ilumina de nuevo—. Pero puedes intentarlo en la floristería Tres petunias, en la esquina al final de la calle. Mary me dijo ayer que necesitaba a alguien.

Deslizo dos billetes por el mostrador para pagar el café y dejar propina.

—Genial. Eres el mejor. Gracias. —Soplo el café y doy un sorbo mientras me doy media vuelta y camino hacia la puerta. El café tiene un sabor intenso y fuerte, justo como me gusta. Con la mano en el pomo, me giro y levanto el vaso hacia Romero—. El café est  de vicio, Romero. Que tengas un buen martes.

Vuelve a ofrecerme un saludo militar.

—T  también, Kate Sedgwick.

El calor es sofocante mientras cruzo la calle en dirección a Tres petunias. Y entonces pienso que estamos a treinta y cinco grados, que hay un ciento diez por ciento de humedad y que soy la tonta que se est  bebiendo un gran café humeante. Pero entonces sonrío hacia el vaso porque siento la cafeína y tengo un posible trabajo a dos edificios de distancia.

Abro la puerta de Tres petunias con cuidado y que me parta un rayo si no tiene también una campana. Suelto un suspiro involuntario —« T o!»—, incrédula.  Qu  pasa con los pueblos de Minnesota y las campanas? Aunque esta es de las pequeñas que tintinean. Tengo la clara impresión de que me convertirá en una experta en campanas mientras viva aquí. La mujer que est  detrás del mostrador tiene una presencia imponente. Parece algo mayor que yo, alta y con curvas en los sitios adecuados. Algunas chicas son monas, otras son hermosas y otras son *sexys*. Esta chica es *sexy*. Tiene el pelo negro cortado por los hombros y flequillo y sus ojos

oscuros están delineados por un lápiz de ojos ahumado. Tiene una apariencia oscura, pero no en plan gótico y depresivo, sino más bien un aire que indica que no se anda con rodeos. No es fácil que me sienta intimidada por alguien o algo, pero ella... es *intimidante*.

—Hola a ti también —dice, en respuesta a mi estruendo.

Tiene la voz ronca, como si se hubiera fumado diez paquetes de cigarros al día desde que nació y se hubiera estado curando de un resfriado durante el último año. Tengo la sensación de que su voz podría darme una paliza por sí misma, como si fuera su superpoder. «No dejes que huela tu miedo», me digo a mí misma.

—Ah, hola —contesto con despreocupación—. Lo siento, he sido una maleducada, ¿pero qué pasa con las campanas en este pueblo?

Se fija en mi aspecto, pero no me mira por encima del hombro como hace Maddie. Siente curiosidad o le hago gracia; no estoy segura.

—¿Las campanas?

—Sí, en las puertas. —Señalo la puerta que hay detrás de mí.

Todavía tiene esa expresión en la cara, pero responde impasible.

—Nos hacen saber que ha entrado alguien.

—No... Joder, ¿en serio, Sherlock? —Me doy cuenta demasiado tarde de que mi comentario puede haber sido inapropiado. Las cosas no son tan informales aquí como en casa y acabo de conocer a esta mujer, a esta mujer intensa e intimidante.

Ella suelta un sonido similar a un ladrido, estupefacta. No sé si le ha hecho gracia o si se siente insultada.

—Sí, en serio —confirma—. Y soy Shelly, no Sherlock.

Creo que me cae bien esta chica, aunque me asusta un poco. Es directa y me gusta; hace que no tenga que andarme con conjeturas. Me acerco y le ofrezco la mano, aunque después de mirar las suyas me doy cuenta de que las tiene entrelazadas con las flores del jarrón que tiene delante. En su lugar, me limito a decir:

—Me llamo Kate.

—Bueno, Kate, ¿qué te trae por aquí? —Vuelve a bajar la vista hacia su arreglo floral como si hubiera perdido interés.

—Acabo de estar en Grounds. —Levanto el café como si fuera una prueba—. Romero me ha dicho que Mary podría estar buscando a un empleado.

Shelly se sopla el flequillo para apartarlo de los ojos y vuelve a mirarme, casi como si intentara decidir si vale la pena tenerme en consideración.

—Mary es mi madre, es la dueña.

—¿Entonces buscáis a alguien? —pregunto esperanzada, y las mejillas se me encienden de repente.

—¿Alguna vez has trabajado en una floristería?

Niego con la cabeza.

—*Nop.* —Eso probablemente me haya dejado sin oportunidades, pero tengo muy claro que no voy a mentir.

—¿Tienes experiencia con la jardinería?

Siento como si me estuvieran interrogando en una especie de serie sobre crímenes y que su compañero me está mirando desde el otro lado de una ventana unidireccional.

Me encojo de hombros.

—Mi último casero, el señor Yamashita, era jardinero. Supongo que eso no cuenta, ¿no?

Ella resopla. «Sí, es de las que resoplan». Ahora la quiero.

—¿Sabes diferenciar un clavel de una rosa?

—Claro.

No cambia su fachada de chica dura, pero para mi sorpresa dice:

—Mueve el culo hasta detrás del mostrador y ayúdame. Tengo mucho trabajo esta tarde. Veamos qué tal se te da.

Me pongo el delantal que me pasa.

—Tía, menuda entrevista. Me has hecho sudar.

Ella pone los ojos en blanco por mi sarcasmo.

—Sí, lo que tú digas. *Tía.*

La tienda es pequeña y anticuada. Y con anticuada no me refiero a desfasada, sino a encantadora. Hay varias mesas antiguas sobre las que se muestran plantas y arreglos florales. Es mona y huele a... Ah, el olor es celestial.

Veo que detrás del mostrador todo tiene su lugar. Está organizado, ordenado de manera obsesiva. Shelly trabaja como un torbellino. Está en todas partes, encargándose de cuatro arreglos a la vez. Yo observo y escucho, intentando echar una mano donde puedo. Mayormente finjo hasta que lo consigo. Trabajamos en silencio durante una hora, lo que hace que me duelan los oídos.

—¿No tienes una radio o algo? —pregunto.

Ella señala la estantería al otro lado de la habitación sin mirarme. Siento que debería preguntar si no le importa, porque no sé si me acaba de dar permiso o no.

—¿Te importa si la enciendo? Estaría bien tener sonido de fondo. El silencio es ensordecedor.

Entonces niega con la cabeza.

Me dirijo hacia la estantería y enciendo la radio porque necesito música para

trabajar. Joder, necesito música todo el tiempo, pero especialmente cuando trabajo. La música me conecta. Es pura emoción y necesito esa prolongación de mí misma. Toqueteo la ruedecita de la radio un minuto hasta que encuentro una emisora. Shelly se endereza con el sonido.

—Es una buena canción. Empezaron a ponerla la semana pasada. La guitarra es brutal. ¿La has oído?

Asiento mientras vuelvo a nuestro trabajo. Conozco la canción y tiene razón sobre la guitarra. Escuché esta canción por primera vez hace cuatro o cinco meses cuando lanzaron el álbum, pero no quiero que piense que soy una especie de sabelotodo pesada, así que no se lo digo.

—Sí. Es buena. ¿Es una emisora local?

Shelly responde con un gruñido amargo.

—Sí, es la emisora de la universidad. Es lo único que tenemos. Todas las demás emisoras locales son una porquería.

Le doy un codazo a Shelly en el costado.

—¿No me digas que eres una esnob de la música, Shelly?

Ella eleva una ceja como si supiera que la han calado.

—Culpable. Me encanta la música y es muy difícil encontrar mierda de la buena. —Suaviza la expresión un poco—. Sueno como una drogata, ¿verdad?

Sé cómo se siente. Gus y yo siempre buscamos en internet lo último en música, como un par de adictos en busca de su próximo chute. Hemos compartido nuestra colección de música durante años y es más que extensa. A mi iPod no le queda memoria y el resto de archivos llena el disco duro de mi portátil.

—Quizá es que no has encontrado al camello adecuado. Te traeré mi iPod un día. ¿Tienes un soporte con altavoz o un altavoz para iPod que pueda usar?

Me encanta conectar con la gente a través de la música, especialmente cuando puedo enseñarle a alguien música que nunca había escuchado. Descubrir algo nuevo es como magia. La música está ahí para ser escuchada y yo soy de la opinión de que debería escucharla tanta gente como sea posible. Toda. Porque la música es poderosa. Conecta a las personas.

Ella duda, pero luego asiente.

—Vale, tengo un soporte que puedo traer. ¿Qué música escuchas?

—Ah, cualquier cosa me va. Escucho casi de todo, aunque el *country* no me termina de convencer. Suena artificial. No sé cómo explicarlo, pero hace que me duelan los dientes de lo empalagoso que es. Y es un poco depresivo, incluso las canciones son felices. —Ella asiente porque está de acuerdo—. En general me inclino por los grupos menos conocidos. Me gusta ver que los grupos pequeños

llegan lejos, ¿sabes? Y tengo que apoyar a las bandas de California. Es una especie de sensación de lealtad y culpabilidad. Mola que puedan dar caña.

Abre los ojos como platos, como si acabara de resolver un rompecabezas.

—Claro. Eres de California. Llevaba toda la tarde intentando adivinar de dónde eras. He supuesto que eras de algún lugar soleado porque estás morena, pero pensaba que la camiseta de «Surfea o muere» era demasiado obvia. ¿Entonces es postureo o haces surf de verdad?

Río ante la contundente acusación.

—Sí, hago surf.

—¿De verdad? —Duda de mí.

—Sí.

Ella asiente.

—Esa camiseta es una pasada, por cierto. ¿Dónde la conseguiste?

Me encojo de hombros.

—La hice yo.

—¿En serio? —Otra vez la duda, pero no me molesta el escrutinio.

—Sí. Me hago todas mis camisetas.

Responde con un «hum» y, aunque creo que está algo impresionada, tengo la sensación de que se moriría antes que admitirlo. No esconde bien sus emociones. Si prestas atención, se escapan a través de la severa máscara que lleva.

Continuamos escuchando la emisora de la universidad y la verdad es que está bastante bien. Casi todo es música alternativa, *rock* incluido, lo que me hace pensar en Gus. Le encantaría esta emisora. Tengo cierta esperanza de que una canción de Rook haga explotar los altavoces.

Shelly me da una palmada en la espalda cuando terminamos.

—Lo has hecho bien para ser alguien que no tiene ni idea de lo que hace.

Frunzo el ceño.

—Gracias... Creo. —Y entonces sonrío para que sepa que lo digo en broma.

La expresión de sus ojos cede y percibo en ellos una sonrisa, aunque no es completa.

—Sí, vale. ¿Puedes trabajar los lunes, martes y miércoles por la tarde y algún sábado?

—Por supuesto.

—Estás contratada, entonces.

Estoy dando saltos por dentro, pero por fuera me muestro tranquila.

—Gracias.

—Supongo que tú también eres estudiante, aunque no te he preguntado. Yo estoy en último curso en Grant. Estudio Música, con la especialidad de piano clásico.

—Joder, ¿en serio? ¿Piano clásico? Vaya, Shelly. —Sé que sueno un poco sorprendida, pero es que lo estoy. Es una chica dura como una roca y nunca habría pensado que estudiara piano clásico—. A mí me faltan unos créditos para ser de segundo, así que sí, soy de primero. —Hago una mueca al pensar en la manera inusual por la que entré en la universidad.

Me gradué en el instituto hace año y medio y me dieron una beca completa para estudiar aquí Música con la especialidad de violín, pero luego la vida hizo lo propio... así que me quedé en San Diego. Trabajé a tiempo parcial con Gus en la sección de correos de la empresa de publicidad de su madre y fui a clases en un centro de estudios superiores. Era feliz. Todo iba bien. Y entonces, hace tres meses, en junio, estalló otra bomba. Esta hizo que todo mi puto mundo se pusiera patas arriba. Necesitaba salir de San Diego, así que aunque el primer cuatrimestre estaba a punto de comenzar, volví a solicitar plaza en Grant, pero sin lo del violín. Supuse que no tenía nada que perder. Estaba desesperada hasta que a mediados de julio llegó la carta que anunciaba que no solo me habían aceptado, sino que me habían concedido una beca que me paga las clases, el alojamiento y la comida. Me quedé de piedra. Avisé al señor Yamashita, me fui de su garaje el último día de julio y me mudé a la habitación de invitados de Audrey Hawthorne, donde estuve hasta que me vine aquí hace unos días. La madre de Gus es una de mis personas favoritas del planeta. La conozco de toda la vida. Cuando pienso en la palabra «madre» pienso en Janice Sedgwick, pero cuando pienso en la palabra «mamá» pienso en Audrey. Gus vive con ella todavía. Es todo un niño de mamá.

Shelly me mira con tristeza.

—¿Entonces te quedas en la residencia?

—Sí, todos los de primero tienen que quedarse en la residencia, ¿no?

Mantiene la expresión de tristeza.

—Sí —confirma.

—Pasé con el coche por ahí. Mola mil. Estoy emocionada. —Es verdad.

Ella me da golpecitos en el hombro.

—Has dicho «mola mil». —Le divierte burlarse de mi vocabulario—. Pero una advertencia. Esta universidad es pequeña y muy elitista, si sabes a qué me refiero. Hay un montón de niños mimados con fondos fiduciarios que se creen con derecho a todo. Lo que quiero decirte es que no dejes que se pasen de la raya contigo.

Asiento, agradecida por su preocupación.

—De acuerdo. Suerte que mi raya está bien definida.

Juraría que casi acaba de sonreír.

Nos despedimos y asomo la cabeza en el Grounds para agradecerle a Romero lo del trabajo antes de volver a casa de Maddie. Esta vez completo el recorrido en nueve minutos y no puedo evitar sentirme optimista por este primer día en Grant. Sabía que era la elección correcta. En California es temprano y Gus está en el trabajo, así que le envió un mensaje con la buena noticia.

Yo: «Hoy he conseguido trabajo en una floristería».

Gus: «¡Guay! Tengo que salir corriendo a una reunión con el grupo después del trabajo. ¿Hablamos mañana? Te quiero».

Yo: «Ok. Buena suerte. Saluda a todos de mi parte. Te quiero».

Jueves, 25 de agosto

Kate

El momento culmen del día: Gus y yo intentamos hablar por Skype y decidimos que la persona que lo inventó se merece ganar el Premio Nobel, una medalla de honor o cualquier otro reconocimiento increíblemente importante incluso si no se puede aplicar técnicamente, porque Skype es *la hostia*.

El momento no tan culmen del día: he tenido mi primera cita con el doctor Connell en el Hospital metodista de Minneapolis. Ha sido como esperaba. Al igual que el doctor Ridley en San Diego, el doctor Connell ha hablado de mi situación de manera realista, lo cual aprecio y respeto, y me ha dado un informe detallado con las opciones de tratamiento y un programa. Es un médico de los que piensan que «más es más»; quiere jugárselo todo. Yo soy una chica de las que piensan que «menos es más»; no quiero hacerlo. Él no se ha quedado contento con eso. Me he marchado con su tarjeta, una cita para dentro de un mes y su expresión preocupada grabada en mi mente.

Los médicos suelen tener una mejor cara de póker. Una cosa es segura: si alguna vez voy a Las Vegas, no voy a invitar al doctor Connell a que apueste conmigo.

Viernes, 26 de agosto

Kate

Se me ha hecho tarde como siempre, así que cuando entro en la cafetería escudriño la estancia en busca de algún sitio libre. Hay unos pocos en cada mesa, pero me detengo cuando poso la mirada en un chico de complexión pequeña que está solo. Lleva una camisa *vintage* de raya diplomática, pajarita a cuadros, pantalones de vestir rojos intencionadamente cortos, calcetines azules de rombos y zapatos blancos y negros. De alguna manera, sé que es ahí donde tengo que estar. Tiene un estilo genial y para llevar algo tan atrevido hay que tener una personalidad atrevida a juego. Decido que necesito conocerlo. Cuando me acerco intenta mantenerse estoico, pero tiene los hombros encorvados y parece estar muy nervioso. Quiero darle palmaditas en la espalda para aliviarle algo de tensión, pero no lo hago. Soy bastante cariñosa y he aprendido mediante errores que eso asusta a la gente. Primero hay que presentarse.

—¿Está ocupado este sitio? —pregunto educadamente.

Se queda quieto por la proximidad de mi voz, pero se da la vuelta para mirarme. Yo sonrío. Esa pajarita es muy mona.

—¿Está ocupado este sitio? —vuelvo a preguntar, señalando específicamente el sitio que hay a su lado aunque todas las sillas de la gran mesa están vacías.

Esboza una sonrisa y relaja los hombros.

—No. No hay nadie sentado aquí. Adelante.

Sé que el término «hada» no es exactamente masculino, pero es la primera palabra que se me pasa por la cabeza cuando veo su sonrisa. Es un hada bien acicalada y vestida.

—Tío, esa camisa es la hostia —digo haciendo gestos mientras me siento. Tiene hasta una etiqueta *vintage* con nombre: Frank. No le falta de nada—. Soy Kate. —Le tiendo la mano, él la toma con cuidado y la estrecha. Tiene las manos suaves.

—Gracias... creo. ¿Kate es diminutivo de Katherine? Soy Clayton. —Es serio pero no estirado y altivo. Serio de una manera sutil y sofisticada. De todas formas necesita relajarse—. Y tu camiseta también es fabulosa.

Llevo una camiseta de tirantes roja que dice «Tijuana es muy bueno» en español. Cogí el texto de tres camisetas donantes, con tirantes hechos de cinta gruesa negra.

—Oh, gracias, Clay. —Parece decirlo en serio—. Y es solo Kate. Ni siquiera mi

madre me llamaría Katherine.

—De nada, Katherine. —Sonríe con timidez—. Y es solo Clayton. Ni siquiera mi madre me llamaría Clay.

Río.

—¿Conque estas tenemos? —Me gusta este chico. Tiene chispa y no se echa atrás a pesar de estar cagado de miedo por estar aquí.

Justo entonces algunas autoridades de la universidad entran por la puerta y comienza un discurso de una hora sobre la *experiencia Grant*. Se me escapa una pequeña carcajada cuando el decano dice las palabras «experiencia Grant» para darnos la bienvenida. Clayton también reprime una risa y se lleva el índice a los labios para que me calle. Pero cuando me doy cuenta de que somos los únicos en la sala que están riendo. El decano no está siendo gracioso o irónico; lo dice en serio. Y todos los demás se lo están tragando. *La experiencia*. Tardo unos veinte segundos en darme cuenta de que este hombre no solo lo dice en serio, sino que se muestra realmente emocionado al hablarnos de ello. Él vive *La experiencia*. Ahora que sé que este día tiene un nombre, no puedo evitar sentir que he entrado en una especie de toldo de una iglesia itinerante o un seminario motivacional. El puto entusiasmo que emana de este tipo es increíble, así que cedo y me rindo por pura diversión. Aunque no vaya a comprar necesariamente la moto que parece estar vendiendo a los demás, sigue siendo muy entretenido verlo. Algunas de las frases que dice, aunque parece igual de serio que si estuviese teniendo un ataque al corazón al decirlo, son de las cosas más graciosas que he oído desde hace tiempo. Clayton, a excepción de la risa reprimida de antes y la mirada que me dirige de vez en cuando, está totalmente concentrado, como si le estuvieran dando las pautas para hacer una cirugía cerebral y se esperara de él que la llevara a cabo después. Está tomando tantas notas que empiezo a sentirme una holgazana cuando me doy cuenta de que no he escrito nada. En retrospectiva, hay algunas frases clásicas que me gustaría haber anotado porque Gus se habría partido el culo, pero todo lo que se me ha quedado en la cabeza son los gastados clichés. El decano es un *gran* fan de los clichés.

Después de que el profesorado se despida al unísono con un «¡Que viva la experiencia Grant!», yo lanzo el desenfrenado grito de los vaqueros «¡Yija!». Se mezcla bien con los aplausos y el alboroto del resto de los alumnos de primer año. Clayton pone los ojos en blanco como si mi entusiasmo lo avergonzara.

—¿Qué, tío? —replico—. Es que estoy tan emocionada. Eso sí que ha sido un discurso inspirador. —Lo señalo e imito la voz del decano con cara impasible—. «El destino está en vuestras manos». «El futuro es brillante». «Somos una gran familia feliz aquí en Grant». «Vuestra vida comienza ahora».

Clayton sacude la cabeza con aire de gravedad, pero una sonrisa asoma en la

comisura de su boca. No se le da bien hacerse el estricto.

—Katherine, esto ha sido una hora de mi vida que nunca podré recuperar —dice con sequedad.

Río.

—Ah, Clayton, yo no recuperaría esa hora ni por todo el café de Colombia.

—Creo que la frase es «ni por todo el té de China».

Niego con la cabeza.

—Odio el té.

Sacude la cabeza como si no estuviera seguro de qué hacer conmigo.

Suprimo una risita y continúo:

—He abierto los ojos como un recién nacido y he visto la experiencia Grant. Va a ser increíble, joder.

Esboza una sonrisa y me tira el lápiz.

—¡Katherine, chsss!

Señalo el cuaderno que todavía está en la mesa frente a él.

—¿Has pillado alguna de las perlas del decano? Dios, ¿estabas haciendo un dictado, Clayton? Has tomado muchísimos apuntes.

Se sonroja.

—Soy meticuloso.

Y ahora me siento mal por haber hecho que se sonroje. Le doy palmaditas en el hombro y me pongo en pie.

—Ah, solo estoy bromeando, Clayton. Yo soy una vaga. Tú eres un buen estudiante. Nos las arreglaremos. Vamos a buscar nuestras habitaciones.

Me sorprende un poco que después de levantarse y pasarse por el hombro la bandolera de cuero, me coja del brazo. Yo me apunto la primera a las muestras de cariño, pero no toma la posición del que guía, sino del que quiere que lo guíen. Empiezo a preguntarme si emito un olor a leche agria como las madres nodrizas, porque algunas personas se ven atraídas por mí por una única razón: necesitan que les cuide. Tengo una nueva misión: proteger a Clayton de la tormenta o, al menos, introducirlo en ella con suavidad. Tengo la impresión de que la vida no siempre ha sido fácil para él. Ha elegido a la amiga correcta. Soy un amortiguador *fantástico*, en serio.

Coloco la mano sobre la suya, con la que se agarra a mi brazo.

—Empecemos con la maldita experiencia Grant.

Nuestras habitaciones resultan estar justo enfrente la una de la otra. *Dichoso destino*. Nuestros nombres y los de nuestros compañeros de habitación están pegados

en la puerta. El de Clayton es Peter Samuel Longstreet III. Yo rezo en silencio: «Por favor, Dios, que Pete no sea un capullo homofóbico». Porque aunque lo conozco desde hace una hora, estoy un noventa y nueve coma nueve por ciento segura de que al dulce y encantador Clayton le gustan los chicos tanto como a mí.

A mi compañera de habitación le endosaron el nombre —y no es broma— de Sugar Starr LaRue. ¿Se lo pensaron bien sus padres? Intento con todas mis fuerzas que mi imaginación no se descontrole, pero lo primero que me viene a la cabeza es... una *stripper*. Lo sé, lo sé. Puede que sea una doncella encantadora, casta y mojigata, pero con un nombre artístico como Sugar Starr LaRue tienes que estar a la altura, ¿no crees? Y una vez que el perfil de *stripper* se me ha clavado en la mente, creo que me sentiré decepcionada si la chica resulta ser normal.

Ayudo a Clayton a llevar sus cosas desde el coche a la habitación, y luego él me ayuda a mí. Peter Samuel Longstreet III aparece en medio del trájín, así que lo ayudamos a él también. Es alto y un poco rechoncho. Tiene el pelo castaño claro con un corte de estilo militar y acné leve. Lleva unos pantalones con pliegues de color caqui, un polo verde bosque y zapatos marrones sin cordones. Parece un agente de seguros de mediana edad atrapado en el cuerpo de un joven de dieciocho. Supongo que es un chico normal, excepto porque parece *increíblemente* inocente. O sea, increíblemente inocente. Tras cinco minutos con él me doy cuenta de que no estoy muy equivocada. Es muy tímido y está extraordinariamente tenso. Me tomo un minuto para agradecersele a Dios: «Gracias, Dios. Pete parece un estirado, pero no un capullo odioso. Muchas gracias. Corto y cambio». Sé que es raro, pero me gusta pensar en Dios como en un colega. No soy religiosa; solo hablo mucho con él. Le pido muchos favores. A veces llueve a mi gusto, a veces no. Así es la vida. Hay que aprovecharla al máximo.

Por supuesto, ahora que siento curiosidad y que me pregunto si Sugar pondrá la barra en la esquina más alejada o justo en el centro de la habitación, no aparece. El misterio tendrá que esperar un día más. Deshago la maleta en soledad, acompañada únicamente por mi fiel iPod. Me pido la cama más alejada de la puerta, justo al lado de la ventana.

Clayton viene para que le preste la pasta de dientes y yo lo sigo a su habitación. *Dios bendito*. Es la habitación más recogida y ordenada que he visto en mi vida. Ambos han deshecho las maletas y todo está guardado ya. Dichoso sea el destino. Clay y Pete estaban destinados a ser compañeros de habitación. ¿Qué probabilidades hay de que a dos chicos obsesionados con el orden les asignen la misma habitación? O sea, las probabilidades tienen que ser como una entre un millón, ¿no? Espero que Sugar no tenga un TOC como estos dos o se va a llevar una enorme decepción. Yo nunca hago la cama, jamás. Tampoco pongo la ropa sucia en un cesto. No es que sea

guarra, solo soy desordenada.

Es tarde cuando termino de instalarme en mi nuevo hogar. Lo último que hago es poner dos portarretratos uno al lado del otro en el escritorio que hay junto a la cama. Antes de apagar la luz, miro las fotos.

—Buenas noches, Gracie. Buenas noches, Gus. Os quiero.

Sábado, 27 de agosto

Kate

Me levanto cuando me vibra el teléfono en el escritorio de una manera demasiado exigente para ser tan temprano. Entreabro los ojos y, todavía medio dormida, veo que en el reloj pone que son las seis y cuarenta y siete de la mañana. Lo primero que pienso es que es Gus. Siempre es Gus. Sin embargo, ni siquiera son las cinco de la mañana en California, así que no puede ser él... a menos que haya estado toda la noche fuera, lo cual es muy posible. Me destapo y me giro para ver qué es tan importante.

Es un mensaje de Maddie: «T djast cosas aki. Ven ants d ls 12».

—Y buenos días a ti también —le bostezo al teléfono. Es demasiado temprano para tanta abreviación.

Me estiro y decido que ahora es un buen momento como cualquier otro para echar un vistazo a las duchas al fondo del pasillo. Me pongo las chanclas en la ducha porque Gus me dijo que podía coger hongos desagradables si no lo hacía.

A las siete y diez ya he salido y me dirijo a la casa de Maddie. Si me hace ir al alba más le vale estar preparada para recibirme.

Después de golpear por tercera vez la puerta, responde envuelta en una suave bata blanca y una de esas cosas para tapar los ojos en la frente.

—Kate, son las siete y veinticinco de la mañana.

—Mmm, ¿sí? —No me digas...—. ¿Estabas durmiendo?

—Sí. —Está molesta.

—Lo siento. Pensaba que como tuviste la cortesía de enviarme un mensaje para despertarme, tenía permiso para venir. —Estoy de muy buen humor e intento manejar la situación con bromas. Es la única manera de lidiar con sus tonterías tan temprano.

—Me desperté temprano porque Princesa necesitaba salir y te envié un mensaje antes de volver a la cama. —Suelta una risa condescendiente que suena como un ladrido—. En serio, Kate, ¿es que no sabes nada de vivir en una residencia? —Está claro que disfruta como una loca tratándome con condescendencia, pero, para ser sincera, es muy entretenido y hasta gracioso—. Es de buena educación poner el móvil en silencio por la noche o tu compañera de habitación te va a odiar. Es una de las primeras reglas para vivir en una residencia. Si hubiera estado en silencio, *como*

debería ser, mi mensaje no te habría despertado.

Y como Maddie es una de esas personas que piensan que todos están pendientes de cada palabra que dicen, le doy el gusto:

—Gracias, Maddie, lo tendré en cuenta.

«Por el amor de Dios, dormí en la misma habitación que Grace durante diecinueve años, así que probablemente sepa un par de cosas sobre educación y compartir espacio», quiero añadir, pero me muerdo el labio.

Y como Maddie también es una de esas personas que no se dan cuenta de cuándo están siendo idiotas, sonrío.

—De nada. —Y entonces sacude la cabeza y me mira con pena—. ¿Qué voy a hacer contigo?

«Podrías tirar mis cosas por la puerta para poder marcharme porque todavía no has tenido la gentileza de invitarme a entrar», se me pasa por la cabeza, pero entonces me digo que debería ponerme en la piel de Maddie. ¿Qué pensaría de mí misma? Ella en realidad no me conoce; ¿qué me ha pasado? Quizá piensa que necesito que me cuiden y esta es su forma de ser bienintencionada. En fin.

—Entonces voy a por mis cosas y desaparezco de tu vista. —He terminado de molestarla. Ya no es divertido.

—Oh, cierto. —Da un paso a un lado y señala una pila de ropa que hay en el sofá.

—Genial —digo mientras recojo la ropa—. Gracias por no tirarla en la cuneta o, ya sabes, prenderle fuego.

Ella arruga la cara, confusa.

—Yo no haría eso.

Todavía no conoce mi sentido del humor.

—Es broma. Estoy bromeando, Maddie. Relájate. —Su expresión se suaviza, pero parece que sigue herida—. Ya que estás despierta, ¿quieres que comamos algo?

—Siento unos pinchazos en las costillas por la culpa.

Se muestra muy entusiasmada y me sorprende.

—Claro. Dame solo unos minutos para arreglarme.

—No hay problema; tómate tu tiempo.

Si hubiera sabido que interpretaría mi comentario de «Tómate tu tiempo» tan literalmente, le habría dicho «No hay problema; tienes quince minutos». Una hora y media después sale del baño vestida como si estuviera lista para ir a la discoteca. Eso es otra cosa típica de Maddie: no sabe cómo vestir de manera informal. Yo llevo unos pantalones de chándal, una camiseta de los Sleigh Bells y zapatillas de deporte, pero ella lleva un minivestido sin tirantes y sandalias de plataforma con tiras.

—Vaya, qué vestido tan bonito, pero, tía, solo vamos a desayunar.

—Ay, Kate. —Sacude la cabeza como si dijera «Ay, tonta e inmadura Kate»—. Nunca sabes cuándo vas a conocer al príncipe azul. Siempre tienes que estar tan guapa como puedas. —Ella se fija en mi atuendo—. Es algo que aprenderás con el tiempo.

«Estoy segura de que no». Supongo que todos tenemos diferentes definiciones de lo que es el príncipe azul. Puede que mi definición se base un poco más en el contenido y la personalidad. Llamadme loca.

El vestido que lleva deja a la vista un montón de piel y es la primera vez que me doy cuenta de lo delgada que está. Parece un esqueleto. No puedo evitar apartar la vista. Es como si se hubiera puesto en marcha una especie de mecanismo interno que me protege de cosas que dan miedo.

De repente, Maddie está jovial y feliz. Habla sin parar durante todo el camino a la cafetería de la visita que hizo ayer al gimnasio y del tipo guapo y rico que le pidió el número de teléfono. Yo asiento en los momentos adecuados. Alguien está a la caza de hombres y acepta a todos los candidatos con una gran cartera, pene y un corazón palpitante. Buena suerte.

La comida en la cafetería transcurre casi igual que en el restaurante de *sushi*. Maddie pide comida, pero al contrario que en el restaurante, en esta ocasión no se desperdicia nada. Devora un plato de huevos, *hash browns*, salchichas, beicon y jamón, al igual que tres tortitas del tamaño de un plato llano que rezuman sirope. Cuando ve que no me como las salchichas que vienen con los huevos y una tostada, también se las come. Esta chica podría participar en competiciones de comida. Debe de tener un metabolismo tan rápido como la velocidad de la luz.

Cuando volvemos al piso recojo la ropa del sofá.

—Gracias por aguantarme durante unos días, Maddie.

Ella levanta un dedo y empieza a alejarse.

—Espera un momento. Vuelvo enseguida.

Me quedo ahí de pie menos de un minuto, hasta que recuerdo que no tenía la cuchilla en la ducha esta mañana. Debo de habérmela dejado en la ducha de Maddie y mientras la espero podría aprovechar para cogerla. La puerta del baño de invitados está cerrada, pero Maddie deja ahí a Princesa cuando no está en casa. Abro la puerta despacio, al tiempo que oigo, con un asqueroso chapoteo, a Maddie vaciando el contenido de su estómago en el inodoro. El olor es apabullante. Me dan arcadas.

—Maddie, ¿estás bien?

Espero verla sudorosa o agobiada, como la víctima de una intoxicación alimentaria. Está sentada en el borde de la bañera, sosteniendo sus largos rizos rubios sobre el inodoro, con cuidado de no tocar nada. Es la cosa más rara que he

visto porque parece resuelta y serena. No sé qué harán otras personas, pero cuando yo le rezo al dios de cerámica me agazapo frente a él, desplomada y sometida. Soy un desastre.

—¿Qué coño haces, Kate? —Se limpia la boca con el dorso de la mano antes de tirar rápidamente de la cadena. La cara se le enrojece y no sé si está enfadada porque está avergonzada o enfadada porque está, bueno, solo enfadada.

—Lo siento, Maddie. No sabía que estabas aquí. Pensaba que había olvidado mi cuchilla y estaba...

—¡Podrías haber llamado a la puerta!

Me quedo sin palabras mientras la miro lavarse las manos, enjuagarse la boca con un enjuague bucal y arreglarse el pelo en el espejo. Si no la hubiera visto tirar un desayuno valorado en catorce dólares con noventa y cinco centavos en el retrete no lo habría creído a juzgar por su aspecto actual. No está nada afectada y eso me acojona. La alarma empieza a sonar atronadoramente en mi cabeza como una sirena antiaérea. Ahora todas las piezas encajan: los atracones, la obsesión con hacer ejercicio, ir al baño inmediatamente después de comer, un cuerpo tan delgado que da miedo... Es bulímica.

—Maddie, tenemos que hablar seriamente de esto. —Señalo el inodoro porque no quiero que se ponga a la defensiva si le pongo nombre a su problema.

Ella encoge un hombro, lo que me dice que no tiene ganas de tener esta conversación.

—No hay nada de qué hablar.

La irritación ha desaparecido de su voz. Y creo que me gustaba más verla enfadada, porque ahora está impasible y no se puede hablar con alguien que se muestra impasible. Ponen barreras que lo bloquean todo.

La sigo a la sala de estar.

—Maddie, escúchame, no voy a juzgarte... en serio. Por favor, déjame ayudarte con esto.

Ella suelta la risa menos emocionada que he oído nunca.

—¿Tú me vas a ayudar? Esta sí que es buena. ¿Qué edad tienes, dieciocho?

—Maddie, eres mi tía, mi familia, y me importas, ¿vale? Es todo lo que digo. ¿Cuánto hace que empezó?

—Pequeña Kate, qué inocente eres. —Es ese tono condescendiente, el de «te voy a hablar como a una niña de cinco años» otra vez.

—¿*Inocente*? Maddie, acabas de vomitar el maldito desayuno en el inodoro... *a propósito*.

—Kate, cariño, no pasa *nada*. —La expresión de su rostro es muy tranquila y

despreocupada.

Sacudo la cabeza, pero no aparto los ojos de los suyos. Esto no puede estar pasando.

—Tía. —Sueno suplicante y triste.

Ella sacude la cabeza a su vez.

—Kate, solo me doy un atracón y vomito de vez en cuando. No es un hábito. A veces es que me entra mucha hambre. Así puedo comer mucho, pero no gano peso. Son todo ventajas. —Intenta convencerme con su deslumbrante y blanca sonrisa.

—Tía, no son todo ventajas. Te la estás jugando con tu cuerpo. A los cuerpos no les gusta eso. En algún momento se rebelan. —Una persona que daña su cuerpo a sabiendas es algo que no soporto. Un montón de gente daría lo que fuera por un cuerpo sano. Tú cuerpo es un templo. No te cagas en el templo.

Ella le quita importancia con la mano como ha hecho otras veces esta semana. La estoy perdiendo. No me va a escuchar y no tengo un marco de referencia ni la información necesaria sobre el asunto. No sé qué decir, así que sin pensar digo lo mismo que siempre le digo a Gus sobre fumar.

—Deberías dejarlo. —Me siento estúpida cuando lo digo.

Ahora sus ojos arden de enfado; la he presionado demasiado. Toma aire profundamente y dice:

—Kate, creo que deberías irte.

Sip, sin duda me he pasado de la raya. He descubierto su secreto y está furiosa y en todo su derecho. Necesito darle algo de espacio. Recojo mi ropa y me dirijo a la puerta.

—Gracias otra vez por no prender fuego a mi ropa.

Espero su respuesta, pero nada. Ni siquiera un «De nada» o un «Que te jodan». Me está haciendo el vacío, lo cual me provoca un escalofrío. Miro hacia atrás y, de repente, ya no estoy en la habitación con Maddie; estoy en la habitación con Janice Sedgwick. Maddie ha heredado el aspecto de mi madre, hasta la manera en que deja caer el peso sobre el pie izquierdo, y tiene los brazos cruzados. Podrían ser la misma persona. Mi madre no fue una madre. No podía evitarlo. Cuando no tomaba las medicinas, no era ella misma, y cuando tomaba las medicinas, no era ella misma. Las enfermedades mentales no son para tomárselas a broma. Había ocasiones en las que era cariñosa y amable. El resto del tiempo estaba enfadada o indiferente. El enfado y la indiferencia son completamente diferentes, pero cuando eres pequeña y eso recae sobre ti, los dos te rompen el corazón. Aprendí pronto a no tomármelo como algo personal, pero cuando le tocaba a Grace, me hacía añicos. Intentaba asegurarme de que eso nunca pasara. En las raras ocasiones en las que fracasaba, *me odiaba a mí*

misma por ello.

Necesito salir de aquí.

Salgo por la puerta y, justo antes de que se cierre detrás de mí, digo:

—Por favor, pide ayuda. —Creo que no me ha oído, pero entonces veo a través de la ranura que encorva los hombros un poco.

De vuelta en la residencia, busco información sobre la bulimia en mi portátil durante una hora. Entonces me detengo porque es deprimente. Tengo la cabeza llena de preguntas.

Es la hora del almuerzo y aunque comer es la última cosa que tengo ganas de hacer después de lo que he leído la hora anterior, tengo que salir de esta habitación. Tengo que pensar en otra cosa. Se me da bien dividir mi vida. Si algo malo sucede, puedo concentrarme en ello un rato y luego dejarlo en un segundo plano para cuando lo necesite. Lidiar con una infancia como la mía me enseñó esa útil lección. No puedo dejar que lo malo me consuma o me devorará por completo. Lo malo se queda en algún rincón de mi mente y no dejo que pase por la puerta para juntarse con lo bueno porque lo malo es un maldito aguafiestas.

Así que cruzo el pasillo y toco en la puerta de Clay. Peter la abre.

—¿Qué pasa, Pete?

Asiente con rigidez.

—Kate.

Estiro los brazos, agarro a Pete por los suyos y lo sacudo amistosamente.

—Relájate, Pete. Oye, ¿está Clayton por aquí?

Pete abre del todo la puerta y veo a Clayton tumbado en la cama leyendo una revista.

—Oye, Clayton, ¿qué tal? Iba a la cafetería a almorzar algo. ¿Quieres venir?

—Hola, Katherine. Claro. Este artículo es terrible. Me está dando sueño. —Se estira y deja la revista en el escritorio. A veces me pregunto si Clayton fue británico en otra vida. ¿Acaso hay gente más refinada?

Miro a Peter, que todavía sostiene la puerta.

—¿Quieres venir tú también, Pete?

—No quiero molestar. —Qué formal es.

—Pete, tío. Solo vamos a almorzar. Además, Clayton y yo todavía no estamos saliendo. Está ignorando por completo mis insinuaciones. —Le envío a Clayton mi sonrisa más seductora y un guiño de ojos.

Él sacude la cabeza.

—Ay, Katherine —dice. Me encanta que entienda mi sentido del humor.

—¿Ves, Pete? Voy a tener que utilizar un montón de estrategias creativas y técnicas de cortejo a la antigua usanza. Clayton es un hueso duro de roer. No molestas para nada.

Pete sabe que solo estamos bromeando porque Clayton le dijo anoche que es gay. Dijo que no quería que las cosas fueran incómodas entre ellos o que Peter se quedara con la duda. A Peter no le importó. De alguna manera yo sabía que no le importaría.

El almuerzo con Clayton y Peter es increíble. Nos sentamos juntos, bromeamos y contamos historias. Resulta que Pete es divertido una vez que se relaja un poco. Y Clayton, bueno, Clayton es mordaz y sarcástico. Nos partimos el culo y, considerando que para mí la risa es como el oxígeno, lo necesitaba de verdad. Es mi medicina. He encontrado a dos personas que me hacen reír hasta que me saltan las lágrimas y me meo en los pantalones. Ese es el tipo de persona con la que me gusta estar y ahora tengo a dos. Soy afortunada.

Vuelvo a mi habitación y me encuentro con que la han invadido igual que se invadió Francia en la Segunda Guerra Mundial. Hay cosas por todas partes, tuyas y mías.

Saludo con la mano a la chica que está en pie, con las manos en las caderas, en medio de la habitación.

—Hola, soy Kate.

Ella me mira, se sopla un mechón de pelo para quitárselo de la cara y tira de la goma de su coleta. Mientras me mira con serenidad, se coloca los pelos sueltos antes de volver a ponerse la goma.

—Soy Sugar.

Es guapa, como una modelo. Pelo largo y rubio, grandes ojos oscuros, labios llenos y sensuales y, Dios, es alta. Tiene las piernas casi tan largas como todo mi cuerpo. Está delgada, pero en forma. Y tiene unas tetas *gigaenormes*. Mi opinión es infalible porque, bueno, no esconde nada: lleva un top y los vaqueros cortos más pequeños que he visto jamás. ¿Cuándo empezaron a hacer ropa interior con tela vaquera? Sí, esto no me ayuda mucho a cambiar la imagen mental de la *stripper*.

—He tenido que mover algunas cosas. No me iba bien como estaba antes —dice Sugar, sacudiendo la cabeza y mirando el desorden—. No, no me iba bien para nada.

—No pasa nada. Podemos arreglarlo.

Sugar me da órdenes como un marine. Después de cambiar toda la habitación tres veces, por fin está satisfecha. Estoy sudando como un pollo. Me parece sospechoso que aunque tengamos la misma cantidad de muebles, ella tenga dos tercios de la habitación. Pero bueno. Tengo espacio suficiente para todas mis cosas, así que no

voy a quejarme. Es muy obvio que Sugar siempre consigue lo que quiere. ¿Y yo? Yo elijo mis batallas.

No hablamos mucho aparte de sobre el diseño de interiores y la colocación de los muebles, pero le hago preguntas. Me entero de que Sugar tiene dieciocho años y es de Minneapolis. Sus padres están divorciados, tiene un medio hermano de tres años y un cocker spaniel llamado Mercedes. Conoce a «un montón» de gente que va a Grant. Ella no se interesa por mí. Cuando la gente está interesada en ti, hace preguntas. Yo he preguntado. Ella no.

Oh, y no dice nada de *striptease*. Y no hay ninguna barra.

Maldita sea. Me siento engañada.

Domingo, 28 de agosto

Kate

—¿Quién es ese chico? ¿Tu novio? —Sugar me dispara esas preguntas en cuanto pongo el pie en el umbral de nuestra habitación, cuando vuelvo de la ducha. Señala uno de los portarretratos de mi escritorio. Supongo que es una compensación por no haber hecho preguntas ayer.

—No. Mi mejor amigo.

Ella estalla una pompa de chicle.

—Mmm. Está bueno. Tiene unos ojos bonitos.

Es la misma foto que tengo en el móvil, cortada para que se vea solo su cara. Aparece cada vez que llama. En la del portarretratos estamos los dos, riendo. Salgo recta con la cabeza hacia atrás y él inclinado hacia delante, con el largo pelo que le cae sobre un ojo. El otro mira a la cámara con una expresión de alegría y malicia, calmado y desinhibido. Es el Gus de siempre. Nuestro amigo, Franco, hizo la foto hace un año cuando estábamos todos en la playa.

—Sí, tiene unos ojos increíbles. —Son de un marrón muy oscuro, casi negro. Brillan.

Sugar echa un vistazo a la foto de Grace como si la acabase de ver.

—¿Quién es ella?

—Mi hermana.

Me quedo mirando la cara de Grace. Saqué esa foto una tarde del pasado abril cuando fuimos a la playa para ver la puesta de sol. Grace posa frente a una ardiente puesta de sol naranja, que está en medio del horizonte danzando en el agua como si fuera fuego, pero palidece en comparación con la sonrisa en la cara de Grace. Ilumina la foto. Es la misma sonrisa que mostraba cada día. Es la misma sonrisa que hacía que todo fuera mejor. Es la misma sonrisa que era una prueba tangible de que yo estaba rodeada de bondad. Es la misma sonrisa que me hacía sentir como la persona más afortunada del mundo por tener una hermana como ella. Esa sonrisa, esta foto, representa todo lo puro y sincero del mundo.

—Bueno, voy a salir. Tengo gente a la que ver y sitios a los que ir.

Sugar coge el bolso. Viste unos pantalones blancos diminutos, una camiseta sin mangas y no lleva sujetador. Estoy a favor de que las chicas se liberen de cuando en

cuando, pero a ella se le ven claramente los pezones oscurecidos a través de la delgada tela blanca. ¿Y si se ha olvidado del sujetador? No puedo dejar que salga sin decirle algo.

—Mmm, Sugar. —Me señalo el pecho intentando ser sutil.

Ella se mira sus gigantes e increíblemente firmes tetas.

—¿Qué?

—No estoy segura de cómo quieres ir vestida, pero sabes que tienes las gemelas totalmente a la vista, ¿no?

Se encoge de hombros.

—Sí.

Levanto el pulgar.

—Vale, entonces todo bien. Nos vemos.

Decido que hoy es el día en que voy a llevar a Clayton a Grounds por primera vez. Abro la puerta con cuidado en esta ocasión y que me parta un rayo si la campana no sigue siendo atronadora. Las leyes de la física son falsas: la cantidad de fuerza ejercida en la puerta no puede ser igual al volumen de esa puñetera campana. La bestia no puede ser domada. Romero está aquí de nuevo y se acuerda de mi nombre completo, el de pila y el apellido. Le presento a Clayton, y este pide un moca *macchiato* con leche de soja y nata *light*. Parece al borde del éxtasis mientras se lo bebe. ¿Puedes llegar al clímax con una taza de café? Uno podría pensar que conozco la respuesta. Clayton se queda sin palabras. Mi café está de vicio otra vez, pero no como para llegar al clímax. Quizá por eso es tan genial ponerle todos los extras esos.

Clayton y yo pasamos la tarde escuchando música en su habitación. A Clayton le gusta bailar *dubstep* y *house*, cosa que a mí también me va. Nos dejamos el culo bailando como dos niñas de trece años. Me encanta hacerlo. Gus y yo íbamos mucho a bailar. Siempre había hogueras en la playa que se convertían en bailes. Como a Grace siempre le gustó la música, la llevaba conmigo. O a veces Audrey se hacía cargo de ella por la noche, y Gus y yo íbamos a la discoteca en la que él conocía al portero y nos dejaba entrar a pesar de que ambos éramos menores de edad. Gus es increíble en la pista de baile. Después de acostarme con él, una cosa explica la otra. Digamos que se siente muy cómodo con su cuerpo y lo conoce *jodidamente bien*.

Pete nos sorprende en medio de la fiesta, se pone rojo como un tomate, hace un giro de ciento ochenta grados y vuelve a salir. Supongo que no tenía ningún paso que aportar a la pista; tendremos que arreglar eso. Sin embargo, Clay es bueno. ¿Sabes cuando vas a una discoteca y hay una persona a la que todo el mundo mira, que hace que parezca fácil? Ese es Clayton. Estoy impresionada.

Estoy sudando cuando me marcho a mi habitación a eso de las seis.

—Clayton, lo das todo en la pista de baile, amigo mío. Tenemos que encontrar una discoteca en la que tengan noches para menores de veintiuno.

Su sonrisa es de júbilo puro y aplaude tan rápido que sus manos parecen alas de colibríes.

—Ay, Katherine, eso sería fabuloso. Nunca he ido a una discoteca de verdad.

Eso me sorprende.

—¿En serio? ¿Dónde aprendiste a bailar así, chico?

Se sonroja y luego pregunta:

—¿Crees que habrá discotecas gay en Minneapolis?

Me encojo de hombros.

—Claro.

Se pone más rojo.

—Katherine, ¿tú... esto... si encuentro una en la que podamos entrar, vendrías conmigo? No hay nadie más a quien pueda pedirselo.

Le doy un pequeño apretón en el hombro.

—Por supuesto. Solo dime cuándo.

Esboza una sonrisa tan grande que casi le ocupa toda la cara y arroja los brazos a mi cuello.

—Gracias.

Le doy golpecitos en la espalda e intento liberarme un poco de su abrazo mortal.

—No hay problema.

Después de ducharme, vuelvo a mi habitación vacía y decido que es el momento de volver a usar Skype. Le envío un mensaje a Gus y, por suerte, está disponible. Rook ha vuelto a Los Ángeles, han grabado durante todo el mes de julio y los han hecho volver para aprobar el diseño del álbum y prepararse para la gira, que está programada provisionalmente para empezar a finales de septiembre. Después del lanzamiento del álbum, la discográfica espera que salgan en la radio de inmediato para darle bombo y promover la gira con éxito. Suena fácil, ¿verdad? Será un mes estresante y si hay algo que vuelve loco a Gus es el estrés. Ya estoy preocupada por él.

Un torrente de felicidad y locura me recorre las venas cuando veo que su bobalicona sonrisa aparece en la pantalla de mi portátil.

—Cuánto tiempo sin hablar, Bright Side. ¿Qué tal?

—Hola, Gus. Tú primero, ¿qué tal en Los Ángeles?

Aunque nos enviamos mensajes varias veces todos los días, siempre quiero

enterarme de los detalles.

—Tía, agotador de cojones.

Si me fijo, veo sus ojeras oscuras.

—Sí, tienes mala pinta. ¿Cuándo dormiste por última vez?

Bosteza y piensa durante un momento.

—El jueves por la noche fue la última noche que dormí del tirón.

El viernes por la mañana llamaron al grupo para decirles que tenían que estar ese mediodía en Los Ángeles, así que metieron las maletas en los coches y la furgoneta de Gus y se fueron. Han estado en el estudio desde el viernes por la tarde, trabajando con el productor, revisando las últimas versiones de las canciones. Bueno, al menos lo que antes eran las últimas versiones. Hoy es el primer día que han visto la luz del sol.

—Tío, necesitas descansar en cuanto puedas.

—¿Y me lo dice la Camionera puñetera, que atraviesa medio Estados Unidos sin dormir? —Levanta una ceja—. Ya soy mayorcito, Bright Side. Me las apañaré. Pero sí que estoy muerto.

—Me lo creo. ¿Así que todo está listo con P. A. S.?

Cuando conocieron al productor en julio él se presentó como el Realizador de Sueños. Gus le siguió la corriente y tras llamarlo R. S. durante una semana, lo bautizó como el Puto Amo de los Sueños. Al tipo le encantó y Gus lo tiene comiendo de la mano desde entonces.

—Sí. Por fin hemos terminado, hace una media hora. O sea, estoy orgulloso, pero, joder, estos últimos días han sido brutales. Elegir canciones es como alinear a tus hijos frente a un pelotón de fusilamiento. Todos podemos opinar, pero P. A. S. tiene la última palabra. —Se pasa los dedos por el pelo y se lo recoge en una cola. Está frustrado. Cinco, cuatro, tres, dos, uno—. Necesito un cigarro. Espera. —Coge el portátil y empieza a caminar, lo que hace que la imagen de la pantalla salte y se tambalee como una película casera mala.

—Tío, me estás mareando.

—Lo siento, Bright Side, tengo que ir al balcón para fumar.

El portátil se detiene en una superficie sólida y Gus busca el mechero en el bolsillo con el cigarro ya en los labios.

—Deberías dejarlo.

Él sonrío, sosteniendo el cigarro firmemente entre los dientes.

—No esta semana, ni este mes, y probablemente no este año conforme están yendo las cosas, así que no empieces. —Ahueca la mano izquierda alrededor del cigarro y lo enciende. Resplandece y él inhala como si fuese su último aliento.

Después de soltar todo el humo, cierra los ojos y se apoya en el respaldo de la silla.

—¿Mejor?

Gus asiente, con los ojos todavía cerrados y da otra larga calada.

—¿Entonces estás contento con el resultado de la grabación? —pregunto nerviosa.

Él sonrío, soñoliento, con los ojos aún cerrados.

—Estoy contento. —Lo dice en serio.

Todavía no sé qué canciones han pasado la criba para estar en el álbum. Grabaron quince, pero solo once han sobrevivido. Gus ha insistido en que es un secreto en este momento. Yo creo que tiene miedo de gafarlo si habla mucho de ello, en plan que se despertará y descubrirá que todo ha sido un sueño.

—¿Entonces cuáles han llegado a la versión final del álbum? ¿Me lo puedes contar ya?

Abre los ojos y esboza esa sonrisa que quiere decir que está muy feliz, feliz en lo más profundo de su corazón.

—*Missing You*.

—No me jodas.

Todavía sonrío.

—En serio. No quería decir nada antes en caso de que la canción se quedara fuera, pero cuando estuviste en el estudio con nosotros en julio, P. A. S. se volvió loco contigo. Pensó que el violín era una genialidad, *porque lo es*.

—Vaya, eso es... No sé qué decir... Es... increíble. —Vuelvo a pensar en julio y recuerdo la experiencia en el estudio—. No se mostró muy entusiasmado cuando la tocamos. Pensaba que me tomaba el pelo cuando dijo que le gustaba.

Estoy estupefacta. Gus escribió la canción y me dijo que era un regalo de mi parte para Grace. Es una de las pocas baladas que ha escrito. Escribió la parte para violín e insistió en que yo tocara en la canción. Salí de mi retiro solo por Grace. Fui al estudio con el grupo y toqué, esperando que se quedara en alguna parte de la sala en la que eligen las canciones, lo cual habría estado bien, porque solo tocar en el estudio era ya algo que nunca olvidaría. Otra noche, después de que todos se hubieran ido a casa, Gus me convenció para que cantara con él una canción, *Killing the Sun*, solo por diversión. Esta canción es algo así como su himno en los conciertos. Todos la cantan juntos. Hace que se me ponga la carne de gallina cada vez que los veo en directo. La cantamos juntos y una vez hasta la canté sola. No tengo la voz educada como Gus, pero me gusta cantar y afinó bien. Cantamos armonías a dos voces bastante bien. Fue divertido. La grabamos y descargamos las dos canciones para mí, así que puedo decir que tuve mi momento de estrella del *rock*.

—Sí, intentaba mantenerse tranquilo delante de ti, pero al día siguiente, cuando todos volvimos a escucharlo, se puso como un loco. Así que gracias, ya sabes, por ser una especie de virtuosa. —Guiña el ojo mientras apaga el cigarrillo en un cenicero que ya rebosa—. Basta por hoy de hablar del álbum; no quiero hablar de ello ahora mismo. Quiero escuchar qué está pasando en la poderosa metrópolis de Grant. Ponme al día. —Acerca la silla a la mesa.

—Vale, veamos, será bueno y breve. He hecho dos nuevos amigos, Clay y Pete. Viven al otro lado del pasillo. Mi compañera de habitación, Sugar...

Gus me interrumpe.

—Espera, un momento, ¿el nombre de tu compañera es Sugar? ¿O sea, azúcar, el delicioso edulcorante de la naturaleza?

Asiento.

—Sugar Starr LaRue.

Hecha la cabeza hacia atrás entre risas.

—Ay, joder, qué bueno... ¿Qué coño fumaron sus padres? —Se inclina hacia la pantalla—. Bright Side, dime que es *stripper* o... o una señorita de compañía o algo. —Tiene los ojos brillantes, llenos de curiosidad.

Aplaudo y río.

—¡Eso mismo pensé yo! —Niego con la cabeza, de nuevo sería—. No lo es.

—Tía, habría sido perfecto. ¿Sabes que te han arrebatado una anécdota buenísima?

—Lo sé. Yo también estoy un poco triste por ello. Pero puede que al final termine con alguna buena anécdota, porque tiene el cuerpo para dedicarse a ello y esta mañana ha salido con una camiseta blanca de tirantes que se transparentaba y sin sujetador.

Levanta las cejas.

—Maldita sea, ¿cuál era tu dirección? Puede que tenga que visitarte antes de lo previsto.

—Pervertido.

Se encoge de hombros.

—Culpable. Soy un chico; viene incluido. ¿Y qué más? ¿Qué pasa con esos dos del otro lado del pasillo?

—¿Clayton y Peter?

—Sí. ¿Cómo son? ¿Tengo que preocuparme por tu virtud?

Pongo los ojos en blanco.

—Tío, sabes que ese barco zarpó hace años. Pero, mmm, sí, hay más

posibilidades de que las ranas críen pelo que de hacérmelo con uno de los dos.

—¿Por qué lo dices? —pregunta, con una expresión casi esperanzada.

—Bueno, Clay y yo jugamos en el mismo equipo y creo que Pete es una de esas personas que seguirán siendo vírgenes a los cuarenta o a las que les va el rollo fetichista y otras cosas raras, pero utiliza su personalidad superestirada como fachada para que nadie lo sospeche. En cualquier caso, no me apunto.

Gus asiente y sonrío.

—Si me gustara apostar, y sabes que sí, diría que Pete es un adicto al sexo al que le gustan los juegos de rol y se corre con el sadomasoquismo. Posiblemente con el *bondage*. ¿Crees que es el dominante o el sumiso?

Me tapo las orejas y sacudo la cabeza.

—Puuaj, sabes que me voy a imaginar a Pete llevando solo unos zahones de cuero y una fusta cada vez que almuerce con él, ¿verdad?

Gus esboza una gran sonrisa.

—De nada.

Le saco la lengua.

—Capullo.

—*Sip*. Entonces tu compañera de habitación es una *stripper* clandestina en ciernes y te has estado codeando con gays y sumisos. No tenía ni idea de que Minnesota fuera tan progresista. Es una mezcla impresionante. Quizá debería haber ido a la universidad. ¿Qué más? Cuenta. Cuenta. —Hace gestos con las manos para animarme.

Pienso un momento.

—Ayer vi a Maddie.

—Tía, no me digas que se confundió otra vez con los grupos de alimentos y terminaste comiendo algo de la parte equivocada de la pirámide alimenticia. ¿Segunda ronda de cagalera?

—No, pero hubo comida de por medio. A decir verdad, estoy un poco asustada.

—¿Asustada? ¿Qué pasó?

—Tío, es bulímica.

—¿Qué? —pregunta con una voz más suave.

—Sí. Fuimos a desayunar. Comió como una campeona y diez minutos después lo echó todo.

—Tía.

—Lo sé. La sorprendí potando el desayuno. La encaré. No me hizo caso. Recurrí. Se enfadó. Fue horrible. No sé qué hacer.

—Vaya, está enfadada, ¿eh?

—Sí, bloqueó totalmente mi intervención y me pidió que me marchara.

—Mierda.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—Está enfadada. Voy a dejar que se calme y luego intentaré volver a hablar con ella.

—Buena suerte.

—Gracias, la necesito.

Se hace el silencio unos minutos antes de que Gus cambie de tema.

—Bright Side, ¿tienes suficiente dinero, ya sabes, para todo lo que necesitas para la universidad y la comida y...?

Lo interrumpo.

—Tengo trabajo.

—No es eso lo que preguntaba.

—Estaré bien. No te preocupes por mí —insisto, aunque no estoy segura de que sea verdad. No sé qué voy a hacer los meses siguientes. Mis pocos ahorros podrían no durar. Ya veré cuando llegue el momento.

Gus resopla.

—Es mi trabajo preocuparme por ti. ¿Necesitas dinero? Nos han dado un adelanto por el álbum. Puedo enviarte lo que necesites.

Sonrío.

—Maldita sea, ¿qué he hecho para merecerte? Gracias, pero no, no necesito el dinero.

—¿Me lo dirás si lo necesitas?

Me encojo de hombros.

—Probablemente no. Puedo apañármelas.

—Maldita sea, Bright Side. Si necesitas algo, me llamas, ¿vale? Ahora puedo permitírmelo. Sé que Grace y tú lo teníais crudo... Dios, ojalá lo hubiera sabido entonces. Supongo que siempre pensé que tu madre estaba forrada. Todavía me siento mal por ello, así que déjame que lo compense ahora. Déjame ayudar.

—¿Sabes cómo puedes ayudarme?

Su expresión de dolor se suaviza.

—¿Cómo?

—Puedes despertarte mañana por la mañana, la mañana después de esa y la mañana después de esa, y dejarte el culo trabajando para asegurarte de que el álbum

y la gira sean épicos. —Él sonrío—. Tu nuevo lema es este: «Hazlo épico».

Se ríe.

—No puedo *hacerlo* épico. Es un adjetivo. Puedo *ser* épico.

—Mírate, don Sabelotodo. Amigo mío, puedes *hacerlo* épico y *ser* épico, las dos cosas.

Gus sonrío ampliamente y baja la vista con un resoplido avergonzado.

—Si tú lo dices. Eso es un montón de presión.

—Lo digo en serio. Más te vale dejarme flipando.

—Estás un poco agresiva esta noche. —Levanta una ceja—. Me gusta. Es *sexy*.

Pongo los ojos en blanco.

—Como sea. Lo dices porque no has dormido. Vete a dormir, dios del *rock*.

—Sí, probablemente debería hacerlo. —Bosteza—. Buena suerte con tu primer día de clase mañana.

Levanto el puño.

—¡Voy a vivir la puta experiencia Grant!

—Ese es el espíritu. —Se ríe, pero está un poco confundido, como si se hubiera perdido algo.

Me encojo de hombros.

—Supongo que tendrías que haber estado ahí.

—Eso parece. —Suelta una risa soñolienta.

—Hazlo épico.

—Hazlo épico —repite.

—Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero, Bright Side.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Lunes, 29 de agosto

Kate

El primer día de clase es excelente. Sé que me burlé de la experiencia Grant, pero llevo todo el día con la piel de gallina. *La estoy viviendo*. He caminado por el campus con la sonrisa más tonta. Durante mucho tiempo he soñado con ir a la universidad, a una de verdad. Nunca pensé que ocurriría, pero aquí estoy. Lo he tachado literalmente de mi lista de cosas por hacer. Mi lista no tiene un orden en particular, pero «ir a la universidad» era el número cinco. Supongo que ahora es un buen momento para recordarle a Dios que estoy feliz con cómo están yendo las cosas. «Feliz lunes, Dios. Solo quería darte las gracias, ya sabes, por lo de Grant. Es un regalo. Cuídate».

Shelly está en modo arreglo floral cuando llego a la floristería a las dos y media, pero se detiene el tiempo suficiente para preguntar:

—¿Dónde está tu iPod? Hoy he traído el soporte. Veamos si tienes algo que valga la pena.

—¿Eso es un reto?

—Tómatelo como quieras.

Vale, es un reto. Y de repente siento la necesidad de defender el honor de mi música. Pesco el iPod en la mochila, lo engancho al soporte y lo pongo en modo aleatorio. La primera canción que suena es de Mozart. Shelly pulsa el botón para pasar a la siguiente canción y me mira casi como si se disculpara.

—Escucho eso todo el día. Me encanta, pero necesito algo diferente en el trabajo.

—No pasa nada.

La siguiente canción arrasa con el altavoz. Yo empiezo a bailar ahí mismo, detrás del mostrador, y Shelly me mira, perpleja.

—Vamos, Shelly, menea lo que te ha dado tu madre.

Ella niega con la cabeza, inflexible.

Mis pies dejan de moverse, pero el resto de mi cuerpo no puede parar.

—¿Qué? No me digas que no bailas.

Vuelve a sacudir la cabeza y me doy cuenta de que se sonroja. Maldita sea,

pensaba que nunca lo vería.

—Tendremos que hacer algo al respecto. —Sonrío alegremente—. Sabes que haré que bailes antes de que termine el cuatrimestre, ¿verdad?

Esta chica necesita hacer algo que nunca haya hecho antes, algo poco propio de ella. De repente eso se convierte en mi nuevo objetivo.

El sonrojo está desapareciendo y vuelve a negar con la cabeza para ser más convincente con su declaración.

—Yo *no* bailo, Kate.

—Y yo creo que tu reina del baile interior quiere ser libre. Está gritando, Shelly. La oigo. Está enfadada. La próxima vez que Clayton haga una fiesta clandestina en su habitación te voy a invitar.

—¿Fiesta clandestina?

—Bueno, vale, sin las hordas de personas, las drogas y los palitos fluorescentes, pero aun así es divertido.

—¿Y quién es Clayton?

—Mi vecino. Vive al otro lado del pasillo.

Ella asiente y yo continúo moviendo las caderas al ritmo de la música. Está demostrando un gran control en el tema de «Esta chica me divierte mucho, pero no puedo revelarlo».

—Entonces lo que dices es que tú y tu amigo Clayton bailáis al son de tu iPod en su habitación.

La corrijo.

—*Su* iPod. Tiene canciones muy buenas. Pero, sí, eso es lo que hacemos en general.

Sacude la cabeza y una sonrisa pequeña pero real sale a flote. Es el tipo de sonrisa que le muestras a alguien que te gusta, alguien que te hace feliz. Tengo la sensación de que Shelly no la muestra a menudo. Me siento honrada.

—Kate, eres demasiado.

Con una sonrisa, vuelvo bailando a mi puesto y me pongo a trabajar, reduciendo el baile solo a un movimiento de cabeza; mi cuerpo no puede estar quieto cuando escucho buena música. Es como si corriera por mis venas y no pudiera desconectar físicamente.

Cada pocas canciones, cuando ella piensa que no estoy mirando, Shelly se inclina y echa un vistazo para leer la pantalla. Yo sonrío con discreción. Tengo algo de música europea y algunas no están en inglés. No hablo ninguno de esos idiomas: francés, alemán, holandés... así que no tengo ni idea de qué significan las letras. Pero no importa: la música es fenomenal aunque no tengas ni idea de qué dice. Una de esas

canciones acaba de empezar a sonar.

Shelly mira la pantalla y luego a mí.

—¿Qué coño es esto?

—Es *hip-hop* francés. ¿Te gusta? —Sé que le gusta, ya que de lo contrario no se habría interesado.

—Está bien. —Coge un papel y un lápiz y escribe el nombre del artista y la canción.

Veo que anota otras seis o siete canciones.

—¿Dónde encuentras todo esto?

—Mi mejor amigo y yo hemos estado coleccionando música durante mucho tiempo. Es como nuestra afición. —No podría vivir sin ello. Cuando la siguiente canción empieza, pregunto—: Shelly, ¿tienes novio?

Ella asiente, con una sonrisa dulce y vulnerable. Creo que acabo de descubrir una grieta en su armadura. Está pillada.

—Sí.

—¿Sí? Entonces anota esta. Si alguna vez se hizo un álbum específicamente para echar un polvo, es este. —Porque lo es. Este grupo tiene un rollo ochentero y la voz de la mujer es muy *sexy*.

Ella la anota.

—El novio te lo agradece.

Yo sonrío y coincido.

—Sí, así es.

La tarde pasa sin prisa y Shelly me hace preguntas de la nada mientras trabajamos. Supongo que ha decidido que mi gusto musical no es una mierda. Esta debe de ser la segunda parte del reto de música.

—Nombra a tus tres cantantes favoritas. —Tiene los ojos entornados y brillantes —. Y, que Dios me ayude, pero si dices una sola princesa del pop estás despedida.

Me río ante tal amenaza. Podría responder dormida a esa pregunta.

—¿Mis tres favoritas? Número uno: Romy Madley Croft, de The xx. Número dos Alison Moyet, de Yaz. Y número tres: Johnette Napolitanos, de Concrete Blonde. La mención de honor, porque los he estado escuchando mucho esta semana, va para la chica de Royal Thunder. Canta bien.

—¿Y el mejor guitarrista?

—Mi mejor amigo.

Ella parece dudar.

—¿Con todos los buenos guitarristas que hay por ahí y dices que tu mejor amigo?

Le respondo con una sonrisa.

—Por supuesto.

—Vale. ¿Mejor bajista?

—Fácil. Nikki Monninger, de Silversun Pickups. Su bajo es alucinante. Además lleva vestidos bonitos cuando toca, así que es una chica dura y clásica al mismo tiempo. Me gusta eso.

—¿Mejor grupo de punk?

—Teenage Bottlerocket. Sus conciertos en vivo son la hostia. Verlos es muy divertido y el *pogo* siempre es intenso.

—¿Grupo más infravalorado?

—Sin lugar a dudas, Dredg.

—¿Quién?

—Exacto. Una tragedia. Dredg debería ser famoso.

—Si pudieras conocer a un grupo o a un músico, ¿a quién sería?

—Creo que sería genial pasar el rato con Dave Grohl. Parece simpático, humilde. Ya sabes, un tío normal. Excepto porque tiene un talento increíble.

Shelly sonrío y yo respondo con una sonrisa.

Son las siete cuando desconecta el altavoz y me da el iPod.

—Bueno, Kate, creo que he encontrado al camello perfecto. —Tiene la lista en la mano—. Tengo que buscar estas.

Yo aprecio el halago.

—Estoy contenta de que te gusten. —Hago una reverencia—. Mi trabajo aquí ha finalizado.

Shelly pone los ojos en blanco.

—¿Quieres comer *pizza* esta noche? Mi novio, su compañero de habitación y yo vamos a ir a Red Lion Road a por cerveza y *pizza*. Podemos recogerte.

Y, así como así, Shelly ha dejado de ser intimidante. No aguanta las tonterías de nadie, pero por alguna razón me ha cogido cariño. Y la verdad es que a mí también me cae bien.

—Tía, lo siento, pero no puedo. Tengo que hacer los deberes y le prometí a Clayton que cenaría con él esta noche.

Ella sonrío.

—¿Una cita con el de las fiestas clandestinas?

—*Nop*. Solo una buena cena platónica en la cafetería.

Ella se pasa el delantal por encima de la cabeza.

—En fin, qué aburrida eres.

—Lo siento de verdad, tía, pero gracias por preguntar. En otra ocasión, ¿vale?

La verdad es que no tengo dinero. Tengo cinco dólares que me tienen que durar hasta el viernes, cuando me paguen. Con eso no podría comprarme un trozo de *pizza* y una cerveza que aún no puedo beber por ser menor, pero no puedo decirle eso a Shelly. No voy a aceptar caridad. La comida de la residencia es gratis. Además, ya puedo saborear el café de Grounds de un dólar con cincuenta y siete, el que me pillaré mañana por la mañana de camino a la clase de Literatura. Como en la residencia no se pueden tener cafeteras —incluido el Santo Grial— y el café de la cafetería sabe a basura, estoy decidida a beberme uno del Grounds. Necesito los cinco dólares.

Martes, 30 de agosto

Keller

Suena la campana y miro por instinto. Más que una reacción aprendida es curiosidad involuntaria. Como Romero tenía un asunto que atender esta mañana a primera hora, estoy solo en la cafetería hasta que vuelva.

Lo primero que noto de ella es lo absolutamente diminuta que es. Entonces me fijo en la ropa, en todo su aspecto; no es de por aquí. Lo tercero que noto es el ceño fruncido, dirigido hacia la campana que cuelga de la puerta. Tengo la impresión de que tiene una historia con esa campana. Es la cosa más mona que he visto en mucho tiempo, el tipo de cosa mona que hace que sonrías aunque no quieras. Mientras se acerca al mostrador, desaparece el ceño y lo reemplaza la sonrisa más sincera y auténtica. Las sonrisas no son siempre de felicidad, pero la de ella lo es. Es abierta, satisfecha y segura. Parece amistosa, en el sentido más literal de la palabra, como si la conocieras desde hace años y ella supiera todos tus secretos. Y le caerías bien a pesar de ello.

Después de darme cuenta de que he hecho una pausa exagerada, sonrío y le ofrezco mi saludo habitual.

—Bienvenida a Grounds. ¿Qué puedo hacer por ti? —Pienso que sueno más entusiasmado de lo normal y carraspeo.

Su sonrisa se hace más grande, como si supiera que esto no es típico de mí, y cuando le llega a los ojos, percibo también una sonrisa en ellos. Son de un tono muy pálido de color jade y tienen una historia propia. Entonces caigo en la cuenta de lo hermosa que es esta mujer. Me doy cuenta como si me hubiera atropellado un tren de mercancías; desde de sus ojos hasta su sonrisa, su pelo ondulado y rubio como un rayo de sol y su pequeño aunque bien proporcionado cuerpo. Toda ella es hermosa.

Sus mágicos ojos y su boca siguen sonriéndome.

—Buenos días.

Tiene una voz muy *sexy*. No puedo explicar cómo suena, pero llega a lo más profundo de mi ser y se arraiga ahí. Es un tipo de voz que, más que oírse, se siente. Tan pronto como la siento, quiero sentirla otra vez... y otra vez. Intento corresponderle con una sonrisa como la suya. Estiro la comisura derecha de la boca hacia arriba

—Buenos días a ti. —Puede que esté perdiendo la cabeza, pero no quiero que este momento con ella termine demasiado rápido, así que flirteo, cosa que no he hecho en mucho tiempo—. Déjame adivinar: ¿un *cappuccino* con caramelo, leche de soja y sin nata? —Frunce un poco el ceño e inclina la cabeza delicadamente hacia un lado, pero su sonrisa no desaparece.

—¿Se te da bien esto? Adivinar lo que quiere la gente, me refiero.

No puedo evitar esta sensación. Quiero estar más cerca de esta mujer que está a un metro de mí, al otro lado del mostrador. Así que me inclino hacia delante, entrelazo los dedos y apoyo los codos en la superficie. Misión cumplida: estoy unos centímetros más cerca. Tiene unas pocas pecas espolvoreadas por la nariz. También son hermosas.

—Normalmente sí. —Es mentira. Nunca he hecho esto.

Se rasca la cabeza como si estuviera pensando en lo que he dicho. Cuando aparta la mano del pelo, está todavía más despeinado que antes. Eso no es malo. *Para nada*.

—¿Así que soy del tipo de chica que bebe *cappu...* como se llame con caramelo? —me reta.

Mierda, no sé cómo tomarme eso.

Mantengo los codos y las manos en el mostrador. Me preocuparía haberla ofendido si no hubiese vuelto a aparecer una sonrisa en su cara. Aunque parece algo belicosa.

—Esa es mi suposición.

—Vaya —contesta—. A decir verdad, me siento un poco contrariada por tu juicio insolente, pero voy a dejarlo pasar. Siempre pensé que mi pasión por el café era evidente, como si llevase una medalla de honor. Un café grande de la mezcla de la casa... solo, por favor.

¿Solo? No puede decirlo en serio; nadie lo dice en serio jamás. Lo que quieren decir es «hasta que le pongas todo lo demás». Entrecierro los ojos.

—¿Un toque de sabor?

Ella eleva las cejas.

—*Nop*.

Insisto.

—¿Leche? ¿Sin lactosa? ¿De soja?

Niega con la cabeza.

—No, gracias.

—¿Azúcar?

—No, ya soy bastante dulce.

En boca de cualquier otra persona habría sonado cursi y exageradamente insinuante, pero lo dice con tanta impasibilidad que no creo que trate de ser sugerente. Mierda, me tiene embelesado aquí mismo. Me río y sacudo la cabeza.

—Apuesto a que sí. —Vierto el café y luego le ofrezco el vaso de cartón caliente. Casi pego un salto cuando lo coge y me roza el dedo con el suyo. Ha sido claramente sin intención, pero tengo que reprimirme para no decir nada. Carraspeo otra vez e intento sonar normal—. Supongo que no te he calado bien. Bienvenida al club.

Y al darme un billete de dos dólares, me guiña el ojo.

—Me pasa mucho.

Me ha guiñado el ojo. Agradezco este momento en el que el mostrador me esconde de cintura para abajo, porque estoy muy cerca de ponerme en ridículo a un nivel muy de instituto. Dejo caer el cambio en su diminuta mano, abierta, porque no puedo arriesgarme a que haya más contacto físico. Ella lo mete en el tarro de las propinas y levanta el café.

—Gracias. Que tengas un martes de escándalo.

¿Quién dice «de escándalo»? Ella.

—De escándalo —repito. No puedo dejar de sonreírle. Es como si hubiera apretado un interruptor en mi interior—. Tú también. Le ofrezco un ligero saludo militar. Es un hábito que he adoptado por trabajar tanto tiempo con Romero.

Echo un vistazo al reloj. Son solo las siete menos cinco de la mañana y ya ha sido un día *de escándalo*. ¿Qué coño acaba de ocurrir? Me siento como si hubiera estado dormido durante años y acabara de despertar.

Martes, 31 de agosto

Kate

He estado en la habitación de Clayton y Pete durante las últimas dos horas. Hemos hablado durante la primera hora y luego Clayton ha sugerido que jugáramos a *Herido de muerte, polvo o unión civil*.

Miro a Pete para ver si tiene idea de qué está hablando, pero parece tan confundido como yo, y entonces lo pillo.

—Tío, no voy a jugar a *Matar, follarse o casarse*.

Clayton está atónito porque me he negado.

—Suena muy asqueroso si lo dices así. ¿Por qué no?

Pongo los ojos en blanco.

—No he jugado a eso desde que tenía quince años.

Pete sigue confundido.

—¿Qué es *Matar, fo...*? —Ni siquiera puede decir la palabra. Sin duda nunca ha jugado a este juego.

Sonrío porque Pete es tan inocente que resulta adorable, joder.

—Clayton. —Desplazo la mirada para encontrarme con sus ojos, que me miran con entusiasmo—. John, el encargado de la residencia, Héctor, el tipo que trabaja en el comedor, y Sugar, mi compañera de habitación.

Su sonrisa desaparece.

—Por el amor de Dios, Katherine, has hecho una elección horrible.

Sonrío y lo molesto:

—Tú eras quien quería jugar. Y Héctor no es horrible. Es muy simpático.

—¿Y cómo sabes que es simpático?

—Hablo con él todas las noches cuando dejo mis platos sucios en el lavabo de la cafetería.

—Lo que hacéis no es hablar. Es una triste combinación de palabras sueltas y gestos.

—Él me enseña palabras mexicanas y yo le enseño inglés —me defiendo.

Sonríe con suficiencia.

—¿Qué te ha enseñado?

Me río porque sé que me ha pillado. El inglés de Héctor es extremadamente limitado y lo que hacemos es más parecido a jugar a las charadas que a una conversación verbal, pero nos esforzamos al máximo. Lleno el pecho de aire.

—Sé decir «No manches», «Qué hay» y «Ándale». Y «Las zanahorias no están chidas», que significa que las zanahorias saben a mierda.

Peter parece escéptico.

—¿Te ha enseñado a decir «Las zanahorias saben a mierda»?

Muevo la mano para quitarle importancia.

—Probablemente signifique que las zanahorias están malas, pero yo prefiero traducirlo como «Las zanahorias saben a mierda». Porque es verdad. —Echo un vistazo a Clayton, que se está removiendo nerviosamente—. Volvamos al juego, Clay: John, mi amigo Héctor y Sugar. Contesta.

Pete todavía no lo ha pillado.

Clayton suspira.

—Tendría que herir de muerte a Sugar porque no puedo hacer otra cosa con ella. —Hace una pausa—. Las otras dos opciones me dan náuseas.

—Juega tus cartas, tío.

Se cubre los ojos y percibo que Pete lo comprende. Tiene las mejillas de un color que indica que está completamente avergonzado.

Clayton suelta:

—El polvo con John porque es demasiado mezquino como para pasarme el resto de mi vida con él y la unión civil con Héctor, aunque yo no sé ni una palabra de mexicano y su redecilla del pelo, sus vaqueros flojos y desteñidos y sus deportivas blancas y anticuadas sean atroces. —No puede soltarlo todo lo rápido que quisiera y cruza los brazos, haciendo un mohín—. No quiero jugar más.

Aplaudo y me río de la expresión de asco de su cara.

—Qué bueno, Clayton. —Pete parece muy incómodo, como si tuviera miedo de ser el siguiente, así que cambio el chip—. Vale, juego nuevo.

Procedo a inventarme un juego nuevo en el que una persona hace una pregunta y todos tenemos que contestarla. Me entero de que Pete nació en Texas, pero creció en Omaha (Nebraska). Su comida favorita es el bistec en su punto con sofrito de ajo y champiñones, su juguete favorito era un microscopio —¿eso es un juguete?— y preferiría que le cortaran el meñique del pie con unas tijeras de podar que atravesar la universidad desnudo. Los libros favoritos de Clayton son los de *El Señor de los Anillos* y odia los perros, especialmente los pequeños. Participaba en competiciones de patinaje sobre hielo cuando era pequeño —yo habría pagado por verlo— y no tendría problema en atravesar la universidad desnudo en lugar de perder un dedo,

siempre y cuando pudiera llevar calcetines rojos hasta los muslos y sus botas militares negras que le llegan por la rodilla. Tengo que admitir que eso es algo que quiero ver.

Después de que Pete se fuera a dormir hace una hora, Clayton y yo hacemos los deberes, pero mis ojos no quieren mantenerse abiertos. Cierro mi libro de Historia europea y susurro:

—Clayton, sabes muy bien cómo hacerle pasar un buen rato a una chica, pero creo que será mejor que me retire. Estoy muerta.

—Vale, cariño. Será mejor que yo también duerma para estar guapo.

Me pongo la mochila en el hombro.

—Buenas noches, Clayton.

—Buenas noches, Katherine. —Me lanza un beso volado desde el suelo, donde está sentado con las piernas cruzadas.

Le respondo con otro beso volado y arrastro los pies por el pasillo. Veo que hay una cinta roja atada al pomo de la puerta, pero, por desgracia, no salta la alarma en mi soñolienta cabeza hasta que es demasiado tarde. Todo ocurre muy rápido. Lo único que veo es un enredo de piernas y nalgas desnudas. Y entonces unas palabrotas violentas interrumpen los gemidos.

—¿Qué coño? —chilla Sugar. Intenta gritarme, pero está sin aliento, claramente por estar haciendo ejercicios aeróbicos—. ¡Vete de una puta vez, gilipollas!

La escena, y la cinta roja, por fin cobran sentido.

—Vaya, mierda. Lo siento, tía.

Empujo la puerta detrás de mí rápidamente. Mi corazón está desbocado. Ahora estoy totalmente despierta. Enfilo el pasillo y voy al baño, donde me echo un poco de agua en la cara y sopeso mis opciones. ¿Debería esperar o dormir en algún otro sitio? Vuelvo a la habitación de Clayton y toco suavemente. El torrente de adrenalina se ha disipado y vuelvo a tener sueño. Clayton abre la puerta, ya en pijama. Es de seda y de color borgoña.

—¿Has olvidado algo, Katherine?

—No. Pero lo primero es lo primero, tío: ¿cuándo te has convertido en Hugh Hefner? Ese pijama es fantástico.

Sonríe y hace una reverencia.

—Gracias.

Señalo con el pulgar por encima de mi hombro hacia mi puerta.

—Mmm, sí, es que Sugar está montando a caballo y acabo de sorprenderlos en acción. ¿Te importa si me quedo contigo esta noche?

Él abre la puerta del todo.

—Claro que no, Katherine. —Echa un vistazo por el pasillo hacia mi puerta—. ¿No has visto la cinta roja en el pomo?

Sacudo la cabeza y susurro porque no quiero despertar a Pete.

—Lo sé, lo sé. Supongo que estoy cansada. No lo he pensado. Además, nunca hemos acordado una señal para «No me interrumpas; estoy teniendo sexo salvaje».

Clayton se sube a la cama y baja las sábanas.

—Vamos, Katherine. Somos pequeños; hay espacio suficiente.

—Ah, no, Clayton. Dormiré en el suelo.

Me hace señas.

—No digas tonterías, ven. —Guiña el ojo—. Eres encantadora, pero no eres mi tipo.

Sonrío y trepo a la cama.

—Gracias, Clayton. Eres el mejor. Buenas noches.

Me besa en la mejilla.

—Buenas noches, Katherine.

He compartido la cama durante casi toda mi vida. No me había dado cuenta hasta ahora, pero lo echaba de menos. Esto me gusta.

Jueves, 1 de septiembre

Kate

¿Qué es lo que tiene el café? Es la bebida perfecta. Me calienta el cuerpo y el alma. Y me hace locamente feliz. Ni siquiera la atronadora campana me molesta esta mañana. He decidido estar en paz con ella porque sé que no puedo ser más astuta que la campana ni razonar con ella. Solo para asegurarme, empujo la puerta con una fuerza moderada. Sigue siendo ruidosa de cojones.

Es temprano y Romero me ofrece su saludo habitual.

—Buenos días, Kate —dice cuando me coloco al final de la corta cola.

Mientras espero, el chico que estaba trabajando el martes entra desde la trastienda. Y, sí, mirarlo sigue siendo asombroso. Todavía no me ha visto, pero yo lo observo mientras se pasa el delantal por encima de la cabeza y se lo ata de cualquier modo en la espalda.

Parece mayor que yo, pero supongo que es un estudiante porque trabaja aquí. Su altura entra dentro de la media, es esbelto y enjuto, pero parece muy fuerte —veo el contorno de los músculos del tríceps y los hombros— y seguro de sí mismo de una manera modesta. Es una seguridad que supongo que está arraigada en lo más profundo de su ser, pero que le falla a diario. Apostaría a que nadie se da cuenta cuando tiene dudas porque se le da bien ocultar su vulnerabilidad con su simpática personalidad. Y no es exageradamente simpático, sino sutil. El tipo de simpatía que te atrae y por la que, antes de que te des cuenta, le has comprado el billete, has subido al autobús y has recorrido kilómetros de un viaje placentero sin que todavía te hayas preguntado adónde vas.

Y, afortunadamente, ese viaje incluye unas vistas perfectas. Tiene el pelo alborotado, como si acabara de levantarse de la cama, y de un castaño tan oscuro que es casi negro, justo como su barba incipiente. Y, ay, Dios, su cara. Tiene una cara de bebé con la que podría salir airoso de un asesinato. No es que parezca inocente, sino que estoy segura de que nadie podría decirle que no a esa cara. Aparte de todo eso, lo más destacable son sus ojos. Son de un azul pálido, o incluso aguamarina. El hecho de que estén rodeados por unas espesas pestañas negras hace que sean tan intensos y profundos que sientes que podrías caerte dentro en ellos. En resumen, es ridículamente guapo.

Saluda a Romero con un grave y amistoso «Buenos días» y se gira para atender a la siguiente persona de la cola, que —de pura chiripa— soy yo.

En silencio pienso «Gracias, Dios. El hombre que está justo delante de mí es un espécimen asombroso. Excelente trabajo. Nos vemos» antes de levantar la vista y posarla en esos ojos azulísimos.

Eleva una de las comisuras de la boca y me ofrece una media sonrisa.

—Ay, la expatriada ha regresado.

De cerca, sus ojos son hasta más brillantes de lo que recuerdo y centellean. Este chico me podría dar toda clase de problemas. Qué suerte que solo esté mirando.

Sonrío porque no puedo evitarlo.

—¿Expatriada?

—Sí, sin duda no eres de por aquí.

Romero nos echa un vistazo mientras evapora leche en la máquina de expreso.

—Kate es de California. —Vuelve a decirlo como si fueran cuatro palabras: CALIFORNIA.

—Ay, California. Tenía razón; no eres de por aquí. —El dios del café me mira y luego dirige la vista a Romero y otra vez a mí antes de posar la mirada definitivamente en su compañero—. ¿Kate? ¿Os tuteáis? Hazme un favor, Rome, ¿qué te parece si nos presentas?

Romero ríe y le rebotan los hombros.

—Keller Banks, esta es Kate Sedgwick. Kate Sedgwick, este es Keller Banks. —Mira a Keller—. Y le gusta el café *solo*.

Keller sonrío.

—Me acuerdo, Rome. Es del club. —Dirige su atención a mí y me ofrece la mano—. Encantado de conocerte oficialmente, Katie.

Acepto su mano. Es cálida y tiene callos en las yemas de los dedos, que tocan el dorso de mi mano. Me toma la mano con fuerza, aunque con una extraña delicadeza, que resulta incluso atrayente. No quiero soltarlo, pero lo hago.

—Igualmente, Keller. Y es solo Kate.

Me ofrece una media sonrisa y asiente.

—¿Grande, mezcla de la casa y solo?

—*Sip*. Hoy no es el día de romper la tradición... —Mi mente vaga hasta el moca *macchiato* de Clayton que induce al éxtasis... o de probar teorías. —Ya tengo suficiente calor con solo estar aquí de pie, mirando a Keller Banks.

Eleva las cejas a modo de pregunta mientras le pone la tapa al vaso de cartón y me lo da.

—¿Probar teorías?

Niego con la cabeza y le doy el dinero.

—No es nada. —Me muerdo el labio inferior, intentando reprimir la sonrisa que tanto quiere aparecer en mi cara.

Me vuelve a ofrecer otra media sonrisa como si me leyese la mente.

—Dime si puedo ayudarte a probar teorías. —Pone el codo en el mostrador, se agacha para estar a la altura de mis ojos y baja la voz—. Puedo ser de *mucha* ayuda. —Desliza el cambio por el mostrador.

El ritmo de mi corazón se eleva hasta ser un latido descontrolado en mi pecho. Espero que no se note mientras pongo las monedas en el bote de propinas. Dios, es como si supiera que hay algún tipo de referencia al sexo escondida tras mis palabras o quizá liga con todas las chicas. Levanto el vaso y sonrío.

—Apuesto a que sí, Keller Banks. *Apuesto a que sí*. Que tengas un día increíble.

No aparta los ojos de mí. Ni siquiera pestañea.

—Increíble, sin duda. Tú también, Katie.

Mis entrañas aún vibran mientras salgo. Dios bendito, ¿está mal que entrara inocentemente a por café y salga preguntándome qué aspecto tiene el chico de detrás del mostrador desnudo? ¿Y cómo es en la cama? Respiro hondo. Si hasta he dejado que me llame Katie.

Maldita sea.

Viernes, 2 de septiembre

Kate

Gus y yo nos hemos estado comunicando durante varios días por mensajes o llamadas de dos minutos mientras él hace descansos para fumar. Su horario ha sido brutal. Solo han regresado al piso unas horas cada noche para dormir un poco y luego vuelta a empezar. Me sorprende mucho recibir un mensaje mientras estoy cenando en la cafetería con Clayton y Pete. Dice: «¿Quieres que hablemos por Skype?». Le respondo: «¡JODER, SÍ! Dame 15 minutos».

Me disculpo y vuelvo corriendo a la residencia para encender el portátil. El torrente de felicidad que ya conozco me invade cuando veo su cara en la pantalla. Parece exhausto, pero satisfecho.

—*Hello, beautiful lady* —me dice en inglés.

—*How are you?* —contesto yo también en inglés.

—Bien, Bright Side. ¿Tú?

—Fantástica. ¿Qué está pasando en el mundo del *rock* últimamente? ¿Me vas a decir qué otras canciones están en la versión final o qué? ¿Cuánto tengo que esperar? Se me está agotando la paciencia.

Gus está en el balcón y ya ha encendido el cigarro que tiene en la mano. No me sorprende que esté tan calmado. Sonríe.

—¿Estás preparada?

Estoy dando botes en la silla.

—¡Sí, estoy preparada! Me estás matando. Tío, he estado esperando como toda mi vida, una eternidad, para escuchar esta noticia. Así que suéltalo. —Y como no lo he dicho todavía, señalo el cigarro en mi pantalla—. Ah, y deberías dejarlo. —Estoy tan emocionada por todo lo demás que no sueño muy convincente.

Se limita a sonreír. Y entonces dice de corrido la lista de canciones. Yo les pongo un tic mentalmente mientras las nombra. Estoy a tope.

—Tío, tengo que decirte algo.

Gus parece preocupado.

—¿Qué?

—Este va a ser el mejor álbum de todos los tiempos. Espero que estés preparado

para volverte increíblemente rico y famoso, mudarte a tu isla privada cuando no estés de gira, casarte con una supermodelo cada pocos años, tener un león como mascota y vivir del *whisky* y la heroína.

Él ríe.

—Bright Side, haces que parezca muy glamuroso. ¿Me prometes que va a ser así?
—Me encanta cuando se pone sarcástico.

—Sin duda, aunque si quieres un mono en vez de un león o vodka en vez de *whisky*, oye, haz lo que quieras. Eres el jefe de tu universo de *rock and roll*.

Ríe todavía con más fuerza.

—Tía, sabía que no me metía en esto por la música, no cuando hay todo un mundo de desenfreno ahí fuera.

—Creo que «desenfreno» y «día a día» son sinónimos en el mundo del dios del *rock*. Son intercambiables.

—Oh, ya me conoces, Bright Side. Aunque tengamos cierto éxito por un poco de suerte, lo más probable es que siguiera viviendo con mi madre, hiciera surf siempre que pudiera y me alimentara a base de tacos vegetales y fumara cigarros.

Sonrío porque tiene razón. Aunque fuera multimillonario, lo más probable es que hiciese eso. Tiene los pies en la tierra. El dinero no significa nada para él. Probablemente por eso nos llevamos tan bien. Las personas son nuestra prioridad. Eso es lo que me encanta de Gus.

—En serio, tío, estoy muy orgullosa de ti, joder. ¿Cuándo podré escucharlo?

—Espero echarle el guante a algo y enviártelo la semana que viene, pero tienes que prometerme que no me mentirás. Necesito una crítica sincera.

Levanto la mano derecha.

—Juro solemnemente que no te mentiré.

Sonríe.

—Esa es mi chica. —Hace una pausa—. Tía, hoy estaba escuchando *Missing You* y me preguntaba si, ya sabes, si has pensado en volver a tocar el violín.

Niego con la cabeza.

—*Nop*, la verdad es que no lo echo de menos. Es un poco triste, ¿eh? Quizá algún día lo haga. ¿Quién sabe? Pero ahora no puedo. —Me recuerda mucho a Grace y duele demasiado.

—Vale. —Es triste—. Es solo que el mundo es mucho más bonito cuando tocas. Eso es lo que quiero decir. —Se interrumpe y al ver que yo no hablo, continúa—: ¿Y qué está pasando en tu mundo? ¿Qué tal las clases, el trabajo, la *stripper*, el sumiso?

Me alivia que haya cambiado de tema y sonrío.

—La uni es genial; todavía no puedo creer que esté aquí de verdad. Y el trabajo

está guay. Te encantaría la chica con la que trabajo, Shelly. Siempre parece que esté enfadada, pero por dentro es dulce.

—Perfecto. Parece mi tipo de chica.

—La *stripper* es, bueno... la *stripper* es... ¿Cómo decirlo con educación?

—¿Con educación? Joder, eso nunca te había pasado antes. Suéltalo.

—La *stripper* tiene una vida sexual muy activa. En nuestra habitación. Lo he presenciado en persona.

—¿En persona? Minnesota te está volviendo en una especie de perversa sexual. ¿Miraste? Lo próximo que me dirás será que estás haciendo películas porno con el sumiso en el pasillo.

—Tío, la sorprendí haciéndolo. Me dio muchísima vergüenza. Suelta palabrotas como una campeona, incluso en medio de una penetración.

Ríe tanto que la silla se inclina hacia atrás.

—¡No puede ser! Qué gracioso.

—Sí, bueno, no es tan gracioso cuando yo soy la gilipollas que entró como si nada. Y, otra cosa, corrígeme si me equivoco, pero cuando vas a la casa de alguna para hacer un poco de deporte en la cama no te quedas para haceros arrumacos el resto de la noche, ¿no?

Todavía sigue riéndose.

—Tía, es una de las normas básicas de un rollo de una noche. Sales por patas en cuanto se acaba. —Deja de reírse—. Espera. Para el carro. ¿Dónde pasaste la noche mientras ella hacía una fiesta de pijamas?

—Ah, Clayton me dejó dormir con él.

Su cara se torna seria de repente.

—Vaya, ¿Clayton es el vecino gay o el perverso de los zahones de cuero?

—Clayton es cien por cien homosexual, sin duda.

Gus ha adoptado un tono paternal.

—Bright Side, no puedes quedarte en la habitación de dos tíos a los que acabas de conocer.

—Gus, son completamente inofensivos. Un gatito da más miedo que esos dos.

Se pasa los dedos por el pelo y se lo recoge en una cola; lo estoy frustrando. Siempre juega con el pelo cuando está frustrado.

—Bright Side, escúchame, joder. No tienes ni idea de lo guapa que eres ni del efecto que tienes en los tíos. Quieren quitarte las bragas en cuanto te ven. Y se enamoran de ti cinco minutos después de hablar contigo. —Resopla. Sé que se avecina otro cigarro en cualquier momento—. Lo único que digo es que tienes que

tener cuidado, ¿vale?

Pongo los ojos en blanco.

—¿No eres un poco exagerado? Gus, estás hablando con Kate Sedgwick, ¿recuerdas? No me va salir con chicos. Y sé cómo defenderme de insinuaciones indeseadas.

Gus niega con la cabeza.

—No podrías defenderte de una violación, Bright Side. Apenas pesas cuarenta y cinco kilos. Por favor, solo prométeme que te mantendrás a salvo y que te cuidarás. Si algún hijo de puta te fuerza... joder. Tendría que ir a Minnesota y cometer un asesinato y estoy muy seguro de que ir a la cárcel no entra en los planes de P. A. S.

—Gus...

—Vas a llamar mucho la atención ahí —me interrumpe—. Los chicos se van a echar a tus pies. Sé selectiva... porque te mereces mucho más que a un cualquiera que te folle en la parte trasera de una furgoneta o en la habitación de invitados de su madre.

Eso resume mi pasado sexual. Solo ha habido unos pocos chicos y he sido selectiva. No soy una puta; era una oportunista. Una sola vez y se acabó, sin ataduras, sin disculpas. Disfruté con todos ellos. Pero lo de Gus fue diferente. No fue planeado y para nada es un cualquiera. De algún modo esta conversación ahora trata sobre él.

—Gus. —Ojalá no se despreciara a sí mismo.

—No, Bright Side, escúchame. Eres muy especial. Te mereces a alguien con quien tener citas de verdad. Alguien que te compre flores y cosas de esas. Porque si hay alguien en este mundo capaz de dar una increíble cantidad de amor y que se merece que la amen a cambio, esa eres tú.

Niego con la cabeza.

—No me van las cursilerías, Gus.

—Cuando encuentres al chico perfecto, te irán. Pero todavía no lo has encontrado.

Su voz suena triste. La vida nunca me ha dado la oportunidad de tener citas. Mis amigos y mi familia siempre han sido mi prioridad y los quiero con todo mi corazón. Los chicos y el sexo; aquello era atracción física, un acto físico. Con Gus fue más, fue amor, pero no fue *amor*. El amor es un concepto impreciso, poco realista y extraño. Sé que algunas personas lo sienten y no es que yo me haya endurecido. Soy optimista, pero antes que eso soy realista. Mi vida no será un cuento de hadas y eso está bien. Mi vida es realidad y en mi realidad la gente no se enamora ni se casa, ni viven felices para siempre, porque la vida es complicada. Es un lío. Soy feliz con saber que los cuentos de hadas existen para gente como Shelly, aunque probablemente Shelly

me daría una patada en el culo por decir su nombre y «cuento de hadas» en la misma frase.

En esta ocasión levanto el dedo para interrumpir el momento.

—Espera un segundo.

Me levanto, atravieso el pasillo y toco en la puerta de Clayton y Pete, porque ahora mismo tengo que hacer que Gus se sienta mejor.

Pete responde.

—Hola, Kate.

—Hola, Pete. ¿Podéis venir tú y Clayton a mi habitación? Solo será un momento.

Pete mira a Clayton, que está oculto detrás de la puerta. La voz de Clayton interviene.

—Por supuesto, cariño.

Me siguen por el pasillo. Gus descansa la cabeza contra el respaldo de su silla y tiene los ojos cerrados. Se ha fumado medio cigarro. Está tan concentrado en la tranquilidad que se filtra a través de él que no me oye volver a la habitación.

—Despierta, bello durmiente. —Él sonrío y abre los ojos—. Quiero presentarte a dos amigos.

Me hago a un lado para que Gus vea a Clayton y a Peter. Gus sonrío al fijarse en ellos. Está claro que ya no está tan preocupado por mi seguridad. Son los dos chicos menos amenazantes que verás en la vida y estoy muy segura de que se ve claramente, incluso a través de la pantalla de ordenador.

—¿Qué pasa, tíos?

Clayton saluda con la mano y se le sonrojan las mejillas.

—Hola.

Oh, mierda, puede que acabe de presenciar amor a primera vista. Gus no lleva camiseta y tiene muy buen aspecto. Clayton está casi hiperventilando. Me da la sensación de que debería darle una bolsa de papel o hacerle la reanimación cardiopulmonar. ¿Hay desfibrilador en la residencia?

Peter levanta el brazo izquierdo, pero parece confundido y aterrado al mismo tiempo.

—Hola.

Yo intercedo y apunto a la pantalla.

—Este es mi mejor amigo, Gus Hawthorne. Gus, estos son mis amigos de Minnesota, Clayton y Peter.

Clayton y Peter parecen haber entrado en un estado de pánico. Supongo que Gus intimida un poco. Es alto, ancho y musculoso. Tiene una presencia intimidante...

incluso a través de una pantalla. Al parecer, cuando un chico es tan guapo como Gus, la gente quiere retarlo, ligar con él o retroceder por miedo. Sin duda Clay y Pete están retrocediendo asustados, a pesar de que Clay parece estar embelesado. Supongo que Clayton y Pete no lo saben todavía, pero Gus es un gran oso de peluche.

De repente, Clayton y Pete tartamudean y dicen a la vez «Encantado de conocerte» y «Es un placer conocerte», los dos de manera muy formal.

Gus sonrío y sé que está a punto de reírse, pero intenta ser educado con todas sus fuerzas.

—Encantado de conoceros también.

Aplaudo.

—Vale, genial, ya nos conocemos todos. Somos una gran familia feliz. —Miro a Gus—. ¿Estás contento?

Esboza una gran sonrisa de tonto.

—No tienes ni idea de cuánto.

Vuelvo a mirar a Clayton y a Pete.

—Gracias por venir a conocer a Gus. Iré a vuestra habitación en cuanto termine de hablar.

Los dos asienten, sin pronunciar palabra.

A Gus le encanta esto.

—Chicos, que tengáis una tarde excelente y cuidad de mi chica, ¿vale?

Vuelven a asentir al mismo tiempo, con las bocas un poco abiertas, y se van uno detrás de otro a su habitación, los dos igual de confusos. Pete está asombrado y probablemente Clayton tenga un buen empalme. Gus tiene ese efecto en las personas.

Entonces, aplaude y estalla en una carcajada cuando oye que la puerta se cierra.

—Ay, Dios, Bright Side, no es que no necesites estar en guardia, pero estás totalmente a salvo con esos dos. Te lo digo yo, sin duda a Pete no le van los juegos de rol o el sadomasoquismo, pero no he podido evitar imaginármelo con los zahones de cuero. Joder, es muy divertido.

Intento no reírme, pero no puedo evitarlo. La risa de Gus es contagiosa.

—Te lo dije.

—Pero en serio, parecen muy decentes.

—Porque lo son. Son buenos tíos.

Sonríe y asiente. Entonces nos quedamos callados unos segundos.

—Pero gracias por preocuparte por mí —murmuro—. En cierto modo, me gusta saber que hay alguien ahí fuera a quien le importo. Así que gracias.

—Para eso estamos. Es mi misión en la vida, preocuparme por ti y tal.

Yo sonrío.

Gus sonrío.

—Bueno, Bright Side, te dejo por hoy. Ha sido guay del Paraguay.

—Siempre. E igualmente.

—Te quiero, Bright Side.

—Yo también te quiero, Gus.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Apago el ordenador y me dirijo al pasillo. Han dejado la puerta abierta para mí, así que entro directamente.

—Siento si ha sido incómodo, pero gracias. Gus estaba un poco alterado porque dormí en vuestra habitación y quería que os conociera para que se quedara tranquilo.

Clayton está tumbado en la cama, abanicándose con una revista. Todavía tiene las mejillas rojas.

—Katherine, ¿por qué no me has dicho que estás saliendo con Adonis?

—Es muy mono, ¿eh, Clayton?

—¿Mono? Es magnífico.

—No es mi novio. Es mi mejor amigo.

Pete abre la boca.

—¿Y entonces por qué ha dicho «cuidad de mi chica»?

Niego con la cabeza.

—No sé, Pete. Siempre me llama así; lo dice en plan cariñoso.

Clayton levanta las cejas y las menea.

—Sin duda. Escucha, no sé qué hay entre vosotros dos, pero estás como un puto cencerro si lo dejas escapar.

—¿Como un puto cencerro?

Asiente.

—Como. Un. Puto. Cencerro.

Domingo, 4 de septiembre

Kate

Le envíó un mensaje a Maddie. Espero que no siga enfadada conmigo. Estoy preocupada por ella y se lo hago saber.

No me contesta.

Supongo que todavía está enfadada.

Le daré más tiempo y lo intentaré de nuevo más tarde.

Lunes, 5 de septiembre

Kate

Clayton me espera en la entrada de la cafetería a las siete y media de la tarde, tal y como habíamos quedado. Acabo de salir del trabajo y llego tarde para variar. Clayton se engancha a mi codo con el brazo cuando cruzamos la puerta.

—Katherine, ¿te he dicho últimamente lo mucho que te quiero?

Le lanzo una mirada sospechosa.

—No... ¿Qué pasa?

Él baja la voz hasta un susurro.

—He encontrado una discoteca en Minneapolis con noches para menores de edad.

Me froto las manos.

—¡Genial! ¿Cuándo vamos?

Clayton hace un mohín, pero intenta parecer esperanzado.

—¿Esta noche?

Me encojo de hombros.

—Vale. ¿A qué hora?

Se detiene y me da la vuelta para que lo mire.

—¿Lo dices en serio?

—Pues sí. Dije que iría contigo, ¿no?

Me abraza con muchísima fuerza y me eleva un poco del suelo. Sinceramente, no pensaba que tuviera tanta fuerza. Creo que ninguno de los dos sobrepasamos los cuarenta y cinco kilos.

—Ay, Katherine, te quiero de verdad. Eres la mejor.

—Ay, Clay. Oye, ¿te importa si viene mi amiga Shelly?

Entonces aplaude.

—Cuantos más seamos, mejor.

Llamo a Shelly mientras Clayton y yo comemos.

—Hola, *tía*. —Suena sarcástica, pero creo que en el fondo le gusta usar esa palabra. Todavía puedo convertirla.

—¿Haces algo esta noche?

—No, ¿por qué?

—Mi amigo Clay y yo iremos a bailar y vas a venir con nosotros.

—¿Quieres que *yo* vaya a bailar?

—*Sip*.

—No estoy de humor para fingir que estoy en una fiesta clandestina en el cuarto de Clayton.

—No, vamos a salir, a una discoteca de verdad.

—¿Dónde?

—A un sitio llamado Spectacle. Está en Minneapolis.

—Kate, esa es una discoteca *gay*.

—Sí, lo sé. —Permanece en silencio durante tanto tiempo que creo que se ha dormido o que ha dejado el teléfono y se ha marchado—. ¿Shelly?

—Es una discoteca *gay* —repite.

—Ya. —¿Y qué pasa?

—Somos hetero, Kate.

—Estoy al tanto. —Silencio—. No prohíben la entrada a las vaginas, Shelly. Será divertido. Vamos. *Por favor*.

—No sé. —Percibo en su voz que está a punto de ceder.

—Shelly, tu reina del baile interior tiene planeada una revolución si dices que no. No quiero que eso te ocurra. Vamos a recogerte a las nueve y media.

—Joder. —No la veo, pero oigo a través del teléfono que pone los ojos en blanco. Pero entonces, con un resoplido, cede—. Vale.

De vuelta en la residencia, me paso más de una hora tumbada en la cama de Clay mirando cómo se prueba conjuntos de ropa. Está más ansioso de lo que lo he visto nunca.

—Vuelve a ponerte los pantalones grises. —Tengo que ayudarlo o nunca saldremos de aquí. Es peor que Gus.

Da una vuelta con los pantalones grises puestos.

—Ponte esos. Te hacen buen culo.

Sonríe y coincide conmigo.

—Tengo un buen trasero.

—Desde luego que sí —contesto. Me levanto de la cama y me dirijo a mi habitación—. Hablando de pantalones, yo también tengo que cambiarme.

—¿Qué te vas a poner? —pregunta mientras se mete una nueva camisa por la cabeza.

—Ah, no sé, seguramente los vaqueros negros.

Clayton jadea.

—¿Vaqueros? ¿Vas a llevar vaqueros? ¿No tienes un minivestido o algo?

Río.

—Cielo, en primer lugar: voy a ir contigo a una discoteca para hombres gays. No tengo la maquinaria necesaria para atraer su atención. Además, todos estarán mirando tu culo *sexy* en esos pantalones. Y, desde luego, no puedo competir con *drag queens*. Son despampanantes. Así que mi papel esta noche es ir con Shelly como las amigas hetero, las únicas mujeres del lugar sin pene. Voy a partirme el culo bailando y a disfrutar de lo mejor que Minneapolis puede ofrecer de noche.

—Al menos llevarás tacones, ¿no? Oh, ¿y algo brillante en la parte de arriba? ¿Tienes algo con lentejuelas? Si no, puedo prestarte algo.

Me encanta su entusiasmo.

—Lo tengo controlado. —Sonrío mientras voy hacia mi habitación.

Vuelvo unos minutos después con mis vaqueros negros ajustados, unos tacones negros y una blusa negra sin mangas y con lentejuelas. Gus dice que este conjunto es «elegante a lo Johnny Cash» porque es todo negro. Clayton chilla cuando me ve.

—Ay, Dios, te hace un pecho increíble.

No puedo evitar reírme mientras bajo la vista a mi escote. Es la primera vez que mis tetas se ganan un halago totalmente desprovisto de un motivo o de una insinuación sexual.

—No se puede subestimar el poder de un sujetador con *push-up*, amigo mío.

Recogemos a Shelly y vamos a toda prisa a Minneapolis. Para cuando llegamos a Spectacle y encontramos un lugar para aparcar ya son casi las diez. Clay suelta los dedos de mi salpicadero y se aclara la garganta.

—Katherine, para empezar diré que sabes que te adoro. —Vuelve a carraspear—. Pero este ha sido el viaje en coche más terrorífico de mi vida.

Miro a Shelly en el asiento trasero, desde donde asiente para mostrar su acuerdo. Tiene sus enormes y oscuros ojos fijos en mí y su respiración es superficial.

—Kate, no me asusto fácilmente, pero ha sido terrorífico. Creo que me he hecho pis.

Me encojo de hombros ante tanta exageración.

—¿Qué queréis decir?

—No sé si el límite de velocidad en California es de ciento cuarenta, porque sé que vosotros hacéis las cosas de manera un poco diferente por ahí, pero aquí es solo de cien, que es más o menos la velocidad a la que coges las putas curvas.

Miro a Clay, luego a Shelly y vuelvo a mirar a Clay. Los dos asienten, con los ojos como platos y pálidos. Levanto la mano derecha y cierro los ojos.

—Prometo ir un poco más despacio al volver.

—Y usar los intermitentes —añade Clayton.

—Y usar los intermitentes —prometo. Y entonces lanzo una pregunta en silencio a Dios. «¿Por qué no me habías dicho que conduzco de puta pena? ¿Está California llena de conductores malísimos? No pensaba que se me diera tan mal. Nunca he tenido un accidente. Bueno, gracias por no dejar que matara a nadie, supongo. Nos vemos».

La cola es larga en la entrada. Están comprobando los carnés de identidad en la puerta y a Shelly le dan una pulsera porque tiene veintidós. A mí me ponen una gran X en el dorso de la mano. En el interior la música está alta; el bajo hace que me retumbe el pecho. Las luces de Stellan y la pista de baile está llena. Tengo muchas ganas de ir ahí.

—¡Vamos, Shelly, bailemos!

Me mira y señala la barra que hay detrás de nosotros.

—Ay, no. Necesito un poco de valentía líquida primero. Ni de coña voy a salir a la pista sobria. Id vosotros primero.

Clayton me da la mano, vamos al borde de la pista de baile y nos detenemos ahí para poder echarle un ojo a Shelly. La música zumba a través de mí. Me encanta esta sensación. Más gente se acerca y en nada estamos presionados uno contra el otro, moviéndonos al ritmo de la música. Ambos conocemos la canción y la cantamos entera. Clayton parece muy feliz en este mar de hombres hermosos. Bailamos unas cuantas canciones más antes de fijarme en el chico que está junto a nosotros, que mira a Clayton desde atrás. Es guapo, de estatura media y con la piel del color del chocolate negro. Tiene la cabeza afeitada, lo que enfatiza su rostro, espléndidamente esculpido. Me mira y alza las cejas hacia Clayton, como pidiéndome permiso. Yo sonrío y asiento. Le da una palmadita a Clayton en el hombro. Clayton se gira y, antes de darme cuenta, me abandona por el señor Pómulos. Me encojo de hombros. Por eso estamos aquí. Además, he visto a Shelly tragarse dos chupitos y una cerveza. Es hora de bailar.

Vuelvo al borde de la pista y le hago gestos con el índice para que se una a mí. Parece un poco más relajada que cuando entramos, se termina lo que le queda de la bebida y se une a mí.

—No puedo creer que esté haciendo esto —murmura con resentimiento.

Sonrío porque, aunque frunce el ceño, sus facciones se han dulcificado. Siento que estoy a punto de ver una transformación.

—Shelly, relájate. Escucha la música. Siéntela. Lo tienes todo controlado. —Le cojo las manos y espero a que el ritmo se asiente.

Ella agarra mis dedos con fuerza e intenta imitar lo que hago yo. Está rígida y

avergonzada, pero cuando llega la segunda canción está lo suficientemente relajada como para soltarme las manos.

—¡Tu reina del baile interior está muy feliz ahora mismo! ¡Has abortado la revolución! —le grito en la oreja por encima de la música.

Me saca la lengua, pero entonces sonrío, y refleja una felicidad liberadora. No sé si es el alcohol o si ha decidido que le importa todo una mierda.

Justo entonces siento unas manos en la cintura que me toman por sorpresa, pero son amables y pertenecen a la persona que en estos momentos está pegada a mi trasero. No miro hacia atrás, pero quienquiera que sea puede seguirme el ritmo. Me encanta bailar con gente que siente la música de la misma manera que yo, y este chico es de esos, sin duda. Bailamos dos canciones más antes de que me grite en el oído:

—¡Joder, chica, qué bien bailas! Normalmente no bailo con mujeres, pero no me he podido resistir. Gracias.

Me da un beso en la mejilla. Yo miro hacia atrás y sonrío. Entonces me guiña el ojo antes de volver entre la multitud al centro de la pista. Joder, qué guapo era. Ah, bueno, no se puede tener a todos.

Shelly me mira boquiabierta. La cojo de la mano y la guío a través de la pista.

—Venga, vamos a beber algo. Estoy sudando.

Todavía tiene la boca abierta, pero ha curvado las comisuras y tiene una sonrisa de listilla en la cara.

—Dios, creo que eso ha sido lo más cerca que he estado de ver a dos personas teniendo sexo con ropa.

Me hace reír.

—¿Qué? Solo estábamos bailando.

—Eso no es bailar. Es muy *sexy*. Tienes que enseñarme.

Y lo hago. Shelly aprende rápido. Una hora después me pregunto quién era la que decía que no podía bailar. Dale un poco de alcohol a Shelly y todo lo que la inhibe desaparece.

A la una de la mañana, Shelly y yo estamos exhaustas y decidimos que es hora de volver a casa. Nos lleva un rato encontrar a Clayton porque la pista sigue muy llena. Lo encontramos bailando con el mismo chico que lo ha separado de mí antes, como hace tres horas. La camisa de Clayton está empapada en sudor. Me siento fatal al decirle que tenemos que irnos e incluso peor cuando el señor Pómulos acerca la carita adorable de Clayton a la suya y lo besa a consciencia cuando Clayton le dice adiós. Sin embargo, me siento un poco mejor cuando escribe su número de teléfono en la mano de Clayton y lo vuelve a besar antes de que Clay me coja la mano y nos marchemos.

Espero a estar en la acera para chocarle los cinco a Clay a modo de enhorabuena y darle un abrazo.

—Tío, ese beso ha sido muy sensual, amigo mío. Estoy un poco celosa. —No estoy celosa. Estoy muy contenta por Clayton.

Clayton va flotando por la acera hasta el coche en una ola de puro regocijo.

—Esta ha sido la mejor noche de mi vida. —Está contentísimo.

Shelly asiente.

—No tenía ni idea de que bailar pudiera ser tan divertido. —Y enseguida se le oscurecen los ojos y su voz agresiva regresa—. No te atrevas a decirle a nadie que he dicho eso, Kate. Tengo que mantener mi reputación.

Levanto la mano derecha.

—Lo juro por mi vida. Lo que ocurre en Spectacle, se queda en Spectacle. —Miro a Clayton y señalo a Shelly—. ¿Has visto a mi chica en la pista?

Clayton niega con la cabeza y cierra los ojos.

—Lo siento, estaba un poco ocupado.

—Es la puta reina del baile.

Entonces esboza su sonrisa más adorable.

—Pensaba que *yo* era la reina del baile.

Shelly ríe. Tiene una risa increíble.

—El título es todo tuyo, Clayton.

Aunque estoy agotada, la noche ha valido totalmente la pena.

Martes, 6 de septiembre

Kate

Ha pasado casi una semana feliz y tranquila cuando vuelvo a casa, después de ir a correr a última hora al gimnasio de la universidad, y encuentro la cinta roja atada al pomo de la puerta otra vez.

Clayton vuelve a ser mi anfitrión. Después de ducharme, insiste en que tome prestado uno de sus pijamas. No me quedan tan grandes.

Ahora *yo* me siento como Hugh Hefner.

También me compró un cepillo y pasta de dientes en caso de que esto volviera a ocurrir. Me los dio en una bolsa de plástico para que lo guardara en su escritorio después de usarlos.

Clayton es el mejor.

Miércoles, 7 de septiembre

Kate

Esta mañana he llegado a Grounds más temprano de lo normal. Estaba inquieta y no podía estar dentro de la residencia más tiempo, así que he decidido ir a correr un poco. Como era de esperar, la carrera ha terminado en la fuente de mi adicción matutina. Corre una brisa fría y estoy un poco sudorosa tras el ejercicio, así que me siento en un banco fuera de la cafetería y me abrazo. Estoy escuchando música clásica en el iPod y leyendo el periódico local que he encontrado en la entrada. Lo tengo sobre el regazo para no tener que agarrarlo y mantener las manos dentro de las mangas. Tengo frío a pesar de llevar la camiseta y la sudadera. Son las seis menos cuarto de la mañana y abren a las seis. Llevo aquí desde las cinco y media.

Oigo un golpe en el cristal detrás de mí. Keller gesticula hacia la puerta de la entrada. Entonces, la puerta se abre y la campana suena atronadora, pero apenas lo noto: es un progreso.

—Buenos días, Katie.

Parece cansado. No se ha afeitado y su pelo oscuro se levanta en todas direcciones, como si acabara de levantarse de la cama. Lo tiene un poco largo, parece que ya le toca cortárselo. Todavía tiene los ojos entornados por el sueño, pero el color no es menos asombroso bajo los párpados entrecerrados. El azul es casi igual al de la camiseta que lleva. A pesar de todo, o quizá por ello, está muy, muy guapo.

Sonrío. Se acuerda de mi nombre.

—Buenos días, Keller. —Le paso el periódico—. Aquí tienes. Le he echado un vistazo. Ningún escándalo en Grant del que informar esta mañana, pero hay un descuento de hamburguesas en Sam's Meat Palace por si te interesa. Ah, y Nuestra Señora de la Luz Eterna organiza una cena y servirá espaguetis de cinco a siete para recaudar dinero para la reforma de la sala de reuniones del sótano.

Su sonrisa torcida emerge y termina en una mueca. Sacude la cabeza suavemente como si el movimiento hiciera que le doliera la cabeza.

—Demasiada información para ser las seis menos cuarto de la mañana, Katie.

—El mundo no para porque estés durmiendo... o tengas resaca.

Su sonrisa se equilibra mientras se pone el delantal detrás del mostrador.

—*Touché*. Solo estoy cansado. Estuve toda la noche estudiando. —Me mira unos segundos y me doy cuenta de que sonrío como una idiota. No puedo evitarlo—. ¿Siempre estás tan feliz por la mañana?

Me encojo de hombros.

—Es un defecto genético, pero llevo despierta unas horas. No podía dormir.

He intentado dormir más últimamente, pero algunas noches no puedo ponerme cómoda y el sueño me elude. Estoy más cansada de lo que recuerdo haber estado nunca.

—¿Supongo que necesitas tu café grande esta mañana?

Me abrazo cuando siento que un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Sí, por favor.

Él asiente hacia el capullo que he creado con los brazos.

—¿Tienes frío?

Estoy casi saltando sin moverme del sitio para calentarme.

—Hace un frío que pela ahí fuera.

Keller alza las cejas.

—Katie, probablemente haya diez grados. ¿Crees que esto es hacer frío? Solo hace *fresquito*. Espera a que estemos a diez grados bajo cero.

Me tapo las orejas.

—Cállate ahora mismo. Voy a fingir que no he oído eso.

Keller señala los auriculares que cuelgan en la parte de arriba de mi sudadera.

—¿Qué escuchas?

Bajo las manos.

—Mozart.

—¿Música clásica? La música clásica es aburrida. —Intenta fruncir el ceño, pero solo baja una de las comisuras de su boca. Se está riendo de mí, pero no de manera antipática.

—¿Aburrida, eh? —No me ofende. La mayoría de la gente de mi edad parece opinar lo mismo. A veces me siento como la embajadora de la música clásica.

—Todo suena igual.

Ahí vamos, un debate matinal sobre música. Bueno, me apunto.

—Esa es una generalización muy mala. Es como decir que el *rock* clásico es una mierda porque no te gusta Led Zeppelin o que la música *new wave* de los ochenta es fenomenal porque te gusta The Cure, aunque no hayas escuchado nada más de ese género.

Me da el café, que cojo agradecida con ambas manos.

Con los codos apoyados en el mostrador y sus largos dedos entrelazados, responde:

—Primero, nadie diría que Led Zeppelin es una mierda.

Asiento.

—Estoy de acuerdo. Ha sido un mal ejemplo. —Pongo mis dos dólares en el mostrador.

—Y The Cure son mediocres —continúa.

Ni siquiera puedo fingir que me contengo.

—¿Tío?! No puedes ir en serio, joder. Eso es una blasfemia pura y dura. The Cure eran épicos, atemporales, uno de los grupos más grandes. De toda la historia. Punto.

Keller niega con la cabeza.

—Ni hablar. —Sonríe—. The Smiths eran mejores.

Me permito sonreír.

—Morrissey es muy bueno, pero Robert Smith es un... ¡es un dios! —Es una declaración.

Levanta las manos, derrotado, pero sonrío. Mete mis billetes en la caja registradora y me da el cambio. Dejo el cambio en el bote de propinas.

—Supongo que lo que quiero decir es que le des una oportunidad a la música clásica. Tiene mala reputación. Claro, sí, puede ser aburrida, pero también puede ser hermosa y *sexy*. Escucha a Debussy.

—¿*Sexy*, eh? —Su sonrisa torcida emerge. Lo imagino practicando en el espejo, totalmente consciente del efecto que tiene en las mujeres.

Pestañeo.

—Puede que te sorprenda. —Levanto el café a modo de saludo—. Gracias por la conversación matutina. Que tengas un día excelente, Keller.

Me ofrece un saludo militar.

—Nos vemos, Katie. Y gracias por avisarme sobre lo de las hamburguesas en Sam's Meat Palace.

—No olvides la cena de pastel de carne en Nuestra Señora de la Gloria Perpetua —grito sin girarme. A veces le hago pruebas a la gente, solo para saber si me escuchan de verdad.

—Es de la Luz Eterna. —Percibo la sonrisa en su voz—. Y son espaguetis —añade antes de que la puerta se cierre tras de mí.

Yo también sonrío, porque ha superado totalmente la prueba.

Jueves, 8 de septiembre

Kate

Son las tres y media de la tarde y estoy de camino a Minneapolis. No tengo que estar allí hasta las cuatro, pero como la última vez que conduje este tramo Clay y Shelly rezaron por sus vidas, he decidido salir un poco más temprano y reducir la velocidad a unos respetables ciento veinte kilómetros por hora. Me siento una anciana.

La escuela de educación primaria que busco está supuestamente a unas manzanas del edificio de Maddie. Por supuesto, no me lleva mucho tiempo encontrarla.

En algún momento de la semana pasada me percaté de que tenía una necesidad que todavía no había atendido. Por eso hablé con mi orientador sobre oportunidades de voluntariado. No entré en detalles porque no necesito que me psicoalicen. Además, no necesito que nadie me diga qué está mal. Ya lo sé. Es simple. Echo de menos a Grace.

Bueno, el señor orientador me puso en contacto con esta escuela primaria en Minneapolis que colabora con Grant. Resulta que hay un niño de quinto, Gabriel, cuyo profesor particular habitual no estará disponible hasta dentro de dos semanas debido a una operación. Ahí es donde entro yo. Estoy muy emocionada porque, para ser sincera, tengo demasiado tiempo libre. No tengo problemas para estar al día con las clases y el trabajo y necesito algo más. «Algo más» hace que me sienta bien. «Algo más» es ayudar a otra persona. Pero también soy un poco egoísta porque «algo más» tiene el potencial de ayudarme de maneras que nadie entendería jamás.

Me registro en secretaría y, como ya envié mis documentos por correo hace unos días, me llevan directamente a la cafetería, donde se lleva a cabo la actividad extraescolar. La mujer de la secretaría me presenta a la directora del programa. Se llama Helen y es simpática, pero me mira fijamente mientras hablamos, como una mamá oso que protege a sus cachorros.

—Gabriel tiene síndrome de Down. Es un niño muy, muy dulce... el noventa y nueve por ciento del tiempo. A veces se porta mal.

—Suena como la mayoría de los niños. Estoy familiarizada.

—¿Familiarizada con niños con síndrome de Down? —pregunta, dudosa.

—Sí, señora, mi hermana —digo. Estoy más familiarizada de lo que sabrás

jamás, creo.

—Ah, ya veo. Sí, claro. Espero que le des la atención y la paciencia que necesita y se merece.

—Por eso estoy aquí.

Ella asiente secamente.

—Quiero un informe completo después de cada sesión antes de que te marches para poder pasarle la información a su madre. Y quiero que me busques si hay algún problema de conducta.

—De acuerdo. ¿Dónde está Gabriel? Me gustaría conocerlo.

Helen inhala y exhala. Se gira y dice:

—Gabriel.

Una cabecita de pelo oscuro se gira en la mesa más cercana a nosotras. Helen le hace señas para que se acerque a ella. El niño se levanta, dudoso, y se detiene al lado de la mesa, como si esperara a que le dieran permiso.

Helen sonrío felizmente.

—Gabriel, ven aquí, por favor. Hay alguien a quien le gustaría conocerte. —Le habla lentamente y con cautela, como si fuera un animal asustado.

Gabriel se acerca y mira al suelo. Antes de que Helen diga otra palabra, me agacho frente a Gabriel. Ahora es más alto que yo. Le tiendo la mano.

—Soy Kate, Gabriel. Me gustaría ser tu amiga. ¿Quieres ser mi amigo?

No me coge la mano, pero cuando levanta la barbilla para mirarme veo que está sonriendo. Tiene una sonrisa muy bonita.

—Hola, Sonrisas. Vamos a la biblioteca para que me enseñes los libros que tienes en esa mochila tan guay. —Señalo la mochila que está en el suelo junto a la mesa en la que estaba sentado. Es negra y está cubierta de un estampado de guitarras coloridas.

Su sonrisa se ensancha y vuelve corriendo para coger la mochila.

—No se corre, Gabriel —lo reprende Helen con severidad.

El niño vuelve caminando, todavía sonriéndome. Sigo de rodillas y le susurro:

—Vamos, Sonrisas.

Gabriel estira hacia abajo el brazo, me coge de la mano y luego me susurra al oído:

—Me gustaría ser tu amigo.

Trago saliva para deshacer el nudo del tamaño de una pelota de golf que tengo en la garganta y me pongo de pie. Entonces sonrío porque, durante unos segundos, no puedo hablar. Veo a Grace en sus ojos.

Caminamos por el pasillo y balanceamos nuestras manos desde adelante hacia atrás. No hablamos hasta que llegamos a la biblioteca, el lugar en el que está programado que tengamos las clases.

—Bueno, Sonrisas, este es tu colegio y yo soy nueva, así que necesito que me digas dónde debemos sentarnos.

Gabriel escudriña la habitación y, tras pensarlo seriamente, me guía a una mesa pequeña con dos sillas cerca de una ventana.

—Menos mal que te he dejado elegir, porque este sitio es perfecto. Yo habría elegido la mesa de allí —digo, señalando a una esquina— y nos habríamos perdido estas vistas.

Hay un pequeño parterre en la parte exterior de la ventana que todavía está en flor. Gabriel sonríe ampliamente. Está orgulloso de sí mismo. Tengo la sensación de que no recibe cumplidos muy a menudo.

Señalo su mochila y pregunto:

—¿Me enseñas qué habéis hecho hoy en Matemáticas, Sonrisas?

Mientras baja la cremallera de la mochila pone cara de confusión.

—¿Por qué me llamas Sonrisas?

—Porque tienes la sonrisa más bonita que he visto. —Es verdad. Ilumina la habitación.

Todavía está confundido, pero no puede ocultar la sonrisa.

—Pero mi nombre es Gabriel. Todos me llaman Gabriel.

Cojo su libro de Matemáticas cuando me lo pasa y lo dejo en la mesa.

—Es un apodo. Es como un nombre especial que solo los amigos pueden usar. —Le gusta la idea; lo veo en sus ojos—. Si no te gusta Sonrisas te puedo llamar Gabriel. Gabriel es un nombre genial.

Se lo piensa.

—Me gusta Sonrisas.

—A mí también.

—Ahora tú necesitas un apodo.

Yo asiento de manera alentadora.

—Sí, necesito un apodo, sin duda. ¿Cómo quieres llamarme?

Inclina la cabeza hacia atrás y hacia delante mientras piensa y a cada pocos segundos arruga la frente. Está concentrado en mi cara y mira cada rincón antes de soltar:

—¡Manchas!

—¿Manchas?

Señala mi nariz.

—Sí, Manchas.

Tardo un segundo, pero luego comprendo que se refiere a mis pecas.

—Claro, tengo manchas en la nariz, ¿no?

Gabriel asiente con entusiasmo.

—Pues de todos los apodos que he tenido, Manchas es mi favorito. —La felicidad me invade el corazón ahora mismo.

Sonrisas es, sin duda, «algo más».

Viernes, 9 de septiembre

Kate

Shelly ha intentado convencerme durante toda la semana. La tengo ahora al teléfono y la conversación ha derivado hasta un lamento, lo que en el caso de Shelly sigue pareciéndose más a una orden que a una súplica.

—Kate, tienes que venir. Es la fiesta de principio de curso. Es una tradición estúpida, pero todos van.

—Shelly, ¿por qué tengo que ir? Seguro que todos tus amigos estarán ahí. —La verdad es que estoy muy cansada esta noche.

Estoy segura de que está haciendo un mohín.

—Porque, *tía*, tú eres más divertida. —Sabe que me encanta lo de «tía». Intenta hacerme la pelota. Y funciona—. En serio, Kate, me divierto más contigo. Haces que salga de mi zona de confort.

—Pero lo odias. —Es verdad.

—Lo sé... pero también me gusta.

Esa pequeña admisión hace que me sienta menos cansada.

—¿Habrás baile? Porque si me garantizas que bailarás conmigo esta noche, me apunto.

Shelly exhala. Parece dolorida.

—Bailaré —contesta, aunque es un susurro entre dientes.

—¿Qué? Vas a tener que hablar más alto. No te he oído. —Digo esto último con voz cantarina.

—Maldita seas, Kate. Sí, bailaré. ¿Quieres que salga y lo grite para que el mundo lo oiga? ¿Eso te haría feliz? —Percibo una sonrisa, a medio camino entre una mueca y una amenaza.

—Mmm, sí, eso me haría la chica más feliz de Grant hoy. ¿Puedes menear un poco el culo mientras lo gritas? Sería perfecto.

—No te pases, Sedgwick.

—Pero no me voy a disfrazar. He oído que es una fiesta de disfraces, y a mí eso no me va.

—Ni a mí —concuerta.

Shelly me recoge en la residencia a las diez y al cabo de dos minutos ya hemos aparcado frente a la casa de una fraternidad de la universidad. Parece un pueblo fantasma.

—¿Qué coño...? ¿Dónde está todo el mundo? —parece molesta. Sé que dijo que lo de la fiesta era estúpido, pero creo que estaba emocionada. Localiza a alguien que sale de una puerta lateral del edificio y se le tensa todo el cuerpo. Es como un león a punto de saltar—. Espera aquí. Voy a averiguar qué pasa.

Persigue a su presa y empieza a interrogar al pobre chico como hizo conmigo la primera vez que nos vimos. Sé lo intimidante que puede ser cuando no la conoces —y a veces también cuando ya la conoces—. El chico está encorvado como si estuviese protegiendo su blanda y vulnerable barriga de un ataque. Entonces Shelly saca el teléfono del bolsillo trasero y llama a alguien. Mantiene una breve conversación con muchos gestos de manos y vuelve con la exclusiva.

—La policía ha parado la fiesta hace veinte minutos. Un borracho idiota vestido de Superman ha decidido saltar del segundo piso por una apuesta. Se ha roto el fémur. Ha sido tan grave que han tenido que llamar a una ambulancia. Y entonces ha venido la policía. Ya sabes el resto. —Pone los ojos en blanco, irritada. Shelly no soporta las estupideces—. Gilipollas.

Le ofrezco mis condolencias.

—Lo siento, tía. A decir verdad, me decepciona más haberme perdido a un hombre adulto saltar de una ventana vestido con las mallas de Superman. O sea, siento que hayan cancelado la fiesta y también siento *mucho* que el tío se haya hecho daño, pero debe de haber sido gracioso.

—Es ridículo —corrige ella.

—Gracioso. Ridículo. La diferencia es muy sutil. —Voy a seguir farfullando hasta que sonría—. Pegan, como si fueran miembros del mismo partido, pero...

Una sonrisa empieza a aparecer en sus ojos.

—Cállate, Kate. —Lo dice entre risitas.

—En serio, ¿un tío de veinte años en mallas que piensa que puede volar? ¿No te parece divertido? Sé que soy simple y que es muy fácil hacerme reír, pero para mí es material del bueno.

Ahora se está riendo y hasta le sale un gruñido. Solo la he oído gruñir una vez, cuando se descojonó en la discoteca de Minneapolis. Es su pináculo. Cada vez que la oigo reírse, me siento satisfecha al saber que puedo hacer que esta chica se sienta feliz y desinhibida. Se ha abierto a mí y eso me hace sentir bien.

Golpea el volante con la base de la mano.

—Gracias, tía. Lo necesitaba. —Parece resignada—. Ahora vayamos a beber un

par de copas.

—Vale. Pero prométeme que pararás antes de intentar ningún acto de fe desde un segundo piso en plan superhéroe.

Cuando nos detenemos frente a la floristería, asumo que vamos a ir a su piso. No hay problema; puedo volver caminando a la residencia desde aquí. Cuando sale y cruza la calle estoy confundida.

—¿Adónde vamos?

—A ver al novio. —Es gracioso que lo llame así. Creo que nunca he oído su verdadero nombre. Siempre es «el novio»—. Veamos si él y su compañero de habitación han vuelto borrachos a casa. Estaban a punto de llegar cuando he hablado con él hace unos minutos.

—¿Viven muy lejos? —Me estoy frotando los brazos porque solo llevo una camiseta y una sudadera con capucha y hace un frío increíble esta noche. No había pensado que iba a caminar mucho.

—Calle abajo. Han alquilado la habitación que hay detrás del Grounds.

El camino es corto. Giramos en la esquina del Grounds y rodeamos el edificio. Hay un enorme todoterreno viejo aparcado en el callejón. Es de color verde pálido y está oxidado, pero la puerta del conductor es roja. Al lado del coche está la puerta que supongo que debe ser la del piso —o habitación, como ha dicho ella— del novio.

Intenta abrirla, pero está cerrada, así que golpea la puerta con el puño. Un pelirrojo alto con una barba espesa abre la puerta y se apoya en ella, como si no pudiera mantenerse de pie de otra manera. Sonríe a Shelly con la misma sonrisa boba que esboza ella cuando habla de él. Pero la de ella es pequeña y contenida; la de él es enorme y muy abierta.

—¿Cariño, estás en casa! —Nunca he visto a un borracho farfullar una frase con tanto entusiasmo.

Shelly le da un beso en la mejilla cuando entra.

—¿A qué hora habéis empezado a beber?

—No me acuerdo —continúa farfullando—. ¿A las tres, quizá? ¡Es la fiesta de principio de curso de Grant!

Este tipo es un borracho feliz. Me gusta eso. No soporto estar cerca de borrachos enfadados porque me recuerdan a mi madre.

El novio se sorprende cuando mira hacia la calle y me ve esperando en el umbral. No quiero ser maleducada y entrar o hacer algún movimiento repentino porque el tipo parece que ve doble, posiblemente triple. Intenta con todas sus fuerzas concentrarse en una sola Kate.

Levanto la mano y saludo despacio.

—Hola, ¿qué tal? Tú debes de ser el novio.

El chico entorna los ojos como si mi imagen fuera una aparición desenfocada que flotara ante él.

—¿Kate? —Mira despacio a Shelly—. Cari, ¿*es esa* Kate? ¿De la que hablas sin parar? ¿Por fin voy a conocerla en carne y hueso?

Shelly pone los ojos en blanco.

—Cállate, Duncan. Deja entrar a la pobre; se está congelando ahí fuera.

Duncan da un paso atrás y con un gesto grande y dramático me da la bienvenida a su piso.

—Gracias, tío —digo, e inclino la cabeza.

Duncan suelta una risita, lo cual no tiene precio porque un tipo tan grande y peludo no debería soltar risitas, pero no hay otra manera de describirlo.

—Espera, te conozco. ¿No te conozco? ¿De qué te conozco?

Shelly me da una cerveza antes de que pueda rechazarla, incluso antes de que me quite la sudadera.

—Duncan, no la conoces. ¿De qué ibas a conocer a Kate?

Vuelvo a mirarlo y de repente a mí también me suena. He visto esa barba antes, ¿pero dónde? Y entonces me acuerdo.

—Grounds. Nos conocimos en el Grounds antes de que empezara el curso. Bueno, no nos conocimos exactamente. Hablamos del tiempo, creo.

Intenta chasquear los dedos, pero le sale fatal. Parece no darse cuenta.

—Sí. ¡Sí! Lo sabía. —Me señala—. Estás en el club. —Se gira hacia Shelly— Cari, está en el club.

Yo sonrío y asiento.

—Sí, estoy en el club.

Shelly niega con la cabeza, pero no puede evitar sonreírle como una tortolita.

—Duncan, por favor, siéntate antes de que te caigas. Y no más alcohol. Se ha acabado por hoy.

Arrastra los pies hasta un pequeño sillón de dos plazas y se deja caer junto a ella.

Miro a mi alrededor y comprendo por qué Shelly lo ha llamado habitación y no piso. Porque *es* una habitación, un diminuto espacio abierto con techo alto. Todo es pequeño, aunque acogedor y cómodo. Hay una pequeña cocina en la pared de ladrillo más alejada, un sofá de dos plazas, un sillón reclinable raído en el centro y dos biombos en los lados opuestos a la puerta por la que he entrado. Supongo que la cama de Duncan se encuentra detrás de uno y la de su compañero detrás del otro. Casi no

hay privacidad. Me pongo en su lugar, pero cuando compartía una habitación pequeña era con mi hermana y la privacidad no era una prioridad. Hay tres puertas más, todas cerradas. Una debe de ser el baño, otra probablemente sea un armario y la última parece que lleva al Grounds.

Duncan se estira y da unas palmaditas torpes al sillón reclinable que hay a su lado.

—Vamos, siéntate, Kate. No mordemos. Será mejor que te sientes mientras puedas, antes de que salga mi compañero de la ducha. Una pava ha intentado ligar con mi chico en la casa de la fraternidad y, como a él no le interesaba, le ha tirado un vaso de cerveza encima. ¿Qué coño? O sea, ¿quién hace eso? Olía fatal. Se ha tenido que meter en la ducha en cuanto hemos llegado. —Duncan es un cuentacuentos muy teatral y mucho más parlanchín que Shelly.

Shelly ríe.

—Estoy segura de que él le estaba dando esperanzas. Ya sabes lo que le gusta provocar cuando va borracho.

—Cari, es mi chico. ¿Por qué eres así? —Se inclina sobre ella y casi se cae encima. Este tipo está como una cuba.

—Ya sabes cómo es. Cuando está sobrio no les da a las mujeres ni la hora, pero cuando va borracho flirtea como un loco solo para cabrearlas. —Ahora me mira a mí—. Se piensa que es divertido darles esperanzas y cuando las rechaza ellas se molestan. Y a él le encanta. Es un juego cruel. Es un provocador... —Shelly deja la frase a medias porque la puerta del baño acaba de abrirse. Me sonrío con malicia, como si supiera que ha hecho que alguien picara el anzuelo.

Oigo su voz antes de verlo.

—Shel, esta puerta es de papel. ¿Crees que no te oigo? Y eso solo pasó una vez. Y fue por una apuesta que hizo tu hombre aquí presente. No hay por qué exagerar. —No está ofendido. De hecho, suena como si encontrara graciosa toda la conversación—. Gracias por defenderme, Dunc.

Shelly ríe. Está mucho más relajada cuando está con su novio. Eso me gusta.

Y entonces lo veo. Me quedo helada y casi suelto la botella de cerveza que tengo en la mano. Porque quien sale del baño, envuelto en una toalla que le cuelga de las caderas, es Keller Banks. El dios del café. Mierda. Es espectacular, joder. Necesito pestañear. Y respirar. No te olvides de respirar. Todavía no me ha visto.

Duncan señala, en vano, en mi dirección.

—Banks, tenemos una invitada.

—Hola, Keller. —He sonado normal a pesar de que el corazón me late ridículamente rápido.

Su pose relajada se vuelve rígida y abre sus ojos soñolientos de par en par.

—¿Katie? ¿Qué? ¿Cómo? —tartamudea—. ¿Qué... qué haces aquí? —No es maleducado; solo se ha quedado sin palabras.

Lo cual resulta adulador en cierto modo porque no parece el tipo de chico al que se le trabe la lengua, especialmente delante del sexo opuesto. No es que sea demasiado confiado, sino que los chicos tan guapos como él parecen saber cómo hablar con las mujeres por instinto. Puede que sea yo la que tenga la sartén por el mango.

—He salido con Shelly esta noche, pero la fiesta se ha cancelado. Supongo que el vuelo de Superman ha sido la hostia. Literalmente. Hemos terminado aquí por casualidad.

Shelly y Keller se miran y preguntan al unísono:

—¿De qué conoces a Kate?

—¿Eres amiga de Kate?

Los dos parecen confundidos.

Miro primero a Keller.

—Trabajo con Shelly en Tres petunias. Ah, y es mi compañera de baile cuando salimos de fiesta. —No lo puedo decir con la cara seria y sonrío cuando miro a Shelly, que pone los ojos en blanco y me mira mal. Es una combinación impresionante—. Y conozco a Keller del Grounds. Debatimos sobre música y lo mantengo al día de las noticias de la ciudad.

Keller sacude un poco la cabeza. Estoy segura de que le resulta difícil pensar con todo el alcohol que tiene en el cuerpo. No está tan borracho como Duncan, pero también ha bebido lo suyo. Estira los brazos, levanta las manos, como si intentara decirnos que paremos, y las balancea ligeramente de delante a atrás. Casi doy un paso al frente para asegurarme de que no se cae.

—Espera. Lo siento. Eso es...

—Creo que se ha puesto nervioso porque hay una mujer en nuestro piso —le dice Duncan a Shelly en el susurro más alto que he oído nunca—. ¿Cuándo la ha traído a casa?

Shelly interrumpe su confusión de borracho antes de que continúe.

—Duncan, Keller no la ha traído a casa. Yo la he traído... *conmigo*. ¿No te acuerdas?

Duncan se encoge de hombros y, finalmente, apoya la cabeza en el regazo de Shelly. Yo recorro los tres o cuatro pasos que me separan de Keller. Todavía parece estupefacto. Le ofrezco la mano.

—¿Necesitas ayuda?

Se esfuerza por ajustar la mirada a mi repentina cercanía.

—Katie. —Es más un suspiro que una palabra. Busca. Me pondría cachonda si no fuera por el hecho de que ve borroso. Quizá esté tan borracho como Duncan.

Vuelvo a ofrecerle la mano.

—Vamos, tío.

Levanta la mano despacio y se muestra dubitativo.

—¿De verdad estás aquí?

—*Sip*. ¿Te has bebido unos cuantos cócteles esta noche, eh, Keller?

Asiente, con la boca relajada, pero termina por darme la mano. Me la aprieta suavemente, como si tuviera pleno control de sus funciones motoras. Sé que no es así. Empieza a apoyarse en mí, pero continúa apretándome la mano con suavidad.

—Agarra con una mano esa toalla, amigo. No queremos un desnudo integral por accidente. Mantén el paquete en el envoltorio. —A ver, a mí no me importaría, pienso para mí, pero...

Duncan ríe desde el sillón.

—Eso es una primera vez, Banks.

Necesito llevar a este chico a la cama, aunque el pensamiento hace que se me remueva algo, algo profundo... un deseo... pero no, eso es egoísta. ¡No! Sexo no.

Quiero.

De verdad que quiero.

Pero no lo haré.

No puedo.

Es un buen chico; no podría hacerle eso. Nada de ataduras.

¿Encaprichamientos no correspondidos y lujuriosos? Sí, por favor.

Llevar a este chico a la cama para que duerma la mona es lo que tengo que hacer. Empezamos a arrastrarnos los dos juntos hacia los biombos.

—La cama de Keller está a la derecha —dice Shelly.

—Gracias —gruño, porque ahora mismo tiene los dos brazos alrededor de mis hombros y siento que llevo un peso muerto. Dios, pesa mucho.

Una cama individual y una pequeña cómoda son los únicos muebles que veo tras el biombo. Hay una guitarra acústica en una esquina al lado de una bicicleta sin marchas. Aquí no cabe ni un alfiler.

—¿Tocas la guitarra, Keller?

—Sí. —Eso es todo lo que logra decir.

Estoy perdida. Me van los guitarristas.

Me inclino a los pies de la cama y él cae como una pieza de dominó, una pieza de

dominó que sigue unida a mí.

Estamos tumbados pecho contra pecho, y él tiene la espalda sobre el colchón. Estoy segura de que ya ha perdido el conocimiento. Y aunque pudiera permanecer tumbada toda la noche contra su cálida piel, sé que esto está mal se mire por donde se mire. Así que cierro los ojos y me permito pasar cinco segundos en el paraíso. Inhalo su fresco olor a jabón, mentolado y limpio. Presiono las manos contra su pecho donde los visibles músculos están tensos a pesar de que está relajado. Mmm...

Ya han pasado cinco segundos. Abro los ojos, pongo las manos a cada lado de sus hombros sobre la cama y me apoyo, intentando deshacerme de los brazos largos con los que me rodea. No cede. Estoy a punto de gritar a Shelly que venga y me ayude cuando oigo que me dice con una voz soñolienta al oído:

—Quédate, Katie.

Se me vuelve a desbocar el corazón. Levanto la cabeza y lo miro a los ojos. Está muy cerca. Y tiene los labios muy rosas; parecen muy suaves. Está a punto de quedarse frito, así que respondo en un susurro:

—Necesitas dormir, Keller. Cierra los ojos.

Se le cierran los párpados. Se está alejando de mí.

—Escuché a Debussy. No fue aburrido. Fue precioso... y *sexy*. —Y ya no está; se ha rendido al alcohol y al cansancio.

Sonrío, me inclino hacia delante y le doy un beso suave en la frente, pues necesito evitar los labios.

—Buenas noches, cielo.

En esta ocasión, cuando intento levantarme y deshacerme de su abrazo, sus brazos caen lejos de mí. Las piernas le cuelgan por las rodillas, pero la toalla sigue en su lugar. Le pongo la almohada en la cabeza y lo envuelvo como un burrito con el edredón para que no coja frío. Su cara de bebé parece muy inocente cuando duerme. Algo se remueve en mi interior: no es la necesidad sexual de antes, sino un tipo diferente de deseo. Un tipo diferente de atracción. Me duele el pecho al mirarlo. Todo mi ser quiere sentarse y mirarlo mientras duerme, acariciarle el pelo, recorrer cada una de las perfectas facciones de su cara con la punta de los dedos y, simplemente, estar cerca de él. Nunca me había sentido así y, en lugar de asustarme, hace que me sienta tranquila.

Tengo que irme. Ahora.

Cuando vuelvo con Shelly, ella sigue en el sillón. Duncan está roncando con la cabeza apoyada en su regazo.

—Siento que la noche haya ido tan mal, Kate. Nunca querrás volver a salir conmigo. —Parece decepcionada.

Sonrío.

—No ha ido mal. Solo que no ha sido como querías. No es lo mismo. Claro que volveré a salir contigo. —Miro a Duncan—. Y el novio parece muy simpático.

Ella sonrío con tristeza.

—Sí, especialmente cuando está sobrio. Siento que lo hayas tenido que conocer así. Se pasa casi todo el tiempo en el trabajo o en clase. El pobre apenas sale. Y aunque lo hace no suele beber. —Lo mira rápidamente—. Puedo contar con dos dedos las veces que lo he visto así durante el año que llevamos saliendo.

Percibo amor en su voz. Escuchar a gente que siente ese tipo de amor me hace feliz. Es poco común. La gente no se toma el tiempo necesario para encontrarlo. O lo dejan ir con demasiada facilidad. O no saben lo valioso que es cuando lo tienen. Shelly lo sabe. Creo que Duncan también.

Después de levantarse, deslizándose por debajo de Duncan y colocándolo de alguna manera cómoda en el sillón, lo cubre con una manta y le da un beso en la mejilla.

—Bueno, tía, volvamos a mi casa. Te hago unos huevos revueltos y luego te llevo a la residencia en coche. No quiero que vayas caminando sola en plena noche.

Sabe lo mucho que me gustan los huevos revueltos. Hablamos de ello en el trabajo la semana pasada. Es una de mis comidas favoritas y me levantan el ánimo.

—Trato hecho.

Mientras Shelly apaga las luces y alcanza la puerta, me mira con una expresión de preocupación y advertencia.

—Por favor, no te enamores de Keller. He visto cómo lo mirabas. No me malinterpretes. Es un buen chico. En realidad, probablemente sea uno de mis mejores amigos. Es de esas personas que quieren saberlo todo de ti y a las que tampoco te importaría contárselo todo. De hecho, sientes que quieres hablar con él porque se le da bien escuchar y siempre está cuando lo necesitas. —Suspira—. Pero, por otro lado, es muy reservado en lo que respecta a su propia vida. No se abre a nadie, excepto a Duncan, y quizá a Romero. Él y Duncan son amigos desde hace años. Duncan vivía con él y su familia en Chicago antes de venir aquí a Grant. Es como un hermano para él y yo lo quiero por eso, pero es... misterioso. Personalmente, creo que esconde muchos secretos. De hecho, se deja el culo trabajando, pero no se gasta el dinero en nada excepto en volar a Chicago algunos fines de semana...

—¿Qué hay en Chicago? —la interrumpo.

Shelly se encoge de hombros.

—Solo lo sabe Duncan, pero no nos va a decir nada. Yo siempre he asumido que es una novia, porque *nunca* tiene citas. Cada vez que le pregunto, me ignora. Sin duda

esconde algo. Es el gran secreto de Keller.

—Los secretos no siempre son malos, Shelly. Todos tenemos algo que esconder. —Siento que lo que digo es una confesión, como si debiera añadir un humilde «amén».

—Sí, lo sé. Pero el secreto de Keller es como una maldita feromona en lo que se refiere a las mujeres de por aquí. Parece no estar disponible, así que ¿qué hacen ellas? Cola para que les rompa el corazón. Porque, o sea, se creen que son ellas las que van a romper una relación a distancia y ganarse su corazón. Hay que reconocerle a él que no les da esperanzas. Solo quería hacerle pasar un mal rato antes. Si no tiene una relación, no me sorprendería que fuera gay o virgen. No es que a mí me importe una mierda la vida sexual de Keller. Es mi amigo y tú también. Y quiero que siga siendo así. Por tanto, la moraleja de esta historia es que Keller deja involuntariamente un rastro de corazones rotos y lo destruye todo a su paso. Por favor, *por favor*, no dejes que te lo rompa a ti también.

—Keller y yo somos amigos, solo amigos, y no busco nada más. —Cuando las palabras se han formado en mi mente eran ciertas, pero en cuanto salen de mi boca y se quedan flotando entre nosotras, algo cambia. ¿Por qué siento que es mentira? Es esa maldita cara de bebé... y esos malditos ojos... y ese maldito cuerpo... y esa maldita media sonrisa... y esa maldita voz *sexy*.

Joder.

Está bien saber que no puedo involucrarme. Y está bien saber que no me va que me rompan el corazón. Así que lo repito en mi mente una y otra vez: «Keller y yo solo somos amigos. Keller y yo solo somos amigos». Para cuando hemos vuelto al piso de Shelly, casi me lo creo.

Casi.

Sábado, 10 de septiembre

Kate

El teléfono me vibra en el bolsillo. Es Gus. Y son las siete menos cuarto de la mañana en California.

—«Bonjour, Gustov» —respondo. Mi acento francés es exagerado y repulsivo.

—Hola, Bright Side. No te he despertado, ¿verdad? —Sabe que soy de las que se levantan temprano.

—No, aquí es casi por la tarde. Voy de camino al Grounds para comprarme un café. ¿Qué te tiene tan contento a estas horas un sábado por la mañana?

—Nos han dado el día libre para premiar nuestro buen comportamiento. Voy de camino a casa para almorzar con mi madre y hacer surf con Mags y Stan esta tarde.

—Guay. Salúdalos de mi parte.

—Tía, me gustaría que estuvieras aquí. Es el primer día normal que he tenido en mucho tiempo y no parece completo sin ti. —Parece estar sensiblero.

Y yo sé qué se siente.

—Menuda suerte tienes, cabrón. Hoy tendré que vivir a través de ti. Ten eso en mente mientras haces todo por los dos.

—Haré una foto de la puesta de sol y te la enviaré si quieres.

Siempre sabe qué decir.

—Eso me gustaría. A Gracie le gustaría.

Oigo la sonrisa en su voz.

—Sí. Voy a hacerle una visita a la señorita Grace antes de ir a casa de mi madre. Anoche compré tulipanes amarillos. Y pararé en una gasolinera para comprar una chocolatina. El aire acondicionado del coche no funciona y no quería que se derritiera antes de llegar, así que esperaré a estar más cerca para comprarla.

Joder, qué considerado.

—Un Twix. Le gustan los Twix.

—Bright Side, he comprado al menos *trescientos* Twix para Grace durante años. Sé qué tipo de chokolatinas le gustan.

Sonrío porque no es una exageración. Probablemente ha comprado más.

—Lo sé. —Se hace el silencio durante unos segundos—. La echo de menos, Gus

—susurro.

—Lo sé, Bright Side.

El silencio regresa y Gus me deja vivir en él.

Y entonces me saca.

—Dime algo increíble que te haya pasado esta semana y que no sepa todavía.

Pienso un momento. Gabriel. Mi voz se anima.

—El jueves tuve mi primera sesión como profesora particular en la escuela primaria de Minneapolis.

—Sí, sí, ¡eso es! —Su loco entusiasmo de siempre vuelve—. ¿Qué tal fue? ¿Le das clases a un niño o a una niña?

Su entusiasmo incrementa el mío y me siento mejor.

—Fue increíble. Es un niño de quinto. Su nombre es Gabriel, pero lo llamo Sonrisas. Gus, tiene la sonrisa más bonita que he visto.

—Apuesto a que sí. ¿Es de educación especial? —Gus es el mejor conversador que conozco porque es una de las pocas personas que escuchan de verdad cuando les hablas. Lo sientes, incluso a través del teléfono.

—Tiene síndrome de Down. Es un poco tímido.

Gus me interrumpe con una carcajada.

—Bueno, entonces ha encontrado a la persona perfecta para que lo saque de su cascarón. Eres la cura para la timidez, ¿a que sí?

—De hecho, creo que sí lo soy, listillo.

Gus ríe.

—Esa es mi chica.

—En fin, el personal administrativo me dijo que tenía problemas de comportamiento y la encargada del programa hizo alusión a ello, pero el niño ha sido un ángel conmigo. Creo que mucha gente trata a los niños con necesidades especiales de una manera muy diferente a otros niños y a veces eso hace que se porten mal. Son niños y lo único que quieren es atención y amabilidad, ¿sabes? Eso es lo que todos los niños quieren.

—Y por eso vas a ser la mejor profesora que el mundo haya visto. Vas a iniciar una revolución en la profesión. —Siempre me da muchos ánimos.

—Me encantó estar el jueves con él.

—Y apuesto a que él sintió lo mismo. ¿Te recordó a Grace? ¿Fue muy difícil?

—Sus ojos me recuerdan a Grace. Tiene en ellos esa expectación e inocencia, ¿sabes? Y se le arrugan cuando sonrío, como a Grace. Pero me gusta. Me gusta estar con él.

—Me alegro. Te lo mereces.

—¿Qué tal te va todo a ti, dios del *rock*?

—Bien, bien. Ya veo la luz al final del túnel. El álbum sale el martes, pero no quiero pensar en nada de eso hoy. Hoy es un día para hacer surf con los amigos y pasar tiempo con mi madre.

—No hay nada mejor que eso.

—Oye, Bright Side, voy a parar para repostar y comprar la chocolatina de Grace. ¿Estás disponible esta noche? Te llamaré cuando esté volviendo a Los Ángeles, si no tienes planeada una cita sensual.

Quizá son cosas mías, pero su voz burlona suena un poco triste.

—Nada de citas. Estaré por aquí, a no ser que tenga que hacer la cuchara con Clayton en su cama si Sugar trae a otro caballero a la residencia.

Se hace un silencio un poco largo y luego pregunta:

—¿De verdad hacéis la cuchara Clayton y tú?

—Tío, no te han reemplazado. Nadie hace la cuchara como tú.

He pasado cientos de noches en la casa de Audrey y Gus durante años y siempre he dormido con Gus, especialmente durante las semanas en las que viví con ellos antes de mudarme a Minnesota. No hubo una noche en la que durmiera sola. Ya fuera en su habitación, en la habitación de invitados o en el sofá; siempre dormíamos juntos. Y hasta la última noche fue completamente platónico, a pesar de estar siempre entre sus brazos. Creo que nunca me he sentido más segura que durante esas semanas. No podía dormir a menos que me abrazara, porque Gus es un hombre grande, corpulento y dulce. Era como un capullo que me protegía del mundo. Estaba muy agradecida por esos momentos.

Oigo el chasquido del mechero y esa primera y familiar calada larga que le da al cigarro.

—Está bien saberlo.

—Deberías dejarlo.

—Sí. Debería.

—¿Lo dices en serio? —pregunto esperanzada.

—*Nop*. Te quiero, Bright Side.

—Yo también te quiero, Gus.

—Adiós.

—Adiós.

El sonido atronador de la campana anuncia mi llegada a un Grounds vacío. Estaba

segura de que Keller no trabajaría esta mañana porque probablemente seguiría en coma, pero allí está, detrás del mostrador con las manos como un cepo sobre las orejas, los ojos cerrados y la cara contorsionada de dolor. Abre los ojos cuando llego al mostrador y el ruido de la campana desaparece.

—Lo siento —me disculpo rápidamente—. Estás hecho mierda, tío.

O sea, todavía tiene un aspecto atractivo, muy atractivo, pero está pálido y ojeroso. Solo Keller podría estar de resaca y seguir siendo *sexy*. Y entonces me recuerdo a mí misma que «Keller y yo solo somos amigos».

Lo pillo por sorpresa y se ríe con un gruñido.

—Supongo que me lo merezco.

Y con ese intercambio de palabras sé que todo está bien entre nosotros. Keller y yo solo somos amigos, porque así es como los amigos se comportan. Y eso está bien. De hecho, es incluso genial, porque los amigos son regalos que te da la vida.

—No sé si *mereces* sentirte tan mal, pero te lo ganaste a pulso.

Keller niega con la cabeza, se frota los ojos con la base de las palmas de las manos y gime.

—No volveré a beber nunca más.

Asiento para mostrar que estoy de acuerdo con lo que acaba de decir.

—¿Hasta la próxima vez? —Sonrío.

Responde a mi sonrisa con otra.

—Mierda, es como si me conocieras.

Arqueo las cejas.

—Bueno, anoche estuvimos en una postura algo íntima y vulnerable. Eso se presta a que las personas se conozcan mejor.

Su expresión se transforma rápidamente y de repente es evidente que parece asustado.

—Mierda. Creía que recordaba la mayoría de lo que pasó. *Estabas* en mi cama.

—Hace gestos entre los dos con el dedo—. Nosotros no... ya sabes... —Se muerde la uña del dedo anular.

Niego con la cabeza y río.

—No... No lo hicimos. —No es que yo no lo pensara. O no quisiera.

—¿Estás segura? Porque ahora que lo dices sí que te recuerdo encima de mí y estoy muy seguro de que yo no llevaba camiseta porque me acuerdo de lo frías que sentía tus manos en el pecho.

Se sonroja al recordarlo. *Se sonroja*. Y es muy adorable. Parece poco probable, pero igual *sí* que es virgen.

—Acababas de ducharte cuando Shelly y yo llegamos y por eso no llevabas camiseta. Te ayudé a ir a la cama porque tenías problemas para mantenerte en pie y caminar. Te caíste sobre la cama y, por accidente, me arrastraste contigo. Fue totalmente inocente. Perdiste el conocimiento tras caer sobre el colchón.

Baja la vista al suelo.

—Qué bien —murmura por lo bajo. Entonces eleva la cabeza y entorna los ojos como si se hubiera arrepentido de inmediato de haberse movido tan rápido, pero la expresión de su cara se calma con un ceño lastimero y suplicante—. Hoy te invito al café.

Se mueve para coger un vaso grande de una pila.

Niego con la cabeza.

—No es necesario, Keller. Escucha, de verdad, no ocurrió nada. Fuiste todo un caballero, un caballero que estaba prácticamente desnudo, pero un caballero igualmente.

Se le enrojecen las mejillas.

—Soy un capullo. Lo siento.

Tengo que volver a reírme porque esta versión avergonzada de Keller es cada vez más adorable.

—Tío, no eres un capullo. Solo me estoy metiendo contigo. No lo sientas. —Para tranquilizarlo, añado—: En serio.

Abre la boca y luego la cierra, quizá al pensar mejor lo que iba a decir. Inclina la cabeza y me sonrío y, tras un momento de duda, pregunta:

—Katie, ¿podemos empezar de nuevo? ¿Y a lo mejor quedar algún día? ¿Como amigos?

Las ataduras son peligrosas, pero la amistad es necesaria.

—Claro —contesto, y extendiendo la mano hasta el otro lado del mostrador—. Soy Kate Sedgwick.

Su sonrisa de derrota se curva hacia arriba y me estrecha la mano.

—Keller Banks.

Dejo dos dólares en el mostrador y escribo mi número de teléfono en una servilleta. Coge ambos y guarda la servilleta en el bolsillo y el billete en la caja registradora. Después de meter el cambio en el bote de propinas, sonrío a su cara soñolienta.

—Que tengas un día genial, Keller. Espero que te mejores.

—Ya me siento mejor. Gracias, Katie. Que tengas un buen día tú también.

Me giro y le guiño el ojo.

—Siempre.

Domingo, 11 de septiembre

Kate

Intento llamar a Maddie.

No contesta.

Le dejo un mensaje.

No me devuelve la llamada.

Sip, todavía está molesta.

Más tarde, me vibra el teléfono en el bolsillo. Es un mensaje de Gus: «¿Skype a las 8.30?». Respondo rápido: «Suenan bien».

Cuando la cara de Gus aparece en la pantalla, está rodeada de otras tantas más y un «¡Hola, Kate!» instantáneo y obviamente planeado surge de los altavoces de mi ordenador, a excepción de Gus, quien dice: «Hola, Bright Side». Son los cuatro miembros de Rook, apiñados alrededor de la pantalla.

—Vaya. ¿Qué tal, tíos? No es mi cumpleaños ni nada. ¿A qué viene este espectáculo?

—Bright Side, te presento el álbum homónimo de Rook. —Gus sostiene en alto la carátula de un disco para que vea la portada.

Me dejo caer en el respaldo de la silla, repentinamente abrumada por la emoción. Intento hablar, pero mi voz es menos que un susurro.

—Oh. Dios. Mío. Gus, *esde verdad*. —Entonces digo casi a gritos mientras me acerco a la pantalla—: ¡Es de verdad! Ábrelo, ¡quiero verlo!

Lo hace. El disco que hay en el interior es brillante y dice Rook en letras negras con su cuervo característico al lado. Una risita histérica empieza a elevarse por mi garganta y amenaza con atragantarme. No recuerdo la última vez que he sido tan feliz.

—Dios, ojalá estuviera allí porque os daría a cada uno el abrazo más fuerte que os hayan dado jamás, joder. ¡Enhorabuena!

—Queríamos que fueras la primera en verlo. Y queríamos darte las gracias, como grupo, por tu contribución. Ya sabes que *Missing You* es épica por tu talento sobrehumano. —Guiña el ojo—. Haces cosas épicas como nadie.

Resto importancia a los cumplidos con un movimiento de la mano.

—No te burles de mí, Gus. ¿Cuándo podré oír las canciones?

Gus sonrío.

—Ya te he enviado una copia a tu habitación. Deberías recibirla mañana. Siento no haber podido pillar una antes. Todavía no se puede descargar.

—No hay problema. Gracias, tío. Estoy muy emocionada. Caballeros, me habéis alegrado el día.

Gus parece un poco aprehensivo.

—Hay otra razón por la que queríamos hablar todos contigo esta noche. Tenemos una sorpresa para ti.

Gus mira al resto de los miembros del grupo y yo entorno los ojos.

—¿Qué? —Tengo la sensación de que es una sorpresa que no va a gustarme.

Gus hace una mueca y se queda en silencio. Entonces oigo a Franco, el batería, que habla desde detrás de Gus.

—Díselo y ya está, capullo.

—Bright Side, ¿prometes no enfadarte?

Mis sospechas se confirman.

—Depende.

La cara de Franco aparece por encima del hombro de Gus, que pone los ojos en blanco, exasperado.

—Kate, ¿te llevaste los cojones de Gus en la maleta cuando te fuiste a Minnesota?

La cara de Franco desaparece a la fuerza de la pantalla de mi portátil y la de Gus la reemplaza.

—Lárgate, tío.

Mi corazón se desboca y siento náuseas en el estómago.

—Dímelo.

Gus respira hondo.

—Queremos que escuches la versión final de *Killing the Sun*. —Le da al *play* en el reproductor de CD que tiene en la mano y lo sostiene cerca del micrófono del portátil—. Seguramente sonará fatal así, pero te harás una idea.

—¿A qué viene el reproductor de CD? No os vais a poner en plan *hipster* conmigo, ¿no? ¿Estás seguro de que no lo tienes en una cinta de casete o en cartucho de ocho pistas? —Me gusta molestarlo.

Y a él le encanta replicarme. Por eso hemos sido mejores amigos desde siempre.

—Vete a la mierda y límitate a escuchar.

Suena una única guitarra que me resulta familiar, cuyo sonido va en aumento, y, a

ella, se une la voz de Gus, suave y rasposa como siempre. Cuando el primer verso va llegando a su fin, la batería, el bajo y la guitarra rítmica se unen para construir un *crescendo* que lleva a un estribillo que parece un himno. Me encanta esta canción. Se me está poniendo la piel de gallina, como cada vez que la escucho. Pero cuando empieza el estribillo me doy cuenta de que no es la voz de Gus la que canta la letra... *es la mía*. Estoy estupefacta, demasiado como para hablar. El resto de la canción me inunda en una especie de estado de ensoñación mientras escucho mi voz una y otra vez.

Sacudo la cabeza cuando termina.

—Mmm, Gus, espero sinceramente que esto sea una especie de broma, porque yo no debería cantar el estribillo de *Killing the Sun*. Ese es *tu* trabajo.

Gus deja el reproductor a un lado, avergonzado, retrocede un paso y empuja a Jamie, el bajista, delante de él, más cerca de la pantalla.

—Bright Side, por favor, no me mates, pero así es como tenía que sonar la canción. Nunca me había parado a pensar que podía ser mucho más hasta que te escuché cantándola esa noche en el estudio. Compartí la grabación con los chicos y todos estuvimos de acuerdo en que tu voz era lo que faltaba.

—Gus, yo no soy cantante.

James interviene.

—Y una mierda. O sea, siempre he sabido que podías cantar, pero creo que ahora estoy enamorado de ti, Kate. ¿Te casas conmigo? Tendremos hijos preciosos y con talento...

Gus lo agarra por la manga de la camiseta, tira de él hacia atrás y vuelve a ponerse delante de él.

—Suficiente, chico enamorado. Pero Jamie tiene razón. Tienes una voz increíble y conmovedora.

Mira a sus compañeros y todos asienten, excepto Franco, quien niega con la cabeza vigorosamente.

—Personalmente, pienso que podría haberlo hecho mejor. —Franco sonríe y me guiña el ojo desde detrás de Gus. Siempre se burla de mí, pero está claro que solo lo ha dicho para ver si Gus está prestando atención.

Y lo está.

—Calla la puta boca, gilipollas. —Con eso, vuelvo a ser el centro de atención—. Bright Side, queríamos compartirlo con el mundo.

Entonces se me ocurre algo.

—¿No necesitáis mi permiso o algo?

Él sonríe.

—Lo tenemos. ¿Recuerdas los documentos que firmaste cuando viniste al estudio con nosotros?

Hago memoria.

—Sí, supongo que debería haberlos leído, ¿no?

—Por favor, no te enfades. No pusimos tu nombre en los créditos de las dos canciones porque insististe mucho con *Missing You*. Solo sales como «amiga» en los créditos, justo como querías, lo cual sigo pensando que es una gran mierda y que... está mal. Pero, Bright Side, tocar y cantar con nosotros, y el resultado... Este puede que sea el favor más grande que me has hecho nunca. Y eso es decir mucho porque durante todos estos años has estado ahí para mí. Así que, desde lo más hondo de mi corazón, gracias.

Bueno, joder, si lo dice así no puedo enfadarme.

—De nada —me rindo—. No estoy enfadada.

Gus aplaude una vez.

—Esa es mi chica.

Meneo el dedo dirigiéndome a ellos como advertencia.

—Pero todos estáis en deuda conmigo. Me debéis una grande.

Oigo la voz de Franco, que habla desde atrás otra vez.

—Kate, ¿estás sugiriendo que te devolvamos el favor con sexo? Porque la manera en la que me lanzas indirectas se está volviendo *muy* vergonzosa. Especialmente enfrente del resto del grupo.

Me río.

—Más quisieras, Franco. No es ese tipo de deuda. Es una deuda tipo asiento en primera fila con pase entre bastidores para uno de vuestros conciertos.

Gus ríe.

—Bright Side, te conseguiré una entrada para todos los conciertos con vuelo incluido.

Sonrío.

—Me basta con un concierto.

—Bueno, tenemos que dejarte. P. A. S. nos va a llevar a cenar para celebrarlo. Es un lugar elegante y ha dicho que no podemos ir en pantalones cortos, así que nos tenemos que cambiar. —Mira directamente a la cámara—. Nos gustaría que estuvieses aquí.

Todos se despiden.

Yo digo adiós con la mano.

—Adiós a todos. Enhorabuena otra vez.

De repente, la cara de Gus está muy cerca de la pantalla y baja la voz.

—En serio, lo digo desde el fondo de mi corazón, gracias. Te quiero, Bright Side.

—Yo también te quiero, Gus.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Lunes, 12 de septiembre

Kate

El paquete de Gus está en recepción esperándome cuando me paso por ahí entre clases a la hora del almuerzo. He descargado el disco en iTunes y en mi iPod y me he pasado toda la tarde escuchándolo. Me pone la piel de gallina. Me transporta a un lugar que es casi perfecto, un lugar donde todo es bueno, nada va mal y no hay malas noticias. Ahí es donde necesito estar hoy, porque por mucho que intento no pensar en ello y no dejar que la vida me deprima, a veces lo hace. Y no quiero. Porque la vida es un regalo. Así que mientras escucho esta música hoy... siento que Gus me ha lanzado un salvavidas. Y es *muy* agradable.

Martes, 13 de septiembre

Kate

Le mando un mensaje a Gus mientras camino al Grounds. «¡¡Feliz día de lanzamiento del álbum!! ¡¡Estoy MUUUUUUUUY orgullosa de ti, dios del rock! ¡¡Te quiero!!».

Mi teléfono vibra en el bolsillo más tarde, mientras voy de camino a Tres petunias para hacer mi turno de tres horas. Es Gus.

—¡Dios mío! ¡Es el dios del rock!

Gus ríe.

—Lo que tú digas, Bright Side. ¿Te interrumpo? Todavía no estás trabajando, ¿no?

Es curioso que con todo lo que está pasando en su loca vida haya memorizado mi horario.

—*Nop*, estoy de camino. Todavía me quedan unos diez minutos. ¿Qué pasa?

—Hemos añadido algunas fechas a la gira esta mañana y tengo algunas noticias espectaculares. —Suena muy animado, lo que significa que yo estoy muy animada por asociación—. Vamos a tocar en el auditorio de Grant el día después de tu cumpleaños.

Paro de caminar. No es posible que haya oído bien.

—Tío... ¿Grant? ¿En Minnesota?

—Sí, ahí mismo.

—¡No puede ser! —Estoy dando saltos. La gente me mira. No me importa. Rook estará aquí en unas semanas.

—¡Sí! —grita. Estoy convencida de que él también está saltando al otro lado de la línea—. Solo dime cuántas entradas necesitas. Me aseguraré de que te den pases VIP para ti y tus amigos.

—Vaya, eso es... eso es... *espectacular*. —Cuento a mis amigos mentalmente: Keller, Shelly, Duncan, Clayton, Pete y Maddie. Aunque Maddie no me habla, será mejor que la incluya por si acaso. Y probablemente debería añadir una entrada más en caso de que Clayton o Pete lleven a alguien especial—. Ocho entradas incluyéndome a mí. ¿Son demasiadas? —De repente me siento egoísta y respondo mi

propia pregunta—. Son demasiadas.

Gus ríe ante mi preocupación.

—Te las conseguiré. Quiero conocer a esos amigos tuyos. De alguna manera siento que ya los conozco.

—Te lo juro, Gus, si dices algo que me avergüence cuando los conozcas, te mato.

—Dios, Minnesota te ha convertido en un muermazo, ¿no, tía? Sabes que no puedo funcionar así.

Tiene razón; no puede. Probablemente me hará pasar vergüenza, pero me encanta, porque esa es una de sus maneras de demostrar su amor. Bajo la voz.

—No puedo creer que te vaya a volver a ver y no en la pantalla de mi portátil. Y vas a ver donde vivo y la universidad. —Me pierdo en mis pensamientos. Son cosas que pensaba que nunca ocurrirían.

—Tengo muchas ganas. —Entonces baja la voz—. Bright Side, tengo que pedirte un favor. Mmm, ¿crees que, esto... que podrías tocar el violín con nosotros en *Missing You* o cantar *Killing the Sun*?

Me duele desilusionarlo, pero sabe que está tentando su suerte.

—Tío, no puedo hacerlo.

Gus exhala el aire que estaba aguantando.

—Lo suponía. Vale. —Suena decepcionado.

—Gus, quiero ir y veros, como en los viejos tiempos. Los dejarás a todos flipando. Además, no quiero eclipsarte —me burlo. Porque nadie podría eclipsar nunca a Gus. Cuando está en el escenario, apenas notas al resto del grupo. Siempre te centras en él. No es que él se esfuerce. Simplemente es así.

Resopla.

—Cielo, puedes eclipsarme cuando quieras. —Me río—. Bueno, casi se nos ha acabado el tiempo.

—Sí, estoy llegando al trabajo. Será mejor que te deje. Gracias por la noticia sobre el concierto y enhorabuena otra vez por el lanzamiento del álbum. Todavía no puedo creérmelo. Estoy muy contenta por ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Te quiero, Bright Side.

—Yo también te quiero, Gus.

—Adiós.

—Adiós.

Miércoles, 14 de septiembre

Kate

«¿Skype? ¿Ahora?», leo en un mensaje de Gus.

Acabo de salir de la ducha y no tengo que estar en el trabajo hasta dentro de media hora. Sugar está en clase, así que tengo la habitación para mí sola. Le respondo mientras enciendo el ordenador: «Sí y sí».

Cuando nos llamamos por Skype, hay una silla vacía en la pantalla y no está Gus.

—¿Hola? Gus, ¿estás ahí?

Oigo una voz alta y clara.

—Estoy aquí, Bright Side. Y hola. Necesito tu opinión sobre algo.

—Vale. ¿Dónde estás?

—Estoy detrás del portátil para que no me veas. Tía, quiero que seas sincera, pero, por favor, no te rías, ¿vale?

—Claro.

Veo los pantalones cortos favoritos de Gus, azules y verdes, caminando enfrente de la pantalla y entonces desciende para sentarse en la silla.

Antes de que pueda evitarlo, jadeo estupefacta.

—¡La hostia, Gustov Hawthorne! —El pelo liso que casi le llegaba por la cintura ha desaparecido. Ahora lo tiene un poco por debajo de los hombros. Al estar más corto, parece ligeramente ondulado, como el mío, aunque lo lleva a capas y enmarañado al estilo de las estrellas del *rock*.

—Lo sé. La discográfica contrató a un estilista para nosotros. Dijeron que no podíamos hacer una gira con pinta de surfistas.

No sé qué decir. Parece otra persona.

Se está mordiendo a consciencia el labio inferior.

—¿Tan mal está, Bright Side? Tan solo dímelo. ¿Parezco idiota?

Niego con la cabeza.

—Tío, no sé de qué otra forma decirlo sin ser directa: estás buenísimo, joder.

A juzgar por la expresión de sorpresa de su cara, eso no era lo que esperaba oír.

—¿De verdad? Pensaba que te gustaba mi pelo largo.

—Me gusta, pero no te había visto con el pelo tan corto desde que éramos

pequeños. Es muy *sexy*. Vas a tener que espantar a las damas, ¿lo sabes, no? — Siempre se le han insinuado mujeres de todas las edades. Ese corte de pelo hará que llegue a un nuevo y ridículo nivel.

—¿Tú crees? — Parece cohibido.

Sin duda, pienso para mis adentros.

Jueves, 15 de septiembre

Kate

Mientras camino hacia el coche tras la última sesión con Gabriel, veo un mensaje en el móvil. Es de Clay. «¡VEN A VERME CUANDO VUELVAS A L RESIDENCIA!». Respondo mientras camino: «¡NO ME GRITES! Te veo en minutos :)». El teléfono vuelve a sonar cuando pongo en marcha el coche. «RESPETA EL LÍMITE DE VELOCIDAD Y NOS VEREMOS DENTRO DE Me río porque sé que sabe que estoy en Minneapolis. Clay ha conseguido que baje la velocidad haciéndome sentir culpable, así que encuentro un término medio y llego quince minutos después.

Clay abre la puerta justo cuando la toco con los nudillos.

—Tío, ¿cuál es la emergencia?

Me medio río porque parece desesperado, pero no como si algo horrible hubiera pasado, sino en plan «he entrado en pánico y no sé qué hacer». Me coge del hombro y me mete en la habitación. La puerta se cierra rápidamente detrás de mí.

—Hola, Kate.

—¿Qué tal, Pete? —Asiento en dirección a Pete antes de devolver mi atención al hombrecillo nervioso que tengo delante.

Clay me tiene bien agarrada por los hombros y me mira a un ojo y luego al otro una y otra vez como si no pudiera decidir en cuál concentrarse.

—Katherine, te necesito —dice, con la voz muy seria.

Solo hay una manera de abordar tanto dramatismo... Miro a Pete.

—Oye, Pete, ¿recuerdas cuando te conté que Clay era un hueso duro de roer? Bueno, pues creo que por fin ha sucumbido a mis lascivos métodos de seducción. ¿Puedes dejarnos unos minutos a solas? Treinta minutos como máximo.

Las mejillas de Pete se sonrojan, pero esboza una sonrisa. Dios, lo estoy corrompiendo.

Clayton me sacude con suavidad y suspira como si no tuviera tiempo para bromas.

—Katherine, esto es serio.

Levanto las cejas.

—Joder. Entonces suéltalo.

—Katherine, necesito que vengas a Spectacle conmigo esta noche.

—¿Eso es todo? Pensaba que era algo serio. ¿No necesitas sacar a nadie de la cárcel? ¿O uno de mis riñones? —digo a modo de burla.

Clayton resopla.

Me río y bajo el nivel de sarcasmo porque sé que esto es muy importante para él.

—Pero es jueves, tío. No podremos entrar. No tengo un carné falso.

Deja caer las manos de mis hombros y empieza a morderse la uña del pulgar.

—¿Y si te dijera que conozco a alguien y que podríamos entrar?

—¿En ese caso, claro, joder! —Le lanzo una mirada sospechosa porque sé que hay algo que no me está contando—. ¿A quién conoces, Clayton?

Se encoge de hombros, pero sus mejillas brillan y lo delatan.

Camino, me siento en su cama y cruzo las piernas.

—Vale, Clayton. ¿Qué es lo que no me estás contando? Porque a juzgar por el color de tu cara, *él* es muy importante.

Da una patada en el suelo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tío, te has puesto rojo como un puto tomate. Tiene que ser un chico.

Pete suelta una risa desde la esquina.

—Vale, vale, ¿recuerdas al tipo provocativo del número de teléfono con el que bailé la noche que fuimos a Spectacle?

—¿Cómo iba a olvidar al señor Pómulos? ¿O ese beso tórrido?

Clayton pone los ojos en blanco.

—Bueno, se llama Morris y por fin me armé de valor para llamarlo la otra noche...

—¡Muy bien, Clayton! —interrumpo.

Se sonroja más y se aclara la garganta.

—Morris es el gerente de la discoteca y me ha llamado hoy. Quiere que nos veamos esta noche.

Miro a Pete, que intenta concentrarse en su libro y mantenerse fuera de la conversación.

—¿Has oído, Pete? Nuestro niño es todo un adulto, pero no estoy segura de estar preparada para que empiece a salir con alguien. ¿Tú qué piensas? ¿Ya le has dado la charla, ya sabes, sobre las relaciones y las ETS? Puede que necesitemos la demostración del condón y el pepino. ¿Te apuntas?

Pete niega con la cabeza ligeramente y esboza otra sonrisa.

Clayton da otra patada en el suelo. Es muy mono cuando lo hace.

Me levanto de la cama y abrazo a Clayton. No puedo seguir burlándome de él.

—Estoy contigo, tío. —Le doy un beso en la mejilla—. Estoy. Contigo. ¿A qué hora?

—¿Podemos salir a las ocho? Tenemos que estar allí antes de que abran para que Morris nos pueda dejar entrar.

Lo suelto y voy a la puerta.

—Tus deseos son órdenes para mí.

A las ocho menos cuarto Clayton está en mi puerta intentando que salga. Sabe que suelo retrasarme. Llamé a Shelly, pero tiene planes con el novio esta noche, así que parece que estoy sola.

Como prometió, Morris nos está esperando en la puerta trasera de la discoteca. Dios, qué turbio parece esto. Bueno, supongo que es porque es ilegal, pero cuando iba a la discoteca con Gus siempre entraba por la puerta principal. Siento como si debiera conocer una manera especial de tocar en la puerta, un saludo secreto o una contraseña para entrar por detrás.

Morris es todo pómulos cincelados como recordaba y, para más inri, es de Manchester, Inglaterra, así que tiene un acento fantástico. Es educado, correcto y encantador. Podría escucharlo toda la noche: la manera en que no pronuncia la primera o la última letra de algunas palabras concretas o cómo no dice sílabas enteras como si no valiera la pena molestarse en hacerlo. Y terminas por estar de acuerdo y pensar en por qué nos molestamos con la «r» al final de las palabras. Suenan muy *sexy* sin ella. Al menos su acento suena *sexy*. No hay dudas de por qué Clayton es todo nervios. Después de hablar con Morris unos minutos, porque Clayton parece haberse quedado sin palabras en su presencia, descubro que es un caballero correcto —aparte del acento encantador—, lo que me tranquiliza. Un poco. Mi razón principal para venir esta noche es estar segura de que Morris no se aprovecha de mi inocente Clayton. Solo para asegurarme, envió a Clayton a la barra a por unas Coca-Colas. En cuanto ya no puede oírnos, me vuelvo hacia Morris.

—Morris, tío, voy a ir al grano. Pareces muy simpático y creo que me caes bien, así que no me malinterpretes. —Lo miro directamente a los ojos—. No le hagas daño a Clayton. Es especial y dulce, y le gustas mucho. Sé que esto solo está empezando entre vosotros, pero no le des esperanzas si no vas a ir en serio con él. Clayton nunca ha tenido novio; tenlo en cuenta. Ha tenido escondido su corazón durante dieciocho años, así que cuando lo saque del bolsillo y se ofrezca a compartirlo contigo, no lo trates como un juguete nuevo al que olvidarás cuando hayas terminado de jugar. Y no cojas más de lo que te corresponde a menos que estés dispuesto a cambiarlo por el

tuyo. No... no le hagas daño solo por tener un rollo de una noche, ¿vale?

Morris eleva las cejas.

—Caramba, Kate, vas al grano, ¿no? —Yo también levanto las cejas. Estoy esperando su respuesta y lo sabe—. Me gusta Clayton. Quiero conocerlo mejor. A pesar del hecho de que parezco un idiota integral trayéndolo aquí esta noche, solo tengo buenas intenciones. He estado pensando en él cada minuto desde que nos conocimos. Pensaba... —Hace una pausa y parece avergonzado—. Pensaba que nunca me llamaría. Y entonces lo hizo.

Sonrío. Morris parece realmente emocionado con Clayton, pero tengo una pregunta más.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiuno.

—¿Y tienes una discoteca? —Entorno los ojos. El corazón de mi amigo sigue en riesgo.

—Es de mi tío. Vive en Londres y me pidió que lo ayudara ahora que he terminado la universidad. Solo llevo un mes en esto. Es una larga historia. Ni siquiera tengo un buen piso todavía. —Morris baja la voz—. Ya viene. No le haré daño. Tienes mi palabra.

—Gracias.

Asiente.

Como Morris está técnicamente trabajando, Clayton pasa casi todo el tiempo bailando conmigo. Cuando a veces Morris se queda libre durante una canción o dos y me lo roba, compruebo que las parejas de baile no escasean. Y bailan bien.

Clayton y yo nos quedamos hasta que cierran. Disfruto de la felicidad de Clayton durante todo el viaje de regreso a la residencia. Está tan hasta arriba de amor y lujuria que ni siquiera se queja de cómo conduzco.

Volvemos a ver la conocida cinta roja en mi puerta. Clayton, como siempre, es servicial.

—Tío, me siento un poco rara durmiendo contigo ahora que estás comprometido.

—Katherine, chsss. Siempre eres bienvenida en mi cama. Buenas noches. —Lo dice con un brillo especial en los ojos.

—Buenas noches.

Viernes, 16 de septiembre

Kate

Oigo que me llega un mensaje al móvil justo cuando entro por la puerta de Tres petunias. Hoy no trabajo, pero Shelly me ha pedido que me pase porque me ha grabado un disco y quiere que lo escuche.

Saco el teléfono del bolsillo mientras espero a que ella termine una llamada. El mensaje es de Maddie. «¿Puedes prestarme 500 dólares? Tengo que pagar el alquiler mañana». Debe de notarse en mi cara que el mensaje me ha dejado a cuadros porque en cuanto Shelly cuelga, me pregunta:

—¿Pasa algo, Kate?

Niego con la cabeza.

—Nada. Es que me acaba de llegar un mensaje de mi tía y hacía tiempo que no sabía de ella.

—¿La que vive en Minneapolis?

—Sí, estaba enfadada conmigo. Intenté ponerme en contacto con ella hace unas semanas.

—¿Sigue enfadada?

Me encojo de hombros.

—No sé. Dice que necesita dinero.

Shelly parece sorprendida.

—¿Y te lo pide a ti? ¿Qué edad tiene?

Todavía le doy vueltas al mensaje en mi cabeza.

—Veintisiete.

—No se lo vas a dar, ¿no?

Suelto aire mientras llego a una conclusión.

—Probablemente. Tiene problemas bastante chungos. Dice que lo necesita. No me lo pediría si no estuviera desesperada, ¿no?

Shelly me mira. Veo en su cara a Audrey, la madre de Gus, maternal y preocupada.

—No sé, Kate. Has trabajado mucho para conseguir dinero. Tú también lo necesitas.

Apunto hacia el ordenador del mostrador.

—¿Puedo usar un momento el ordenador?

—Claro —responde, todavía con aspecto maternal.

Busco la dirección de Rosenstein & Barclay, el bufete de abogados en el que trabaja Maddie, y la anoto en un papel junto con indicaciones generales para llegar allí. Tengo algo de tiempo libre esta tarde y ella ha dicho que tiene que pagar el alquiler mañana, así que le llevaré ahora el dinero. ¿Y por qué paga el alquiler a mitad de mes?

El edificio en el que trabaja Maddie está justo en el centro de Minneapolis, así que tras encontrar un parquímetro y poner unas monedas, entro y subo en ascensor al tercer piso. La puerta se abre en el vestíbulo de Rosenstein & Barclay. El suelo es de piedra pulida. Hay una mesa con flores frescas cerca de las puertas de cristal que llegan del techo al suelo y que marcan la entrada al lugar de trabajo de Maddie. Siento que voy mal vestida con mis zapatillas, mis vaqueros y mi camiseta de «Virginia es para los enamorados». De repente me arrepiento de no haber llamado antes. Quiero decir, los abogados son gente muy ocupada, ¿verdad? Probablemente esté en una reunión importante o en un juicio. ¿Quién sabe? Ahora me siento como una idiota. Tras tomar aire, abro una de las puertas gigantes y un carillón anuncia mi llegada. Dios, es el primo malvado de la campana.

Una mujer levanta la vista desde detrás del mostrador de recepción, justo en la entrada. Es educada y se dirige a mí directamente.

—Buenas tardes. —Viste un traje negro entallado y parece demasiado profesional para estar sentada detrás de este mostrador.

Carraspeo.

—Buenas tardes. Siento molestar, pero estoy buscando a Maddie Spiegelman. ¿Está ocupada?

La mujer sonríe.

—Claro. Volverá en cualquier momento. —La mujer levanta la mano para esconder la boca del resto de la sala y baja la voz—. Se acaba de ir corriendo al baño. Estoy atendiendo sus llamadas hasta que vuelva.

Vale, estoy confusa.

—¿Estás atendiendo sus llamadas? ¿Quieres decir que Maddie es la recepcionista? —La mujer asiente, pero parece confundida por mi pregunta—. Lo siento. Maddie es mi tía. Es solo que... no sabía cuál era su puesto.

La mujer asiente.

—Bueno, aquí está.

Me giro y la cara de Maddie es un poema cuando me ve. Hablo en voz baja y en un tono malicioso mientras se acerca.

—Kate, ¿qué haces aquí? —sisea.

Levanto el cheque firmado con mis reservas de emergencia.

—Tu mensaje parecía urgente. Quería asegurarme de que lo pudieras llevar hoy al banco porque tienes que pagar el alquiler mañana.

—Podrías haber llamado, Kate. Un poco de educación, por favor —me reprende.

—Lo siento, tía. Si ya no necesitas el dinero, no pasa na...

Me interrumpe y me arrebató el cheque de la mano.

—No, acepto tu cheque. He tenido un montón de gastos imprevistos este mes... cosas que no entenderías.

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—¿En serio? —Inténtalo, es lo que quiero decir. «Cuando tú vas, yo vuelvo» es mi segundo nombre.

No contesta. Estoy un poco enfadada, pero también preocupada por ella.

—¿Por qué no has respondido a ninguno de mis mensajes? O sea, ¿cómo estás?

Ella respira profundamente y baja la voz.

—Estoy bien. No hay nada de qué hablar.

Bajo la voz para igualarla a la suya.

—¿Por qué me mentiste sobre tu trabajo? —No estoy siendo mala; solo he hecho una pregunta, una pregunta a la que ella debería responder como una adulta.

O no... Se limita a mirarme como si la hubiera insultado.

—Tienes que marcharte ya. Tengo trabajo que hacer, algo de lo que probablemente no sepas nada, ya que eres la hija de Janice Sedgwick. Apuesto a que has sufrido mucho viviendo en la playa con todo el dinero de mamá.

Pestañeo durante varios segundos por lo estupefacta que me han dejado sus palabras.

—Vaya... vale... así que esto es lo que hay... —Arrastro las palabras, perpleja, con las mejillas rojas de enfado. Me giro hacia la puerta y, llegados a este punto, la adrenalina me recorre las venas cuando empujo la puerta para abrirla. Mientras cruzo el umbral, me doy la vuelta y la miro a los ojos—. Estoy muy contenta de que puedas pagar el alquiler este mes, Maddie. *De nada*. —Dejo que la puerta dé un portazo al marcharme.

Sábado, 17 de septiembre

Kate

Un mensaje de Maddie: «Tienes que llamarme antes de venir. Si es de mala educación».

Maddie tiene una forma de disculparse que es la hostia. Respondo: «Claro». Porque tengo que morderme la lengua. No vale la pena pelear por esto.

No espero una respuesta y estoy lista para terminar con este asunto, pero recibo una igualmente. «¿Podemos hablar?». Por supuesto que ya me he ablandado porque no puedo guardar rencor. O quizá solo sea una pringada. De todos modos, perdono con facilidad. «Llámame», respondo.

Maddie llama de inmediato y me abre su corazón superficial y, como es superficial, no hablamos del problema real: su bulimia. En su lugar, hablamos de dinero, y, admitámoslo: si todo el dinero del mundo se agotara, ella seguiría viva. Si la bulimia no desaparece, la matará. Sin embargo, no está preparada para hablar de ello, así que no la presiono. Al menos, ahora nos estamos comunicando.

Dice que me mintió sobre su trabajo porque no pensaba que me impresionaría si sabía que era recepcionista y no abogada. Como si me importara. Podría ser basurera y no estaría menos impresionada que si fuera abogada. La gente se apega demasiado a las etiquetas y los títulos. Entonces me dice que está endeudada hasta las cejas, que su compañera de habitación se mudó de repente en julio y que no había sido capaz de encontrar a alguien nuevo que se encargara de la otra mitad del alquiler. No ha pagado los dos últimos meses y la han empezado a amenazar con un desahucio. Por eso contactó conmigo. No sabía qué más hacer. Lo siento por ella, pero siempre me asombra cómo la gente se acostumbra a un cierto estilo de vida y decide que menos es inaceptable. Yo pasé de vivir en una casa en primera línea de playa a vivir en un garaje con mi hermana. ¿Y sabéis qué? Me gustaba más el garaje. Supongo que Maddie no podría vivir en un garaje. Le cuento algo de esto a ella, pero no entro en detalles, en el dolor. Siempre ha sido una lucha, y eso es lo que necesita saber. No quiero que me tengan lástima, pero a veces hacer que la gente sienta empatía por ti es como dar un consejo sin darlo en realidad. Es una tontería, lo sé, pero a nadie le gusta que le digan lo que tiene que hacer. A la gente le gusta averiguarlo por sí misma. Cuando la sesión de psicología invertida está llegando a su fin, recuerdo la conversación que mantuve con Morris la noche anterior. Tengo una idea.

—¿Te opondrías a un compañero de piso masculino?

Su voz se anima.

—No, sobre todo si es atractivo y soltero.

—Atractivo sí, soltero no tanto.

—Todos los buenos están cogidos.

—Además es gay. ¿Eso te hace sentir mejor sobre lo de que esté cogido?

—Mmm, en realidad no.

Ríe y, por primera vez desde que la conozco, siento que hablo con la Maddie de verdad. Parece sincera y exhausta, como si su vida fuera demasiado para ella y, por un momento, no se preocupara de lo que piensan los demás.

—Lo siento. Pero tiene unos pómulos exquisitos. No me importaría mirarlo todos los días.

—Te tomo la palabra. —Vuelve a reír y el sonido le sienta bien.

—Hoy me pondré en contacto con él y haré que te llame. Se llama Morris.

—Vale.

—Guay. Espero que salga bien.

Le pido a Clay el número de Morris por mensaje y entonces lo llamo. Una hora después, Maddie y Morris se conocen, hablan y a las cinco y media de la tarde él ya ha hecho las maletas en el hotel y se ha mudado al segundo dormitorio del piso de Maddie.

Me encanta cuando los planes salen bien.

Domingo, 18 de septiembre

Kate

—Mmm, Sugar, ¿puedo ayudarte en algo?

Mi compañera está rebuscando en mi armario cuando entro en la habitación. La he sorprendido y pega un salto al oír mi voz. Se siente culpable y me recuerda a cuando pillaba a Gracie comiendo galletas en secreto antes de la cena. Supongo que no me ha oído entrar... o no me esperaba tan pronto.

—No... no... Esto, mmm, no encuentro una de mis camisetas y he pensado que quizá... que quizá se mezcló con tus cosas en el suelo y que la pusiste sin querer en tu armario.

Miente. Tiene las mejillas teñidas de un tono de rojo de lo más culpable, una señal reveladora. No me gusta esto, pero no voy a echárselo en cara, porque mientras ella intentaba justificar sin elocuencia lo que sea que estuviese haciendo, lo único que oía en mi cabeza era la voz de Gracie diciendo: «No iba a *comérmelas*, Kate». Paso a su lado y cuelgo la mochila en el respaldo de la silla. Veo dos camisetas mías en su cama. Estoy segurísima de que yo no las había dejado ahí, pero finjo no darme cuenta.

—¿Cómo es tu camiseta, tía? A lo mejor puedo ayudarte a buscarla.

Ella se lame los labios y dirige la mirada hacia su cama y mis camisetas. Sabe que la he pillado, pero me contesta con violencia igualmente.

—Da igual. Probablemente esté con la colada —suelta.

Dios, me pregunto si se da cuenta de lo mal que miente.

—Si tú lo dices —contesto mientras me acerco a la puerta—. La naturaleza me llama; tengo que salir corriendo. —Señalo mis camisetas en su cama mientras llevo la mano al pomo—. Y, Sugar, si quieres que te preste una camiseta solo tienes que pedírmelo, aunque son como mis bebés. Soy muy protectora y me gusta saber dónde están en todo momento. —No miro atrás antes de dejar que la puerta se cierre al salir.

Me tropiezo con Pete, que sale de su habitación.

—Hola, Pete, lo siento.

—Hola, Kate. No pasa nada. Yo tampoco te he visto.

—¿A dónde vas, *mon frère*?

—A la cafetería. Estaba esperando a Clayton, pero me ha mandado un mensaje y me ha dicho que cenará con Morris en Minneapolis.

Eso me pone contenta. Clayton ha hablado con Morris todos los días desde que fuimos a Spectacle y han salido todas las noches. Clayton está en el séptimo cielo.

—Genial. Bueno, sé que no soy Clayton, Pete, pero si no te importa esperar dos segundos mientras voy al baño me uniré a ti para el *entrée du jour*.

Peter esboza su nerviosa sonrisa que puede significar que: a) está aliviado por no tener que ir al comedor solo; o b) está aliviado por no tener que pedirle a alguien que vaya con él para no estar solo.

—No pasa nada. Te espero fuera.

Corro por el pasillo.

—Estaré allí en dos minutos.

Cenar es una rutina, pero Pete y yo nos estamos acostumbrando a comer sin Clayton. Lo echo de menos, aunque tampoco me importa estar a solas con Pete. Al principio era yo quien tenía que llevar la conversación porque Pete es callado y tímido. No me importaba porque es amable y gracioso, y me gusta estar con él, pero entonces descubrí que Pete tiene una sed insaciable de noticias nacionales e internacionales, sobre política y esas cosas y, aunque a veces no estamos de acuerdo, porque se inclina ligeramente hacia la derecha y yo hacia la izquierda, somos de mente abierta y escuchamos las opiniones del otro. No hay mucha gente así; aprecio las mentes abiertas y para mí el intelecto de Pete es un don. Tengo que ser sincera: me sentí un poco insultada por lo asombrado que se mostró al enterarse de que podía participar en debates sobre política exterior o la crisis económica europea, pero estoy acostumbrada a que la gente asuma que soy solo una rubia tonta. Admito que a veces alimento esa percepción porque resulta más fácil y algo gracioso. Si eres importante para alguien, esa persona se toma el tiempo para descubrir que no eres una rubia tonta. Pete se ha tomado ese tiempo.

Estamos hablando de la situación actual del Congo cuando me percaté de que Pete no deja de lanzar miradas por encima de mi hombro. Me giro y finjo que busco algo en el bolsillo de mi sudadera, colgada en el respaldo. El comedor está casi vacío, excepto por una chica sentada sola en la esquina detrás de mí. La veo todos los días. Siempre se sienta sola y siempre está leyendo, totalmente abstraída. Es pequeña y siempre lleva su pelo castaño claro recogido en un moño despeinado. Tiene las gafas apoyadas en la punta de su nariz, de la misma manera que la gente mayor lleva las gafas para leer, pero las de ella no son de esas. Son grandes y redondas. Como

siempre, está completamente absorta en su libro. El edificio entero podría venirse abajo y dudo que se diera cuenta. Admiro una concentración tan intensa como esa. Leer es una forma de huir del mundo real. Todo el mundo necesita algo así para mantenerse cuerdo.

Me giro y sigo comiéndome los guisantes, apartando las zanahorias a un lado porque son repulsivas. Las zanahorias cocidas saben a comida de bebé con mierda. Este es el único comedor en el que he visto que sirvan guisantes y zanahorias juntos. Qué combinación más decepcionante.

Señalo por encima del hombro con el tenedor.

—Oye, Pete, ¿conoces a esa chica de ahí?

Se le encienden las mejillas cuando se percata y niega ligeramente con la cabeza. Sonríe para mis adentros, pues estoy segura de que la estaba observando.

—Siempre se sienta sola; quizá deberíamos invitarla a que se una a nosotros algún día.

El color rojo de sus mejillas se hace más evidente, pero, aparte de eso, no hay movimiento. No habla. Me inclino sobre la mesa y susurro:

—Es muy mona, Pete. Tiene un rollo de bibliotecaria *sexy* sin pretensiones.

Pete sonríe un poco y se delata, pero desvía la mirada de la mía y se fija en su montículo de puré de patatas con tanta intensidad que juraría que está esperando a que le hablen.

—Tío, deberías invitarla a salir.

Parece aterrado y niega con la cabeza otra vez. Suspiro, aunque mantengo la voz baja.

—Pete, la has estado mirando desde que nos hemos sentado. No me digas que no estás interesado.

—No sabría qué decir —responde, y exhala. Parece desamparado, o quizá desesperanzado, o puede que un poco las dos cosas.

Extiendo la mano sobre la mesa a modo de saludo.

—¿Qué te parece esto? «Hola, soy Peter Longstreet. ¿Te importa si me siento contigo?». La conversación progresará de manera natural a partir de ahí.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si me ignora o... o... me dice que me vaya al diablo?

Sí, lo que percibo en su voz es pánico puro. Sonríe.

—Tío, no creo ni que la gente use ya la expresión «vete al diablo». Puedes estar tranquilo.

Pete esboza una sonrisa.

—Ya sabes a qué me refiero.

Estiro el brazo sobre la mesa y coloco mi mano sobre la suya para hacer que deje de dar golpecitos con la cuchara contra el mantel.

—Pete, tío, eres un chico increíble y ella parece una chica muy agradable. ¿Qué tienes que perder? Deberías ir a hablar con ella. Escucha, yo ya he terminado de cenar y tengo que empezar a hacer un trabajo, así que voy a volver a la residencia.

—No deberías ir sola —dice. Él y Clayton siempre se preocupan si camino sola de noche por la universidad. Me compraron dos esprays de pimienta: uno para el llavero y otro para guardarlo en el bolso.

Sonrío y le suelto la mano.

—Estaré bien. Cuando me marche, date cinco minutos para reunir el valor y prométeme que pasarás por su lado y le hablarás de camino a la salida, ¿vale?

Me mira como si fuera a desmayarse o a vomitar, pero sonrío y su expresión es resuelta de una nueva manera aterradora.

—Vale.

Me pongo la sudadera y recojo mis platos.

—Eres el amo, Pete. Es tu nuevo mantra. Soy. El. Amo. —Guiño un ojo—. Buena suerte.

Pete exhala.

—Gracias, Kate.

Dejo caer mis platos sucios, saludo a Héctor y, de camino a la salida, veo que Pete también va a dejar su bandeja. Sé que tengo cuarenta y cinco segundos para hacer mi jugada, así que voy directa a la mesa de la chica de Pete. La adorable bibliotecaria no levanta la vista del libro, a pesar de que estoy a solo unos centímetros de ella. Estoy invadiendo su espacio y me siento mal por ello, pero no tengo tiempo que perder. Carraspeo. Nada. Así que me arrodillo y empiezo a hablar.

—Disculpa —digo. Dirige su mirada hacia mí rápidamente, como una flecha—. Hola, me llamo Kate. Siento interrumpirte, pero en unos treinta segundos mi amigo Pete va a pasarse para hablar contigo. Está muy nervioso, pero, por favor, quiero que sepas que es un buen chico, muy buen chico. Por favor, escucha lo que tiene que decir. —Ella frunce el ceño, aunque asiente—. Gracias.

Salgo rápidamente sin mirar atrás.

Pete toca en mi puerta unos quince minutos después de que yo haya regresado de la cena. Tiene una sonrisa tan grande en la cara que por primera vez reparo en que tiene hoyuelos en ambas mejillas. De inmediato empieza a hablar sin parar. *¡Sin parar!* Suele ser reservado y calculador incluso cuando está siendo gracioso, así que esto es especial.

—Se llama Evelyn. Está en primero y se especializa en Historia de Estados

Unidos. Le gusta leer los clásicos, pero también biografías y ciencia ficción. — Parece muy contento consigo mismo.

Miro el reloj.

—Es un informe de la hostia.

Su sonrisa no ha decaído ni un milímetro.

—Es fácil hablar con ella.

Le doy una palmada en el hombro.

—Excelente. ¿Ves? Ya le gustas. ¿Has conseguido su número?

Su sonrisa disminuye un poco.

—Pensaba que sería demasiado directo si se lo pedía la primera vez que hablaba con ella. ¿Habría sido demasiado directo?

Niego con la cabeza.

—No. Si quieres hacerlo y a ella le gustas no habría sido demasiado directo.

Su inocencia me mata. Desvía la mirada de la mía como un relámpago y tensa los labios, frustrado. Está molesto consigo mismo.

—Jolín.

—No pasa nada. La próxima vez tendrás algo de lo que hablar con ella.

Los dos hoyuelos regresan.

—He quedado con ella en el comedor mañana a las siete. Cenaremos juntos.

Aplaudo.

—Joder, Pete, eso es prácticamente una cita.

—Gracias, Kate. —Dirige la vista al suelo y luego la levanta para mirarme—. Ya sabes, por animarme. Habría pasado el resto del cuatrimestre mirándola si no fuera por ti.

No espero que me agradezcan todo, o nada, en realidad. Pero nunca doy por sentado un «gracias», especialmente cuando es uno tan franco como este.

—Eso habría dado mal rollo. —Guiño el ojo—. De nada.

Asiente y se gira para abrir la puerta de su habitación.

—¿Pete?

Se da media vuelta.

—¿Sí?

—Lo de antes lo decía en serio. Eres un chico increíble. Y Evelyn es una chica afortunada. —Sonrío—. Buenas noches.

Pete sonrío con timidez.

—Buenas noches.

Siento que, por primera vez, he visto la felicidad y la seguridad florecer en mi

amigo. Qué combinación tan genial.

Lunes, 19 de septiembre

Kate

—¿Qué pasa, cara de pasa?

—Hola, Gus. No hay mucho que contar. ¿Y tú qué tal, *mon ami*?

Es agradable oír por fin su voz. Nos hemos comunicado por mensajes durante los últimos días porque ha estado de reuniones, sin parar. No es lo mismo. Me gusta oír su voz. Me ata a la realidad. A mi yo de verdad.

—Más de lo mismo. Tengo muchas ganas de empezar la gira, joder.

Gus no es de esas personas que aprecian cada parte de un proceso. Su madre siempre lo ha mimado y su vida ha sido fácil. No es que no se deje el culo trabajando. Simplemente es que su vida ha sido fácil. Preferiría saltarse lo que no le gusta, incluso si es importante, a la larga, para conseguir lo que de verdad quiere. Supongo que todos somos así. No es ser egoísta; es la naturaleza humana. A veces necesitamos recordar que todo es importante; lo bueno y lo malo.

—Lo sé, tío, pero prepararse es clave, ¿no?

Gus suelta el aire y suena menos a él de lo que recuerdo en mucho tiempo.

—Es solo que tengo la impresión de que la preparación y la promoción debería ser el trabajo de otra persona, ¿sabes? O sea, para eso pagan un montón de dinero a la discográfica y a nuestro agente y mánager, ¿no? ¿Preparación y promoción? —Se está poniendo furioso—. Nuestro trabajo es tocar; no deberíamos tener que preocuparnos por nada más. Es como intentar poner en orden una jaula de grillos, Bright Side. Todo cambia constantemente. Y muchos de esos cambios son una puta mierda. ¡Hoy hemos tenido que pasarnos una hora escuchando a un tío que nos ha enseñado a contestar para cuando nos hagan una puta entrevista! Qué decir, qué no decir. He aquí una idea nueva: ¡sé sincero y habla de la música cuando alguien pregunte, joder!

—Vaya, Gus. Tranquilo. Solo intentan ayudaros a proteger vuestra imagen. ¿Estás en un sitio en el que puedas fumar?

El nivel de ansiedad de Gus ha incrementado durante cada día del mes pasado. No me gusta verlo tan estresado. Quiero a los integrantes del grupo, pero sé que él se está llevando la peor parte solo porque, bueno, ellos no lo hacen... o no quieren hacerlo.

—Sí —suelta.

—Quizá...

Me interrumpe el chasquido del mechero y esa primera calada profunda.

—Voy un paso por delante de ti y ni se te ocurra decirlo, Bright Side.

Sé que no debería porque está de muy mal humor, pero también sé que no es culpa mía, así que no me lo tomo como algo personal.

—Pero deberías hacerlo, ¿sabes? Deberías dejarlo.

—No empieces. —Su respuesta es cortante y definitiva. Espero sentada a que se termine el cigarro y entonces llega la disculpa—. Lo siento. No quería tomarla contigo.

—Tengo una pregunta. ¿Qué habrías sentido si P. A. S. hubiera llegado al estudio con sus propias canciones y te hubiera dicho que iban a grabar esas en lugar de las de Rook?

—Le habría dicho que se fuera a la mierda.

—Bien, porque, obviamente, necesitan que te involucres en el proceso de grabar la música, porque es *tu* música.

—Totalmente cierto.

—Pero el proceso fue colaborativo, ¿verdad? P. A. S. se ha involucrado mucho, ¿no?

—Sí.

—Vale, entonces el siguiente paso es prepararos para el lanzamiento del álbum Rook y la gira.

—Sí. ¿Adónde quieres llegar con esto? —Suena impaciente y curioso al mismo tiempo.

—Bueno, en cierto modo tienes que confiar en que ellos son los expertos en cuanto al lanzamiento del álbum y la gira, pero eso no justifica que no pongas de tu parte. Si no espabilas y no te haces con cada paso del proceso, te va a pasar factura. Y al único que vas a poder culpar es a ti mismo. Cúbrete las espaldas, tío. Cúbrete. Las. Espaldas.

Gus resopla y sé que está de acuerdo conmigo de mala gana.

—Pero es una mierda. En las reuniones no se escuchan más que balbuceos sin sentido. Me siento ahí y después de cinco minutos escuchando me pregunto cuándo se convirtieron en los adultos de Charlie Brown. Es todo «Bla, bla, bla». Estoy muy cansado de que me hagan fotos, joder. ¿A qué vienen tantas sesiones de fotos?

Añado una nota de humor.

—Quizá eres tan guapo que no pueden evitarlo. —Es la hora de devolver a Gus a

la realidad—. Escucha, Gus, yo estoy de tu parte, lo sabes. Pero, en serio, tío. Ahora estás haciendo algo por lo que la gente vendería su alma. Acabas de grabar un disco con tu música. La música de Gustov Hawthorne. Y, sinceramente, es el mejor álbum que he oído en mucho tiempo. Saldrá en unas semanas y vas a hacer una maldita gira por todo el país. Podrás vivir como una estrella del *rock* todos los días durante al menos los próximos tres meses. Todo lo que te piden a cambio es que participes activamente en la promoción del grupo, el álbum y la gira para que tengan tanto éxito como sea posible. Gus, ¿tengo que recordarte que son *tu* grupo, *tu* álbum y *tu* gira? No tienes que sacrificarte o perderte a ti mismo en el proceso, pero deberías participar en todo por tu bien. No te quejes; hazlo sin más. Es tu trabajo.

Gus suspira y sé que mi mensaje le ha llegado.

—Tienes razón. Lo sé. Estoy lloriqueando como un puto bebé.

Sonrío.

—Lo bueno está a punto de llegar, te lo prometo. Antes de que te des cuenta estarás tocando en una ciudad diferente cada noche y tu mayor preocupación será decidir si quieres pasar el rato con la morena *sexy* de la primera fila que te ha enseñado las tetas o las gemelas rubias que han aparecido en bastidores después del concierto. Quizá con las tres. —La idea en sí hace que se me revuelva el estómago, pero sé que hablo en el idioma de Gus: mujeres.

Gus resopla.

—Vale, basta de hablar de mí y de lo quejica que soy. ¿Qué tal la cena?

Intento hablar con mi exagerado acento británico.

—Encantador, querido. Tomamos puré de patatas con queso y ensalada de legumbres y lechuga. Cené en compañía de Clayton, Peter y su novia, Evelyn.

—Espera, ¿Pete? ¿El Pete de los zahones de cuero tiene novia? ¿Cuándo ha ocurrido eso? ¿Dónde he estado metido?

Gus sigue mi vida como si fuera una telenovela. Es curioso lo interesado que está en esta gente, especialmente con todo lo que pasa en su vida. Quizá sea por *todo* lo que pasa en su vida. Es como una vía de escape, como un programa de telerrealidad.

Dejo el acento porque me cuesta mantenerlo.

—Anoche. Pete la vio en el comedor vacío y fue amor a primera vista. Estoy orgullosa de él. El tío nunca ha tenido novia. Estaba cagado de miedo, pero le habló de todas formas y han empezado a salir. Ya han hecho planes para cenar juntos y luego estudiar en la biblioteca todas las noches de esta semana. Es muy adorable lo incómodos que se sienten cuando están juntos. Los dos se esfuerzan mucho. Siento que he recuperado la fe en la humanidad.

—Tú nunca habías perdido la fe en la humanidad, Bright Side. Pero me alegro

por él. ¿Cómo es ella?

Está realmente interesado.

—Muy parecida a él, en realidad...

Me interrumpes.

—¿Entonces también le va el sadomasoquismo y lleva zahones de cuero?

Suelto una risita.

—No. —Y luego río más fuerte—. No... Puaj... No... quiero... imaginármelo.

Él también ríe. Al cabo de un momento, dice:

—¿Y tú qué, Bright Side?

—No me van ni el sadomasoquismo ni los zahones de cuero —respondo sin inmutarme—. Tengo el culo demasiado plano; no llenaría los zahones. Sería decepcionante.

Gus ríe, pero lo hace forzosamente.

—Ni siquiera voy a hacer un comentario sobre los zahones. —Entonces, añade por lo bajo—: Pero tu culo no tiene *nada* de malo. *Nada de nada*.

Vuelvo a su pregunta original.

—¿Entonces qué pasa conmigo?

—Bueno, Clayton tiene novio, y ahora Peter tiene novia, así que me estaba preguntando si tú... ya sabes... si has conocido a alguien. —Suena nervioso, lo cual es extraño en él, al menos conmigo. Sabe que puede preguntarme lo que sea.

—No quiero tener novio, Gus. Ya lo sabes.

—Dios, ¿cómo puede la persona más positiva que conozco no creer en el amor? Eres una enorme contradicción. Estoy seguro de que los chicos flirtean contigo todo el tiempo, igual que en casa.

Carraspeo.

—En realidad no. Nadie me ha pedido salir desde que estoy aquí.

Suelta una risa nerviosa y luego dice:

—Sabes que no es porque no quieran; es porque eres jodidamente intimidante, cabrona. Se necesitan huevos para tontear contigo, y ya no te digo para pedirte una cita. Asustas a los chicos porque ya saben antes de pedírtelo que los rechazarás. Saben que no tienen ni una oportunidad.

—El único chico que ha ligado un poco conmigo ha sido Keller, el que trabaja en la cafetería a la que voy, pero aquello fue ligoteo inofensivo.

—¿Te atrae? —pregunta en un tono vacilante.

—No sé, sí, o sea, es guapo, claro. Pero no estoy interesada en un rollo ahora mismo.

—¿Y si lo estuvieras? —Insiste mucho en este tema.

—No lo estoy. Además puede que tenga una relación a distancia, así que ni siquiera sé por qué estamos hablando de esto. No me voy a meter en medio. Solo somos amigos. —Tema zanjado.

Gus suspira. No le satisface mi respuesta, supongo. Nos quedamos sentados en silencio.

—Escucha, tío, será mejor que me ponga a hacer los deberes. Pero... ¿Gus?

—¿Sí?

—Sé todo lo que pasa en tu vida ahora mismo, entre el álbum, la gira y todo lo demás... ya sabes. No todo es divertido y algunas cosas son un asco, pero así es la vida, tío. A veces es una mierda. Pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Gus, *siempre* irá a mejor. —Todavía lo creo en el fondo, aunque tengo que seguir recordármelo a mí misma. Es difícil tener que hacer un esfuerzo cuando antes estos sentimientos y actitudes eran automáticos para mí.

Se hace el silencio unos segundos y, entonces dice:

—Siempre estás a la altura de tu nombre, ¿lo sabes, Bright Side? —A pesar de que sonrío débilmente, lo percibo en su voz.

—Lo intento, tío, lo intento. —Todos los días, a todas horas, en todo minuto, lo intento—. Hazlo épico —le recuerdo.

—Hazlo épico —repite. Repetir es la clave. Algún día, lo creará—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Todos los días.

—Te quiero, Bright Side.

—Yo también te quiero, Gus.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Martes, 20 de septiembre

Kate

Estoy conduciendo hasta Minneapolis para recoger un pedido de jarrones como un favor a Shelly. Está estresada porque su proveedor ha metido la pata y necesita arreglar tres jarrones para entregarlos mañana temprano.

El viaje es agradable: sin atascos y sin nubes. Tengo puesta la emisora de radio de la universidad. Justo cuando me detengo delante de mi destino, suena una nueva canción. Escucho las primeras notas y se me para el corazón. ¡Es *Killing the Sun!* *Killing the Sun* de Rook... ¡en la radio! Oh. Dios. Mío. Es de verdad. ¡La canción de Gus está en la puta radio! Y suena mucho mejor que en mi iPod porque sé que cientos de personas la están escuchando ahora conmigo. Abro el bolso para buscar el móvil. Tengo que llamar a Gus. Necesito compartir el momento con él. Solo hay una primera vez. La primera vez que escucho *su* canción en la radio.

Contesta en el segundo tono.

—Bright Side...

—Gus, calla y escucha —lo interrumpo.

Subo el volumen de la radio y pongo el teléfono contra el altavoz del salpicadero. Ahora la canción ha llegado al primer estribillo y mi voz es la que llena el coche. Me llevo el teléfono a la oreja de nuevo y grito porque no me puedo contener.

—¡Tío, tu canción está sonando en mi puto coche!

—Vale. —Parece confundido—. ¿Estás escuchando el disco? ¿Vas borracha? ¿Por qué gritas?

No lo pillas.

—¡Tío, no es el disco! ¡La emisora de radio de la universidad ha puesto tu canción! ¡En la radio!

—¿Qué?

Bajo el volumen de la radio para no tener que gritar.

—Gus, estoy sentada en mi coche en Minneapolis, en Minnesota, escuchando la 93.7 FM y suena Rook.

—¡No puede ser! —Ahora lo ha pillado.

—¡Sí! Tenía que llamarte para compartirlo contigo. ¡Esto mola mucho!

—No puede ser. —Suena perplejo—. Es de verdad, ¿no, Bright Side?

—Joder que si es de verdad. Este es tu momento, tío. Tu canción está en la radio y la gira empieza esta semana. Más te vale sacarle todo el provecho que puedas a cada minuto.

Escucho el chasquido del mechero al otro lado del teléfono y la conocida larga inhalación que da vida al cigarro.

—Deberías dejarlo. —No espero su respuesta—. Ah, y, tío, ya que estoy dándote la tabarra, solo lo diré una vez, porque siento que te lo debo como amiga.

—Vale, dispara.

Parece receptivo, así que procedo.

—En la gira, tres reglas: nada de drogas, no hagas que esta experiencia no sirva para nada, tío; ponte condón *siempre*; y que no se te vaya la cabeza, ¿vale?

—Eso son muchas cosas que recordar. —Se burla de mí—. ¿Crees que podrías escribirmelo para pegarlo con cinta adhesiva en la cama durante la gira y así poder recordarlo? ¿O debería tatuármelo en el culo a lo mejor?

—Ja, ja.

—Lo sé, Bright Side. Nada de drogas, aunque me estoy haciendo mayor para esa mierda de todas formas; los condones se dan por hecho, son el mejor amigo del hombre y nunca salgo de casa sin ellos; pero lo de que se me vaya la cabeza... — Hace una pausa—. Puede que me lo tengas que recordar otra vez. Siempre has sido una voz racional para mí.

—Racional es mi segundo nombre.

—Pensaba que era Listilla, Bright Side Listilla Sedgwick.

—Cumplido aceptado. Bueno, tío, será mejor que cuelgue. Solo quería llamarte e informarte de que eres oficialmente importante.

—Gracias, Bright Side.

—Para lo que necesites. Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero.

—Adiós.

—Adiós.

Miércoles, 21 de septiembre

Kate

Tocan a la puerta inesperadamente. Acabo de entrar después de las clases y no he visto a nadie en el pasillo. La abro y veo que es John, el encargado. Me cae bien, pero siempre parece enfadado por tener que hacer su trabajo.

—Han traído un paquete de FedEx para ti esta mañana —murmura.

Joder, sí que parece indignado. No forma parte de la experiencia Grant. Suelo preguntarme cómo consiguió el trabajo con tan poco entusiasmo. John es un estudiante de posgrado, así que quizá empezó emocionadísimo y se ha ido desanimando con los años. Mi objetivo es hacerle sonreír antes de que termine el cuatrimestre.

Cojo el sobre que me tiende.

—Gracias, John. Ha sido muy amable por tu parte traérmelo.

Exagero porque creo que nadie le presta atención. Y todos necesitamos atención. No tiene muchos amigos y todos los de la residencia piensan que es un capullo. Yo creo que probablemente se siente solo y está agotado. Probablemente lleve en este trabajo demasiado tiempo.

—Estaba haciendo algo importante cuando tocaron a la puerta.

Asiento, totalmente convencida de lo que me dice.

—Ah, apuesto a que sí y lo aprecio mucho.

—Vale, bueno, tengo que volver.

—Gracias otra vez, John.

Asiente con sequedad y se va.

No tengo ni idea de qué hay en el sobre, pero lo rompo y meto la mano. Dentro están las ocho entradas VIP para el concierto de Rook en Grant que Gus me prometió. Es increíble. No es que nunca hubiera visto una entrada de un concierto de Rook, pero esto es fantástico, joder. Las entradas salieron ayer a la venta y ya se han agotado. Supongo que a Minnesota le encanta Rook, como debe ser.

Le envió un mensaje para darle las gracias a Gus y me llevo las entradas para entregárselas a todos esta tarde. Mi amistad con Gus no es un secreto, pero sí su identidad de estrella del *rock*. La mayoría de mis amigos saben que mi mejor amigo se llama Gus, pero ninguno sabe que ese Gus es Gustov Hawthorne, líder de Rook.

porque para mí él sigue siendo Gus. Siempre lo será. Rook es increíble y estoy muy orgullosa de él, pero lo mejor de Gus... es Gus. El Gus que siempre ha sido mi mejor amigo, el Gus con el que he sufrido, el Gus que le compraba Twix a Grace, el Gus que me dejó llorar en su hombro el peor día de mi vida, el Gus que me chincha sin descanso, pero que también me anima. Gus.

Las casualidades no existen. Siempre he creído eso. Así que cuando entro en la floristería esa tarde y escucho *Killing the Sun* en la radio, sonrío. Shelly está cantando a coro en voz baja. Levanta la vista y señala la radio.

—¿Has escuchado esta canción, Kate? Es lo que más me gusta de todo el mundo ahora mismo.

—¿Ah, sí? ¿De todo el mundo? —pregunto. Su entusiasmo me hace feliz.

—La han estado poniendo toda la semana. Es de un grupo nuevo llamado Rook. Son la leche. No sé qué aspecto tiene este tipo, pero su voz es muy *sexy*.

Sonrío porque no puedo contenerme y sugiero:

—Búscalos en Google.

Ella sonrío.

—¿Por qué no he pensado en hacer eso, listilla? —Saca el móvil del bolsillo y empieza a escribir—. La. Hostia. Es guapísimo, Kate. Se llama Gustov Hawthorne. Echa un vistazo.

Vuelve la pantalla hacia mí.

Me río porque podría mirar mi teléfono y ver la misma cara, pero se ve diferente en la foto del suyo porque tiene el pelo más corto. Esa es una de las fotos de las numerosas sesiones que les hicieron el mes pasado, después de que el estilista le diera un cambio de imagen al grupo.

Me encojo de hombros.

—Está bien si te van los altos demasiado musculosos y rubios.

—¿Que está bien? ¿*Bien*? Kate, cualquiera que tenga sangre en las venas se bajaría las bragas por este chico.

Hago una mueca. Yo lo he hecho.

—Pensaba que te gustaban los pelirrojos. ¿Pelirrojos que cultivan un pelo espectacular? —La barba de Duncan parece espesarse día tras día.

—Me gustan. O sea, estoy enamorada del novio con todo mi corazón. Es real. Este chico no lo es. Es una fantasía. Y canta y toca la guitarra. —Mira fijamente la pantalla de nuevo—. Joder —susurra.

Me llevo la mano al bolsillo trasero, saco dos entradas de Rook y las dejo en el mostrador frente a ella.

—Deberías verlo en carne y hueso, pero nada de bajarse las bragas cuando

Gustov salga al escenario. Duncan estará allí y sería raro. La otra entrada es para él.

Se le desencaja la mandíbula y me mira a mí y luego a las entradas, y después fija la vista en mí otra vez.

—¿Cómo coño las has conseguido? He oído esta mañana que se habían agotado. —Las mira más de cerca y entonces levanta las entradas en mi dirección—. Kate, son VIP.

—Digamos que unos amigos están en deuda conmigo. Mucho. Iremos todos.

Para entonces Shelly me tiene rodeada entre sus brazos en un abrazo de oso y me cuesta hablar, pero tengo una sonrisa gigante en la cara.

Durante la cena de esa noche, le doy a Clayton y a Pete dos entradas para cada uno para que puedan invitar a Morris y a Evelyn. Clayton me ha visto escuchando a Rook antes y, aunque no es el tipo de música que le va, le gustan. Pete no los conoce, pero acepta las entradas educadamente.

De camino a casa desde la cafetería, hago un rodeo y paso por el piso de Keller. No hay nadie en casa. Ya tengo la entrada en un sobre por si esto ocurría. Escribo una nota en él: «Keller, espero que puedas venir. Kate». La deslizo por la ranura del buzón.

Me llega un mensaje de Keller unas horas más tarde: «¡Gracias por las entradas! ¡Tengo muchas ganas!».

Domingo, 25 de septiembre

Kate

Mi móvil me despierta de un sueño casi comatoso. Saco la mano de debajo de la almohada, estiro el brazo hacia el escritorio para cogerlo y tiro un libro. No abro los ojos en ningún momento, así que cuando pulso el botón para responder y me llevo el teléfono a la oreja no sé con quién estoy a punto de hablar.

—Hola. —O suelto algo parecido. Creo.

—Mierda, lo siento, Bright Side. Estabas durmiendo, ¿no?

Pestañeo varias veces y miento.

—No... no... Hola, Gus.

—Tía, lo siento. Llámame después. Cuando estés despierta de verdad, ¿vale? — Es el Gus preocupado. Bostezo y miro el reloj: las ocho y media. Hacía tiempo que no dormía hasta tan tarde—. No, de verdad, no pasa nada. Tengo que levantarme.

Gus parece dubitativo.

—Solo quería llamar para hablarte del concierto de anoche.

Abro los ojos de inmediato y de repente estoy mucho más despierta. Ayer me pasé todo el día ayudando a Shelly con las flores de dos bodas. Cuando volví a casa estaba agotada y me olvidé completamente del concierto de Rook. Menuda amiga estoy hecha.

—Mierda, Gus, siento no haberte llamado o enviado un mensaje anoche. Me fui a dormir temprano. ¿Qué tal fue? ¿Os dejasteis querer por la multitud de la ciudad? — El primer concierto fue en San Diego.

—El concierto fue genial. ¡El público era increíble! Ojalá hubieses estado ahí.

Sonrío porque suena muy emocionado. Me encanta cuando se emociona tanto por algo.

—Yo también desearía haber estado ahí. —Vuelvo a mirar el reloj y hago unas operaciones matemáticas en mi cabeza con las horas—. Tío, son como las seis y media en California. ¿Has dormido?

—No. No puedo. Sigo a tope.

—Refréscame la memoria... ¿Cuándo es el próximo concierto y dónde?

—Esta noche en Los Ángeles y el martes en Phoenix.

—Dios, ¿te das cuenta de lo increíble que es que estemos aquí sentados teniendo esta conversación? ¡Estás de gira! —grito. Le echo un ojo a la cama de Sugar y me alegra ver que no está y que no la he despertado.

—Lo sé. Es una locura, ¿verdad?

—Eres mi héroe, dios del *rock*.

—Lo que tú digas.

Escucho a alguien gritar el nombre de Gus y la voz de Gus suena amortiguada.

—Voy en un minuto.

—Te estoy entreteniendo —digo.

—No es nada. P. A. S. nos ha conseguido una *suite* en el centro después del concierto a modo de una especie de regalo o lo que sea, así que todos están de fiesta dentro. Yo he salido al balcón.

—Vuelve a la fiesta, tío, te lo mereces. Y buena suerte esta noche. Es el principio de algo grande. Lo presiento.

—Ya veremos. Gracias, Bright Side. Que tengas un domingo chachipiruli.

No había oído «chachipiruli» desde hacía una eternidad y me hace sonreír.

—Siempre. Tú también. Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero.

—Adiós.

—Adiós.

Viernes, 7 de octubre

Kate

Esta tarde he encontrado un billete de cinco dólares en el bolsillo de mis vaqueros durante la clase de Historia de Estados Unidos. Me lo tomo como una señal de que debo darme el gusto de comprarme un café para el viaje a Minneapolis, donde iré para ver a Gabriel. El colegio me llamó ayer por la tarde después de que su profesor particular no se presentara y me preguntaron si podía sustituirlo otra vez y verme con Gabriel hoy después de las clases. Si mi semana fuera un arco iris, él sería la olla de oro al final.

Gabriel es muy cooperativo, inquisitivo, feliz, dulce y cabezota, todo al mismo tiempo. Me encanta porque es genuino. Dice lo que piensa y no se reprime. La vida sería mucho más fácil si todos fuéramos así.

Por suerte, hay sitio para aparcar enfrente del Grounds.

La campana resuena de forma atronadora y yo la ignoro.

Tengo una misión. Espero ver a Romero tras el mostrador, pero en su lugar está Keller.

Tiene esa media sonrisa suya en la cara. Lo cual quiere decir que está dispuesto a flirtear. Empiezo a interpretar a Keller.

—¿Has oído que estaba aquí y no has podido evitar venir?

Pongo los ojos en blanco.

—No lo creas tanto. No te estoy acosando. —Saco el billete arrugado del bolsillo y lo dejo en el mostrador—. Me lo he encontrado hoy en el bolsillo. Me lo he tomado como una señal de los dioses del café.

Keller coge el billete y lo mira por delante y por detrás. Está blando y descolorido; es evidente que ha pasado por la lavadora una o dos veces.

—Está que da pena, Katie. —Lo vuelve a mirar y me lo devuelve—. No puedo aceptarlo.

—¿Qué? —Miro el billete que tengo en la mano. ¿Qué acaba de decir? Quería ese café con todo mi ser. *Necesito* ese café—. ¿Me estás rechazando, Keller Banks?

Entonces prepara un café grande, lo deja en el mostrador y lo desliza hacia mí.

—No a ti, solo a tu dinero. A este invito yo. —Saca dos billetes de un dólar del

bolsillo y los pone en la caja registradora, coge el cambio y lo mete en el bote de las propinas.

Arqueo las cejas y asiento hacia el bote de las propinas.

—¿En serio?

Keller sonrío.

—¿Qué? Estoy sustituyendo a Rome durante veinte minutos. Estas son sus propinas, no las mías. Me sentiría culpable si no le diera propinas. O sea, tengo fama de ser tacaño, pero nunca caería tan bajo.

Estoy segura de que dice la verdad, así que levanto el vaso.

—Gracias, tío. Te debo una.

—No te preocupes. Aunque no sé cómo te bebes todo eso a las tres y media de la tarde. Yo estaría despierto toda la noche. ¿O vas a salir? ¿Tienes planes de no dormir?

—La cafeína y yo somos así de inseparables. —Cruzo los dedos—. De todas formas no duermo mucho, pero ahora que lo mencionas, me espera una gran noche.

Últimamente mi ciclo de sueño ha consistido en semanas de insomnio y semanas en coma. Esta semana el insomnio es mi mejor amigo. A mi cuerpo no le gusta mucho. Estoy intentando hacer las paces con él, pero resulta difícil. Antes solo dormía cuatro o cinco horas por la noche y estaba bien al día siguiente. Ahora, si tengo suerte, duermo entre tres y cuatro horas y me levanto con la sensación de que necesito diez o quince más. Pero así es la vida, supongo.

Keller parece escéptico.

—Una gran noche, ¿eh? Nunca te veo por ahí.

—No soy mucho de fiestas. Entre el trabajo y las clases no tengo mucho tiempo. Supongo que *estudio* por la noche en lugar de salir. —Abro mucho los ojos y queda constancia del sarcasmo—. *Qué locura, ¿eh?*

Keller ríe.

—Lo pillo. Yo tampoco salgo mucho. ¿Entonces qué haces esta noche?

—Voy a dar clases a un adorable niño de diez años a las cuatro en Minneapolis. —Miro el reloj—. Y llegaré tarde si no me voy ya.

Sonríe.

—Un niño con suerte.

Yo también le ofrezco una sonrisa.

—No, soy yo la que tiene suerte. No conoces a ese niño.

Entonces asiente.

—¿Y después qué? ¿Qué vas a hacer?

Gimo.

—Tengo que redactar un trabajo de Literatura acerca de *Historia de dos ciudades* para el lunes. Solo voy por el capítulo cuatro. No tengo ganas, la verdad. Será una noche larga.

Keller entrecierra los ojos.

—¿Nunca has leído *Historia de dos ciudades*?

Y, de repente, me siento avergonzada.

—No.

Se aleja del mostrador y se pasa las manos por su pelo alborotado.

—No me lo puedo creer. ¿Qué clase de persona que ha terminado secundaria no ha leído *Historia de dos ciudades*?

Levanto la mano tímidamente.

—Eh, esta de aquí.

Apoya los codos en el mostrador y baja la voz.

—Es uno de mis libros favoritos. Lo he leído al menos diez veces. Puedo ayudarte mañana si quieres.

Vaya, qué sorpresa. No es que no pensara que el chico fuera inteligente. O sea, tiene como un aura de tranquilidad; es un observador silencioso. Esas personas siempre son inteligentes, pero no me había dado cuenta de que le gustaba la literatura clásica. Dios, estoy condenada. Keller ya es tremendamente *sexy*, pero esto hace que ascienda a la cima. Me encantan los chicos inteligentes.

—Pensaba que ibas a Chicago los fines de semana.

—Solo puedo hacerlo dos veces al mes. Este fin de semana estoy aquí.

—Ah, vale —contesto. Mi mente va a toda velocidad—. ¿Podemos vernos aquí mañana a las ocho? ¿O es demasiado temprano? —Me muerdo el labio, con la esperanza de no estar tentando a la suerte.

Agacha la cabeza.

—Ah, Katie, me matas.

Ahora me siento como una idiota. ¿Qué universitario se levanta temprano un sábado por la mañana a menos que sea para trabajar o tenga insomnio como yo? Obviamente Keller no tiene que trabajar si se ha ofrecido a ayudarme.

—Lo siento, tío. ¿Sabes qué? Da igual. Es muy amable por tu parte, pero...

—No me has dejado terminar —me interrumpe. Todavía está encorvado sobre el mostrador, apoyado sobre los codos, y cuando levanta un poco la barbilla me mira a través de esas pestañas negras e increíblemente largas. Ver esos ojos hermosos hace que se me pare el corazón—. Por ti lo haré. Pero no llegues tarde. —Sacude el dedo

hacia mí como advertencia—. Te conozco. —Mira el reloj de la pared—. Por cierto, he oído que conduces como alma que lleva el diablo, pero será mejor que te vayas ya.

He perdido la noción del tiempo... otra vez. Si no me voy ya, llegaré tarde.

—Mierda. —Camino en línea recta hacia la puerta, giro la cabeza hacia atrás y añado—: Hasta mañana... y al café invitaré yo. —Levanto el vaso—. Gracias otra vez, tío. Que tengas una tarde fantástica.

La media sonrisa ha vuelto y Keller me hace un saludo militar.

—De nada. Que tengas una tarde fantástica tú también, Katie.

Sábado, 8 de octubre

Kate

La campana anuncia mi llegada a las ocho y diez. Keller sacude la cabeza, decepcionado ante mi retraso. Sin embargo, también sonrío, así que no puede estar tan molesto.

Dejo la mochila al lado del sillón de dos plazas en el que está apoltronado. Es el mejor asiento de la cafetería, justo enfrente de la chimenea. Me acerco y me caliento las manos mientras recupero el aliento y me disculpo.

—Lo siento, tío. Me he despertado hace diez minutos en la biblioteca y he venido corriendo.

—¿Por qué has dormido en la biblioteca?

—A veces mi habitación no está disponible... pero ya te contaré esa historia en otro momento. Anoche fui allí a leer y me habré quedado dormida. La última vez que miré el reloj eran alrededor de las cinco de la mañana. —Por fin vuelvo a sentir los dedos. Necesito comprarme unos guantes. Miro hacia el mostrador y a Romero mientras me bajo la cremallera de la sudadera—. Buenas, Romero. ¿Qué tal va?

Romero esboza una sonrisa cariñosa y amable.

—Buenos días, Kate. Estoy bien. ¿Y tú?

Sonrío con el cerebro todavía nublado por el sueño.

—No puedo quejarme. —Bajo la vista hacia Keller mientras tiro la sudadera sobre el reposabrazos del sillón—. Necesito un café. —Le señalo—. ¿Tú? ¿Grande? ¿Solo?

Keller echa un vistazo a la mesita auxiliar que tiene al lado.

—El desayuno está servido.

Hay dos vasos grandes de café y dos pasteles de hojaldre.

—¿Ese es de cereza? —Prácticamente babeo al verlos. Anoche no cené.

—Uno de cereza y otro de manzana. No sabía qué te gustaba.

—Keller Banks, creo que ahora mismo te quiero. —Dios, puede que hasta lo haya dicho un tanto en serio... lo cual me asusta un poco, pero tengo tanta hambre y estoy tan cansada que me da igual.

Keller sonrío y me pasa el pastel de cereza y un café.

—Es el mejor cumplido que me han hecho en toda la mañana. Rome suele esperarse al almuerzo para declararme su amor.

Me doy cuenta de que Romero está detrás de mí, recogiendo dos tazas de café de una mesa y limpiándola.

—No escuches al bobo este, Kate.

Keller levanta las manos, fingiendo frustración.

—Vamos, Rome. ¿Una palabra amable delante de Katie sería demasiado pedir?

Romero sacude la cabeza.

—A la orden, niño. —Y entonces me mira—. Keller es como un hijo para mí. Es un buen hombre, Kate.

Sonrío por su sinceridad.

Keller mira hacia atrás.

—Eso está mejor, Rome. Impresionante. Os debo a ti y a Dan una cena por ello.

Romero le da una palmada a Keller en el hombro.

—Haz tus *fettuccine* con salsa alfredo y pollo, amigo, y trato hecho.

—Vale. Cuando quieras.

Me gusta verlos juntos. Es adorable.

Estoy acabándome el último trozo de mi dulce cuando Keller vuelve a prestarme atención y se frota las manos.

—Vale. *Historia de dos ciudades*. ¿Lo has terminado?

—*Nop*. Pero casi. —Tengo la necesidad de disculparme porque él está aquí para ayudar y me siento como si uno de mis profesores me escudriñara—. Lo siento.

Keller le resta importancia.

—No pasa nada. Lo conseguiremos. Solo prométeme que lo terminarás. —De nuevo, me lanza una mirada de autoridad.

—Lo prometo. —No me gusta la culpabilidad que se siente cuando te dejas un libro sin terminar—. O sea, si empiezas un libro y tras unos cuantos capítulos decides que no te llena es una cosa, pero una vez que has llegado a la mitad ya no hay vuelta atrás. Estás obligado. —Me mira fijamente, así que sacudo la cabeza—. Es estúpido, lo sé.

Él niega con la cabeza de forma casi imperceptible.

—No, no lo es. Yo termino hasta los libros que no me gustan desde la primera página. —Lo dice en serio. Está en modo académico y es adorable.

Necesito romper el hechizo que me ha lanzado, así que arrastro la mochila hacia mí y saco el portátil.

—Bueno, el trabajo tiene que ser sobre uno de los personajes del libro. El

propósito de esto es aprender a escribir de manera persuasiva. Tiene dos partes: la del poli bueno y la del poli malo. En la primera parte, hay que venderle el personaje al lector; en la segunda parte, condenarlo por las mismas razones exactamente. Tengo que hacer de una especie de abogado del diablo. Todo depende de cómo se cuenten las cosas.

Me gusta que no parezca tener prisa, que me escuche y no mire a otro lado. Está presente. Siempre se comporta así cuando hablo con él. Es poco frecuente que la gente haga eso. Se pasa los dedos por la barba incipiente y oscura de varios días.

—Mmm, interesante. Hay muchas posibilidades. ¿Sobre qué personaje vas a escribir?

—¿A quién elegirías tú?

Parece la oportunidad perfecta para ver una parte de él que no conozco. La versión rata de biblioteca de Keller es incluso más *sexy* que el Keller del día a día. Y el Keller del día a día es muy, muy *sexy*.

Levanta las cejas.

—Es *tu* trabajo. Primero me lo dices tú y luego te lo digo yo.

De nuevo la respuesta de «te devuelvo la pregunta y yo no revelo nada».

—A Sydney Carton.

—¿Por qué? —Su voz es grave, amable e incitante. Hace que sienta que voy por el buen camino. Es como si me sacara la información sin ni siquiera intentarlo.

—Porque pensaba que era un capullo.

Keller ríe.

—Me parece perfecto.

—¿Qué? Lo era.

—No te lo discuto. ¿Y? —Vuelve a incitarme.

—Y... en cierto modo me gustaba por ello. Tenía un montón de defectos, pero era el más humano de todos, ¿sabes? La gente está pirada, así que para mí él era creíble. También me gustaba, ¿sabes? Porque era muy inteligente. Nunca he pensado que los abogados sean *sexys*, pero ahora creo que quizá me haya estado perdiendo algo. Estoy un poco encaprichada con él.

Sonríe con suficiencia por mi último comentario.

—Qué irónico.

—¿Qué?

La sonrisa malvada sigue en su lugar y Keller niega con la cabeza.

—Nada. ¿Crees que puedes presentar bien las dos caras de Sydney?

Me encojo de hombros.

—Claro. Siempre se me ha dado bien aceptar a las personas en su totalidad; lo bueno y lo malo. Lo veo todo, pero intento que eso no me nuble el juicio. La gente es complicada. La vida es complicada.

—Y que lo digas. —Por un momento, parece que se queda embobado, pero vuelve a la realidad enseguida—. Es importante que termines el libro antes de que hagas el trabajo. No quiero revelarte nada, pero puede que cambies de opinión con respecto a él al final.

Estoy sentada de costado en el sofá de dos plazas, con una pierna doblada y apoyada sobre mi asiento. Mi espinilla roza el muslo de Keller.

—Lo haré. —Le toco la rodilla con el pie—. ¿Y tú qué, profesor Banks? ¿Qué personaje elegirías tú?

—Sydney también. Es fascinante, probablemente por las razones equivocadas. —Levanta las cejas—. Por muy mal que suene eso. Lo que hace al final del libro siempre me ha intrigado. Pensar en lo que lo llevó a hacerlo... Tuvo que ser intenso.

Elevo las cejas.

—Has captado mi interés, tío.

—Puede que te arrepientas —dice a modo de advertencia.

—Tengo que preguntártelo. ¿Estudias Filología inglesa? O sea, es obvio que te encanta la literatura.

Esboza una sonrisa que vacila entre la tristeza y la picardía.

—Me encanta, pero... estudio Derecho.

Me tapo los ojos con la mano, arrepentida de haber soltado mi comentario sobre que los abogados son *sexys*. Ojalá me hubiera guardado mi encaprichamiento lujurioso por Sydney Carton para mí misma.

Keller ríe y me ahorra una explicación, devolviéndome la pregunta.

—¿Qué estudias tú?

Me quito las manos de los ojos, agradecida por el indulto.

—Educación Especial.

Asiente.

—Qué bien. Aunque puede que tengas que mejorar tu lenguaje cuando consigas un trabajo de profesora.

A pesar de mis esfuerzos, me sonrojo.

—Lo sé, tío. Es un mal hábito. Es lo que tiene haber estado toda la vida rodeada de chicos.

De repente, una voz nos hace saltar.

—Keller B., ¿qué pasa?

Keller presta atención al tipo que está en pie detrás del sofá. Los dos elevan las barbillas como hacen los chicos cuando decir hola supone demasiado esfuerzo.

—No mucho. —Sin perder un segundo, Keller se gira hacia mí y me mira—. Jeremiah, esta es Kate.

Jeremiah hace un saludo perezoso con la mano.

—¿Qué tal, Kate?

Sonríó y le echo un rápido vistazo. Jeremiah es la primera persona que he visto en Minnesota que hace que eche de menos California por su simple aspecto. Podría pasar al lado de este chico en una calle de Los Ángeles y no fijarme en él, pero aquí da el cante. Pelo negro cortado a máquina, obviamente teñido, y con un flequillo largo que le cae sobre sus ojos marrones oscuros. Lleva un abrigo de lana del estilo de la Guerra Civil y tiene tatuajes que le suben por el cuello. Tiene todos los nudillos adornados con una letra tatuada, pero no leo lo que pone. Lleva unos vaqueros negros con agujeros metidos por dentro de unas botas militares negras hasta las rodillas y atadas con cordones.

—Hola, Jeremiah. —Lo señalo—. Ese abrigo es lo más, tío.

Tensa la comisura de la boca hacia arriba y esboza una sonrisa, como si el cumplido lo sorprendiera.

—Gracias. —Vuelve a mirar a Keller—. Oye, ¿vas a venir al concierto de Reign en Milwaukee esta noche?

—No, Duncan tiene hoy el Verdinator, y de todas formas está demasiado lejos. —La decepción de su cara es obvia.

Jeremiah asiente lentamente.

—Sí, yo tampoco. No tengo dinero. —Da golpecitos en el reposabrazos con las puntas de los dedos—. Bueno, será mejor que me vaya. Nos vemos, colega. —Se despide de mí perezosamente—. Encantado de conocerte, Kate.

Asiento una vez.

—Igualmente, Jeremiah.

Cuando Keller vuelve a mirarme, la decepción sigue ahí. Siento que estoy frente a un niño que no ha recibido regalos en Navidad.

—¿Qué es el Verdinator?

—Mi camioneta. Dunc y yo la compartimos.

—Ah. ¿Entonces quién toca en Milwaukee?

Se encoge de hombros.

—Reign to Envy. Es mi grupo favorito.

Hago una búsqueda en mi catálogo de música mental y conozco al menos dos

canciones. Y son buenos. Si Deftones y The 69 Eyes tuvieran un hijo, ese sería Reign to Envy. Tocan *rock*, bastante duro y un poco oscuro, pero no tanto como para no salir en la radio. Siguen siendo un poco clandestinos, pero se están haciendo famosos rápidamente. Serán grandes pronto.

—Sí, conozco algunas canciones. Son buenos.

—Sí.

—Deberíamos ir —sugiero—. Yo conduzco si tú pagas la gasolina y las entradas. Solo tengo cinco dólares, pero prometo que te lo devolveré todo cuando cobre el viernes.

Ahora que se me ha metido la idea en la cabeza no sé qué haría si dice que no. Necesito terapia en forma de concierto.

Rechaza la propuesta.

—Katie, Milwaukee está a seis horas de aquí.

—¿Y qué? Son solo las nueve de la mañana, Keller. Podemos irnos a las dos y estar allí a las ocho.

Keller está librando una batalla interna. Lo veo en sus ojos.

—No puedo. Tengo demasiadas cosas que hacer y necesito estudiar. Tengo un examen el lunes por la mañana.

—¿Sí? Pues yo tengo que entregar el trabajo de un libro que todavía no he terminado de leer. Te prometo que estarás en casa mañana a la hora del desayuno.

Esto no debería ser tan difícil como me lo está poniendo. Keller deja de morderse la uña del pulgar, se pasa las manos por el pelo despeinado y se lo aparta de la frente.

—Es una locura. —Está a punto de ceder; lo noto. Me mira directamente a los ojos y veo el tira y afloja de la batalla que se está librando en su cabeza—. ¿Siempre eres tan impulsiva?

Tengo la impresión de que la vida de Keller está muy estructurada y programada. No hace nada de improvisado.

—Tienes que aprovechar el momento, tío. ¿Alguna vez los has visto en directo?

Se vuelve a morder la uña del pulgar y es la primera vez que me fijo en que tiene las uñas tan mordidas que casi han desaparecido. Son como las mías.

—No.

Eso lo decide. Cierro el portátil y lo meto en la mochila.

—Entonces es algo que tienes que hacer. No aceptaré un no por respuesta. —Me levanto y me pongo la sudadera—. O te arrepentirás más tarde. —Me paso el asa por el hombro—. Nadie debería arrepentirse por nada. —Cojo el café antes de chocar ligeramente mi rodilla con la suya al pasar por su lado—. Gracias por el desayuno y

por la ayuda. Eres mi héroe, Keller Banks. Ahora ve a estudiar. Te recogeré en tu casa a las dos en punto.

Por supuesto, no llego a la casa de Keller hasta las dos y cuarto. Me espera fuera, con una bandolera que le atraviesa el torso. Mierda, qué guapo está. Es el típico aspecto de Keller: zapatillas Converse negras, vaqueros oscuros entallados, camiseta térmica negra de manga larga y sudadera negra. Simple pero no vago. Siempre va bien vestido aunque de forma discreta. No intenta atraer la atención, lo que, irónicamente, parece atraerla más. Debe de ser una pesadilla ser tan guapo.

Cuando sube al coche veo que lleva unas gafas de montura negra con las que nunca lo había visto. Me dice que las usa por la noche, cuando se quita las lentillas. Las gafas hacen que sus ojos azules sean mucho más intensos y vívidos. Enmarcados así no puedo evitar mirarlos fijamente. Keller el Intelectual va a acabar conmigo. Nunca me había sentido tan atraída por alguien desde hacía mucho, *mucho* tiempo.

Keller le echa un vistazo al salpicadero de mi coche.

—Bonito coche, Katie. Tiene turbo también. Qué bien. Apuesto a que es rápido.
—Parece realmente impresionado.

—Está a mi altura; eso es lo único que importa —le chincho.

Frunce el ceño de forma poco convincente mientras se abrocha el cinturón.

—Shelly dijo, y cito textualmente: «Kate Sedgwick es la peor conductora del mundo, joder». Así que... ¿debería estar asustado?

—No pasa nada. Ten un poco de fe. —Guiño el ojo—. Además, tengo un montón de cosas que hacer en los próximos meses. No puedo morir esta noche. ¿Qué tendría de divertido?

Nos incorporamos a la autopista y conduzco a mi velocidad habitual. Mi conducción no parece molestarlo en absoluto. Y no finge. Lo sabría. Cuando está nervioso, se muerde las uñas. Lo sé porque es lo que hago yo también.

—¿Cuánto hace que tienes este coche? ¿Te gusta? —Está realmente interesado en hablar de coches.

—Me encanta. Hace solo unos meses que lo tengo. Antes tenía un monovolumen.

Keller suelta una carcajada.

—¿Un monovolumen?

Sonrío y entrecierro los ojos de manera amenazadora.

—Oye, tío, no te metas con la furgoneta. Me encantaba el Viejo azul. Fue mi primer coche. Íbamos a todos lados con él. Era una especie de necesidad. Es una historia muy larga.

Levanta las manos, rendido.

—Vale.

—En fin, en cuanto me aceptaron en Grant el verano pasado mi amigo dudaba de que el Viejo Azul fuera a funcionar bien en la nieve. Era de tracción trasera, ya sabes. Así que lo vendí y compré el coche viejo de su tía. Tiene tracción en las cuatro ruedas, así que me irá bien cuando haya una gran nevada, ¿verdad?

Keller sacude la cabeza.

—¿Cuándo te has vuelto tan blandengue, Katie? Pensaba que eras una mujer fuerte e independiente. ¿Te asusta la nieve?

Abro los ojos para darle dramatismo.

—Tío, no soy blandengue. Soy del sur de California. Me crié en cautividad; nunca he visto la nieve en estado salvaje.

Kelle ríe y me da unas palmaditas en el brazo para tranquilizarme.

—Los inviernos no son tan malos. Es solo nieve. Pan comido. Cuando llegue la primera gran nevada, te enseñaré.

La conversación toca a su fin y Keller se lleva la mano a la bandolera para sacar unos libros de Derecho que son más gruesos que la Biblia. Los lee atentamente durante todo el camino. El único momento en que levanta la vista es cuando fija los ojos en el espejo retrovisor y me pregunta qué miro.

—La puesta de sol —respondo—. Empieza el espectáculo.

Él estira el cuello para mirar por la ventana trasera y la luz se refleja en los cristales de sus gafas. Merece la pena. La puesta de sol es naranja por debajo, cerca del horizonte, y roja por encima, como si el cielo se sonrojara al echar al sol. Cuando el horizonte se oscurece, Keller vuelve a su libro y yo centro toda mi atención en la carretera. No se lo digo, pero estoy feliz de que haya compartido conmigo la puesta de sol.

Gracias a que no hay atascos en las autopistas y a que sobrepaso el límite de velocidad, llegamos a la ciudad de Milwaukee a las siete menos cuarto.

¡El concierto ha sido extraordinario! Resulta que había oído muchas de sus canciones, pero no sabía que fueran del mismo grupo. El líder tiene una energía increíble. Corría de un lado del escenario al otro y se aventuró a caminar entre el público varias veces. Me recordó a Gus. Gus es un líder increíble.

Keller y yo no hemos bebido, pero eso no nos ha impedido saltar y cantar con cada canción. El público se alimentaba de la energía del grupo; el ambiente era frenético. Keller y yo hemos tenido que agarrarnos de los brazos o de las manos todo el rato para evitar que nos separara la multitud en continuo movimiento. Cuando ha sonado la última canción, la gente nos había arrastrado hasta estar justo enfrente del

escenario. El cantante se ha colocado la guitarra y la ha tocado como si intentara someterla. Al terminar la canción, se ha agachado, me ha sonreído y me ha dado su púa. *A mí.*

Espero a salir al exterior y, mientras caminamos hacia el coche, se la doy a Keller.

—No digas que nunca te regalo nada —digo, y mi voz suena distante porque me pitan los oídos. Después de todo, es su grupo favorito y él toca la guitarra, yo no.

Keller sigue mirando la púa que tiene en la mano cuando se sienta a mi lado en el coche. Me zumban tanto los oídos que me pregunto si se me irá el pitido en lo que queda de noche, o de semana, o quizá en algún momento.

Keller me mira con unos ojos brillantísimos y una sonrisa que avergonzaría a un niño de cinco años.

—Gracias, Katie. Por venir. Por hacerme venir. Ha sido el mejor concierto de mi vida. No me había divertido tanto... —Hace una pausa y añade—: ... Nunca.

Sospechaba que Keller no se suelta el pelo muy a menudo. Supongo que tenía razón.

—Ha sido divertido. Creo que me ahora soy fan de Reign to Envy. Gracias, tío. —Salgo del aparcamiento y miro el reloj del salpicadero. Las doce y trece minutos de la noche.

—Nunca habría venido así, por capricho. Admiro tu espontaneidad, Katie. Yo no puedo.

Le doy un codazo en el brazo.

—Odio decirte esto, pero acabas de hacerlo. Me habría perdido algunos de los mejores momentos de mi vida si no fuera espontánea. Sinceramente, intento no pensar mucho en el futuro. Soy una gran fan del presente.

—Yo siempre pienso en el futuro —dice, serio de repente—. No puedo permitirme no hacerlo. El futuro es todo lo que tengo.

—A veces el futuro está sobrevalorado. —Y da miedo.

—No para mí.

—No digo que no debas perseguir tus sueños y objetivos. Pero no renuncies al presente por un futuro incierto. Dejamos pasar muchos momentos felices, los ignoramos, los posponemos durante años a pesar de que no sabemos si llegarán algún día. No esperes y pierdas este momento por un mañana sin garantías.

A estas alturas estamos en la autopista que lleva de vuelta a casa. Se hace el silencio y disfrutamos de él unos minutos. Keller apoya la cabeza en el reposacabezas y me mira fijamente con los ojos entornados. Lo noto.

—¿De dónde has salido?

Me encojo de hombros.

—De San Diego.

Niega con la cabeza porque se supone que no era una pregunta a la que debía responder. Era retórica. Lo pillo.

—¿Lo echas de menos?

Me paro a pensar y contesto:

—En realidad no. O sea, echo de menos a mi mejor amigo, Gus, pero él está de viaje ahora mismo, así que ni siquiera está allí. Y a veces echo de menos la playa, surfear.

—¿Haces surf?

—Claro. —¿Por qué parece que eso sorprende a la gente?

—Mola, Katie. Eres toda una californiana.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, tío.

—¿Entonces Gus es tu novio?

—No, es mi mejor amigo de toda la vida.

—¿Has sido amiga de un chico toda tu vida? —Lo dice como si fuera algo que nunca ocurre.

—Claro. ¿Por qué es tan raro?

Keller esboza una sonrisa maliciosa.

—No te lo tomes a mal, pero si mi mejor amiga tuviera tu aspecto me resultaría difícil que la cosa no fuera a más. ¿Es gay?

Esbozo una amplia sonrisa al pensar en ello.

—Me daría igual si lo fuera, pero no, Gus no es gay, en absoluto.

—¿Y nunca ha intentado nada contigo?

Me río ante la inesperada pregunta y sonrío. No sé si debo responder o no.

—Sí lo ha hecho. Lo veo en tus ojos.

Keller y yo somos amigos, y me siento más cercana a él tras este viaje juntos, así que decido sincerarme. No tengo nada que esconder o de lo que avergonzarme.

—No sé quién fue el que *intentó algo* primero —respondo, haciendo el gesto de unas comillas con los dedos. Keller ríe porque me burlo de su elección de palabras —. Pero sí que... —Busco un término que no suene demasiado promiscuo y prosigo —: ... nos dejamos llevar un poco la última noche que estuve en San Diego.

Enseguida pregunta:

—¿Ahora no estáis juntos? O sea, ¿no lo consideras tu novio?

Niego con la cabeza.

—No.

Se mueve en el asiento para girarse hacia mí.

—Vale, solo para tener claro lo que me estás contando, ¿te acostaste con tu mejor amigo de toda la vida la última noche que estuviste en San Diego antes de venir a Grant?

Hago una mueca.

—Sí. —No sé qué debe de pensar Keller de mí ahora.

—¿Y no estáis juntos, pero seguís siendo mejores amigos? —Suenan como si intentase entenderlo de verdad.

—Sí. Y no es una amistad retorcida en plan amigos con derecho a roce.

—Lo de los amigos con derecho a roce en realidad no existe, ¿lo sabías? Una persona a la que le va ese tipo de relación *siempre* está pillada de la otra, pero no son sinceros.

Asiento.

—Probablemente tengas razón. En mi caso, pasó sin más. Fue solo una vez.

—¿Y eso no te parece raro?

Le echo un vistazo porque me pregunto si me mira como si me hubiera salido un tercer ojo.

—No. Sé que es difícil de entender y quizá no tenga sentido, pero nuestra amistad ha pasado por momentos más complicados. Creo que podríamos superar cualquier cosa que el mundo nos tenga preparada y que nuestra amistad se haría más fuerte. —Me encojo de hombros—. No soy una puta que se acuesta con todos los que se le ponen por delante, Keller.

Él ríe.

—Yo no he dicho eso.

—Lo sé, pero, venga, tío, sé sincero. Me estás juzgando ahora mismo. —No soy dura con él; solo quiero saber qué piensa de mí.

Keller reflexiona unos segundos.

—Tienes razón, te estoy juzgando, pero probablemente no es lo que piensas. No conozco a ese chico, pero espero que sepa la suerte que tiene de que seas su mejor amiga. Y no hablo de lo de acostarse contigo.

Sonrío.

—Yo diría que los dos sabemos exactamente lo afortunados que somos de tenernos el uno al otro.

Keller asiente.

—Bien. No te subestimes nunca, Katie. Eres inteligente, graciosa, dulce y guapa.

Y lo mejor de todo es que ni siquiera te esfuerzas por serlo. Espero que el chico afortunado que un día se gane tu corazón se lo merezca de verdad.

—Gracias, Keller.

Bosteza.

—De nada. —Vislumbro su media sonrisa por el rabillo del ojo—. Despiértame dentro de una hora o así y conduciré yo. Buenas noches, Katie. —Se gira para estar de cara a la ventana y, en menos de un minuto, ya está roncando suavemente.

Sonrío durante muchos, muchos kilómetros. Normalmente no me crezco con los cumplidos, pero, a veces, cuando la persona adecuada te dedica uno, no tiene precio. Podría vivir de lo que me ha dicho durante semanas.

Domingo, 9 de octubre

Kate

Gus está en el autobús de la gira de camino al concierto de Nueva York de esta noche. Me ha mandado un mensaje para decirme que al autobús se le había pinchado una rueda esta mañana, así que se habían retrasado. Le resulta más fácil enviar mensajes cuando va en el autobús, donde hablar por teléfono puede ser difícil y nunca privado. Cuando termino de almorzar, le respondo.

Yo: «¿Estás ahí?».

Gus: «Otras tres horas».

Yo: «Vaya mierda».

Gus: «*Sip*».

Yo: «Fui a ver a Reign to Envy anoche en Milwaukee».

Gus: «¿Qué tal fue?».

Yo: «No son Rook, pero ahora soy una fan ;)».

Gus : «He oído que fue un buen concierto».

Yo: «Sí».

Gus: «La segunda gira nacional está en proyecto. A finales de primavera. En sitios más grandes».

Yo: «¡Increíble!».

Gus: «Después de Europa».

Yo: «¡¡¿¿QUÉ??!! ¡¡EUROPA!!».

Gus: «Se ha formalizado esta mañana. A mediados de enero. Todavía estoy en *shock*. ¿Quieres venir?».

Yo: «¡Ja! Claro, pero tendrás que ir solo».

A mediados de enero. Ya no hago planes para dentro de tanto tiempo.

Miércoles, 12 de octubre

Kate

¡Anoche nevó! No me lo creo. ¡Pensaba que el invierno empezaba en diciembre y es octubre! ¡Principios de octubre!

Estaba haciéndole boicot al frío y pensaba que podía retrasar su inevitable llegada si no compraba un abrigo de invierno. Sé que suena estúpido, pero es todo psicológico. Mi némesis blanca ha demostrado ser una oponente formidable.

Acepto la derrota y conduzco hasta una de las tiendas de segunda mano de Minneapolis. Agarro el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos y conduzco a velocidad de abuela a pesar de que el invierno ha tenido piedad y solo ha dejado las carreteras algo mojadas en lugar de heladas o cubiertas de nieve. Todavía no estoy preparada para eso. Necesito acostumbrarme a esta mierda muy poco a poco.

Mis esfuerzos se ven recompensados cuando encuentro un abrigo aislante de lana (de cuadros escoceses azules y verdes) por cinco dólares en la sección de caballero. Me queda bien, es mono y hasta nuevo. La etiqueta sigue ahí. Y es muy calentito.

Tengo muchas ganas de enseñarle a Clayton lo que he encontrado. Lo más probable es que lo apruebe con todo su corazón. Me encanta que haya alguien que aprecie mi extraño sentido de la moda.

Treinta minutos antes de la hora a la que he quedado con Pete y Evelyn en el comedor, me llega un mensaje de Gus. «¿Puedes hablar?». Sugar no está, así que respondo: «¡¡¡SÍ!!!».

Unos minutos más tarde, me suena el teléfono y veo la sonrisa tonta de Gus en la pantalla.

—*Konnichiwa* —respondo—. ¿Qué tal la vida en la carretera hoy?

—Bueno, Jamie me ha dado una paliza jugando al póker y Franco ha estado toda la mañana con diarrea en el autobús por pasarse con la cerveza. Así que, ya sabes, todo genial, Bright Side. *Genial*.

—¿Qué tal el tiempo?

—Bueno, estamos en Austin. Hemos llegado hace una hora. Probablemente estemos a unos veintiséis grados.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de aquí. —Suspiro—. Escucha esto: anoche nevó. En plan que cayeron putos copos de nieve de verdad. —Intento parecer enfadada, pero no puedo porque ahora mismo estoy muy feliz por hablar con Gus. Sé que no tengo mucho tiempo, así que debo aprovecharlo al máximo.

Gus ríe.

—No puede ser.

—Sí, es octubre. ¿Nevar no va contra las normas o algo hasta que no sea diciembre por lo menos?

—Le preguntas al tío equivocado. ¿Hace frío?

—Sí, hoy he tenido que comprarme un abrigo de invierno. Aunque la gente de aquí probablemente siga en camiseta con este tiempo. Te juro que la gente de Minnesota tiene algún tipo de gen mutante que los hace inmunes al calor y al frío. Es muy raro.

Gus ríe de nuevo, pero luego se pone serio.

—¿Y botas? ¿Te has comprado botas? Las necesitarás. —Es gracioso cuando se pone paternal.

Yo exagero un escalofrío por todo el cuerpo.

—Para ya. Ya he tenido bastante con comprar el abrigo. Todavía no quiero ceder con las botas. Necesito tiempo para hacerme a la idea. Quizá el mes que viene, o el siguiente.

La verdad es que tengo que comprarme unas botas nuevas, porque los zapatos usados me dan asco, y necesito ahorrar el dinero. Me llevará un tiempo.

—Tienes razón. Tú a tu ritmo. —Me está chinchando.

Yo también lo molesto.

—¿Tengo que recordarte que estás de gira por Estados Unidos este invierno? Eso incluye los helados estados del norte. Tú también tendrás que comprarte un abrigo, ¿sabes?

Gus exhala mientras aprieta los dientes.

—Lo sé. Todavía estoy en la fase de negación.

—La negación es un lugar bonito para ir de visita, pero no puedes vivir ahí para siempre, tío. —Quizá debería seguir mi propio consejo.

—Bright Side, ¿estás citando a Confucio o a John Fitzgerald Kennedy? Me suena mucho. —Sé, sin verlo, que tiene esa tonta y burlona expresión en la cara que siempre me hace reír.

—Tío, creo que es de Yoda, de *El imperio contraataca*. Es parte del entrenamiento jedi de Luke o algo.

Ambos rompemos a reír a carcajadas. A Gus y a Grace les encantaba *Star Wars*. Hemos visto las películas tantas veces que he perdido la cuenta.

Cuando recuperamos la compostura, dice:

—Bueno, Bright Side, me llaman. Supongo que están listos para la prueba de sonido. Siento no poder hablar más. Solo quería oír tu voz.

—No hay problema. Y llámame, tío.

—Lo mismo digo.

—Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero.

—Hasta otra.

—Hasta otra.

Jueves, 13 de octubre

Kate

Hay una nota adhesiva pegada en la puerta de mi habitación cuando vuelvo de las clases de la tarde que dice: «Paquete en recepción para Kate Sedgwick». Parece la letra de John.

Qué raro.

Recojo la caja en recepción y pienso que debe de haber algún error. Es de una empresa *online* de productos deportivos de la que nunca he oído hablar.

Cuando vuelvo a la habitación, la abro y dentro, bajo dos trozos de papel blanco de embalar, hay unas botas de nieve ligeras que llegan hasta la rodilla y parecen muy calentitas.

También hay una tarjeta. «Úsalas bien. ¡Estamos contentos de que sean para ti y no para nosotros! Con cariño, Gus y Audrey».

Me quito los zapatos para probarme mis nuevas botas. Me quedan perfectas. De inmediato, siento que tengo los pies envueltos en pelo. Son muy calentitas. Me siento como si hubiera ganado la lotería. Nunca habría podido comprarme unas botas así por mi cuenta.

Llamo a Gus y a Audrey. Me salta el contestador de ambos. Dejo un mensaje exagerado y efusivo porque estoy muy agradecida, no solo por las botas, sino por los Hawthorne en sí mismos.

Lunes, 17 de octubre

Kate

Clayton me manda un mensaje cuando salgo de la cafetería, de camino a mi habitación. «¿Vienes conmigo a Spectacle esta noche? Porfa, porfa, porfa».

Hace bastante tiempo que no quedo con Clayton, así que contesto con un «Vale ;)».

Spectacle está a rebosar, como siempre. Morris está trabajando, así que tengo a Clayton para mí sola casi toda la noche. Lo echaba de menos. Cantamos, bailamos y reímos durante horas. Antes de que nos demos cuenta, son las dos de la mañana, hora de cerrar. Esperamos a que Morris cierre para ir todos juntos al aparcamiento, que está al otro lado de la calle.

Justo cuando salimos al callejón por la puerta trasera, Morris se da cuenta de que se ha dejado el móvil en el despacho que tiene encima de la discoteca.

—Volveré enseguida. Esperadme delante, en la acera. No quiero que esperéis en el callejón.

El callejón está oscuro y solo hay una bombilla de luz tenue encima de la puerta. Resulta un poco espeluznante. Cojo a Clayton de la mano y el contacto lo relaja. No hemos dado diez pasos cuando veo a dos chicos que caminan por la misma acera que nosotros. Cuando nos ven y se detienen, se me pone la piel de gallina. Y cuando giran y empiezan a caminar hacia nosotros, el corazón me late desbocado en la garganta. Estoy asustada.

Cuando uno habla, sé por qué.

—Mira lo que tenemos aquí. Un maricón.

Lo primero que hago es rezar: «Por favor, Dios, no dejes que nos hagan daño». Y entonces grito y me giro para correr, arrastrando a Clayton detrás de mí. No damos ni cinco pasos y los dos derriban a Clayton por la espalda. He entrado totalmente en pánico, pero no me quedo inmóvil. En su lugar, empiezo a gritar:

—¡Parad! ¡Dejadlo, capullos! ¡Parad!

Salto sobre la espalda de uno de los tipos mientras se levanta. Echo el brazo derecho hacia atrás y le doy un puñetazo en la oreja, porque parece el lugar más doloroso que tengo al alcance. Huele mucho a alcohol y me dan arcadas. El hombre se balancea debajo de mí y, cuando recupera el equilibrio, consigue quitarme las

manos de su cabeza y me lanza al suelo.

—¡Putas! —dice, y me escupe.

Caigo sobre un costado y la fuerza del golpe contra la acera me deja sin aire en los pulmones. Jadeo para recuperarlo. Lo veo todo negro en los bordes; debo de haberme dado un golpe en la cabeza. La acera es áspera y me araña la piel de la mejilla. Un dolor rápido me perfora el muslo y el estómago y todo acaba antes de darme cuenta de que me ha estado pegando y dando patadas. El hombre ha devuelto su atención a Clayton, a quien apenas veo, desplomado bajo las rodillas del otro hombre. Rebusco en mi bolso, que tengo colgado y me cruza el pecho, y cuando mis dedos reconocen el spray de pimienta, lo agarro con fuerza. Antes de que mi atacante consiga asaltar de nuevo a Clayton, le rocío en la cara a poca distancia. Grita y se lleva los dedos agarrotados a los ojos, que le escuecen.

Me tiro contra el hombre que está sentado sobre Clayton y le doy una patada en el costado con todas mis fuerzas.

—¡Déjalo en paz, hijo de puta!

Lo golpeo una y otra vez. No puedo rociarlo con el spray porque me arriesgaría a rociar a Clayton también. Al menos ha dejado de darle puñetazos. Me agarra del pie y me tira al suelo.

Justo entonces oigo la voz de Morris.

—Quítale las manos de encima, hijo de puta.

Desde el suelo, veo como Morris se desabotona la chaqueta, la tira a un lado y deja a la vista una pistola en una cartuchera que tiene en la cadera. El tipo que está a horcajadas sobre Clayton alza las manos a modo de rendición y se levanta despacio. El otro tipo ya ha retrocedido. Incluso un puto borracho tiene instinto de supervivencia.

La voz de Morris suena tranquila, pero tensa de ira pura. Su mano derecha revolotea sobre la pistola.

—Desaparece de mi vista o juro por Dios que os vuelo la cabeza, joder.

Los dos hombres se giran y corren por la calle sin mirar atrás.

Morris se arrodilla y obliga a Clayton a sentarse con su ayuda. Le sangra el labio y se agarra las costillas. Tiene los ojos cerrados y la frente brillante por el sudor.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Morris en un tono suave y amable. Sin embargo, le tiemblan las manos.

Clayton tiene las mejillas mojadas por las lágrimas.

—Mmm, dame un minuto. —Clayton hace un inventario de su torso—. Nada roto. Solo estoy dolorido.

Morris no está convencido.

—Deberíamos llevarte al hospital, Clayton.

Clayton sorbe por la nariz. Las lágrimas han parado.

—Me han dado muchas palizas, cielo. Créeme, no necesito ir al hospital. Esto es un cuatro en una escala de palizas. Probablemente solo tenga moretones en las costillas. Me recuperaré en unos días.

Tengo ganas de vomitar y se me está partiendo el corazón. Suponía que Clay había tenido una vida difícil, pero no tenía ni idea.

—Deberíamos llamar a la policía. No pueden salirse con la suya.

Clayton me mira como si acabase de decir una tontería.

—Katherine, mi novio acaba de amenazar a alguien con un arma. Probablemente no haya sido la mejor idea. Además, no sabemos ni siquiera quiénes eran. Ha sido un delito de odio cualquiera. A estas alturas, llamar a la policía solo me haría perder tiempo.

Me arrodillo al otro lado de Clayton y le seco la sangre del labio inferior con mi camiseta. Clayton me coge la mano.

—Katherine, para. Vas a estropear tu camiseta.

Me tiembla la mano mientras me la sujeta con la suya.

—Clay, ahora mismo no me importa mucho la camiseta.

Acabo de ver como se han metido y han golpeado a una de mis personas favoritas por su orientación sexual. La ignorancia de la gente y su capacidad para la violencia me ponen enferma.

—Pero esa camiseta es una de mis favoritas. Te queda muy bien con ese tono de piel.

Tengo que poner los ojos en blanco porque solo Clayton diría algo así en un momento como este.

—Tío, puedo comprarme otra camiseta. Tú no puedes comprarte otro labio.

Clayton resopla, pero me deja terminar.

Morris recorre a Clayton con la mirada a toda velocidad. No tiene ni idea de qué hacer ahora.

—Lo siento mucho. No debería haberos dejado aquí fuera solos a estas horas. —Sus ojos oscuros y bien abiertos se posan en los míos; está más que nervioso—. ¿Estás bien, Kate?

Hago un gesto hacia la pistola que lleva a la cadera y respondo con una pregunta:

—¿Siempre llevas eso contigo?

—Solo si trabajo hasta tarde. No pensaba que fuera a necesitarla. —Tiene los puños cerrados, como si quisiera matar a alguien.

Clayton tiembla notablemente. Lo abrazo delicadamente, con cuidado de no hacerle daño.

—Ay, Clay. Siento no haberte podido ayudar.

Se aparta un poco y me mira a los ojos.

—Katherine, si no hubieras estado aquí puede que no estuviera respirando ahora mismo. Eres una de las personas más valientes que conozco. Me has asustado cuando has saltado a la espalda de ese bárbaro. Y se me ha parado el corazón cuando te ha tirado al suelo. ¿Estás herida? ¿Te has dado en la cabeza? Quizá *tú* sí necesites ir al hospital.

Tengo la espalda dolorida y siento un martilleo en la cabeza, pero miento.

—Estoy bien, cariño. —Le doy un beso en la frente antes de levantarme y ayudarlo a él a ponerse en pie. El hospital es el último lugar al que quiero ir, especialmente cuando los médicos empiezan a hacer preguntas.

Clayton mira a Morris.

—Debería irme a casa. Tengo un examen de Historia dentro de unas horas.

Morris vuelve a su lado y su expresión se suaviza al acariciar la mejilla de Clayton.

—¿Qué puedo hacer por ti? —suplica en voz baja—. ¿Qué puedo hacer?

Clayton sonrío con dulzura.

—Puedes besarme y decirme que me quieres y que me acompañarás hasta el coche de Katherine.

Hace las tres cosas.

Cuando volvemos a la residencia, ayudo a Clayton a llegar al baño de los chicos, donde termino de limpiarle la cara. Compruebo si tenemos los ojos dilatados y busco otros síntomas de contusión.

Nada. Todo normal.

Luego lo ayudo a llegar a su habitación. A pesar de intentar ser lo más silenciosos posible, despertamos a Pete. Parece alarmado cuando nos ve. No lo culpo: estamos hechos un desastre. Mientras ayudo a Clayton a ponerse el pijama, porque le duelen las costillas y no puede levantar los brazos por encima de la cabeza, Pete trae hielo de la minivera y lo envuelve en un paño. Me lo ofrece con una mirada inquisitiva, pero no pronuncia palabra alguna. Le digo que vuelva a la cama y prometo contarle mañana lo que ha pasado. Pete asiente con tristeza, vuelve a la cama y se tapa con las sábanas, pero no aparta sus ojos preocupados de nosotros. Clayton hace un gesto de dolor cuando le presiono el hielo contra el labio, pero exhala cuando el frío lo alivia un poco.

Me inclino sobre él y lo beso en la frente.

—Buenas noches, Clay.

Estoy exhausta mental y físicamente. Necesito irme a la cama.

Entonces, me detengo al oír susurrar a Clayton.

—¿Katherine?

—¿Sí? —susurro yo también.

—Gracias. Nunca antes me habían defendido.

Se me encoge el corazón.

—Para eso estamos.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Ahora descansa.

Martes, 18 de octubre

Kate

Cuando llego al trabajo, la campana de la puerta tintinea un poco. Me encuentro con dos pares de ojos fijos en mí que reflejan lo que solo puede describirse como preocupación extrema. Miran intensamente el moretón que me salió en la parte izquierda de la cara mientras dormía anoche. Ahora no me duele tanto como cuando he despertado esta mañana, pero parece inflamado desde la sien hasta la mandíbula. Lo que de verdad me duele es el resto del cuerpo... todo. Si pudiera inyectarme Ibuprofeno por goteo intravenoso, lo haría. Aunque mi cuerpo ha estado de acuerdo en dormir durante al menos cuatro horas, cuando he salido a rastras de la cama para ir a clase estaba descontento conmigo a un nivel completamente nuevo. No hace falta decir que hoy mi cuerpo y yo no nos dirigimos la palabra. Espero que podamos volver a ser amigos algún día.

Clayton contorsiona la cara y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Ay, Katherine, lo siento. Mírate la cara.

Todavía no había visto a Clay hoy. Todavía dormía cuando yo he ido a clase esta mañana y no estaba en la habitación cuando me he pasado a mediodía para ver cómo estaba.

—Clay, ¿cómo te encuentras hoy? —No quiero hablar de mí.

—Me siento como si me hubiera atropellado una apisonadora y me hubieran dejado en la cuneta para que muriera.

Lo entiendo perfectamente.

—Bueno, no te ofendas, pero tienes pinta de que te ha atropellado una apisonadora, cielo. —Los cortes de la cara no tienen tan mal aspecto como anoche, pero tiene el labio inferior y la mejilla hinchados, de unos tonos artificiales de rojo y morado.

Clayton sonrío un poco.

—Solo quería darte las gracias otra vez por todo lo que hiciste anoche.

—No hace falta, Clay.

Me da un beso en la mejilla buena.

—Sí, sí hace falta. Eres mi primera amiga de verdad, Katherine. Y estoy muy

seguro de que cuando sea un caballero de la tercera edad impecablemente vestido en su silla de ruedas, pensaré en el pasado, en mi fabulosa y exitosa vida, y sabré sin duda alguna que no podrían haberme bendecido con una amiga mejor que tú.

Si abriese la boca para hablar, empezaría a llorar. Y yo no lloro. En su lugar, asiento.

Clayton se gira y menea el dedo hacia Shelly.

—Adiosito, reina del baile —dice mientras se marcha.

Shelly ni siquiera tiene una respuesta mordaz. Solo parece triste.

Sé por la manera en que me mira que Clay le ha contado lo que pasó. Todo. Preferiría que nadie lo supiera, pero al menos no tengo que repetirlo.

—Shelly, estoy bien. ¿Podemos hablar de otra cosa esta tarde? —Sonrío para que sepa que no intento ser una cabrona—. Pongámonos a trabajar.

Ella asiente y sé que la está matando no decir nada, pero la quiero por ello.

—Tengo que hacer varias entregas esta tarde. ¿Puedes encargarte de la tienda tú sola?

—Por supuesto. —Mientras va hacia la puerta, añado, gesticulando hacia mi cara —: Por favor, no le cuentes esto a Keller. Me han bombardeado con miradas de pena todo el día. —Dudo, y entonces añado—: Como haces tú ahora. —Shelly aparta la vista—. Y me hace sentir incómoda. No me gusta dar pena. Me agota. —Lo digo totalmente en serio.

Ella exhala sonoramente. Parece más derrotada que irritada. Unos segundos después asiente y sale por la puerta.

Me concentro en mi trabajo. Soy más lenta de lo normal, dado que me muevo a la velocidad de alguien de noventa años que se recupera de una operación de prótesis de cadera doble.

Suena la campana; ha entrado un cliente. Estoy de espaldas a la puerta. Intento hacer un bonito lazo alrededor de un jarrón de rosas con una cinta que me tiene maniatada momentáneamente.

—Estaré con usted en un segundo —digo con la cabeza girada ligeramente hacia atrás.

—No has venido a verme esta mañana. ¿Qué pasa? ¿Tengo que recurrir al chantaje o al soborno?

Es Keller. ¿Qué hace aquí?

Sigo de espaldas y respondo:

—Tío, mi adicción es fuerte, pero también puedo saciarla con el café gratis aunque considerablemente menos sabroso de la cafetería de la residencia. Además se me ha hecho tarde. —Cuando por fin termino de hacer el lazo, me doy la vuelta para

mirarlo a la cara y me preparo para la conmoción—. ¿Qué tal?

Keller se queda sin aliento.

—Dios, Katie, ¿qué te ha pasado?

Estoy agradecida de que los moretones que tengo en el estómago y la cadera, que se están quedando amarillentos a una velocidad sorprendente, estén escondidos bajo la ropa y no a la vista, porque de no ser así fliparía.

—¿Me creerías si te dijera que me caí escaleras abajo?

Tiene los labios tan tensos que se convierten en una fina línea blanca. Hay miedo y rabia en sus ojos. Niega con la cabeza.

—¿Y que me ha dado por montar en toro?

—*Nop*.

—¿Que estoy en un club de lucha clandestino?

—Eso tal vez podría creerlo. ¿Quién es el capullo que te ha hecho eso?

¿Por qué cuando una mujer tiene moretones, especialmente en la cara, la gente asume que ha sido víctima de violencia de género? Yo misma soy culpable de llegar a esa conclusión precipitada. Es una suposición de la sociedad que nace, desafortunadamente, de una realidad demasiado frecuente.

—No es lo que piensas. —Suelto un resoplido de exasperación—. Ha sido una asquerosa mezcla de ignorancia, odio y alcohol dirigida contra mi amigo Clayton esta misma madrugada. —Me señalo la cara—. Esto solo es un pequeño daño colateral. Estoy bien, Keller.

El miedo y el enfado se han desvanecido de sus ojos y aparece una actitud protectora. Al menos no es pena.

—Eso no es estar bien. —Bajo la vista y veo que está aferrado al borde del mostrador con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

Estiro el brazo por encima del mostrador y le acaricio las manos, contraídas.

—Oye, relájate. Estoy bien. De verdad.

Sacude la cabeza, se quita el gorro de lana y su pelo se levanta en todas direcciones. Me distrae. Incluso ese *look* despeinado tras quitarse el gorro le sienta bien. No puedo evitar sonreír.

—¿Por qué sonrías? —pregunta con la cabeza ladeada.

Mi sonrisa se ensancha.

—Tu pelo. Tienes el pelo genial.

Keller se lleva las manos a la cabeza, se pasa los dedos por el pelo e intenta domarlo sin éxito. Sigo pensando que es una de sus características más atractivas. Se aclara la garganta y se sonroja.

—¿En qué puedo ayudarte, Keller? —Ahora que lo del moretón ya está finiquitado no puedo negar que me alegra verlo.

Se muerde la mejilla como si no estuviera seguro de cómo responder, o quizá no ha dado por zanjado el tema anterior.

—¿Estás segura de que estás bien? Porque solo mirar ese moretón me duele.

Entonces, doy yo el tema por zanjado.

—Estoy bien.

Keller asiente, pero todavía parece perplejo. De todas maneras, continúa.

—Rome me ha encargado un recado romántico. Me ha pedido que le compre una orquídea para Dan. Es su aniversario y quiere llevársela a casa esta noche. Iba a venir hasta aquí a la hora del almuerzo, pero no ha podido ser. ¿Tienes algo así?

Salgo de detrás del mostrador y juntos elegimos una orquídea blanca de las estanterías. Después de pagar, envuelvo la flor en un tubo de papel y la embalo para protegerla del frío.

Keller se muestra dubitativo junto a la puerta.

—Bueno —carraspea—. Deberías pasarte mañana por la mañana por el Grounds. Te invito a un café. Ya sabes, para que no tengas que beber el veneno ese de la cafetería dos días seguidos.

Me río.

—Intento rotar de manera estricta para evitarlo. Nos vemos mañana. Pero pago yo. Además, todavía te debo lo del viaje a Milwaukee...

Keller me interrumpe.

—No, no me debes nada.

Sonrío. No me conoce. Aunque insista en no aceptar el dinero, encontraré la manera de recompensárselo.

—Muy pronto voy a estar tan endeudada contigo que tendré que convertirme en tu esclava personal para pagarlo.

—Mmm. —Se le iluminan los ojos—. Hay muchas cosas que podría hacer con eso.

Sonrío.

—No tan rápido. Preferiría ceñirme a un acuerdo económico. No tengo mucho tiempo libre para hacerte el trabajo sucio.

Esboza una media sonrisa.

—¿Trabajo sucio? Mucho mejor. —Guiña el ojo y abre la puerta.

Sacudo la cabeza, pero me derrito por dentro. Sé que no puede pasar nada entre nosotros, pero, Dios, me encanta flirtear con este chico.

—Necesito un corte de pelo. Córta-me el pelo y estaremos en paz —me dice desde la puerta.

—No sé cortar el pelo. Si te lo corto mal no estaríamos en paz *seguro*.

—Confío en ti.

Me hace muy feliz oír eso. La confianza es importante para mí.

—¿Confías en mí?

—Te confío mi vida... y mi pelo. ¿Estás libre el viernes por la noche?

Asiento.

—*Sip*.

—¿A las ocho?

Vuelvo a asentir.

—Suena bien.

—¿En tu casa o en la mía?

Sé que no es una cita, pero no sabéis lo mucho que me gusta que Keller me haga esa pregunta.

—Los sábados por la noche son impredecibles en casa de Kate y Sugar, así que en la tuya.

Keller sonrío.

—Excelente. Adiós, Kate.

—Adiós, Keller.

Viernes, 21 de octubre

Kate

Son las ocho y doce minutos cuando toco en la puerta de Keller y las mariposas empiezan a revolotear en mi estómago. Nunca he sido de esas a las que les revolotean mariposas en el estómago, así que me siento rara. Estoy totalmente sobria, pero me siento como si me hubiera tomado unas cuantas copas y mi mente todavía no lo hubiera aceptado, pero mi cuerpo confesara que me he dado el gusto de beber. Creo que me encantan las mariposas.

Keller abre la puerta, entro en su casa y coge mi abrigo. No decimos nada. Es una situación un poco rara, pero no incómoda, solo rara.

—Todavía no es demasiado tarde para echarse atrás, tío —sugiero—. ¿Estás seguro de que sigues confiando en mí después de haber tenido varios días para pensarlo?

Que confíe en mí es muy importante para mí. Hay diferentes grados de confianza. Mi opinión es que la mayoría de la gente es buena, así que confío en la mayoría de la gente. La amistad es vital para mí y la confianza forma parte de ella. Pero a un nivel más profundo está la *confianza*. La *confianza* es algo que no me tomo a la ligera. Muy pocas personas se la han ganado: Grace, Gus y Audrey. Ya está. Se tarda años en ganarse la confianza de alguien. Por alguna razón, siento que Keller ya ha entrado en esta categoría *más profunda*, lo cual es bueno, pero también me asusta un poco porque ha ocurrido muy rápido.

Keller sonríe y con ello desaparece la extraña situación de incomodidad.

—Incondicionalmente.

Una. Respuesta. Increíble. Joder.

—Vale. Que empiece la fiesta.

Se está chupando el labio inferior cuando vuelve a sonreír. Tiene una expresión divertida en los ojos. Quiere decir algo, pero se lo piensa mejor. En su lugar, coge una silla plegable del armario y la pone detrás del sillón de dos plazas. Lo observo mientras se mueve, pero en realidad no estoy mirándolo; estoy soñando despierta. Pienso en el aspecto de su pecho debajo de la camiseta. Pienso en lo cálida que es la piel de su torso y en sus músculos definidos. Pienso en su aspecto debajo de esos...

—¿Mojado o seco? —Hace una pausa cuando ve que no respondo y se señala el

pelo—. ¿Quieres que me lo moje?

Ah, cierto. Su pelo. Para eso estamos aquí.

—Mmm, mojado, creo. ¿No es así como lo hacen los profesionales?

Audrey siempre me ha cortado el pelo. Dos veces al año, en la cocina de los Hawthorne, lo necesitara o no. Nunca he ido a una peluquería.

—Mojado pues. Vuelvo enseguida.

Keller desaparece en el baño y reaparece dos minutos después. Solo lleva los vaqueros puestos. Jesús, María y José. Está hermoso sin camiseta, joder. Mi mente se desboca y siento que ve todos mis pensamientos X. Y ahora vuelvo a sentir el revoloteo en el estómago. ¿Qué coño me pasa?

Se sienta en la silla e intento actuar como si nada.

—¿Qué va a ser, señor Banks? ¿Las puntas? ¿Corto? Estoy dispuesta a todo. — Joder, ¿lo estoy?

—Iba a decir que solo las puntas, ¿pero qué crees tú? ¿Crees que debería probar algo diferente?

—*Nop*. Me gusta como está ahora. —Es verdad. Me gusta mucho.

—Las puntas, pues.

Y ahora estoy nerviosa por una razón totalmente diferente, porque no quiero cagarla.

—Keller, tío, ¿hay algún tipo de plan B si hago un desastre?

Keller ríe y se encoge de hombros.

—Solo es pelo, Katie. Si haces un desastre, *cosa que no pasará*, me rapas.

Eso no ayuda.

—Ah, sin presión.

Está completamente relajado.

—Ninguna en absoluto.

Una vez que empiezo a cortar, todos mis pensamientos, los nerviosos y los obscenos, empiezan a desprenderse como mechones de pelo. Sí que tiene un pelo espectacular. Es castaño oscuro, casi negro, y un poco ondulado, lo que le añade volumen más que rizados. Es espeso, tiene un montón, pero los mechones son finos como los de un bebé y muy suaves y brillantes. Lo lleva un poco largo. Le cae justo por encima de las orejas y le toca el cuello por detrás. Y es más bien rebelde, lo que, en mi opinión, es lo mejor. No me gusta cuando los chicos se esfuerzan demasiado con el pelo. Un *look* despeinado natural es *sexy*.

Termino al cabo de una hora. La conversación ha sido escasa. He estado concentrada en no hacer un fiasco con el pelo de Keller y él me ha permitido

concentrarme manteniéndose callado. Después de mirarse en el espejo del baño, vuelve y me encuentra barriendo el pelo del suelo. Le sonrío porque no he hecho un desastre.

—Bueno, sin duda no eres rápida, pero eres meticulosa. Buen trabajo.

Me río.

—Meticulosa es mi segundo nombre. O quizá solo quería asegurarme de que valiera la pena lo que has pagado.

—Cada céntimo. Gracias, Katie. ¿Quieres algo de beber? Tengo cervezas en la nevera. Te lo has ganado.

Quiero quedarme, pero mi conciencia me está dando la lata. Keller tiene novia. Estoy segura. No debería estar aquí a solas con él, especialmente después de que los pensamientos guarros hayan empezado a rondarme la cabeza de nuevo.

—No, gracias. Creo que debería volver a la residencia.

Keller echa un vistazo por la habitación y percibo una momentánea expresión de decepción en su cara antes de que vuelva a mirarme y sonría.

—¿Vas en coche o andando?

—En coche. Hace un frío que te mueres.

Keller ríe.

—Un frío que te mueres. —Me está chinchando. Coge la sudadera del sillón y se la pone—. Te acompaño afuera.

Estamos de pie junto a la puerta del conductor de mi coche y no puedo evitar sonreír por dentro porque ningún chico me ha acompañado al coche nunca. Mi mente sabe que no es una cita, pero el gesto es caballeroso de todas formas. No me suelen ir esas cosas, pero esta noche supongo que sí.

—Gracias otra vez, Katie.

—De nada. Me siento bien al haberme librado de las deudas y los pagarés.

Nos reímos y entonces la risa se convierte en silencio. Nos miramos como si no supiéramos qué hacer a continuación. Podríamos quedarnos así toda la noche, así que hago lo mismo que haría con cualquier otro amigo. Extiendo los brazos.

—Ven aquí.

Keller reacciona con lentitud, pero cuando lo hace y me abraza, me siento abrumada. A algunas personas se les da muy bien dar abrazos. De alguna manera consiguen abrazarte con todo su ser, no solo con los brazos. Su calidez rodea cada centímetro de tu cuerpo. Hacen que te sientas querida y cómoda.

A Keller se le da muy bien.

El abrazo de ensueño dura alrededor del doble que un abrazo normal, pero no tanto como me gustaría. Cuando nos separamos, noto el frío y alcanzo la manija de la

puerta instintivamente para entrar en el coche.

—Conduce con cuidado, Kate.

—Siempre lo hago. Que tengas un gran fin de semana, tío.

—Voy a Chicago por la mañana. Volveré el lunes por la mañana temprano —dice con una sonrisa.

Por esto es por lo que me porto bien. Chicago. Su otra vida. Su novia.

—Diviértete. Nos vemos el lunes.

—El lunes —repite—. Nos vemos el lunes.

—Buenas noches, Keller.

Asiente con la cabeza.

—Sí, ha estado bien. Buenas noches, Katie.

Lunes, 24 de octubre

Kate

Hoy han cancelado las clases. La nieve se ha descontrolado esta mañana. Todos dicen que es demasiado pronto para que haya una tormenta así.

Yo digo que la Madre Naturaleza se ha metido esteroides. Y es inflexible cuando se pone así.

Ahora entiendo de qué va todo el alboroto. Afortunadamente ya se está calmando, pero esta mañana, cuando me he puesto las botas y he caminado arduamente sobre la nieve fresca hasta el Grounds, caía una que no veas. Sin embargo, ha valido la pena el viaje para pasar la mañana aquí bebiendo café y leyendo.

La campana resuena de forma estrepitosa y la ignoro para seguir leyendo el libro que tengo sobre el regazo. Estoy en el mejor sitio, en el sofá de dos plazas, frente al fuego, y nada puede distraerme en esta feliz mañana.

Excepto quizá la voz grave y profunda que me dice al oído:

—¿Está ocupado?

Giro la cabeza un poco hacia la izquierda y el rostro de Keller está justo ahí, casi a un centímetro de la mía. Está inclinado sobre el respaldo del sofá, con la barbilla apoyada sobre los brazos cruzados. Se ha afeitado. Hacía tiempo que no lo veía así. Parece mucho más joven con su cara de bebé al descubierto.

—Hola. Claro que no. Siéntate. —Pongo la mochila en el suelo para hacerle hueco. Keller se deja caer a mi lado después de quitarse el abrigo, el gorro y los guantes.

—Joder, uno pensaría que vivimos en Minnesota con toda la nieve que cae ahí fuera.

Pongo los ojos en blanco.

—No me lo recuerdes.

Keller ríe y me da un codazo en el brazo con suavidad mientras saca un sándwich envuelto en papel vegetal de una bolsa de papel marrón.

—Ah, no está tan mal. Mira ahí fuera. El paisaje es precioso.

Suena tan sincero que me reprimo antes de volver a poner los ojos en blanco y echo un vistazo por los ventanales que hay detrás. Está nublado y casi parece que es

por la tarde en lugar de bien entrada la mañana. Los copos vuelven a caer de manera esporádica. Las calles están desiertas y, como estoy en el interior frente al fuego, seca y calentita, me parece precioso.

—¿Cómo has conseguido volar desde Chicago esta mañana —pregunto, mientras señalo al exterior, y añado—: con toda esa *belleza*?

—Cogí un vuelo temprano anoche, antes de que empezara a nevar. Decían que la tormenta iba a ser fuerte. Supongo que tenían razón por una vez. —Me da otro codazo—. ¿Quieres la mitad de mi sándwich, Katie? Es de pavo.

—No, gracias.

Siempre intento evitar lo de «No, soy vegetariana» porque altera a algunas personas. No sé por qué, pero a veces la gente te mira como si le hubieras dicho algo inconcebible. Todos se sienten incómodos. Por eso solo lo explico si me veo obligada.

Keller insiste e intenta ofrecérmelo de nuevo.

—No, en serio, es enorme. Me da la sensación de que es de mala educación comérmelo delante de ti. Coge la mitad.

Y ahora me siento obligada.

—No te sientas mal, tío. Soy vegetariana. Y de todas formas, tampoco tengo mucha hambre. Me he comido una magdalena hace poco.

Keller pestañea unas cuantas veces.

—Entonces... ¿no pasa nada si me lo como delante de ti? O sea, ¿no te da asco? Porque puedo esperar o... o sentarme allí. —Señala con la cabeza un rincón al otro lado de la cafetería.

Lo miro durante demasiado tiempo antes de responder porque su sugerencia ha sido muy considerada.

—No. Adelante, come. Pero gracias por preguntar. Ha sido... ha sido muy amable por tu parte.

Keller sonrío y da un mordisco al sándwich, y la mayonesa y la mostaza salen disparadas hacia las comisuras de su boca. Habla entre bocados.

—¿Y por qué eres vegetariana? ¿Por salud, religión, por los derechos de los animales?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Es que nunca me ha gustado la idea de que un animal nazca, lo críen y lo maten solo para que yo tenga algo que comer. Hay muchas otras opciones para alimentarse.

Eleva las cejas como si nunca lo hubiera pensado así y asiente.

—Tienes razón. —Cuando se acaba el sándwich, arruga el envoltorio, lo mete en

la bolsa de papel y junta las manos—. Deberíamos conducir esta tarde. Hay unos buenos cuarenta y cinco centímetros de nieve.

Giro la cabeza hacia atrás para echar un vistazo. A juzgar por la nieve que hay sobre el coche aparcado al otro lado de la calle, tiene razón. Este es tan buen momento como cualquier otro para aprender a conducir en la nieve.

—Claro. ¿Qué tal a la una? Tengo que trabajar a las tres.

—Suenan bien.

Dejo el libro que tengo sobre mi regazo en la mesita de café que hay frente a nosotros para cerrar la mochila, que está en el suelo.

—¿Te recojo en tu casa?

Keller asiente, distraído, mientras coge mi libro.

—¿Es bueno? —pregunta, refiriéndose al libro.

—¿No lo has leído nunca? —Estoy estupefacta.

Niega con la cabeza.

—No, pero siempre he querido hacerlo.

Recuerdo su reacción cuando le conté que nunca había leído *Historia de dos ciudades* y se la devuelvo.

—¿¿Qué clase de persona que ha terminado la secundaria no ha leído *Matar a un ruiseñor*?

Su sonrisa se ensancha.

—Me lo merezco.

—Sí, te lo mereces. Lo leo una vez al año más o menos. Es uno de esos libros que, aunque te gusten, se vuelven mejores cada vez que los lees y te enamoras de ellos una y otra vez.

Keller sonríe y sé que me entiende porque me contó que ha leído *Historia de dos ciudades* muchas veces.

—Además, uno de los personajes es uno de mis héroes. ¿Sabes ese dicho de «¿Qué haría Jesús»? —Asiente—. Bueno, mi versión es «¿Qué haría Atticus?». Tiene las cosas claras. Siempre sabe qué hacer. —Me levanto, deslizo los brazos por mi abrigo de lana y saco los guantes de los bolsillos. Me cuelgo la mochila al hombro y le hago un saludo militar a Keller—. Nos vemos a la una.

Él repite mi saludo.

—A la una. Te llevaría a la residencia, pero Dunc se ha quedado con el Verdinator.

—No pasa nada. Hay un increíble paisaje nevado ahí fuera. —Abro mucho los ojos para enfatizar mis palabras—. Tengo muchas ganas de salir.

Keller se ríe con mi sarcasmo.

Tengo una mano enguantada en el pomo de la puerta cuando oigo a Keller llamarme.

—Katie, te olvidas del libro.

Sonrío porque lo he dejado a propósito.

—Es tuyo. A alguien más debería encantarle. —Es mi libro favorito. Me siento bien sabiendo que lo dejo con alguien que lo apreciará.

—Pero todavía no te lo has acabado. —Tiene el libro levantado y señala el marcapáginas.

Me doy toques en la sien.

—Ya sé cómo termina. Tú no. —Le guiño el ojo y sonrío, pero la sinceridad y simplicidad de las palabras me golpean de repente. Él no lo sabe. No conoce mi historia. Y así tiene que ser, porque siempre he preferido los finales felices—. Deberías conocer a Atticus Finch. Es un abogado muy duro.

Me detengo en la puerta de Keller a la una y cuarto y, antes de tocar el claxon, ya ha salido por la puerta como si hubiera estado escuchando o vigilando mi llegada.

Niega con la cabeza.

—Dios, mujer, ¿alguna vez eres puntual? —Me está chinchando, pero sé que es una de las cosas que más detesta.

—No. Otro mal hábito. Ya es algo crónico, incurable. —Me encojo de hombros porque yo soy así y, desde un punto de vista más amplio, hay cosas peores que la tardanza—. Para colmo, he tenido que competir con toda esta *belleza*. Eso me ha retrasado.

Keller sonrío con suficiencia.

—Bueno, has llegado. Es un buen comienzo.

Keller nació para enseñar a conducir con nieve. Tiene la paciencia de un santo. Me explica lo que tengo que hacer con detalle mientras avanzamos hasta el aparcamiento del auditorio por las desiertas calles de las que han retirado la nieve, aunque siguen heladas. Agradezco que no haya nadie porque tengo el presentimiento de que va a haber un homicidio sobre ruedas. Al menos, si la lío, no habrá nadie en peligro. Keller nunca levanta la voz, habla con su tono profundo, versado, calmado y tranquilizador de siempre. Es la voz que me guía con seguridad por las carreteras heladas, me recuerda que afloje los nudillos blancos del volante, que aminore la velocidad, que pise el freno ligeramente y que no contenga la respiración. Me relaja. Es equilibrada, constante y reconfortante. Le he cogido gusto a lo reconfortante.

Viernes, 28 de octubre

Kate

—Cumpleaños feliz. Cumpleaños feliz. ¡Te deseo, Bright Side, cumpleaños feliz!

No has vivido de verdad hasta que escuchas a Gustov Hawthorne cantarte *Cumpleaños feliz* por teléfono. Lo hace todos los años... a todo volumen, entonando cada nota con un entusiasmo exagerado.

—Joder, esta llamada sí que me ha despertado, Gus.

—Mierda. ¿Te he despertado, Bright Side? Son las seis ahí, ¿no? Pensaba que seguramente estarías despierta. —Habla a trompicones.

—No pasa nada, tío, estoy despierta. —Llevo despierta desde las cinco menos cuarto y ya he ido a correr en la cinta, al gimnasio de la universidad, al otro lado de la calle de la residencia. Últimamente, correr más de un kilómetro y medio me cuesta, pero estoy despierta, duchada y caminando por la calle principal hacia el Grounds a por mi café matutino.

—Ah, bien. —Suena muy aliviado y, ahora que ha vuelto a hablar pausadamente como el Gus normal, un poco borracho.

—Tío, parece que estés borracho. ¿Dónde estás?

—Mmm —dice soñoliento, y luego levanta la voz—. Oye, Robbie, ¿dónde decías que estábamos, tío? —Escucho la respuesta de Robbie y luego Gus repite—: Indianápolis. Estamos en Indianápolis, Bright Side.

Está como una cuba. No recuerdo la última vez que Gus estuvo tan borracho. Hay mucho ruido de fondo y estoy segura de que no es el autobús de la gira.

—¿Qué tal el concierto de anoche?

—¡Fue una puta pasada! —Ha sonado demasiado entusiasmado, incluso para ser Gus.

—Guay. —Es hora de devolverlo a la Tierra—. Pregunta. Gus, sé que estás en Indianápolis ahora mismo, ¿pero en qué *sitio* de Indianápolis?

Hace una pausa y me lo imagino mirando a su alrededor en busca de pistas que lo ayuden a responder.

—No lo sé. Parece la habitación de un hotel. ¡Todo el grupo está aquí! —Hace una pausa—. ¡¿Qué pasa, Robbie?! —grita después, como si acabara de darse cuenta

por primera vez en toda la noche de que está ahí y no recordara haberle hablado hace veinte segundos.

—Gus, gracias por las felicitaciones, tío. Te dejo ya. Hazme un favor y encuentra a alguien sobrio que te diga dónde estás. Porque sé que tocáis en Chicago esta noche. —He intentado estar pendiente de su calendario. Me ayuda a estar conectada con él porque ya no podemos hablar todos los días—. Probablemente deberías estar en carretera ahora mismo.

Percibo que se ha dado cuenta.

—Mierda —dice al teléfono, antes de gritar hacia el resto de la habitación—: Mierda, tíos. Tocamos en Chicago esta noche. Tenemos que irnos.

—Buen chico, Gus. No pasa nada. Ve a la recepción y pídeles que llamen a un taxi que os lleve de vuelta a donde tocasteis anoche. Y llama al mánager de la gira; lo más seguro es que esté de los nervios ahora mismo.

—Cierto. Gracias. —Suenan un pelín más sobrio ahora.

—Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero, Bright Side. Feliz cumpleaños.

—Gracias. Adiós.

—Adiós.

Soy un poco rara con mi cumpleaños. No le digo a la gente cuándo es porque en realidad nunca me ha gustado celebrarlo. A mi madre le encantaba comprarnos a Grace y a mí un montón de regalos cuando éramos pequeñas. No nos daba su tiempo, así que nos daba cosas. Eran un sustitutivo y hasta una niña de cinco años entendía eso. Al crecer nosotras y al volverse ella más inestable, paró... ya no había regalos... ni tampoco tiempo. Formaba parte de su rechazo.

Al menos, cuando le cuelgo a Gus, sé que aquí no va a haber ningún «feliz cumpleaños» porque nadie lo sabe. O al menos creo que nadie lo sabe hasta que recibo un mensaje de Shelly a eso de las seis y media de la tarde, cuando estoy en la biblioteca.

Shelly: «¡Feliz cumpleaños!».

Yo: «¿Gracias? ¿¿Cómo lo has sabido??».

Shelly: «Por el carné de conducir. Sale en tu ficha de empleada».

Yo: «¿Eso no es una violación de la confidencialidad?».

Shelly: «Puede. *Pizza*. A las 7. Te recojo en la residencia».

Yo: «Vale».

No puedo discutir con Shelly, así que regreso a mi habitación. Me estoy cambiando el chándal por unos vaqueros y una camiseta limpia cuando recibo un

mensaje. Son las siete menos cuarto.

Shelly: «¿Cuál es tu habitación?».

Yo: «La 210».

En menos de un minuto, tocan a la puerta. Abro y me encuentro a Shelly con un abrigo marinero de color morado oscuro. Tiene la nariz y las mejillas rosas del frío.

Miro el reloj.

—¿Qué coño? Todavía me quedan quince o veinte minutos.

Ella sonrío, entra y se tira en mi cama.

—Lo sé. Keller conduce. Siempre llega temprano... al igual que tú siempre llegas tarde. Está un poco obsesionado con eso. Lo siento.

Me quito la goma de la coleta y me paso los dedos por el pelo.

—¿Keller viene?

Shelly está mirando las fotos que tengo en el escritorio.

—Sí, esta mañana le he dicho que era tu cumpleaños. Ha sido idea suya, ¿sabes? Lo de cenar para celebrarlo.

—Le estoy sacando más provecho a este cumpleaños que a los diecinueve anteriores.

Shelly señala las fotos.

—¿Y cuál es la historia de esta gente, Kate?

Soy muy reservada. No hablo de mi familia ni de Gus con nadie. Solo Clay y Pete conocen a Gus, y eso fue por necesidad. Y Sugar sabe sus nombres, pero no le importan una mierda.

—Esa es mi hermana, Grace, y mi mejor amigo, Gus.

Shelly pasa el dedo por la cara de Grace de manera cariñosa.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—La mejor.

Ahí se termina. Estoy agradecida de que pase a la foto de Gus. La coge y la sostiene con ambas manos.

—Joder, Kate, está para comérselo.

—Eso es decir mucho teniendo en cuenta que tiene la cara escondida detrás del pelo. —Estoy agradecida de que no lo reconozca como Gustov Hawthorne. Tiene un aspecto diferente con el pelo largo.

Shelly me mira con sus grandes ojos oscuros.

—Pero es verdad, ¿no? O sea, en persona tiene que ser guapísimo, ¿no?

—Es un regalo para la vista, sí.

Sacude la cabeza y coloca el retrato en el escritorio.

—Joder. —Eso es todo lo que puede decir.

Cojo mi abrigo de lana y el gorro y salimos por la puerta a las siete menos cinco. Puede que sea un récord personal: estar lista cinco minutos antes.

Shelly abre la puerta trasera del Verdinator, aparcado en el bordillo frente a la residencia.

—Lo echamos a piedra, papel o tijeras. Los chicos se ganaron los asientos delanteros, así que nos tenemos que conformar con los traseros. Mis más sinceras disculpas.

—No hay problema —respondo, hasta que me doy cuenta de que hay un pequeño problema con el asiento trasero. Que no hay. No hay asiento trasero, sino tres pufs.

—Dios, Keller. ¿Unos pufs?

Pufs.

Keller sonrío.

—Hola, cumpleañosera. Siento la falta de asientos tradicionales.

—En fin. —Subo y me dejo caer en uno de los pufs.

Shelly me presenta a Duncan en broma. Duncan se disculpa por la manera en que nos conocimos la noche de la fiesta de principio de curso de Grant, cuando intercambiamos unas palabras y él se durmió de inmediato de lo borracho que estaba.

—No fue mi mejor momento —dice.

En realidad, los pufs son muy cómodos y, para cuando llegamos al aparcamiento de Red Lion Road, me han convencido.

—¿Por qué no tienen pufs todos los coches? —pregunto a Shelly.

Duncan se gira y está de acuerdo conmigo.

—¿A que sí?

Shelly pone los ojos en blanco.

—¿Quieres decir aparte del hecho de una muerte asegurada si chocamos? Uf, pues no sé, Kate.

Asiento y sonrío.

—Sí, aparte de ese detallito macabro. Me preocuparé por ello a la vuelta. Gracias por estropear mi momento Shangri-La, Shelly. Bajamos de un salto y caminamos juntos hacia el restaurante.

Shelly entra en el reservado y se sienta junto a Duncan, lo que hace que Keller se tenga que sentar a mi lado. El reservado es pequeño. Intento dejar unos centímetros entre nosotros, pero nuestros codos se tocan.

Keller me da un codazo y me dice en voz baja:

—Debería haber preguntado antes, pero te gusta la *pizza*, ¿no?

Asiento.

—Claro.

Shelly nos mira a todos.

—¿Dos *pizzas* grandes de *pepperoni*?

—Una de *pepperoni* y una de queso. Katie es vegetariana —dice Keller con complicidad.

Shelly frunce el ceño.

—¿Eres vegetariana?

Asiento. No parece convencida, como si pensara que Keller y yo intentamos gastarle una broma.

—¿De verdad?

Keller responde por mí.

—De verdad, Shel —contesta, y deja un billete de diez dólares en la mesa. Resulta gracioso lo orgulloso que está de saber ese dato sobre mí.

Shelly y Duncan ponen un billete de diez en la mesa.

—Vaya, se aprende algo nuevo todos los días —dice Shelly.

Rebusco en el bolsillo y dejo dos billetes de cinco en la mesa. Keller los coge y me los devuelve.

—Aquí no aceptamos tu dinero, cumpleañosera.

Lo cojo y miro los billetes por delante y por detrás.

—¿Por qué siempre tienes un problema con mi dinero? No lo he metido en la lavadora ni nada. Si no me dejas empezar a pagar algo, pronto voy a sentirme como una gorróna.

Él enrolla los dedos alrededor de los billetes con la mano.

—Es tu cena de cumpleaños. No vas a pagar. Nosotros sí. Además, trabajo en la barra varias noches a la semana, así que me hacen descuento en las *pizzas*.

—¿Tienes dos trabajos? —Sé que siempre está ocupado, pero no era consciente de que tuviera dos trabajos.

Keller se encoge de hombros.

—Tengo que hacerlo. Las propinas son buenas.

Duncan sonríe.

—Las propinas son buenas porque a las mujeres sobrias les gusta Keller... pero las mujeres borrachas lo *aman*.

—Soy un buen barman —se defiende Keller. Es adorable lo serio que es.

Duncan me mira y sonríe.

—Kate, Keller piensa que consigue propinas buenas por su habilidad tras la barra. —Mira a Keller con sinceridad—. Sí que eres un barman cojonudo.

Keller asiente.

—Gracias.

Duncan continúa.

—Lo que mi chico no reconoce es que la mitad de las mujeres que vienen aquí los martes o los jueves por la noche lo hacen por una sola razón. Y esa única razón es pegarle un repaso a Keller Banks. Es muy divertido, la verdad.

A veces siento que voy al Grounds solo para mirarlo. Es guapísimo. Así que lo entiendo.

En el momento justo, una pelirroja muy mona pasa junto a nosotros y sonríe a Keller.

—Hola, Keller —dice, coqueteando.

Él levanta la mano a modo de saludo. Es un gesto educado, pero algo confuso.

—¿La conoces? —dice Duncan, quien vuelve a sonreír con suficiencia.

Keller niega con la cabeza.

—Ni idea.

Duncan se ríe sin maldad.

—¿Ves? No te enteras. No es por tu trabajo, colega.

Keller se está poniendo rojo y es Shelly quien lo salva. Se inclina hacia delante, sobre la mesa, y nos señala a los dos.

—Odio tener que rebobinar la conversación, pero ¿me estás diciendo que Keller, el tacaño, te ha comprado cosas... con su dinero?

Me encojo de hombros y Keller sale del reservado, con el dinero en la mano, para hacer el pedido en la barra. Shelly esboza una gran sonrisa mientras él se aleja.

—Interesante.

Veinte minutos después, nos traen jarras de cerveza y una *pizza* de *pepperoni*, seguida por una de queso con veinte velas encendidas. Shelly, Keller y Duncan empiezan a interpretar de inmediato una versión muy buena de Cumpleaños feliz. No me gusta ser el centro de atención, pero me siento muy bien sabiendo que tengo unos amigos tan considerados.

Sábado, 29 de octubre

Kate

Café. Sin duda necesito café. Salí con Keller, Shelly y Duncan anoche. No bebí, pero me costó dormirme. Voy a necesitar una gran dosis de cafeína para empezar el día. El concierto de Rook es esta noche y llegarán esta tarde. Tengo que despertarme.

Hay pocas personas haciendo cola cuando llego al Grounds. Romero me ofrece un saludo militar y me sonríe mientras coge el dinero de un hombre que va vestido con traje. Keller está tras la barra, de espaldas a mí. Creo que todavía no me ha visto cuando toma nota del pedido de una morena que está en el extremo delantero de la cola. Ella flirtea. Él no. Me río quedamente para mí misma. Dios, no me había dado cuenta antes, pero Duncan tiene razón: las chicas se esfuerzan mucho por conseguir la atención de Keller.

Él capta mi mirada y me guiña el ojo. Es sutil. Si no hubiera estado mirándolo fijamente no me habría dado cuenta. Al parecer, no soy la única que lo ha visto. Alguien más me mira. La morena se coloca el pelo por encima del hombro y me frunce el ceño. Y, por un momento, una necesidad primigenia surge en mi interior, la necesidad de reclamarlo como mío. Lucho contra las ansias abrumadoras de saltar sobre el mostrador y besarlo hasta dejarlo sin aliento. Pero entonces recuerdo que no es mío. La necesidad se me pasa y me quedo preguntándome qué coño ha pasado.

Por fin es mi turno. Keller le da un golpecito a Romero en el brazo.

—¿Puedes prepararle el café a Kate, Rome? Grande. Solo. Volveré enseguida. — Va corriendo hacia la puerta que da a su piso—. Y pago yo, no cojas su dinero — grita mientras abre la puerta.

Regresa antes de que Romero le haya puesto la tapa al café y me hace gestos para que vaya a la otra punta del mostrador. Entonces sale de detrás y me da un pequeño sobre. Tiene escrito «Feliz cumpleaños, Katie». La letra es desordenada, de chico. Quizá debería ser médico en lugar de abogado.

—Feliz cumpleaños, Katie —dice Keller con una sonrisa.

—Keller. ¿Vamos a celebrar mi cumpleaños todos los días de esta semana? No es necesario. Ayer me llevaste a cenar, ¿recuerdas?

Se encoge de hombros.

—Eso fue de parte de todos. —Sonríe con dulzura—. Este es mi regalo.

Lo abro. Es una tarjeta regalo de veinte dólares para el Grounds.

—Gracias. Es perfecto. —Recuerdo nuestra conversación de hace unas semanas en la floristería y añado—: ¿Esto es chantaje o soborno?

—Ninguno. Es un seguro.

—¿Un seguro?

—Sí. Eso son doce cafés. Doce viajes al Grounds. Doce oportunidades de verte.

Esboza una sonrisa adorable y aniñada. Vuelve a estar bien afeitado y tiene un aspecto irresistiblemente lozano. Le doy un abrazo y un beso en la mejilla y le susurro en la oreja antes de que me suelte:

—Un seguro suena muy parecido a un soborno. —Entonces me separo para mirarlo a los ojos—. No necesitas sobornarme, ¿sabes? Me gusta pasar tiempo contigo. Gracias.

Espero su media sonrisa, pero sigue teniendo una expresión dulce y sincera.

—De nada. A mí también me gusta pasar tiempo contigo, Katie. —Hace gestos hacia el mostrador que está detrás de él—. Oye, será mejor que vuelva al trabajo, pero te veré esta noche. Tengo muchas ganas de ir al concierto.

—Rook va a estar de alucine esta noche. —Guiño el ojo mientras camino de espaldas hacia la puerta—. Prepárate como es debido.

Keller ríe y hace un saludo militar.

—Lo haré.

Gus me manda un mensaje algo después de las dos: «Estoy aquí».

Yo: «Llego en diez minutos».

Cojo el bolso de la cama y me dirijo directamente al coche. Compruebo que tengo las llaves mientras bajo los escalones del aparcamiento corriendo, cuando lo veo apoyado en la puerta del conductor de mi coche. Corro más rápido y su enorme sonrisa es contagiosa. Me levanta del suelo en medio de un abrazo y me da vueltas; mis pies vuelan. Me encantan los abrazos de Gus. Es tan grande que me pierdo entre sus brazos.

Me coloca en el suelo y me toma la cara entre las manos.

—No me creo que seas tú de verdad, Bright Side. Por Skype no es lo mismo.

Estoy de acuerdo. Sonrío y le toco el pelo.

—Qué guapo estás.

Él sacude la cabeza y entonces asiente hacia el edificio que está detrás de mí.

—¿Es esa la residencia? —Asiento—. Entonces, tienes que darme un *tour* sin falta. Tengo que conocer a esos personajes a los que llamas amigos. No tengo que

volver para la prueba de sonido hasta las cinco.

Primero paramos en la habitación de Clay y Pete. Clayton está en Minneapolis con Morris, pero Pete está aquí. Es educado y tímido al principio, hasta que Gus y él hablan durante varios minutos y se relaja. Bueno, tanto como Pete *puede* relajarse. Le digo a Pete que Gus ha venido para el concierto —y omito que él es quien dará el concierto—. Gus le pregunta de dónde es, qué estudia y si le gusta Minnesota. Creo que Pete está un poco sorprendido por todas las preguntas y de que Gus escuche sus respuestas realmente interesado. Cuando le digo a Gus que será mejor dejar tranquilo a Pete, posa la mirada en el retrato de Pete y Evelyn que hay en el escritorio del chico. Una expresión malvada de Stella en sus ojos. No me gusta. Ya la he visto muchas veces. Sus intenciones no son buenas.

Coge la foto.

—¿Es tu chica, Pete?

—Sí. Se llama Evelyn —confirma con una sonrisa que le marca los hoyuelos.

Gus deja la foto.

—Bonita pareja. Dime, ¿le gustan los vaqueros, Pete?

—¿Vaqueros? —Pete eleva las cejas ante la extraña pregunta.

—¿Los zahones, quizá? —insiste Gus.

Ah, mierda. *Ahí* quiere llegar.

Peter se encoge de hombros.

—No sé. —Está confundido.

Gus se inclina como si fuera a compartir información secreta, pero no baja la voz.

—Tío, un consejo, a las chicas les gustan los zahones. Un poco de juego de rol en el dormitorio. —Eleva una ceja y sonrío como si le hubiera hecho un favor a Peter al ofrecerle esa información—. Eso es todo lo que quería decir.

Pete se sonroja.

Mientras empujo literalmente a Gus para sacarlo de la habitación, le digo a Pete que lo siento sin emitir sonido alguno.

Gus gira la cabeza hacia atrás y grita:

—Piensa en ello, tío. Piensa en ello.

Pete esboza una sonrisa tímida.

—Gracias.

Golpeo a Gus en el hombro en cuanto estamos a salvo tras la puerta cerrada de mi habitación.

—No puedo creer que hayas hecho eso.

—¿El qué? —dice con inocencia. Entonces se descojona—. Acabo de hacerle un

favor. Has visto su cara cuando nos hemos marchado. Lo está considerando, tía. Evelyn me dará las gracias, Bright Side. Me dará las gracias, joder.

Niego con la cabeza. Quizá tenga razón.

Sugar no está, así que pasamos el rato y nos relajamos. Gus mira cada centímetro de la pequeña habitación con una curiosidad que solo he visto en los niños pequeños, los gatos y Gustov Hawthorne. No es entrometido ni indiscreto, pero quiere conocer todos los detalles... íntimamente. Se trate de un lugar, un objeto o una mujer, exigen una atención que la mayoría de la gente no es capaz de prestar o no se toma el tiempo para prestar.

Lo guío por la universidad y le enseño dónde son mis clases. Me pregunta muchas cosas sobre cada una de ellas. Si fuera otra persona, pensaría que la estoy aburriendo, pero no en el caso de Gus. Está interesado en todo lo que pasa en mi vida tanto como yo me intereso por lo que pasa en la suya. El interés es recíproco. Siempre lo ha sido. Es una de las razones por las que hemos sido amigos durante tantos años.

Se nos acaba el tiempo, así que volvemos a mi coche.

—¿Quieres un café antes de volver al auditorio?

—¿Te refieres al infame Grounds del que tanto he oído hablar? —Asiento—. Claro que sí, joder. Estaba tan emocionado porque te iba a ver hoy que no he dormido mucho. Me vendría bien un café.

Sonrío.

—A mí también.

La campana resuena estrepitosamente cuando Gus empuja la puerta del Grounds. Se queda parado y la mira con odio mientras sostiene la puerta para que pase. Se inclina y me susurra en la oreja:

—¿A qué coño viene la campana?

Río y coincido:

—¿A que sí?

Tengo que mirar dos veces cuando desvío la atención hacia el mostrador. No están ni Keller ni Romero. Nunca había visto a este hombre. Debe de tener unos cuarenta y pico años y es muy guapo. Es alto y tiene un aspecto profesional, incluso distinguido. Tiene el pelo negro, casi gris en las sienes, y sus ojos oscuros y serios parecen no encajar aquí. Saluda de manera amistosa y nos sonrío.

—Bienvenidos al Grounds.

Y entonces caigo de repente. Debe de ser Dan, el compañero de Romero.

—¿Dan?

—Sí —responde, dubitativo.

Extiendo la mano para presentarme.

—He oído hablar mucho de ti. Me llamo Kate.

Se le iluminan los ojos cuando cae en la cuenta.

—¿La Katie de Keller?

Gus me mira como si se hubiera perdido algo y yo miro a Dan igual de confundida.

—Mmm, soy la amiga de Keller, sí.

Dan me estrecha la mano durante dos o tres segundos más de lo que se consideraría normal.

—Es un gusto conocerte por fin. Yo también he oído hablar mucho de ti.

Le presento a Gus y no puedo evitar notar que Dan se muestra un poco frío con él.

Pido mi café grande y solo de siempre. Gus pide lo mismo y luego, como era de esperar, procede a añadir media taza de azúcar una vez se lo dan. Cada vez que lo veo hacerlo me duelen los dientes.

Gus se gira hacia mí mientras nos abrochamos los cinturones.

—Bright Side, ¿estás saliendo con alguien?

—No. Keller y yo somos amigos.

—¿Y él lo sabe? Porque ese tío se ha comportado como si fuera un padre que acaba de conocer a su nuera. Ha sido un poco raro.

Voy con Gus hasta el auditorio de Grant. Después de abrazar a los otros miembros de Rook, me siento durante la prueba de sonido. Estoy sin palabras. Tocar todas las noches durante los últimos meses les ha venido bien. El sonido es perfecto. Cuando estábamos en San Diego solía ir a los ensayos del grupo. Siempre estaban trabajando en algo nuevo o mejorando su música, pero eso no les impedía versionar canciones. Y yo siempre tenía la oportunidad de cantar las versiones porque era como un karaoke con música en directo. Así que me pongo contenta cuando Gus pregunta:

—¿Tienes ganas de cantar una canción, Bright Side?

Miro al grupo y todos me sonrían. Da la impresión de que es un ensayo más a pesar de que estamos en un auditorio vacío. Con el grupo, parece un lugar íntimo y seguro. No puedo ocultar mi sonrisa.

—¿Qué vais a tocar?

Franco hace girar las baquetas entre los dedos. Creo que ni se da cuenta de que lo hace; es un hábito que tiene.

—Yo voto por *Sex*.

—¿El acto o la canción? —le chincho.

Se frota la barbilla como si lo estuviera pensando.

—¿Puedo decir que las dos cosas?

Gus está ajustando el micrófono para mí mientras me subo al escenario con ellos.

—No, no puedes. Y no vamos a tocar *Sex* —dice Gus.

—¿Por qué no? —pregunto—. Es una canción muy buena. Te gustan The 1975.

Gus sonrío y niega con la cabeza antes de girarse y mirar a Franco.

—Bright Side, piénsalo. Franco tiene motivos ocultos. Que cantes esa canción sería...

Franco asiente y esboza una sonrisa de oreja a oreja cuando interrumpe:

—Chica con chica.

Gus niega con la cabeza.

—No va a cantar con nosotros solo para alimentar tus fantasías, capullo.

Franco ríe sin maldad y se encoge de hombros.

—Tenía que intentarlo.

Gus conecta su guitarra.

—Toquemos *Panic Switch*.

Sabe que me encanta esa canción. Todo el grupo lo sabe. De entre todas las mejores canciones de Silversun Pickups, esa es como un caos controlado. Si la diseccionas y escuchas la batería, el bajo, la guitarra y al vocalista por separado, suena como cuatro canciones totalmente diferentes, pero todo junto es una genialidad.

—Joder, sí, me apunto.

Después de que Gus trastea con los pedales de efecto, da comienzo la canción y, así como así, nos ponemos a ello. Sienta bien soltarse el pelo y volver a cantar. Además, todos están concentrados. Canto y bailo por el escenario como si solo estuviéramos los cuatro en el sótano de Gus. Suenan muy bien.

Le envío un mensaje a Keller, Shelly, Clayton y Pete cuando terminamos para hacerles saber que los veré en el concierto y luego meto a presión al grupo en mi coche y los llevo a cenar a Minneapolis antes del concierto porque las opciones en Grant son limitadas. El concierto empieza a las nueve, así que tenemos mucho tiempo para comer, beber —yo conduzco, así que me limito a beber agua— y recuperar el tiempo perdido. Las cosas no han cambiado mucho. Jamie sigue siendo el dulce; Franco, el ligón sarcástico; y Robbie, el callado. La amistad con ellos, especialmente con Franco, siempre ha sido fácil. Es natural y cómoda. Nos respetamos y apoyamos unos a otros.

Me tomo un minuto durante el camino de vuelta a Grant para discrepar sobre la

manzana de la discordia.

—Chicos, tengo una pregunta. ¿Soy mala conductora?

Gus gira bruscamente el cuello para mirarme directamente desde el asiento del copiloto. Percibo el asombro en sus ojos, pero antes de que abra la boca, oigo la voz de Franco detrás de mí.

—Define mala.

—No sé, tío. Peligrosa. ¿Sentís que vuestra vida está en peligro cuando conduzco yo?

Es el turno de Gus.

—Tu forma de conducir no tiene nada de malo. ¿Quién te ha dicho eso? Yo te enseñé a conducir, ¿recuerdas?

Meneo el dedo en el aire y lo rechazo.

—Y por eso exactamente no eres imparcial. Cállate, tú no puedes responder esta pregunta. —Miro por el espejo retrovisor a los tres pasajeros del asiento trasero—. ¿Chicos?

Jamie me devuelve la sonrisa.

—¿Por qué preguntas?

Le echo un rápido vistazo a la carretera antes de volver a mirarle a los ojos directamente.

—Puede que alguien haya expresado un alto nivel de preocupación después de subirse al coche conmigo.

Robbie ríe al lado de Jamie y dice:

—Lo que intenta decir Kate es que hizo que un pasajero se cagara de miedo.

Sonrío con culpabilidad.

—O dos.

—Eso es una tonte... —empieza Gus, pero yo lo interrumpo levantando el dedo entre los dos otra vez.

Se deja caer en su sitio.

Franco golpea el respaldo de mi asiento con la rodilla con la fuerza suficiente como para que lo note.

—No te preocupes, Kate. Estos son unos cagones. Eres una conductora rápida y agresiva. No tiene nada de malo. Siguiendo tema, por favor.

Veo a Gus sonriendo por el raballo del ojo. Solo con esa sonrisa hace que me sienta mejor.

Keller

No puedo mentir. Me ha decepcionado recibir un mensaje de Katie diciendo que nos vería en el concierto esta noche. No habíamos hablado del tema, pero asumí que todos pasaríamos el rato juntos antes del concierto y que luego iríamos allí en coche. Y ahora he perdido ese tiempo con ella. Espero con ganas cada minuto que paso con Katie. Todos los minutos de todos los días no serían suficiente.

Sin embargo, me he quedado destrozado cuando he ido al Grounds a por un café a eso de las seis y Dan me ha contado que Katie había estado por allí. Y que estaba con un tipo. No recordaba su nombre, pero ha dicho que era alto, musculoso y rubio. La descripción no me sonaba. Lo presioné y me dijo «Lo siento». Las buenas noticias nunca empiezan con un «Lo siento». Me dijo que parecían muy cómodos el uno con el otro. Que él tenía el brazo alrededor de ella cuando salieron de la cafetería y que la besó en la frente antes de entrar en el coche. ¡Mierda! ¿Por qué no me limité a decirle lo que siento por ella? Ahora está con otro. O quizá siempre ha estado con él. Sabía que no debía abrirme a ella. Me va a romper el corazón. Lo he sabido desde el momento en que posé los ojos en ella. Katie nunca le haría daño a nadie intencionadamente, pero es inevitable... pasará. Es culpa mía, pero aun así, este sentimiento es una mierda. Y sé que es irracional, pero también estoy molesto con ella. Ni de coña voy a ir al concierto esta noche.

Después de llamar a mi casa de Chicago como todas las noches, me dirijo directamente a la única botella de licor que tenemos en el piso: tequila. El tequila es una distracción fantástica y adormece los sentidos como nada. Lo sé porque para cuando llegan Dunc y Shel para recogerme, voy por voluntad propia al concierto que he jurado evitar a toda costa hace unas horas.

Shel ha estado enviándose mensajes con Katie todo el tiempo que hemos estado haciendo cola en el auditorio. Nos hace saber a Dunc y a mí que Katie estaba cenando con unos viejos amigos que han venido a la ciudad para el concierto. Sí, sé que ha salido con un *amigo*. Por eso voy tan pedo ahora.

Para cuando entro tambaleándome, el grupo está subiendo al escenario y la multitud se vuelve loca. Después de que Shel se pase un rato gritándole al teléfono para intentar localizar a Katie entre la muchedumbre, nos abrimos camino empujando a cientos de universitarios para encontrarla a ella y a un par de amigos suyos. Ya he visto a Clayton antes, cuando vino al Grounds con Katie, pero no reconozco a nadie más. Ninguno de ellos es el rubio alto que ha descrito Dan. Suelto el aire que estaba conteniendo porque al menos no está con él. No quiero mirarla, pero no puedo

evitarlo. Está tan hermosa como todos los días que la he visto. Tiene el pelo suelto y revuelto como siempre, revuelto como si acabara de salir a rastras de la cama... después de acostarse con alguien. *Mierda*. Lleva una de esas camisetas hechas por ella misma que le quedarían ridículas a cualquier otra persona, pero que a ella le quedan perfectas. Se le pega al cuerpo en los lugares adecuados y pone «I “corazón” San Diego». Creo que nunca se la había visto. Me sonrío como si estuviera feliz de verme. Dios, cómo desearía que fuera verdad.

Me coge del bíceps con sus pequeñas manos y, aunque estoy insensibilizado para casi todo lo demás, noto el contacto. Tiene las manos frías como siempre, pero mi piel se calienta con el contacto.

—¡Estoy muy contenta de que estés aquí! —me grita al oído por encima de la música.

No puedo contenerme.

—¿Dónde está tu *amigo*? —Hablo con dificultad y enfadado. No sueno como yo.

Se aleja para mirarme, estupefacta.

—¿Estás borracho?

—Totalmente —respondo—. Dan me ha dicho que has estado en Grounds esta tarde con un *amigo*. —Hago el gesto de unas comillas con los dedos y me arrepiento de inmediato. ¿Por qué estoy siendo tan capullo? No es que estemos juntos.

Katie hace el gesto de las comillas cuando responde:

—Mi *amigo está* aquí. Lo conoceréis después del concierto. —Parece dolida y desvía su atención al escenario.

Después de pasar un rato cambiándonos de sitio, Katie termina entre Shel y Clayton. Me aseguro de estar siempre detrás de ella. Nunca se queda quieta, así que es como apuntar a un blanco en movimiento.

La música me parece solo ruido y sonido durante las primeras canciones. Dejo que me invada. Me insensibiliza como el tequila en el que me ahogo. Ni siquiera estoy mirando el escenario. Me siento como un puto psicópata, pero no puedo apartar los ojos de Katie. Está de espaldas a mí, a solo unos centímetros de distancia, y la manera en que se mueve con la música hace que mis fantasías lleguen a un nivel nunca antes visto. Tengo visiones en las que le arranco la ropa y la tomo de diez formas diferentes justo aquí, delante de toda la gente, y esas visiones me llenan la cabeza.

Las canciones se mezclan, pero pronto la confusión desaparece un poco y la disonancia se vuelve palabras, guitarras y una batería. Mi enfado empieza a esfumarse junto con el alcohol. Quizá sea por los pensamientos indecentes; o por el hecho de que es Katie y creo que nadie debería enfadarse nunca con ella; o por estar

tan jodidamente cerca de ella, pero me doy cuenta de que no debería dar por sentado el tiempo que paso con Katie.

La siguiente canción es una balada lenta. El resto del grupo ha dejado el escenario y el cantante ha cambiado la guitarra eléctrica por la acústica. Tengo que admitir que el tipo tiene talento. La canción es triste e incluso borracho entiendo cada palabra. Sé que va sobre perder a alguien que te importa. Es obvio que la canción es personal; su voz suena sincera y herida. Me hace sentir un profundo anhelo y no puedo evitar buscar el contacto físico. Apoyo las manos en las caderas de Katie y, al ver que ella no se opone, extendiendo los dedos y los deslizo despacio por su estómago. Le rozo los pechos por debajo con la punta de los pulgares y con los meñiques le toco la pretina del pantalón. Su camiseta es fina y siento su cuerpo debajo de ella. Katie se apoya en mí y me deja abrazarla. Me acaricia los antebrazos con las palmas y el fuego traza un rápido camino por mi piel.

Debo de estar perdiendo la cabeza. Todo era simple antes de conocerla. Hacía lo que se suponía que tenía que hacer, cuando se suponía y como se suponía. ¿Y ahora? Ahora la estoy abrazando. Y tiene novio. Y es guapísima. No puedo olvidar esta obsesión con ella y estoy a dos segundos de hacer algo muy estúpido.

Un segundo...

No puedo parar.

Apoyo la barbilla suavemente sobre la cabeza de Katie y dejo que mi mejilla roce las ondas de su pelo. Inhalo profundamente. Huele *tan* bien. Su cuerpo se queda quieto, pero no me suelta los brazos. Lo interpreto como su consentimiento. Encajo la cara detrás de la oreja de Katie y, descaradamente, le recorro el cuello de arriba abajo con la punta de la nariz. Tengo el corazón desbocado y sé que ella lo nota. Katie deja caer una de sus manos, se agarra a mi muslo por detrás, justo por debajo del culo, y deja caer la cabeza hacia un lado para permitirme un mejor acceso. Presiono el cuerpo contra el de Katie. Me imita. Debería darme vergüenza estar en este avanzado estado de excitación entre toda esta gente, pero estoy demasiado borracho y cachondo como para que me importe. Además, parecemos sardinas en lata y todo el mundo está concentrado en el escenario. Nadie más se dará cuenta. Presiono los labios contra su cuello. Es cálido, suave y húmedo. Podría devorarla. La libero de mis labios y justo cuando la punta de mi lengua hace contacto, el momento más tórrido de mi vida termina abruptamente.

La canción acaba y de la multitud brota un aplauso ensordecedor, lo que hace que todos se muevan. La simple física nos arranca este momento, una reacción en cadena de cuerpos que chocan contra otros.

Dunc me da un codazo y, cuando capto su mirada, levanta las cejas y sonríe. El cabrón lo ve todo.

Katie se gira para mirarme. Se está mordiendo la comisura del labio inferior. Sus ojos oscurecidos buscan los míos antes de posarse en mi boca. Me tiembla el corazón.

Shel, que se ha pasado la noche bebiendo cerveza y está tan borracha como yo, resulta ser una aguafiestas. Salta como una adolescente que ha consumido *crack*, abraza a Katie y balbucea con dificultad sobre lo que le encanta esa canción y lo bueno que está el cantante.

Cuando el resto del grupo sube al escenario otra vez y el cantante se quita la camiseta empapada mientras cambia de guitarra, todas las chicas del edificio gritan, excepto Katie, que sacude la cabeza y sonríe. Es el colmo. La energía intensa de la multitud parece alejarla todavía más de mí.

El cantante coge el micrófono del soporte y hace gestos a la multitud para que se calle. Lo hace. Tengo que felicitar a ese idiota; ha conquistado al público. Lo ha tenido comiendo de su mano toda la noche.

—Tenemos una última canción para vosotros esta noche. Por desgracia, cuando la tocamos en directo no suena como la versión del álbum porque no tenéis más remedio que escucharme a mí cantar con mi mierda de voz. —Una carcajada retumba entre la multitud y el cantante levanta las manos para callarlos otra vez—. Bueno, tenemos una amiga con mucho talento que tiene la voz de un maldito ángel. Ella es quien hace que esta canción sea tan especial, pero, como veis —dice mientras señala hacia el resto de los miembros de la banda—, no está en el grupo.

La gente está histérica porque sabe de qué canción habla. Y yo también. Es *Killing the Sun*. La han estado poniendo hasta la saciedad en la emisora de la universidad y es una buena canción, pero la voz de la mujer es la que la hace especial. Es el tipo de voz que sientes en los huesos. Es *sexy*, vulnerable y refleja seguridad al mismo tiempo.

Tras otra pausa para acallar a la multitud, el cantante continúa:

—Bueno, tengo una muy buena noticia para vosotros, Grant. —Mira al batería y, aunque no habla por el micrófono, todos escuchamos las palabras—. Joder, tío, se va enfadar conmigo que lo flipas. —Y vuelve a dirigirse a la audiencia—. Está en este edificio y de verdad que espero que suba y cante con nosotros esta noche.

La multitud vitorea, silba y patalea. Estamos a unos diez metros del escenario y no puedo evitar darme cuenta de que mira en nuestra dirección.

—Vamos, Bright Side, no me hagas suplicar. —Se pone de rodillas y junta las manos frente a su pecho ancho, desnudo y musculoso. El tipo se parece al de las películas de *Thor*—. Por favor... por favor...

Hace gestos hacia el público para que se una a sus súplicas. Lo hace. Todo el

mundo suplica, yo incluido, porque quiero ver qué aspecto tiene una mujer con una voz como esa.

El cantante sacude la cabeza y ríe.

—Vale, tú lo has querido. Puedes subir aquí por voluntad propia o, si no, bajaré a buscarte. Tú eliges. —Cruza sus enormes brazos y hace una pausa de varios segundos—. Te lo he advertido.

Sin vacilar, deja el micrófono y salta del escenario, pasa por encima de las vallas que mantienen alejadas a las masas y se abre camino entre la multitud. Por supuesto, todas las mujeres quieren tocarlo, así que progresa lentamente, pero cuando por fin se detiene está justo enfrente de Clayton, quien parece a punto de desmayarse. Es entonces cuando me doy cuenta de que Katie está agachada detrás de Clayton, como si intentara esconderse. El cantante estira la mano por detrás de Clayton y le da golpecitos a Katie en el hombro. Cuando ella levanta la mirada, el cantante le está haciendo señas con el dedo para que se acerque.

Katie niega con la cabeza.

—No, no lo voy a hacer, tío —grita.

—Vamos, Bright Side. De verdad que no quiero montar un espectáculo.

Se endereza y le confronta.

—Es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

El cantante mira a su alrededor. Todos los ojos están puestos en él. Se encoge de hombros.

—Probablemente.

Todavía no ha terminado de hablar, pero él ya ha estirado los brazos por un lado de Clayton y se la ha subido al hombro como si no pesara nada. Katie deja de ofrecer resistencia cuando acepta su derrota.

¿Qué... coño?

Miro a mi alrededor y todos los amigos de Katie están confundidos. Al menos no soy el único. ¿Canta? ¿Cómo es que nunca ha salido el tema? ¡Está en la puta radio! ¿Por qué no nos lo ha dicho? Ahora la sube al escenario y trepa detrás de ella. El bajista se acerca y rodea con un brazo a Katie mientras el cantante ajusta el micrófono a su altura. Cuando termina, ella se acerca y mira a la multitud. El micrófono pilla lo que ella piensa que es una conversación privada.

—Oh, *mierda*. ¿Habéis visto a toda esta gente?

—No la cagues, Kate —grita el batería.

Katie hace el corte de manga sin darse la vuelta para mirarlo. Él ríe. Katie tiene carácter; me encanta eso de ella.

El cantante se cuelga la guitarra y se coloca frente a un micrófono a unos

centímetros de ella. Le sonrío como si se estuviera divirtiendo muchísimo. Katie le frunce el ceño, pero una sonrisa juguetea en las comisuras de su boca.

—Joder, te voy a matar. Lo sabes, ¿no?

El público ríe y vitorea, esperando a ver qué pasa. Mientras el cantante toca los primeros acordes, dice:

—Solo espera a que acabe la canción, Bright Side. Después soy todo tuyo.

Quizá es por el alcohol que tengo en el cuerpo, pero lo que pasa a continuación es como un sueño surrealista. Mientras la música empieza a sonar, Katie parece muy pequeña y, al mismo tiempo, muy poderosa allí arriba. Cada vez que abre la boca, cierra los ojos y crea esta increíble y masiva ola de sonido que me arrasa. Es la equivalencia sonora a un buen polvo. La canción habla sobre vivir y amar en un momento infinito, sobre vivir esta noche como si fuera la última y pudieras hacer que durara para siempre. Puedes alejar la mañana, el final, si matas al sol. Es un temazo. La gente salta, baila y choca entre sí, canta. La energía de este lugar es una locura. Cientos de personas viven a través de la canción, a través de sus palabras.

Y cada una de esas personas está enamorada de Katie. Katie se desvive por ellos. Está perdida en la canción. Tras cantar el último verso, se aleja del micrófono, intentando desviar la atención de sí misma, estoy seguro. Salta un poco donde está siguiendo el ritmo. Observa al resto del grupo con una amplia sonrisa, como si no quisiera perderse un segundo de lo que pasa a su alrededor. Esa es una de las mejores cosas de Katie; nunca da nada por sentado. Lo aprecia todo.

El batería y el bajista se unen para cantar las últimas frases de la canción con el vocalista principal. La armonía es perfecta y Katie esboza una sonrisa más amplia mientras los observa.

En cuanto la canción se convierte en silencio, el cantante grita al micrófono:

—¡Un aplauso para mi chica!

Corre, se coloca la guitarra a la espalda y levanta a Katie del suelo en un abrazo, dándole vueltas. Ella se agarra con fuerza. Está riendo. Tengo la sensación de que verlos es inapropiado; es un momento demasiado personal, demasiado privado. Pero no puedo mirar a otro lado.

Se me cae el alma a los pies. Por supuesto, este es el tipo con el que estaba en el Grounds. Una puta estrella del *rock*. ¿Cómo voy a competir con él? El enfado y el dolor vuelven a invadirme. Odio estas emociones, pero estoy muy celoso.

El grupo grita unas palabras de agradecimiento y deja el escenario, y cuando las masas se dan cuenta de que no habrá otra canción, empiezan a dispersarse. Katie está de pie frente al escenario, pero detrás de la valla, esperándonos. Hay dos grandes guardias de seguridad delante de ella y no dejan que la gente se le acerque.

Ahora que todos nos oímos, todos los amigos de Katie nos presentamos. Soy educado, pero estoy tan cabreado que no recuerdo sus nombres dos segundos después de oírlos. Después de que todos coincidan en que Katie ha sido la estrella del concierto y en que no tenían ni idea de esta identidad secreta, nos acercamos en grupo a darle la enhorabuena. En realidad, el resto del grupo le da la enhorabuena. Yo estoy cabreado, cachondo, borracho y totalmente pasmado; es una mala combinación. No puedo mirarla.

Mostramos todas nuestras entradas VIP y los de seguridad nos dejan pasar para seguir a Katie a bastidores. No tiene ni idea de adónde va, pero Shel está histérica por conocer al tipo al que me encantaría darle un puñetazo en la maldita cara.

Nos encontramos con el batería. Tiene la cabeza rapada y los brazos cubiertos de tatuajes. Parecería amenazador si no sonriera constantemente. Abraza a Katie.

—Kate, has cantado fatal. Gracias por jodernos el concierto.

Ella sonríe con malicia.

—Y tú no llevabas bien el ritmo, tío. Está claro que tocar todas las noches no os sienta bien.

El batería ríe.

—Echo de menos tenerte por aquí, chica. —Le da un beso en la coronilla antes de soltarla.

Nos lo presenta. Se llama Frank o Fred, no sé. Estoy demasiado borracho y cabreado para que me importe.

El chico nos señala una puerta al final del pasillo cuando Katie pregunta dónde está el resto de la banda. La puerta lleva al exterior, a la parte trasera del auditorio. Hay un autobús aparcado con el motor en marcha. El gilipollas está apoyado en una pared, fumando. Cuando ve a Katie, se le ilumina la puta cara como si fuera Navidad. Deja el cigarro, lo pisa y se dirige hacia nosotros.

Lo que pasa a continuación es un borrón de emociones, alcohol e indiferencia. Sin ningún orden en concreto.

Las presentaciones: el cantante es su mejor amigo, Gus, al que conoce de toda la vida, con el que me dijo que se acostó antes de mudarse aquí. Y ahora sí que lo odio.

Fotos y autógrafos para los otros.

Shel vomita cerca del autobús.

Clayton y el otro chico y la chica se marchan.

Gus abraza a Katie. (Soy yo quien debería abrazarla.)

Le dice lo increíble que ha estado esta noche. (Soy yo quien debería hacerlo.)

Le dice lo orgulloso que está de ella. (Soy yo quien debería hacerlo.)

Le dice lo mucho que la echa de menos. (Yo la echo de menos y solo está a un

metro de mí.)

El conductor abre la puerta del autobús y grita:

—Gustov, el tren se marcha en dos minutos.

Katie esboza una sonrisa triste. No quiere que se vaya. Ver esa sonrisa me mata.

Le da un fuerte abrazo y la besa en la frente.

—Gracias, Bright Side. Te llamaré mañana. Te quiero.

Cuando Katie responde «Yo también te quiero», me descontrolo.

—¿Por qué no me has dicho que estabas con él? —digo desesperado, con la voz entrecortada. ¿De verdad que he sonado así?

—¿Qué? —Está confundida—. Gus y yo no estamos juntos.

El chico la suelta.

Doy un paso hacia ella.

—Mentir se te da de pena —contesto, demasiado alto.

Katie desaparece de mi vista cuando tiran de ella y de repente tengo la barbilla frente al pecho de él.

—Nadie le habla así a Kate. —Es una amenaza.

Quiero que me dé un puñetazo. Que me libre de mi sufrimiento. Así que entrecierro los ojos y lo provoco.

—No estaba hablando contigo, *tío*. —Puedo ser muy capullo cuando estoy borracho.

Se le está agotando la paciencia conmigo. Lo percibo.

—No me conoces. No me llames *tío*, joder.

Y esa es mi oportunidad.

—Que te jodan.

Ahora tiene mi camiseta cogida por el puño.

—¿Qué coño acabas de decir?

Antes de responder, alguien me coge por detrás. Hasta que no oigo la voz alta y tranquila de Dunc que me dice al oído «Ya está bien, Banks» no relaciono el hecho de que me están agarrando de los bíceps con el de que me alejo del desastre que han causado mis palabras. Se me rompe la camiseta por el centro y Gus me suelta, todo mientras Dunc intenta que razone.

—Cálmate, *tío*. Ya está.

Katie vuelve a estar frente a mí.

—Es mi mejor amigo, Keller. ¿Qué problema hay?

No está enfadada, pero parece herida.

Yo suelto una risa demente.

—¿Que qué problema hay? —Bajo la voz para que solo me oiga ella—. El problema es que yo no me follo a mis mejores amigas. —Se le entristece el semblante. Tengo su atención y sé que debería cerrar la boca, pero continúo—: Eso distorsiona los límites, ¿verdad?

Dunc me aleja a rastras y ya no me opongo. Señalo a *Gus*.

—Tú ganas, amigo. —Mi voz suena ahogada. Entonces repito—: Tú ganas. —El enfado vuelve a surgir en mi interior cuando admito la derrota—. Es toda tuya.

Lo siguiente que sé es que estoy en el Verdinator. Shel está inconsciente en un puf. Dunc me echa la bronca durante todo el camino a casa. No estoy de humor para escucharlo. Eso es todo lo que recuerdo antes de perder el conocimiento en la cama, pero no antes de vomitar en ella.

Domingo, 30 de octubre

Keller

Si hay un premio al Mejor Capullo del Mundo, me lo gané anoche sin lugar a dudas. Me siento como una mierda. Después de que Dunc me despierte, nos hacemos con unos cafés del Grounds y nos sentamos en la privacidad de nuestro piso para mantener una charla seria.

—Keller, colega, ¿qué te pasó anoche? O sea, sé que sientes algo por Kate, pero eso fue pasarse tres pueblos. Tú no eres así. Nunca te había visto así. —Me lo dice más para informarme que para echarme la bronca.

—Lo sé —respondo, mientras miro fijamente mi café.

—¿Has hablado con ella esta mañana?

Niego con la cabeza, lo que hace que un dolor agudo me atravesase el cráneo. Pensar en ello me aterra. Le debo una disculpa, pero todavía no puedo hablar con Katie. No estoy enfadado con ella. Tengo un enfado de la hostia *conmigo mismo*. No quiero que Katie perciba mi enfado de nuevo, a pesar de que no esté enfadado con ella.

—Estuvo aquí anoche, ¿sabes?

No tenía ni idea.

—¿Qué? ¿Katie vino?

—Sí, apareció unos treinta minutos después de que te lleváramos a casa. —Genial. Estaba inconsciente sobre un charco de mi propio vómito. Eso dice mucho—. Estaba preocupada por ti.

—¿Estaba preocupada *por mí*?

Dunc asiente.

—Hablamos durante un buen rato. Le importas, Keller. No le gustó nada verte tan molesto.

Dejo caer mi cabeza dolorida en las manos.

—La traté como a una mierda, Dunc. *Yo* la traté *a ella* como a una mierda y *ella* no quiere que *yo* esté enfadado. —Río por lo extraña que es esta puta situación, y es ella quien debería estar enfadada.

—Sé que sabotear cualquier posible relación por lo que pasó con Lily, pero de

eso han pasado casi cuatro años. Yo también la quería, pero ya es hora.

Presiono la base de las palmas contra los ojos, que me arden. A día de hoy, escuchar su nombre ya no me duele tanto como antes.

—¿Y qué pasa con Stella?

Dunc eleva las cejas como si no tuviera una respuesta para mí.

—Escucha, Banks, es tu vida, pero Kate es muy buena persona. A Shelly le ha venido muy bien; has visto lo que ha cambiado desde que pasa tiempo con Kate. Shelly está loca por ella, lo que significa que yo estoy loco por ella. Pero tras hablar con Kate anoche, puedo decir con sinceridad que es, probablemente, una de las personas más auténticas y más cariñosas que he conocido. Es la bomba. Le hice muchas preguntas y las respondió todas. No tenía por qué hacerlo... pero lo hizo. Ella y Gus tienen una relación muy estrecha, pero la creo cuando dice que son solo *amigos*. Conoce al tío de toda la vida...

—También se acostó con él —interrumpo.

Vuelve a levantar las cejas.

—¿Y tú nunca has hecho nada sin pensar bien en las consecuencias primero, Banks?

—Sí, pero...

—¿Pero qué? —me interrumpe—. Ni siquiera la conocías cuando ocurrió. No la juzgues. No es justo.

A Dunc se le da demasiado bien ver los diferentes puntos de vista.

—Tienes razón —exhalo. La cabeza todavía me retumba, pero levanto la barbilla para mirarlo a los ojos—. Me gusta mucho, Dunc. Me asusta lo mucho que me gusta. Hace que quiera mandarlo todo a la mierda y reescribir mi futuro. —Mi futuro ha estado planeado desde siempre. Incluso cuando la cago, volver al plan original solo supone tomar un pequeño desvío. Mis padres siempre se aseguraron de ello.

Dunc sonrío, se levanta y me da una palmada en la espalda.

—Yo podría haberte dicho todo eso hace meses. Deberías haberme preguntado; podría haberte ahorrado muchos problemas.

—¿Debería llamarla? —pregunto, ya que parece que a él esto se le da mejor que a mí.

—Debes disculparte. Descansa hoy un poco y llámala mañana, cuando vuelvas a tener la cabeza despejada.

Lunes, 31 de octubre

Kate

Me despierto con un dolor de cabeza horrible a las cinco de la mañana, pero no tengo energía ni para levantarme a por un Ibuprofeno. El dolor me acompaña durante todas las clases matutinas, justo como suponía, como *quiero* que ocurra. Temía que llegara este día desde que septiembre pasó a ser octubre. Es el cumpleaños de Grace.

Es la primera vez desde que llegué a Minnesota que echo de menos San Diego. Es una especie de anhelo que hace que se me revuelva el estómago y que me duela tanto la cabeza que no veo bien. Y lo único que lo mejora, que lo hace soportable, es hablar con Gus. Está de camino a Denver para tocar esta noche. Como tengo la mayoría de las clases los lunes, miércoles y viernes, ni siquiera tengo diez minutos libres entre las siete y media y las dos, así que cuando salgo de clase a las dos y un minuto marco el número de Gus.

—Bright Side, ¿estás bien? —No es el saludo habitual de Gus.

Intento sonar animada. No he tenido que fingir estar animada desde hacía mucho tiempo.

—He estado peor. —Aunque por poco.

—Un día duro, ¿eh?

Basta de fingir. Es Gus.

—Sí.

—Sí. —Percibo reconocimiento, entendimiento y aceptación en una única y pequeña palabra.

Se me tensa el pecho y me pica y se me hincha la parte de atrás de la garganta. Sé que tan pronto como abra la boca para hablar voy a llorar. Y yo me enorgullezco de no llorar. Solo recuerdo haber llorado una vez en mi vida. Es un sentimiento horrible, como si todo mi ser se rompiera en un millón de pedazos y no fuera a volver a encajar. No quiero volver a sentir eso nunca más.

Gus me ofrece silencio y luego empieza con una anécdota. Dios, amo a este chico. Incluso por teléfono sabe que ahora mismo solo necesito oír su voz.

—He estado pensando en Grace toda la mañana y he decidido que si pudiera estar ahora en cualquier parte del mundo, haciendo lo que sea, iría a pescar en el muelle de San Diego contigo y con Grace. Nunca olvidaré la primera vez que Grace

pescó algo. Enrolló el sedal como una loca, muy emocionada hasta que se dio cuenta de que había un pez de verdad al final del anzuelo. La emoción se esfumó en cuanto se puso muy triste. Me suplicó que le quitara el anzuelo y lo devolviera al agua antes de que muriera.

Pensar en ella de esta forma me ayuda a aliviar la carga que llevo soportando todo el día.

—Sí, pero, aun así, quiso volver a la semana siguiente.

—Y nunca le volvimos a poner cebo en su anzuelo. —Gus ya no parece tan triste. Oigo la sonrisa a través de su voz—. Se sentaba durante horas en el borde del asiento y observaba cómo se movía la tanza con la marea. Y cada cinco minutos se convencía de que había pescado uno grande y enrollaba el sedal como una loca hasta que el anzuelo estaba fuera del agua. Pero nunca la desanimaba que no hubiera nada. Siempre se sentía aliviada al verlo.

La imagino como si fuera ayer. Esto es justo lo que necesitaba.

—¿Qué solía decirte en el camino de vuelta? «Parece que tengo un poco de mala suerte pescadora, Gus».

Ríe.

—Siempre.

—Y tú le decías: «No es que hayas tenido mala suerte hoy, Gracie, es que los peces han tenido muy buena suerte. De todas formas, tampoco nos los comemos, y mamá puede comprar pescado en la tienda si quiere».

—Siempre sonreía mucho. Ponía esa sonrisa que le hacía entrecerrar los ojos.

—Y entonces tú succionabas las mejillas hacia dentro, ponías boca de pez y ella reía sin parar y te decía lo tonto que eras.

Gus ríe con más fuerza.

—Gracie tenía la mejor risa del mundo. Reía todo el tiempo. Esa es una de las cosas que tenéis en común. A las dos os encantaba reír.

—Era muy feliz, Gus. La persona más feliz que he conocido. No le importaba que la vida fuera una mierda. Siempre sonreía. Dios, la echo de menos.

—Yo también, Bright Side. Yo también.

Suelo evitar hablar de cosas negativas porque perpetúa los sentimientos negativos y, peor, las acciones negativas. Es como un catalizador de desgracias, a lo que le sigue una caída en picado. A pesar de todo eso, cuando dan las ocho de la noche y salgo de la cafetería, he llegado a mi límite y tengo que admitir que...

Hoy. Ha sido. Un día. De mierda.

Ha sido una mierda echar de menos a Grace; la cabeza todavía me retumba y me

duele el estómago. Rezo durante todo el camino de vuelta a la residencia. «Por favor, Dios, que Sugar no esté esta noche. Necesito algo de paz y tranquilidad y dormir bien».

Escucho la voz de Sugar a través de la puerta incluso antes de abrirla y pienso que quizá Dios no esté de guardia hoy. Lo primero que noto es que Sugar está sentada en su cama, hablando por teléfono. Me lanza una de sus mejores miradas de odio que dice «Me estás interrumpiendo; ojalá te marcharas». Estuvo en el concierto del sábado y no puedo evitar darme cuenta de que la mala leche con la que me trata ha batido un nuevo récord.

Esbozo una media sonrisa y asiento en su dirección.

—¿Qué hay, Sugar?

Lo segundo de lo que me doy cuenta es de que el trabajo que he terminado e impreso hoy en la biblioteca —porque no tengo impresora—, el mismo que tengo que entregar en mano a las siete y media de la mañana, porque mi profesor, que es de la vieja escuela y no cree en la tecnología o en el envío por medios electrónicos, exige una copia en papel, está desperdigado por el suelo y manchado con las huellas de unas botas sucias.

De inmediato miro los pies de Sugar. Estoy segurísima de que ha sido ella, porque todavía lleva puesto el calzado incriminatorio. Este es el momento en el cual debería ir a la biblioteca para volver a imprimir el trabajo y relajarme antes de pedirle explicaciones, pero, como decía, ya me he entregado a la negatividad y ha sido un día de mierda, así que esta conversación empieza con un «¿Qué coño...?», aunque lo digo en voz baja. Solo quiero irme a dormir.

Sugar ni siquiera me mira.

Me acerco a un lado de su cama. Me hierva la sangre, pero mantengo la voz calmada. Es la voz que usaba con mi madre cuando estaba enfadada con ella y necesitaba hacerle comprender mis palabras pero Grace estaba en la habitación y no quería hacerle sentir mal al mismo tiempo. Hace años que la domino.

—Sugar, ¿qué coño, tía? —Señalo los papeles.

Ella me ignora y sigue murmurando por el teléfono. No puedo creerlo. Esta chica tiene los huevos de destruir mi propiedad y ahora me ignora.

Elevo un poco la voz.

—Sugar, ¿qué le ha pasado a mi trabajo?

Me sigue ignorando.

A la mierda.

Estoy cabreada. No soy de las que gritan. Nunca me ha gustado perder el control y para mí gritar es la culminación de la pérdida de control. Así que no grito. En su

lugar, me parece que es mucho más efectivo bajar la voz a un nivel tan bajo que la otra persona tiene que esforzarse por escuchar. De esa manera sabes si de verdad te escucha o no.

—Sugar, te juro por Dios que no soy una persona violenta, pero si no cuelgas el puto teléfono y me dices qué ha pasado aquí te voy a quitar el puto teléfono de la mano y te lo voy a meter por el puto culo.

Abre los ojos de par en par.

—Mmm, te dejo. Te volveré a llamar. —Cuando ya ha colgado, vuelve a mostrar una expresión desafiante—. ¿Qué? —suelta.

—Tía. —Señalo el suelo.

Sugar pone los ojos en blanco.

—Ah, ha sido sin querer. Deben de haberse caído cuando he pasado junto a tu escritorio.

Sacudo la cabeza.

—¿Y luego qué? ¿Qué? ¿Bailaste un puto zapateado sobre el trabajo sin querer?

Se encoge de hombros.

—Lo siento. —Es la disculpa menos sincera que he oído en mi vida. Podría haber dicho perfectamente «Que te jodan».

Cojo la mochila y la memoria USB de mi escritorio y la apunto con el dedo desde la puerta.

—¿Sabes qué, Sugar? Me gustaría mucho que fuéramos amigas, pero me lo estás poniendo muy difícil, joder. Me has estropeado o no me has devuelto varias de mis camisetas, te comes la comida que tengo en la nevera y me echas de la habitación varias noches a la semana. Eso es lo que he estado aguantando hasta ahora. —Mi dedo acusador desciende desde ella hasta el suelo—. ¿Cómo te atreves a estropear mi trabajo? No estoy segura de para qué estás aquí, pero yo estoy aquí para recibir una educación, y es importante para mí. —Entrecierro los ojos y la amenazo con los dientes apretados—. A partir de ahora no toques *mis cosas*.

Veo el miedo en sus ojos, pero intenta poner los ojos en blanco con valentía. Resulta patético. Huelo el miedo a un kilómetro de distancia y ahora mismo la estoy asustando. Consigue decir un «Lo que tú digas» con arrogancia.

Quiero estrangularla, pero me conformo con decir un inmaduro aunque efectivo «Que te jodan, Sugar» y salgo dando un portazo.

De camino a la biblioteca hace frío y todo está nevado. Solo me lleva unos minutos imprimir el trabajo, pero me siento y leo durante una hora, hasta que estoy lo suficientemente tranquila como para volver a mi habitación. Odio enfadarme tanto. Me siento más agotada que antes, pero, en realidad, no se me da bien guardar rencor.

Sugar no está cuando vuelvo. Por extraño que parezca me siento un poco culpable porque lo más probable es que no esté aquí por mí, pero la culpa desaparece cuando paso una buena noche en mi propia cama. Supongo que Dios me estaba escuchando al fin y al cabo.

Martes 1 y miércoles 2 de noviembre

Kate

Últimamente tomo Ibuprofeno de forma habitual. Casi he tocado fondo, así que paro en el supermercado que hay enfrente del Grounds de camino a casa desde la floristería.

Cuando lo veo, está tan pálido y encorvado que casi no lo reconozco. Me paro a medio caminar, en guerra conmigo misma. No había visto a Keller desde el sábado por la noche y este encuentro casual no es como planeaba volver a verlo. No soy una estratega en cuanto a la interacción con otras personas y normalmente improviso, pero quería darle unos días más para que se calmara. Durante dos segundos, mi yo egoísta y prudente me grita: «¡Date la vuelta y huye antes de que te vea!», pero mi yo compasiva lo acalla y argumenta con calma: «Está hecho un asco» y añade a modo de exigencia: «Ayúdalo».

La compasión siempre se impone sobre el instinto de supervivencia.

—¿Keller? Oye, ¿necesitas ayuda?

Si lo he asustado, no lo demuestra. Girar la cabeza en mi dirección le cuesta más de lo que debería. Tiene los ojos inyectados en sangre y rodeados por unas ojeras de un tono morado alarmante. Tiene las raíces húmedas y lleva el pelo aplastado. Es como si no se hubiera duchado durante semanas, pero sé que solo han sido unos días como mucho. Está enfermo.

Me mira de forma inexpresiva. No sé si hablar le supondría gastar demasiada energía o si no quiere hacerlo. Le toco la frente con el dorso de la mano y él se apoya en ella. Está caliente y húmeda por el sudor. La fiebre siempre me asusta. Cuando Grace tenía fiebre, yo no podía dormir. Me sentaba junto a ella en la cama. Siempre quería que la cogiera de la mano.

Intento enmascarar mi miedo y susurro:

—Keller, ¿por qué no estás en la cama? Estás ardiendo.

Está más que agotado. Me pregunto cómo ha reunido las fuerzas para caminar por la calle.

Miro con atención las estanterías que hay frente a él.

—¿Qué necesitas, cielo?

Se encoge de hombros. La fiebre le hace delirar.

Le ofrezco la mano y me pasa el brazo por el hombro en su lugar. Pesa y tiene un aspecto desamparado. Lo guío hasta un banco al final del pasillo, cerca de la ventanilla de la farmacia, donde lo siento y lo apoyo contra la pared. Consulto con el farmacéutico y cojo lo que me recomienda y el Ibuprofeno, y también compro dos latas de sopa de fideos con pollo, una de sopa de tomate y una botella de zumo de naranja.

Después de pagar, vuelvo a por Keller y caminamos por la calle con dificultad hasta su piso. No se mueve cuando llegamos a la puerta, así que busco la llave en sus bolsillos.

Se tira en el colchón con una pesadez alarmante. Tras darle la medicina, el siguiente paso es enfriarlo. Me doy diez segundos para contemplar mis opciones. Al final elijo lo que siempre funcionaba con Grace. Está tan aturdido que el pudor es lo último que me preocupa, así que no dudo en dejarlo en calzoncillos.

Las enfermedades como esta me ponen nerviosa. Causan unos nervios de los que desearías poder huir, pero no puedes. *No puedes*. No porque te sientas culpable, sino porque a veces la gente simplemente te *necesita*.

Su cama es de tamaño individual, pero logro apretujarme a su lado. No hay cabezal, así que me apoyo en la pared. Lo cojo de la mano porque hace que *yo* me sienta mejor y le aparto el pelo húmedo de la frente. Tarareo suavemente para mí misma. Es un hábito que tengo cuando estoy nerviosa y me mantiene despierta. Cuando se le empieza a enfriar la piel, me relajo. Antes de darme cuenta, me quedo dormida.

Me despierto y tardo unos segundos en adaptarme a la oscuridad. El reloj de la cómoda de Keller marca las doce y diecisiete minutos de la madrugada. Me duele el cuello. Me he quedado dormida sentada. Su cabeza ahora descansa en mis muslos y tiene un brazo alrededor de mis piernas, por lo que estoy atrapada. Contengo el aliento y suplico al hombre de arriba «Por favor, que se le haya bajado la fiebre» mientras le toco muy ligeramente la frente. Tiene la piel seca y fría. Exhalo y miro al techo. «Gracias, grandullón».

Mi vejiga grita. El estómago me ruge. Mi cuerpo me está matando.

Sopeso mi estado con el alivio de que la fiebre de Keller haya desaparecido. Duerme tranquilamente. Keller está aquí conmigo.

Hago lo que tengo que hacer. Apoyo la cabeza contra la pared y dejo que la cercanía me invada. El contacto físico está infravalorado. Es una necesidad humana básica. Al crecer, recibía dosis diarias de abrazos, manos cogidas y besos en la frente de Gracie, Gus y Audrey. Lo echo de menos, así que ahora mismo voy a aprovecharme codiciosamente de cada momento con Keller. Aunque lo combato,

llega el sueño. El insomnio ha sido reemplazado por un agotamiento persistente.

Una tos me despierta de repente y el instinto se apodera de mis sentidos.

—¿Gracie? —Es curioso cómo la preocupación afecta siempre al sueño. He dormido con un ojo abierto para estar pendiente de Grace durante diecinueve años. Cuando alguien depende de ti para que espantes los malos sueños, lo ayudes a ir al baño en mitad de la noche o le des la mano para que pueda dormir, hay un nivel de alerta del que el inconsciente no es capaz de deshacerse.

—¿Katie? —dice Keller con una voz rasposa; parece confundido.

Me aferro al momento de Grace un segundo más de lo necesario y entonces lo suelto con un suspiro y me disculpo.

—Lo siento, Keller. Sí, soy yo, Kate.

Se aparta de mi regazo, se deja caer en la almohada y levanta la mirada para verme en medio de la oscuridad.

—¿Qué haces aquí?

—Anoche me encontré contigo en el supermercado. Habías ido a por medicinas. Estoy segura de que no te acuerdas. Estabas muy ido. Te traje a casa. Duncan no estaba y tenía miedo de dejarte solo. Espero que te parezca bien. —Miro el reloj. Son las tres y cincuenta y tres minutos de la madrugada.

—No tenías por qué hacerlo —contesta con tristeza.

—En realidad, un poco sí. —Sonrío—. ¿No te he dicho nunca que le tengo alergia a la culpabilidad? Podría haberme marchado, pero entonces me habría dado urticaria. —No ríe, así que continúo con la siguiente pregunta importante—: ¿Tienes hambre? He comprado sopa de fideos con pollo. Puedo hacértela si quieres.

—Lo siento, Katie —dice en un susurro; no habla de la fiebre.

Yo no exagero cuando perdono. Hay gente que lo hace, como si el perdón fuera un gesto grandioso y noble que va de la mano con la condescendencia. Odio eso. No sé si está bien o mal, pero perdono con facilidad y sin artificios, porque eso es lo que le gusta a mi corazón. Le aparto el pelo de la frente y le doy un beso.

—Lo sé. —Saco las piernas de la cama y estiro los pies—. Voy a preparar la sopa.

Tras una larga y esperada parada en el baño, saco tres Ibuprofenos y empiezo a calentar dos latas de sopa. Keller se une a mí tras ponerse unos pantalones de chándal y una camiseta. Intenta ayudarme, pero insisto en que se siente en el sillón reclinable.

—¿Quién es Gracie? —pregunta, en referencia al comentario que he hecho cuando estaba medio dormida, al despertarme.

—Mi hermana.

Tiene los ojos soñolientos, pero sonrío con dulzura.

—No sabía que tenías una hermana. —Asiento mientras remuevo la sopa que acaba de empezar a hervir—. ¿Mayor o menor?

—Mayor. —Vierdo la sopa en dos boles y los llevo a la mesita de café que hay frente a Keller.

—¿Está en San Diego?

Normalmente esquivo cualquier pregunta sobre mi vida en San Diego. Es mi vida y es personal, y es especial. ¿He mencionado que es *mi vida*? Pero, por alguna razón, ahora tengo ganas de hablar de Grace.

—Ayer Gracie habría cumplido veintiún años. Era mi heroína. Siempre la he admirado. Tenía el corazón más puro que he visto en toda mi vida.

Keller está recostado en el sillón y aunque parece que lo ha pasado terriblemente mal, tiene el semblante tranquilo. Me escucha atentamente, como si no hubiera nada más importante en el mundo que esta conversación. Hace que quiera continuar, que quiera compartir a Grace con alguien que nunca la conoció.

—¿Alguna vez has conocido a una persona totalmente satisfecha y feliz? ¿Que, cuando estás con ella, te... contagia su alegría? ¿Como si quisieras ser mejor persona solo para ser digno de formar parte de su vida?

Keller sonrío y asiente, y sé que entiende lo que intento decir. Tiene una Grace en su vida. Asiento una vez y sonrío a pesar de que mi interior se hace añicos y que cada pedazo refleja mi dolor.

—Esa era Grace.

En este momento me mira como si temiera lo peor pero tuviera miedo de preguntar, así que se lo ahorro y contesto la pregunta sin formular.

—Murió en mayo por una complicación de una neumonía e infección de sangre. La llevé tres veces a urgencias esa semana antes de que la ingresaran. No podía respirar. Tenía la piel gris. Monté tal pollo durante la última visita cuando intentaron mandarnos a casa con la receta de un medicamento para la tos que me amenazaron con llamar a seguridad y escoltarme hasta la salida. Al final la ingresaron. —Tomo aire antes de continuar—. Tenía los pulmones llenos de líquido. Pilló una infección en la sangre la primera noche que la llevé. Dos días después, se fue.

Cierro los ojos con fuerza para contener las malditas e inminentes lágrimas. Tengo la garganta inflamada e intento recordarme a mí misma que yo no lloro. Noto como me tiembla el labio. La única vez que lloré fue cuando Grace murió.

No abro los ojos cuando Keller me tira de las manos para levantarme. No abro los ojos cuando me abraza con fuerza contra su pecho. No abro los ojos mientras mis lágrimas le empapan la camiseta. No abro los ojos cuando murmura con suavidad «Lo siento, Katie» y me acaricia la espalda con la palma de la mano.

Cuando siento que la carga que he soportado estos últimos meses cede un poco, abro los ojos. Suelto la tela de la parte posterior de su camiseta doy un paso atrás y me limpio los ojos con el dorso de la mano. Suelto un suspiro profundo, abrumada, y levanto la vista para mirarlo.

—Lo siento. No tenías por qué hacerlo.

Las comisuras de su boca se curvan hacia arriba, pero no reflejan ni una pizca de alegría.

—En realidad, un poco sí.

Recuerdo la conversación que hemos mantenido antes.

—¿También eres alérgico a la culpabilidad?

No pestañea.

—No. Me mata verte triste. Básicamente, está mal que el universo permita que ocurra. Tú y la tristeza... nunca deberíais aparecer en la misma frase. —Me da otro abrazo—. Has dicho que no te gusta hablar de ello. ¿Por eso no lo habías mencionado antes?

Vuelvo a tocar su camiseta con las manos. Tengo que agarrarme antes de que el mundo se incline y yo caiga en el olvido. Respiro hondo y tiemblo.

—Es doloroso. —Espero—. Ella era mi mundo. ¿Sabes lo que es que te bendigan con una persona tan especial, a la que quieres tanto que te duele, y que luego un día te la quiten para siempre?

Keller apoya la mejilla sobre mi coronilla y me abraza más fuerte.

—Lo sé.

Sorbo por la nariz.

—Lo siento. No quiero quejarme... pero es una mierda, ¿verdad?

—Lo es —coincide.

—No tienes que contestar si no quieres, pero ¿quién era?

—Mi novia. Mi prometida, en realidad. Ocurrió hace cuatro años. Se llamaba Lily. —Exhala, pero suena más aliviado que triste al decirlo en alto.

—No hablas de ella. ¿Alguien más de aquí lo sabe?

Mantengo la mejilla presionada contra su pecho. No quiero que se sienta nervioso o incómodo si lo miro. El contacto visual puede cerrar en banda la sinceridad más deprisa que cualquier otra cosa.

—Dunc y Rome. Mantengo mi vida en Grant y mi vida en Chicago muy separadas. —Se encoge de hombros—. Y, como has dicho, duele, aunque ya no tanto como antes. No es que no la eche de menos... sino que he aprendido que los vivos también tienen que amar. Y que amar a alguien no disminuye el amor que sentía por ella.

Nunca me sentí querido antes de conocerla. Mis padres son muy... —hace una pausa y añade—: decididos. Ambiciosos. No me dieron amor... solo... expectativas. Esperaban un buen comportamiento, buenos modales, buenas notas, que cumpliera con todas las exigencias y que fuera a la Facultad de Derecho o de Medicina porque mi madre es abogada y mi padre, cirujano. Toda mi vida han sido expectativas y cumplía con todas ellas... hasta que conocí a Lily. —Respira profundamente—. Me amaba... sin esperar nada a cambio. Eso era muy liberador. Cuando la perdí, perdí esa libertad. Volvieron las expectativas, pero con una nueva tanda de reglas.

Ahora tengo que mirarlo porque esto no se trata solo sobre perder a alguien a quien amas. Se trata de perderse a sí mismo.

—Keller, esta es tu vida. Tú eres quien va al volante, tío.

Medio ríe.

—Ah, no, yo no conduzco. Soy el pasajero. Pero no me importa. Stella es buena conductora.

Sonríó al ver la sonrisa que aparece en su cara.

—¿Stella?

Debería dolerme el corazón, porque creo que me estoy enamorando de Keller, pero al saber que no puedo tenerlo —especialmente tras oír lo que pasó con Lily— y que hay una mujer que lo hace tan feliz, soy feliz. Saber que hay alguien que ama a Keller y a quien él corresponde. Todo el flirteo entre nosotros y lo que fuera que ocurriera la noche del concierto fue un malentendido o una mala interpretación por mi parte. *Somos* amigos. *Stella* es la princesa de su cuento de hadas.

Inclina la cabeza y me mira fijamente como si se debatiese entre decir algo o no.

—¿Qué haces este fin de semana?

Me encojo de hombros.

—Seguramente estudiar. ¿Por qué?

—¿Te parecería bien estudiar en Chicago? Quiero que conozcas a Stella. —Tiene esa media sonrisa en la cara a la que no podría resistirme aunque lo intentase.

Al pensar de nuevo en nuestro viaje a Milwaukee y todo lo que tuve que insistir para que viniera conmigo, pregunto para chincharlo:

—¿Eres siempre tan impulsivo?

Su sonrisa se ensancha y niega con la cabeza efusivamente.

—Nunca. Eres una muy mala influencia.

Sonríó con sinceridad.

—Bueno, he de admitir que siento curiosidad. Me encantará ir contigo a Chicago y conocer a la misteriosa Stella.

Keller me abraza y tengo una sensación diferente. Una sensación de amistad.

Claro, pienso. Puedo comprimir lo que siento por él hasta que se vuelva amistad. Me da un beso en la coronilla que me recuerda a Gus.

—Gracias, Katie. Eres una mujer increíble... una muy mala influencia, pero una mujer increíble. —Me mece durante un rato.

—Puede que esa sea una de las cosas más bonitas que me han dicho jamás. —Me ha llegado directamente al corazón—. Tú tampoco estás tan mal.

Keller ríe.

—Soy un imbécil, pero gracias.

Lo suelto y suspiro.

—Será mejor que descanses, imbécil. Hoy ni trabajo ni clases. Todavía tienes mal aspecto.

Sacude la cabeza.

—No haces más que hacerme cumplidos esta mañana.

Sonrío.

—Lo siento, Keller; solo digo la verdad. Me he dado cuenta de que una mujer nunca te ha dicho esto, dado que eres guapo, pero, tío, has luchado contra un contrincante feroz y te ha pateado el culo. Necesitas esta sopa, una ducha y dormir mucho.

Vuelve a negar con la cabeza y sonrío. De repente, parece soñoliento.

—Me encanta cuando hablas fríamente.

Pongo los ojos en blanco, pero me gusta mucho cuando es tan fácil tratar con alguien. Como ocurre con Gus. Recaliento la sopa y comemos, y después de que Keller se duche mientras yo lavo los platos, lo acuesto en la cama. Son las cinco de la mañana. Le doy un beso en la frente.

—Dios, hueles muchísimo mejor. El sudor de la fiebre te hacía oler fatal.

Se ríe.

—¿Decir tantos cumplidos forma parte de tu personalidad? Me has herido el orgullo.

—Buenas noches, Keller. Llámame después y dime qué tal vas, ¿vale?

Sonríe.

—Vale, doctora Sedgwick. —Me detiene cuando tengo la mano en la puerta—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—¿Por qué no le dijiste a nadie que eres una estrella del *rock*?

Río por lo absurdo que es ese apodo.

—Mmm, porque no lo soy. Ese es el trabajo de Gus, no el mío.

—Estuviste increíble la otra noche. Tienes una voz preciosa. No me creo que nadie lo supiera.

Me encojo de hombros. Llevo esquivando miradas y preguntas en la universidad durante toda la semana, diciéndole a la gente que me deben de haber confundido con alguien.

—¿Recuerdas eso que dijiste de que te gusta mantener tu vida de aquí separada de la de Chicago? —Asiente—. Pues a mí también. —Porque la verdad es así de simple.

—Gracias por preocuparte por mí, Katie.

Sonrío y asiento antes de salir por la puerta. El camino a la residencia me parece más largo que nunca. Tengo que pararme dos veces y sentarme. Me duele el cuerpo. Está exhausto. Cuando llego a la residencia, me dejo caer en la cama totalmente vestida. El sueño me atrapa hasta la hora del almuerzo. Pues nada de clases hoy.

Keller me llama a las tres menos cuarto cuando voy de camino a la floristería. Me dice que se siente mucho mejor y me pide mi dirección de correo electrónico. Tengo órdenes estrictas de comprobar la bandeja de entrada en cuanto llegue a casa.

Hay un correo esperándome después de la cena, la confirmación de un vuelo a Chicago para el viernes por la noche con vuelta a Minneapolis el domingo por la tarde. ¿Qué? Pensaba que iríamos en coche. Keller le resta importancia cuando le pregunto por el billete. No puedo permitirme pagar quinientos veintisiete dólares para volar a Chicago el fin de semana. Me dice que es un regalo por cuidarlo hasta que se recuperara.

Viernes, 4 de noviembre

Kate

Recojo a Keller en su piso a las cuatro y cuarto para ir al aeropuerto. Intenta morderse la lengua; me quería aquí a las cuatro en punto. El vuelo es a las seis y media y, por lo visto, es de los que llegan al aeropuerto dos horas antes. Ese hecho no me sorprende. Yo soy más de los que corren a la puerta de embarque y saltan al avión dos minutos antes de que salga.

Como no tenemos maletas, a las cinco y cuarto ya hemos pasado el control de seguridad y estamos sentados en la puerta de embarque. Podría darle la tabarra, pero no lo haré. Keller es quisquilloso y puntual, y aprecio eso de él porque es algo que yo no comprendo, y ni mucho menos soy capaz de intentar. Debería elogiarlo.

Picamos algo porque dice que esta noche cenaremos tarde con su madre. Por alguna razón, eso me pone algo nerviosa, no porque sea abogada, y probablemente una con mucho dinero. Puedo pasar el rato con prácticamente cualquiera... he conocido a todo tipo de personas. ¿Y sabéis qué? Son personas... igual que yo. Ese tipo de cosas no me impresionan. Lo que me pone nerviosa es el tono que usó Keller cuando habló de sus padres la otra noche. Percibí miedo y resentimiento en ese tono. Y eso siempre resulta incómodo. Qué bien que yo sea un excelente amortiguador.

Tras el tentempié, decido llamar a Gus para contarle adónde voy. Le he mandado mensajes estos últimos días, pero todavía no le he dicho nada de mi viaje a Chicago. No sé si estaré disponible este fin de semana y no quiero que piense que lo ignoro. Tampoco quiero ser maleducada y hablar con él delante de Keller, así que pregunto:

—Oye, ¿no te importa si hago una llamada rápida?

—Claro que no. Tómate tu tiempo —dice Keller.

Gus responde al segundo tono.

—Depósito de cadáveres de Gus, usted los mata, nosotros los enfriamos.

No había escuchado esa antes y me pilla por sorpresa. Ríe con fuerza en contra de mi voluntad.

—Hola, Gus.

—Bright Side, ¿qué tal por Minnesota, la tierra de los diez mil lagos?

—Creo que es un apodo poco apropiado porque no he visto ni un maldito lago en tres meses. Estoy en el aeropuerto, tío, de camino a Chicago para pasar el fin de

semana. ¿Qué tal tú, *my friend*?

—Tengo una prueba de sonido en unos treinta minutos. Acabo de comer lo que podría pasar a la historia como la comida china menos china que he probado nunca. Es raro que hubiera maíz, boniato y judías verdes en mi sopa de huevo, ¿no?

—Sí, es raro. Además, seguramente estaba hecho con caldo de pollo. Espero que esta noche en el escenario no te dé cagalera por culpa de la carne.

Keller intenta ocuparse de sus propios asuntos, pero no puedo evitar darme cuenta de que ha sonreído con mi último comentario. Se supone que debería estar leyendo el libro de texto que tiene en el regazo.

—Hice que la camarera me jurara por su primogénito que estaba hecho con caldo de verduras.

—Tío, ¿y si no tenía hijos? ¿O si era atea?

—Ya, no pensé en eso. Puede que esté jodido. ¿Y a qué vas a Chicago?

—Keller me ha invitado. Es de Chicago.

—¿Eso es buena idea? —Escucho el tono de reprimenda de su voz.

Respondo con un cortante «Sí» y le echo un vistazo a Keller. Se remueve con incomodidad en la silla.

Gus resopla.

—Escucha, sé que eres mayorcita, pero eres mi chica y me preocupo por ti. Dijiste que es un buen chico y que solo estaba borracho el sábado anterior, pero eso no justifica que se pasara totalmente de la raya. —Eleva la voz.

—Tío, *soy* mayorcita. No pasa nada.

Keller me da un golpecito en el hombro y hace gestos con los dedos para que le dé el teléfono. Abro mucho los ojos y niego con la cabeza. Suspira y vuelve a señalar el teléfono.

—Te va a matar —murmuro mientras se lo doy.

Keller se aclara la garganta y se lleva el teléfono a la oreja.

—¿Gus? Gus, soy Keller.

Escucho la voz de Gus, pero no entiendo ni una palabra. Está hablando muy alto. A pesar de su gran estatura, Gus no es un tipo violento y le cuesta mucho discutir, pero una vez empieza... *empieza*. No da marcha atrás.

—¿Gus? Gus... —dice Keller, que intenta hablar—. ¿Puedo decir algo, por favor? Seré breve. Lo siento. Siento haber sido maleducado contigo. Siento haber tratado a Katie como lo hice. —Me mira—. Lo siento mucho. Si pudiera volver atrás, no lo haría. Me siento como una mierda por ello...

Gus lo interrumpe.

—Sé que debería y lo haré. No volverá a pasar...

Gus vuelve a interrumpirlo.

—Tienes razón. Se merece algo mejor...

Más Gus. Ahora está más tranquilo.

Keller asiente con la cabeza como si Gus lo viera.

—Sí, cuidaré de ella. Nos quedaremos en la casa de mis padres.

Más Gus y, entonces, se acaba.

—Gracias, tío. Hasta otra, Gus. —Me devuelve el teléfono.

¿Por qué me siento como una niña de catorce años que va a tener su primera cita?

Me llevo el teléfono a la oreja.

—Tío, ¿o debería decir papá? ¿En serio? ¿No te has pasado un poco?

Gus resopla; está irritado, pero sabe que no debería estarlo. Lo percibo.

—Bright Side... —Su voz se apaga, pero oigo el chasquido del mechero y la inspiración de la calma.

—Deberías dejarlo. —No puedo ocultar la sonrisa, él la escucha y está a punto de dejar pasar este tema. Lo sé. Gus tampoco puede guardar rencor. Nos parecemos en eso.

—A veces me vuelves loco, ¿sabes? —Sonríe. No quiere hacerlo, pero no puede evitarlo.

—Lo sé, tío. Lo siento, es una de las ventajas de vivir en mi pequeño mundo de rayos de sol y arco iris.

Gus ríe.

—Olvidas los unicornios.

Yo también río.

—Sí, he olvidado los unicornios. Gracias por recordármelo. Que tengas un concierto increíble esta noche, tío.

—Gracias, Bright Side. Que tengas un buen viaje. Llámame si necesitas algo. Ya sabes dónde encontrarme.

—Igualmente. Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero.

—Cambio.

—Y corto.

Keller me mira y sacude la cabeza.

—Esa debe de haber sido la conversación más extraña que he escuchado y en la que he participado nunca.

Me encojo de hombros y repito:

—Es una de las ventajas de vivir en mi pequeño mundo de rayos de sol y arco iris.

—Y unicornios.

Sonrío.

—¿Por qué nunca me acuerdo de los malditos unicornios?

Keller me mira y el humor desaparece.

—Gus parece un buen chico.

Asiento solemnemente.

—Lo es. Es mi mejor amigo. Ser buena persona es el primer requisito de mi lista para ser mi mejor amigo. Siempre lo ha sido.

Eleva una de las comisuras de la boca.

—Es un poco sobreprotector.

Hago una mueca.

—Sí, lo siento. Por lo que he escuchado, esa era una bronca de Gus de nivel seis. No te gustaría escuchar una de ocho o nueve. Mi padre nunca se hizo cargo de mí, así que creo que a veces intenta hacer ese papel.

Keller eleva las cejas.

—¿Que lo *crees*?

—Lo siento.

Coloca la mano sobre mi rodilla.

—Lo siento mucho de verdad, Katie.

Poso la vista en la mano que descansa sobre mi rodilla y luego lo miro a los ojos.

—Lo sé. —Y entonces lo cojo de la mano y tiro de ella mientras me levanto—. Ven conmigo. —Necesito cambiar de tema.

Se levanta y libera su mano.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—A ver la puesta de sol.

Hace unos días que no la veo. Voy con retraso. Se ve a través del conjunto de ventanas del otro lado del vestíbulo. La miramos en silencio, que es la mejor manera de hacerlo. Para cuando volvemos a nuestros asientos, ambos nos sentimos tranquilos.

El vuelo sale puntual y, antes de que me dé cuenta, Keller me despierta porque hemos aterrizado. No sabía que estaba tan cansada. Me he quedado dormida con la cabeza sobre su hombro, lo que, a posteriori, es un poco extraño teniendo en cuenta que voy a conocer a su novia, Stella, en menos de una hora.

El taxi nos deja frente a un elegante rascacielos. No son unos pisos cualquiera;

son unos muy caros y grandes. Probablemente Oprah viva aquí.

—Buenas noches, señor Banks —saluda el portero a Keller.

Él responde con un saludo igualmente educado. Es como un mundo alternativo. Todo el que pasa a nuestro lado tiene un aspecto profesional, parece apresurado y estirado; todos van con traje y maletín. Lo cual está bien, pero nadie sonríe. Es triste. Hay mucha gente viva por aquí... pero no hay *vida*. Es una diferencia que notas en la boca del estómago.

Subimos al ascensor hasta el piso treinta y dos. Estamos casi en la cima. El ascensor llega hasta el piso cuarenta.

—¿Tus padres siempre han vivido aquí?

Keller parece nervioso.

—Sí. Desde hace treinta años. Crecí aquí.

Quiero decir que lo siento, porque este es el ambiente menos propicio para criar a un niño que he visto jamás, pero eso sería sentencioso y tengo que ponerle freno a cualquier noción preconcebida. Tengo que tener la mente totalmente abierta este fin de semana.

—¿Y qué tal?

Salimos del ascensor y llegamos a un vestíbulo con suelos de mármol y paredes de caoba oscura. Hay un gran arreglo de flores frescas en una mesa ornamentada y antigua al lado de una única puerta. Keller busca la llave en el bolsillo de los vaqueros y mira a su alrededor antes de meterla en la cerradura.

—Estás a punto de averiguarlo.

Abre la puerta y entra delante de mí. Estira el cuello para mirar alrededor y luego me hace una señal para indicar que hay vía libre y gesticula para que entre, como si estuviéramos en guerra y no hubiera moros en la costa. Nos quitamos los zapatos y los colocamos al lado de la puerta. Keller coge mi abrigo y mi mochila y lo sigo por una sala de estar formal y por un pasillo. Se detiene delante de una puerta y echa un vistazo al interior.

—Stella, cariño, ¿estás aquí? —Habla con una dulzura y una suavidad que nunca le había oído utilizar. Le queda bien. Cierra la puerta—. Debe de haber salido con Melanie. Pongamos tus cosas en la habitación de invitados.

—Vale.

La habitación de invitados es opulenta. Hay una cama de matrimonio con dosel en el centro de la habitación. Parece como si debiera estar en un castillo. Tiene una colcha lujosa de color borgoña oscuro. Estoy muy segura de que la ropa de cama cuesta más que mi coche. Keller deja el abrigo y la mochila en un sofá de felpa antiguo al otro lado de la habitación.

—Veamos quién está aquí.

Me ofrece la mano y la cojo. Sé que somos amigos y no tengo problema con darme la mano con mis amigos, pero siento que no es apropiado. Tiene la palma sudorosa.

Retrocedo cuando nos acercamos a la puerta porque aquí pasa algo raro. Keller está nervioso, pero hay algo más... noto algo parecido a miedo. Se detiene y espero a que se gire para mirarlo antes de hablar, porque quiero verle los ojos.

—Tío, ¿estás bien? —Su postura es rígida y tiene los ojos abiertos, en alerta, como si se estuviera preparando física y mentalmente para algo horrible.

Asiente rápidamente.

—Terminemos con lo peor cuanto antes.

Le estrecho la mano y lo sigo al otro lado del piso. Llama a una puerta cerrada. Escucho a alguien hablar tras ella. Keller abre un poco la puerta y luego del todo con lentitud. Hay una mujer de entrada edad de pelo negro que lleva una falda negra de tubo, una blusa de seda roja y tacones de charol paseando por la habitación frente a un enorme escritorio de palisandro tallado. Tiene conectado el altavoz del teléfono y lanza una retahíla de preguntas a quien está al otro lado de la línea. Casi veo como se escapan a través del teléfono. Ella sabe que está al mando y que su interlocutor está a su merced, y la expresión de su cara me dice que le gusta. Cuelga el teléfono pulsando el botón, con irritación. Su actitud no cambia cuando se da cuenta de que Keller está ahí.

—Keller.

Este asiente con sequedad.

—Madre.

—La cena es a las ocho. Supongo que te habrás vestido debidamente para entonces. —Lo dice con un tono desdeñoso y ofensivo, como si le estuviera hablando a un niño malcriado y desconocido de ocho años.

Keller lleva unos vaqueros oscuros y una camisa de botones negra de manga larga. Tiene muy buen aspecto en mi opinión.

Ignora la pulla.

—¿Dónde está Stella?

—En el museo de arte con Melanie. Probablemente estén en un atasco. —En ese momento me ve detrás de Keller—. Ah. —Eso es todo lo que dice.

Nunca he querido encogerme hasta desaparecer, pero ahora mismo me gustaría hacerlo. En su lugar, tomo aire y esbozo mi mejor sonrisa de «Encantada de conocerte», la misma que usaba con todos los novios de mi madre a los que ella quería que impresionara. Salgo de detrás de Keller y extendiendo el brazo en su

dirección.

—Señora Banks, encantada de conocerla. Soy Kate Sedgwick. Voy con Keller a la Universidad de Grant.

La mujer me estrecha la mano con firmeza. Se supone que tiene que ser intimidante. Yo también puedo jugar a esto.

—¿Kate, has dicho? Es curioso. Keller nunca te ha mencionado. —Eso debería dolerme. Me mira de arriba abajo y arruga la nariz como si oliera mal.

Me encojo de hombros.

—No me sorprende. Solo somos amigos desde hace unos meses. Invitarme a venir aquí ha sido una idea de última hora. Espero no molestar. —Siento que tengo que comportarme de manera conciliadora por Keller.

Ella vuelve al escritorio, se sienta tras él y se pone unas gafas de cerca. Está concentrada en un documento que tiene delante cuando me contesta.

—Bueno, es un poco tarde para eso en ese caso ¿no crees, querida?

«Querida» es un claro insulto. Continúa leyendo; nos está echando.

Doy un paso adelante y elevo un poco la voz para captar su atención. Podría plantarle cara a su mala leche todo el día.

—¿Lo es, señora Banks? ¿Es demasiado tarde? Porque no me importaría quedarme en un hotel en ese caso.

Ella sigue escribiendo, ignorándome.

—Señora, no quiero ser maleducada, pero estoy intentando hacerle una pregunta. ¿Podría mirarme, por favor?

Ella deja el bolígrafo y entrecierra los ojos.

—Duerme en la habitación de invitados; no vas a acostarte con mi hijo bajo mi techo. —Vuelve a coger el bolígrafo con rapidez y garabatea.

Pestañeo, incrédula.

—Disculpe...

Keller se está mirando los calcetines. Está que echa humo e interrumpe sin mirarla.

—¿Cuándo volverá Stella?

Ella le hace un gesto con la mano como si fuera una mosca. Keller es una molestia para ella.

—No lo sé. Llama a Melanie.

Keller saca el móvil del bolsillo al mismo tiempo que me tira de la parte posterior de la camiseta para sacarme al pasillo. Yo cierro la puerta, agradecida por la barrera que hay entre nosotros y esa mujer malvada y rencorosa. Mientras Keller

busca en sus contactos, oímos que la puerta principal se abre y, a continuación, la voz de una mujer que dice «Dame el abrigo cariño» y las risillas de una niña. Las risas de los niños son el sonido más puro de la Tierra. Podría escucharlas todo el día sin cansarme.

La sonrisa de Keller crece hasta convertirse en algo que nunca había visto en su cara. Es radiante, encantadora y orgullosa.

—Stella está en casa. Vamos.

Se lleva el índice a los labios para pedirme que me mantenga callada mientras vamos de puntillas por el pasillo. Hay una mujer rubia y elegante colgando abrigos en un armario. Parece tener la edad de Keller. Así que esa es Stella. Ya veo su atractivo; es despampanante. La niña risueña tiene el pelo rojo oscuro, largo y rizado. Una masa salvaje de tirabuzones le cae por la espalda. Tiene los brazos estirados hacia los lados mientras da vueltas hasta que se marea y se cae. Las risitas se amplifican en cuanto llega al suelo. No sé quién es, pero solo tengo ganas de cogerla y abrazarla. Está muy feliz. Me vendría bien un poco de esa felicidad ahora mismo.

La rubia se gira y ve a Keller, y una sonrisa le ilumina la cara al instante. Esta es la princesa del cuento de hadas de Keller. Y estoy feliz por él, por ellos. Pero, durante un momento egoísta, desearía que este fuese *mi* cuento de hadas.

Entonces, en un instante, todo lo que creía que sabía cambia.

La niña levanta la mirada hacia la hermosa mujer y se da cuenta de que mira algo al otro lado de la habitación. Gira la carita hasta que mira directamente a Keller y sus ojos brillan como fuegos artificiales. Es como si no hubiera nada más importante y maravilloso en el mundo que él.

—¡Papá! —chilla mientras se levanta y corre hacia él.

¿Papá?

Keller se arrodilla para recibirla y la abraza con fuerza.

—Hola, Stella. Te he echado mucho de menos, nena.

Ella se aleja y le da un beso en los labios.

—Yo también te he echado de menos, papá.

¡Dios Santo! ¡Keller tiene una hija! Y es adorable.

Y curiosa. Levanta la vista para mirarme con los ojos azules de Keller y me saluda con su mano diminuta.

—Hola. ¿Quién eres?

Le sonrío y la saludo con la mano. Me arrodillo detrás de Keller para estar cara a cara con ella.

—Hola, Stella, soy Kate. Soy amiga de papá.

Se aleja y mira a Keller para confirmarlo.

—¿Tienes amigos, papá?

Keller ríe y asiente.

—Sí.

—¿Y quedas para jugar? ¿Como yo con Abby?

Entonces, ríe de nuevo.

—En realidad no.

La sonrisa de Stella desaparece mientras sopesa su respuesta.

—Qué pena, porque jugar es divertido.

Se remueve para liberarse de su abrazo y camina hacia mí. Todavía estoy de rodillas.

—¿Quieres ver mi tortuga? Se llama señorita Higgins.

Asiento.

—Por supuesto.

Me da la mano y me lleva a la habitación a la que Keller echó un vistazo cuando llegamos. Keller nos sigue de cerca. Después de conocer a la señorita Higgins, conozco a Melanie, la preciosa rubia. Es la niñera de Stella. Es tranquila y agradable, y es evidente que adora a Stella. Me gusta de inmediato.

Soportamos una cena incómoda con la señora Banks, tras la cual Keller, Stella y yo volvemos a la habitación de la niña para que se prepare para ir a la cama. Me siento en una silla grande y cómoda mientras ellos se meten en el baño que hay dentro de la habitación. Keller deja la puerta abierta. Los veo y los oigo. Keller le prepara un baño de burbujas y la ayuda a ponerse un pijama rosa peludo. Keller la instruye y la anima mientras ella se lava los dientes. Stella se enorgullece muchísimo cuando Keller le dice «Bien hecho, nena». Entonces, la niña se sube a la cama doble y da golpecitos en ambos lados, indicándonos dónde debemos sentarnos nosotros.

—¿Qué quieres leer esta noche, señorita Stella? —pregunta Keller antes de darle un beso en su cabeza llena de rizos.

—Mmm. —Se lo está pensando de verdad. Piensa mucho las cosas, como su padre—. El del poni. Pero quiero que lo lea Kate, papá. ¿Te parece bien? —Es diplomática y conciliadora con solo tres años y medio.

—Claro. Yo también quiero que lo lea Kate. —Me guiña el ojo por encima de la cabeza de Stella.

Leo el libro del poni. Casualmente también era uno de los favoritos de Grace. Probablemente haya leído este libro en voz alta unas cien veces. Soy una profesional de los relinchos y el ruido de los cascos, y puedo ser muy teatral. Stella suelta una risilla cuando termino.

—Haces tonterías, Kate.

—Lo sé. —Le hago cosquillas en el costado y ríe más—. Así es más divertido.

Rápidamente, se le caen los párpados. Igual que le pasa a Keller cuando tiene sueño. Stella mira a Keller.

—¿Me tocas una canción antes de dormir?

—Claro.

Le da un beso en la frente antes de levantarse de la cama. Coge una guitarra acústica de una estantería de la habitación de Stella y vuelve a sentarse en el borde de la cama. Se gira de manera que nos ve a los dos.

No puedo evitar sonreír.

—¿Sabes qué? Llevo esperando este momento desde que vi la guitarra en tu habitación.

Mira hacia abajo mientras toca algunos acordes. Está afinando la guitarra, pero esboza una sonrisa.

—No te hagas ilusiones. Solo toco por diversión.

Rodeo a Stella con el brazo, ella se acurruca a mi lado y Keller empieza a tocar. Reconozco la canción al cabo de tres o cuatro notas. Stella también. Aplaude.

—Me encanta esta, papá.

Es bueno, tiene buena técnica y parece cómodo con la guitarra entre las manos. Con práctica podría ser genial. Es otra cosa más que añadir a la lista de cosas que hacen que sea difícil resistirse a Keller. Cuando termina, elevo las cejas y él hace lo mismo a modo de respuesta.

—¿Qué? —pregunta en voz baja, moviendo solo un lado de la boca, como si intentara mantenerlo en secreto entre nosotros y no quisiera que Stella lo escuchara.

—The Cure son *tan* mediocres. —Le devuelvo sus propias palabras de hace unas semanas. Entrecierro los ojos, pero no puedo evitar esbozar la sonrisa que se extiende por mi cara. *Lullaby* ha sido siempre una de mis canciones favoritas y él la ha tocado maravillosamente, a pesar de no haber cantado. La guitarra ha sonado increíblemente bien.

Keller intenta mantenerse impasible, pero no puede.

—Te mentí. Me encantan The Cure... y sí, Robert Smith es un dios. ¿Estás contenta?

—Mmm, sí. —Estoy contenta.

—Papá, ¿puedes tocar una más? —Tiene las manos juntas delante del pecho como si suplicara o rezara—. Por fa, por fa.

Keller ríe.

—Tengo una idea. —Me mira a los ojos—. Escuchemos a Katie cantar.

Stella inclina la cabeza para mirarme. Tiene los ojos azules llenos de anticipación. Todavía no he aceptado, pero ya estoy pensando en una canción. Me quedo callada y ellos me miran, expectantes. Los mismos ojos en dos caras diferentes. No puedo decir que no a esos ojos. A los de ninguno de ellos. Le hago señas con el dedo a Keller para pedirle la guitarra.

—¿Quieres mi guitarra?

Asiento y vuelvo a hacer señas.

—¿Tocas? —dice, con un tono incrédulo.

—No muy bien —murmuro cuando me la pasa. Guiño el ojo—. Finge hasta que lo consigas. ¿No es así el dicho?

Stella se pasa al extremo de la cama en el que está Keller y yo me deslizo hasta el borde para estar sentada al lado de ambos. Toco algunos acordes para acomodarme. Han pasado meses desde que cogí una guitarra por última vez.

Miro a Stella, que se ha subido al regazo de Keller. Está sentada con las rodillas dobladas y los brazos alrededor de las piernas. Keller la sujeta como si fuera una pelota rosa y suave.

—Stella, esta canción se llama *Angels*.

Toco. Y canto. Solía tocársela a Gracie y le encantaba.

Cuando termino me doy cuenta de que he tenido los ojos cerrados todo el tiempo. Abro uno y echo un vistazo a mi público. Stella aplaude y vitorea, medio dormida.

—Bien, Kate. Cantas bonito —dice dormida, aunque con entusiasmo.

Keller está perplejo, pero de una manera que me hace sentir orgullosa.

—Sí, es verdad. No sabía que también tocaras la guitarra.

Me encojo de hombros, me levanto y coloco la guitarra de nuevo en su soporte.

—Gus me enseñó. Se cansó de que le cogiera la guitarra, así que cuando tenía trece años o así, empezó a enseñarme. Nada en plan profesional, pero puedo tocar con torpeza unas cuantas canciones.

Keller niega con la cabeza.

—Eso no ha sido tocar con torpeza —contesta, mientras me dedica una mirada llena de admiración—. Ha sido precioso.

Asiento para aceptar el cumplido.

—The xx lo hace mucho mejor que yo, pero gracias. Tú tampoco lo haces mal.

—Papá, ¿podemos quedar para jugar con Kate mañana? —interrumpe Stella antes de que el sueño se la lleve.

Keller la abraza.

—Es una gran idea.

Stella nos abraza dos veces a cada uno antes de meterse bajo las sábanas. Keller apaga la lámpara antes de apagar la luz de la habitación.

—Buenas noches, nena. Te quiero.

—Yo también te quiero, papá.

En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, Keller dice en medio de la oscuridad del pasillo:

—Gracias, Katie. —Me da un abrazo. Cuando exhala, siento como desaparece su tensión—. Has estado increíble. No tenías ni idea de con qué te ibas a encontrar. Sé que lo de Stella te ha pillado por sorpresa y lo siento. Pensaba que fliparías si te lo decía. Debería haberlo sabido. No has vacilado en ningún momento. Te quiere.

—No voy a mentir; me ha sorprendido mucho, muchísimo. Pero se me ha pasado en cuanto me ha mirado y me ha dicho hola. Con qué regalo más inteligente, gracioso y adorable te han bendecido. He tardado dos segundos en enamorarme de ella. ¿Crees que cabría en mi mochila? Puede que me la lleve a casa.

Le rebotan los hombros mientras ríe en silencio.

—Seguramente le gustaría.

Le doy una palmada en la espalda y lo suelto.

—Tengo que irme a la cama, tío. He quedado mañana para jugar y necesito descansar. —Vuelve a reír y me acompaña a la habitación de invitados—. Gracias por compartirla conmigo, Keller.

—Buenas noches, Katie. —Me da un beso en la mejilla—. Gracias por dejar que te comparta con ella.

Domingo, 6 de noviembre

Keller

El sábado y el domingo pasan volando y de nuevo me veo obligado a decirle adiós a Stella antes de lo que me gustaría. El fin de semana ha transcurrido de manera muy normal: hemos paseado por la ciudad, hemos jugado en el parque y hemos comido perritos calientes de un puesto callejero, pero con Katie aquí ha sido como si lo viera todo en color en lugar de en blanco y negro. La diversión se ha convertido en gozo puro. Stella se ha divertido como nunca. Se ha reído casi tanto como Katie, lo que ya es decir algo; Katie se ríe más que cualquier persona que haya conocido. Ha pulido el arte de pasárselo bien y de vivir el momento. Nunca había visto nada así. Es asombroso. Yo no soy así. Lo intento, pero estoy demasiado concentrado en el futuro, en el futuro de Stella. Este fin de semana me he dejado llevar y me siento genial. Las he observado a las dos juntas y me ha costado no imaginarme a los tres como una familia. Solo pensar en ello me da una paz que nunca antes había experimentado. Si hay una persona en este mundo que quiero que le sirva de inspiración a mi hija, esa es Katie.

Esta mañana hasta pasamos tiempo con mi padre. Normalmente está trabajando en urgencias cuando vuelvo a casa los fines de semana. Ya no lo veo mucho.

Stella está agarrada a mí como un mono. Llora, como hace siempre que me marchó. Me rompe el corazón. La mezo despacio e intento calmar su tristeza. Me mata. Le acaricio sus rizos pelirrojos y salvajes, que ha heredado de su madre.

—Chsss, nena, volveré pronto.

Ella sorbe por la nariz y me susurra al oído:

—Lo sé, pero te echo de menos cuando no estás aquí.

—Yo también te echo de menos —le susurro—. Mucho, mucho. Pero te llamaré o hablaremos por el ordenador todas las mañanas y todas las noches hasta la próxima vez que te vea, ¿vale?

Stella asiente con su pequeña cabeza y se seca los ojos húmedos en mi hombro.

—Quiero decirle adiós a Kate. —Se remueve, indicando que está lista para que la baje al suelo.

Mi preciosa hijita camina despacio hacia mi preciosa amiga y levanta las manos por encima de la cabeza, pidiéndole que la coja. Katie no duda. Stella la rodea con

los brazos y las piernas, apoya la cabeza en el hombro de Katie y se acurruca. No hay muchas cosas buenas en este mundo, pero lo que presencio en este momento sí lo es. Katie la sostiene con fuerza, pero con una suavidad tranquilizadora. Es lo que siento cuando me abraza e imagino la paz que debe de invadir a Stella. Katie besa a Stella en la frente.

—Estoy muy contenta de haberte conocido, Stella.

Stella levanta la cabeza para mirar a Katie a los ojos.

—¿Puedes volver con papá para poder jugar?

Katie me mira y, durante un segundo, percibo una desolación devastadora en su rostro, pero a continuación aparece una sonrisa con tanta rapidez que me pregunto si solo me lo he imaginado.

Mira a Stella y susurra:

—Me encantaría volver a verte, Stella. —Katie le da un beso en la frente otra vez antes de dejarla en el suelo—. Cuida bien de la señorita Higgins.

Stella sonríe.

—Lo haré.

Después de dos rondas más de besos, abrazos y «Te quiero», Katie y yo salimos del edificio y nos subimos al taxi que nos espera. Viajamos al aeropuerto en silencio. Odio esta parte de ser el padre de Stella: las despedidas.

Hasta que no estamos en el avión no tengo ganas de hablar. Katie es perspicaz y me ha dado dos horas de silencio para que viva en mi cabeza y no en el mundo real. Me ha dado la mano todo el tiempo. Es un gesto diminuto, pero ella nunca sabrá lo mucho que me reconforta. Le hablo sin mirarla.

—¿Sabes una cosa? Nunca había visto a mi padre reír. —No me responde con incredulidad ni insistencia para que siga. Ni me pregunta. Katie se limita a dejarme hablar—. Nunca ha jugado a un juego infantil, probablemente ni siquiera cuando yo era pequeño. Y *tú* has conseguido que jugara a las cartas con nosotros solo con pedirlo. Le dijiste que te alegrabas de que no jugáramos a Operación porque nos daría una paliza... y *se rio*. Nunca se ríe. —Por fin la miro. Su expresión es impasible, pero abierta. Niego con la cabeza y repito—: Nunca se ríe.

Katie sonríe tímidamente.

—*Ha sido* gracioso. Al fin y al cabo, es cirujano.

No puedo evitar sonreír.

—Lo sé. Pillé el chiste. Pero lo que ha ocurrido este fin de semana... todo lo que ha ocurrido... ha sido surrealista. Mi hija está loca por ti. Mi madre te ha llamado por tu nombre. Empezó a llamar a Dunc «Duncan» este año y lo conozco desde hace

seis. Vivió con nosotros durante todo un año y ni siquiera le dirigía la palabra. Mi padre te ha dicho «Vuelve cuando quieras, *tía*».

Kate ríe.

—Me hace gracia que Shelly diga «*tía*», pero quizá tu padre la haya superado. — Frunce el ceño a modo de broma—. Lo siento, puede que haya sido una mala influencia con todas las tonterías que he dicho mientras jugábamos a las cartas. Pero tenía la sensación de que a tu padre le hacía gracia, si no, no lo habría hecho.

Niego con la cabeza.

—Yo pensaba que se me daba bien entender a la gente, pero tú estás a otro nivel. Eres simplemente... encantadora. La gente no puede resistirse.

Katie resopla y cambia de tema. Se le da bien alejar la atención de sí misma.

—¿Lily era la madre de Stella?

Asiento.

—Y la hermana de Duncan. —No es una pregunta.

—Sí. ¿Cómo lo has averiguado?

Se encoge de hombros como si fuera obvio.

—El pelo.

Río.

—Supongo que el pelo rojo la delata. Stella se parece mucho a su madre. Eso es bueno.

Katie sonríe.

—Estoy segura de que Lily era guapa, pero Stella también se parece mucho a ti. Tenéis los mismos ojos y la misma sonrisa. —Me guiña el ojo—. Y eso es bueno sin duda.

—Sí que tiene mis ojos. Los de Lily eran marrones como los de Dunc. —Ahora es un buen momento como otro cualquiera para contar la historia, creo—. Yo trabajaba en una pizzería durante mis dos últimos años de instituto porque quería algo de normalidad en mi vida. Quería ganar mi propio dinero, comprarme mi propio coche. Mis padres no estaban contentos con ello, pero no se opusieron. Allí conocí a Dunc y, a través de él, a Lily. Dunc y Lily tenían su propio piso. Su madre era una drogadicta y nunca conocieron a su padre, así que llevaban varios años viviendo solos. Dunc tiene dos años más que yo y Lily tenía tres más. Iba a la Facultad de Enfermería cuando nos conocimos. Era callada, reservada e inteligente. Nunca sabré lo que vio en un chaval como yo. Llevábamos saliendo durante un año cuando se enteró de que estaba embarazada. Yo estaba en el último año de instituto y muy confundido. Sabía que la quería, pero siempre había tenido un plan para el futuro. Era demasiado aprehensivo con la sangre como para ser médico como mi padre, así que

de algún modo decidieron que sería abogado como mi madre. Un bebé no cuadraba en los planes que mis padres tenían para mí. Se pusieron furiosos. Querían que abortara. Nos negamos y le pedí que se casara conmigo. La quería y eso parecía ser el siguiente paso lógico. —Katie sonrío y asiente. Me lo tomo como un signo de ánimo para que continúe y respiro hondo—. El bebé nacería cuando yo me graduara y cuando Lily terminara de estudiar Enfermería. Planeábamos casarnos ese verano y mudarnos a Grant, donde yo ya tenía una beca, en parte gracias a mis notas y en parte a que mi madre era una ex alumna con una cartera llena. Los planes cambiaron cuando Lily murió al dar a luz.

Katie abre ligeramente la boca. Es la reacción sincera de una persona compasiva. Es una oyente excelente.

Nunca he empezado a contarle esta historia a nadie y mucho menos la he terminado, pero ahora que está en el aire, entre nosotros, quiero hacerlo.

—Nos dijeron que las complicaciones eran poco comunes. Una entre un millón, según ellos. Pero me tocó a mí. Perder a Lily fue devastador, pero también estaba aterrado ante la perspectiva de ser padre soltero a los dieciocho. No tenía ni idea de qué hacer con un bebé. Mis padres contrataron a una niñera de inmediato, porque en su casa así es como se cría a un hijo. Así me crié yo. Hice todo lo que pude, pero no sabría qué habría hecho si Melanie no me hubiera ayudado. Me salté el primer cuatrimestre en Grant para poder estar con Stella. Mis padres se pusieron furiosos de nuevo porque estaba retrasando sus planes. No me malinterpretes, quieren a Stella, pero yo los he decepcionado mucho. Me convencieron para que me fuera a estudiar y Dunc vino conmigo. Siempre quiso ir a la universidad a estudiar Ciencias Políticas. Mis padres dijeron que era mejor para Stella que se quedara con ellos y la niñera, para que pudiera concentrarme en las clases y, con el tiempo, tener un trabajo con el que pudiera mantener a Stella y cuidarla por mi cuenta.

Katie pestañea sus hermosos ojos color jade y me pregunta sin más:

—¿Y tú qué pensabas que era lo mejor para Stella?

Esa es la pregunta que me persigue hasta el día de hoy.

—No lo sabía. No lo sé.

—Keller, ¿por qué nadie de Grant sabe lo de Stella?

Me paso las manos por el pelo.

—Dios, debes de pensar que soy horrible.

Katie niega con la cabeza.

—No, no es así. —Lo dice en serio—. No estaría aquí sentada contigo si fuera así. Soy alérgica a la gente horrible.

Río porque siempre sabe cómo añadir una nota de humor cuando es necesario.

—Supongo que hay muchas razones por las que no se lo cuento a la gente. Stella es mía y una parte de mí quiere mantenerla cerca y no compartirla con nadie más. Una parte de mí teme que la gente me juzgue por haberla tenido tan joven, por no ser el padre que debería ser, por estar lejos de ella. La quiero mucho, Katie. Solo quiero lo mejor para ella. Eso es todo lo que siempre he querido.

Me aprieta más la mano.

—Keller, eres un padre increíblemente paciente, atento, comprometido y encantador. ¿Por qué crees que Stella te mira así, como si fueras el centro del universo? ¿Por qué crees que se pone tan triste cuando te marchas? Eres su mundo. Te quiere.

Se me tensa la garganta al oír sus palabras. Lo que acaba de describir es todo lo que quiero. Katie siente que me he emocionado y empieza a dibujar círculos en el dorso de mi mano con el pulgar.

—Keller, tío, solo tienes una vida. Imagina por un momento que te has librado de todas esas expectativas. ¿Qué harías? ¿Cómo vivirías tu vida si nadie te observara? ¿Cómo sería tu futuro?

No dudo al responder.

—Stella estaría conmigo en Grant. Cambiaría mi carrera por la de Filología Inglesa y, en unos años, enseñaría Inglés en el instituto de una ciudad en la que Stella pudiera crecer a salvo y feliz.

Las lágrimas se arremolinan en mis ojos. Debería sentirme avergonzado porque siempre me han enseñado que los chicos no lloran. Los hombres no lloran. Con Katie, me siento libre.

Me coge la barbilla y la gira hasta que la miro directamente a los ojos. Me mira sin pestañear durante varios segundos. Tiene toda mi atención.

—Hazlo. —Es una orden—. Nada, y quiero decir nada, debería interponerse en tu camino, porque así es exactamente como debería ser tu vida, Keller. Esa niña debería estar con su padre todos los días y tú has nacido para ser profesor, no hay duda.

No me ha soltado. Espera una respuesta. Cierro los ojos porque no puedo mirarla cuando respondo.

—No es tan fácil.

—Mírame —ordena de nuevo.

No lo dice enfadada, pero la desesperación en su voz es desconcertante. Le importa. Le importo yo y lo que quiero. Me había olvidado de esa sensación. Nadie me había tratado así desde Lily, y ni siquiera Lily me presionó nunca tanto.

—Por favor —suplica.

Lo hago.

—Criar a Stella solo será la cosa más difícil que harás nunca. ¿Saber que otro ser humano depende de ti para vivir? Eso es duro, cansa, genera preocupaciones y asusta, pero ¿sabes qué? También es lo más divertido, gratificante y satisfactorio que hay en el mundo.

Katie siente empatía. Esto es muy real para ella. Deja caer la mano en el regazo.

—Tú cuidabas de tu hermana, ¿verdad? —adivino.

Asiente. Espero a que esté preparada para hablar porque sé que hablar de su hermana le resulta difícil.

—Grace tenía síndrome de Down. Su mente nunca alcanzó un estado mucho más avanzado que el de Stella en este momento. Mi madre tenía sus propios problemas que hacían que cuidar de sus hijas le resultara... difícil. Así que siempre fue mi trabajo cuidar a Gracie. La bañaba, la vestía, le leía, jugaba con ella, la llevaba al colegio. Cuando tenía dieciséis y yo quince, tuvo un accidente que le impidió volver a caminar. Tras ello se vio confinada a una silla de ruedas...

—Por eso tenías una furgoneta —interrumpo, recordando algo que dijo hace semanas.

Ella asiente y sonríe porque me acuerdo.

—Sí, el Viejo Azul era apto para sillas de ruedas. —Inhala profundamente y continúa—. Cuando yo tenía dieciocho, unas semanas antes de graduarme en el instituto, mi madre murió.

Se me rompe el corazón porque la vida de esta pobre chica ha sido muy difícil.

—Lo siento. —Es todo lo que se me ocurre decir.

—Sí. —Parece pensativa—. La vida siempre fue difícil para Janice Sedgwick. Me gusta pensar que ahora está en un lugar mejor. Que por fin es feliz. —Asiente—. Así que no pasa nada.

—¿Dónde vivías después de que tu madre muriera? Dijiste que tu padre no estaba.

—Los meses después de su muerte fueron como una avalancha de mierda. Después de que se calmaran las cosas, lo vendí todo y Gracie y yo le alquilamos un piso al viejo jardinero de mi madre. No era nada sofisticado, pero era nuestro. A Grace le encantaba. Fue la mejor época de mi vida. Vivimos allí hasta que murió.

Me recuesto en el asiento y la miro. ¿Conoces esa sensación que sientes cuando crees conocer a alguien? ¿Que solo con estar cerca crees que ya lo sabes todo? ¿Que sabes qué tipo de persona es en realidad? Me he quedado de piedra después de lo que he escuchado. La mujer que está sentada a mi lado en este avión es la persona más increíble que he conocido en mi vida.

—¿Cómo has salido adelante todos estos años?

—¿Cómo no iba a hacerlo? Era mi hermana y la quería. Para bien o para mal, ella era todo lo que tenía.

Eso es exactamente algo que ella diría.

—¿Quién se hizo cargo de ti?

Katie sonrío; le brillan los ojos

—Gus. Siempre ha sido mi mejor amigo. Era el vecino de al lado. Su madre, Audrey, también es genial. Fue como una madre para Gracie y para mí. Todavía lo es.

—Te quiere. El viernes pensé que me iba a castrar por teléfono. Fue brutal. Nunca he conocido a nadie que tenga una relación como la tuya con Gus. Dos personas tan cercanas, pero que no están juntas. Todavía me cuesta hacerme a la idea.

Se encoge de hombros.

—No te esfuerces mucho. Somos un poco raros. La madre de Gus jura que tuvo gemelos y que nos separaron al nacer aunque él sea unos años mayor que yo. Se llevó a un bebé del hospital y el otro se mudó a la casa de al lado unos años más tarde.

—Me lo imagino.

Intento con todas mis fuerzas entender su amistad, pero es muy difícil no tener celos de Gus. *Yo* quiero la relación que ellos tienen. *Yo* quiero saberlo todo de ella. *Yo* quiero ser la persona a la que ella le cuenta todo. *Yo* quiero cuidarla. *Yo la* quiero.

Katie me deja en mi piso y no quiero que se marche.

—Gracias por venir conmigo, Katie.

Se desabrocha el cinturón y se inclina para cruzar el pequeño espacio que nos separa y abrazarme.

—Gracias por llevarme, Keller. Sé que te ha costado mucho compartir esa parte de tu vida.

—No contigo. Me has dado el valor que nunca he sabido que tenía.

Katie me corrige con un susurro.

—Yo no he hecho nada. Siempre ha estado ahí; solo tenías que encontrarlo.

Me alejo un poco, a sabiendas de que no puedo dejar que se marche sin hacer algo que llevo queriendo hacer desde el primer momento en que la vi. Busco sus ojos y levanto la mano para acunar su cuello. Es muy suave y huele jodidamente bien. Su pelo ondulado es salvaje, está despeinado como siempre y tiene un aspecto muy *sexy*. Ella no se resiste, así que me inclino despacio y aguanto la respiración. Cuando poso los labios sobre los suyos, todos los pensamientos y todas las preocupaciones se desvanecen de mi mente. Todo se esfuma, excepto ella. Katie es todo lo que siento,

todo lo que huelo, todo lo que escucho, todo lo que veo y todo lo que saboreo. Sus labios están muy suaves cuando se mueven contra los míos, con los míos, y cuando se abren ligeramente y le toco la lengua con la mía, siento que un escalofrío de placer me recorre el cuerpo. Desliza la mano desde mi brazo hacia arriba y me coge con cuidado el cuello. La sensación de su tacto hace que emita un suave gemido. Es un sonido que nace en la parte trasera de mi garganta y que no puedo controlar. Su tacto y su sabor es casi demasiado. Ella también debe de sentirlo porque retrocede. Cuando abro los ojos me doy cuenta de que los de Katie se han oscurecido, como si sus pupilas se hubieran tragado el iris verde.

—Entra conmigo —digo.

—Tengo que irme —dice al mismo tiempo.

Su respiración es profunda y errática. Ella lo siente. Lo desea.

—¿Por qué te vas?

Katie desvía la mirada.

—Tengo que hacerlo.

—¿Qué ha pasado con la chica que predicaba con vivir el presente? Porque déjame decirte, Katie, que yo nunca he vivido el presente más que en este momento.

—*Nunca* he estado más presente...

Ahora tiene ambas manos en el volante. Sigue sin mirarme. Traga y temo que no va a decir nada, pero entonces susurra:

—Esto es diferente.

—¿Por qué? *Por favor. Quédate* —suplico.

Katie pestañea un par de veces.

—Hay cosas que no sabes sobre mí. Al final solo te haría daño y me importas mucho como para hacerte eso.

Estoy perdido, confundido y frustrado.

—¿Qué? Mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mí. Porque ese beso... Ese beso ha sido lo más increíble que he experimentado en toda mi puta vida. Sé que lo has sentido. *Lo has sentido, joder.*

Ella levanta la vista; tiene los ojos humedecidos.

—Sí. Por eso tengo que marcharme.

Levanto las manos.

—Eso no tiene sentido, joder.

—Lo sé, Keller. Por eso tengo que irme.

Abro la puerta con violencia, salgo y doy un portazo antes de abrir el maletero para coger mi mochila. Debería alejarme en silencio, pero estoy demasiado cabreado

como para no presionarla.

—Tan solo dices gilipolleces, y lo sabes. No sé qué te pasa, pero nada de lo que digas hará que cambie lo que siento por ti. No le he abierto mi corazón a nadie en mucho tiempo y si me hubieras dicho que no te interesaba, vale, me sentaría mal, pero me marcharía, me lamería las heridas y seguiría con mi vida. Pero el hecho de que no te permitas la oportunidad de experimentar lo que sea en lo que podríamos convertirnos me cabrea. —No sé si son problemas de confianza o miedo al compromiso, pero no quiero ver como se niega a sí misma esa oportunidad, y eso es exactamente lo que hace—. No sé tú, pero esta conexión que tenemos, esta atracción, no es algo que se encuentre todos los días. Hacía años... *años...* que no me sentía así. Sinceramente, nunca pensé que volvería a sentirme así. ¿Que si me asusta? Claro que me asusta, joder. ¿Puedo predecir el futuro? No. Pero tengo clara una cosa: nunca, jamás, ni en un millón de años, te haría daño. Daría el cien por cien. Ahora te toca mover ficha a ti, Katie. En algún momento de tu vida tendrás que confiar en alguien.

No espero una respuesta. Sé que no me la dará, así que cierro de un portazo el maletero y entro en mi piso sin mirar atrás.

Martes, 8 de noviembre

Kate

Hay una nota en la puerta del aula de Psicología que dice que la clase se ha cancelado porque el profesor tiene gastroenteritis. Lo primero que pienso es «¡Joder, sí!» y luego le sigue una sensación de culpabilidad por haber chocado los cinco mentalmente a expensas del sufrimiento de otra persona. De inmediato me disculpo: «Dios, gracias por esta pequeña pero necesaria bendición. Siento que el profesor Garrick tenga diarrea, pero una clase cancelada significa una siesta para Kate. Te debo una».

Nunca había vuelto a esta hora del día. Todo parece más tranquilo de lo normal, relajante. Pero al acercarme a la residencia veo a alguien de pie junto al coche de Clay. Y no es Clay. Me desvío para poder mirar mejor sin que me vean. En cuanto consigo ver mejor, me arrepiento de inmediato. No porque no quiera estar aquí en este momento, sino porque los capullos me cabrean mucho, *mucho*.

Clayton ha retrocedido hasta estar de espaldas contra la puerta del conductor y sostiene con fuerza la bandolera delante del pecho. Un chico de hombros anchos con una sudadera gris con capucha está inclinado sobre Clay y ladea la cabeza de un lado a otro, demasiado cerca para que sea una conversación amistosa. Tiene los puños cerrados y una postura amenazante. Esto no pinta bien.

Hago una pausa de solo medio segundo. Ni de coña voy a dejar que le ponga la mano encima a Clayton, pero tampoco quiero malinterpretar la situación. Comienzo con un saludo en voz alta mientras me acerco lentamente desde atrás.

—¿Qué pasa? —digo.

El capullo se gira hacia mi voz. Atención desviada. Los hombros de Clay ceden unos buenos cinco centímetros, aliviado. El capullo me manosea con los ojos. Es espeluznante. Me siento violada. Se lame los labios.

—¿Qué pasa? —Se agarra la entrepierna de manera sugerente—. Pues que mi polla se alegra de verte, preciosa. —Es repugnante. Y acaba de guiñarme el ojo.

—¿Eso era una frase para ligar o algo parecido? —pregunto, porque me sorprende de verdad cuando los chicos piensan que ese tipo de cosas resultan atractivas.

Vuelve a guiñarme el ojo.

Sí, supongo que sí lo era. Sacudo la cabeza.

—Para el carro, vaquero. Creo que no me he quedado con tu nombre.

El chico sonrío de forma adulatora.

—Ben.

—¿Ben qué? —pregunto, porque si ya le ha hecho algo a Clayton quiero su nombre completo para poder comunicárselo a las autoridades pertinentes.

—Ben Thompson. —La sonrisa sigue en su lugar—. ¿Quieres que nos vayamos de aquí? ¿Vamos a mi habitación? —Mira el reloj—. Tengo una hora antes de clase. Podemos hacerlo rápido.

Si hubiera un premio a Lo Menos Elegante que He Oído en Toda la Semana —joder, en todo el año—, se lo llevaría este chico. Lo ha bordado.

—¿Tío? ¿Ben Thompson? Te conozco desde hace treinta segundos y tengo que reconocerlo: me das mucho asco. Creo que me han dado arcadas y todo. El saludo de antes no iba para ti, gilipollas. Le estaba hablando a mi amigo, aquí presente.

A Clayton se le salen los ojos de las órbitas y niega con la cabeza detrás del capullo. Quizá debería asustarme, pero con la semana que llevo, siento que no tengo nada que perder. Su sonrisa hace que se me ponga la piel de gallina.

—Eres una bocazas. Eso me pone, princesa.

—Escucha, idiota, esto no son los preliminares. —Estiro el brazo y cojo a Clay de la mano—. Eres asqueroso. Déjanos en paz.

Por fin lo pillas. Vislumbro el enfado en sus ojos.

—Putas calentapollas —me insulta. Ahora señala a Clayton de manera amenazante—. Y en cuanto a ti, maricón, no hemos terminado. Será mejor que te cubras las espaldas.

Tengo muchas ganas de que Clayton diga algo, lo que sea, pero mantiene la cabeza gacha y empieza a caminar hacia la residencia y, como lo llevo de la mano, me veo obligada a caminar con él. Por supuesto, no me puedo marchar sin decir la última palabra.

—Que te den, capullo.

Le da una patada a la puerta del coche de Clayton antes de marcharse en la dirección opuesta.

Yo me detengo antes de llegar a la puerta de la residencia y me giro para mirar a Clayton. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Siento como la tristeza, la culpa y la ira hierven en mi interior. Entonces, fija la vista en el suelo y se limpia las mejillas.

Con mi voz más dulce, lo animo:

—Oye. —Parece avergonzado, y vergüenza es lo último que quiero que sienta ahora mismo—. Clay, soy yo, Kate.

Clayton eleva un poco la barbilla y levanta la mirada hasta que se encuentra con mis ojos. Intenta no llorar, pero le tiembla la barbilla.

—¿Te estaba amenazando cuando llegué?

Clayton asiente.

No quiero hacer la siguiente pregunta porque me da miedo saber ya la respuesta.

—¿Te ha amenazado antes?

Asiente.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando esto, Clay?

Le vuelve a temblar la barbilla.

—Un mes.

Tengo un nudo en el estómago.

—¿Con qué frecuencia?

Se le vuelven a saltar las lágrimas.

—Todos los días.

Me siento enferma. Me enorgullezco de ser una buena amiga porque en la vida eso es lo único que importa... las personas. Y tratarlas bien, estar ahí para ayudarlas, eso es ser una buena amiga. Yo. Soy. Una. Amiga. Horrible. ¿Cómo es que no sabía esto?

Le doy un abrazo y llora en mi hombro. Le acaricio la espalda y deseo poder llevar la carga de mi amigo en su lugar.

Lo suelto y sorbe por la nariz.

—Tío, ¿se lo has dicho a alguien más?

Clayton niega con la cabeza.

—Deberías denunciarlo a los de seguridad de la universidad. Ve al despacho del rector. Puedes hablar con John incluso. Esto es inaceptable. Deberías poder caminar tranquilamente por la universidad. Joder, deberías poder caminar tranquilamente por donde te dé la gana, sin estar asustado.

Suspira. Es el tono derrotista que ya he oído antes.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Nunca sirve de nada.

Eso me entristece. Es básicamente lo mismo que dijo después del incidente en Spectacle.

—¿Sabes cuántas veces me he quejado del acoso o de las palizas a orientadores, profesores y directores durante todos estos años? —Dios, mi corazón no quiere saberlo—. Demasiadas, Katherine. Y nadie hizo nada ni una vez. Me decían que

estaba exagerando o que era un malentendido, o incluso que me lo había buscado yo. ¿Puedes creértelo? Hay gente que me ha mirado a los ojos y me ha dicho que me lo había buscado yo por ser gay. Y me lo han dicho en más de una ocasión, así que, por lo visto, no es la opinión de una única persona ignorante.

—No puedes dejar que ganen esos capullos, Clay.

Resopla.

—No es un juego; es mi vida. Y estoy cansado, Katherine. Solo esperaba que la universidad fuera diferente. Más tolerante...

—La tolerancia es una tontería —interrumpo—. No hay nada que tolerar. No se tolera a la gente encantadora; se disfruta de su compañía. Odio ese término.

Clayton aspira por la nariz.

—Yo también. —Vuelve a aspirar por la nariz—. Lo que estoy descubriendo es que la universidad no es diferente. El sitio es diferente, pero son los mismos neandertales de siempre. Estoy intentando superar este cuatrimestre, porque siento que estaré tirando a la basura el dinero de mis padres si no lo hago. —Vuelve a suspirar—. Pero no podré volver el siguiente.

«¡No puede dejar que ganen esos capullos!». Acompaño a Clayton al interior y lo dejo en su habitación con un Twix que he sacado de mi nevera, porque comerme uno siempre hace que me sienta mejor cuando tengo un día de mierda.

En cuanto dejo su habitación, voy directamente a la oficina de seguridad de la universidad. Un hombre de mediana edad que lleva una chaqueta azul me saluda y voy directa al grano.

—Me gustaría poner dos denuncias.

—¿Dos denuncias? —pregunta.

Asiento.

—Correcto.

El capullo, Ben Thompson, no se saldrá con la suya.

Procedo a rellenar una queja en nombre de Clayton conmigo como testigo y me aseguro de mencionar que esto ha estado ocurriendo a diario durante un mes. Después de la queja de Clayton, lo denuncié yo por acoso sexual por la forma lasciva con la que me trató. Solo de pensar en el modo espeluznante en que me ha mirado hace que piense que es uno de esos que creen que un «no» significa «sí», y que «sí» significa «joder, sí». No puedo evitar pensar en la madre de Keller durante todo el tiempo que estoy aquí. O sea, es dura y ofensiva, pero apuesto a que es una abogada de la hostia. Intento imitar su brusquedad. Incluso esbozo su sonrisa tensa para hacer comprender lo que quiero... y funciona.

Respiro profundamente un par de veces justo al lado de la puerta, fuera de la

oficina, porque todavía estoy furiosa. No sé si lo que acabo de hacer servirá para algo, pero tengo que intentarlo.

Cuando la tensión empieza a esfumarse, me doy cuenta de lo mucho que me duele el cuerpo hoy y de que estoy más cansada que antes. Mi cuerpo no está contento con el estrés que he acumulado. Necesito una siesta cuanto antes.

Jueves, 10 de noviembre

Kate

He evitado el Grounds todos los días de esta semana porque sé que ver a Keller me destrozaría. He decidido que quizá poner un poco de distancia de por medio sea lo mejor. Después del viaje a Chicago y, luego, el beso, ya no puedo negar lo que siento por él, pero ¿el hecho de que quizá él sienta lo mismo que yo? Eso me preocupa por varias razones.

Número uno: no soy una persona egoísta. Nunca lo he sido y no quiero empezar a estas alturas de mi vida. Ir detrás de él sería totalmente para mi propio beneficio.

Número dos: la culpa. La culpa sería un resultado directo de la razón número uno. Y la culpa se parece demasiado al arrepentimiento. Y yo no quiero tener nada que ver con el arrepentimiento.

Esto me lleva a la número tres: la confianza. Keller me lo echó en cara. Tenía razón. La confianza y mi corazón están unidos. Si confío en ti significa que te he dejado entrar en mi corazón y que confío en que no me harás daño. El pináculo de la confianza, que nunca le he brindado a nadie, es lo que más me asusta: el amor verdadero. Todo se remonta al rollo del cuento de hadas. Y cada vez que cometo un desliz y me imagino mi propio cuento de hadas, siempre incluye confiar mi corazón a Keller. Y últimamente siento que eso está bien, que es un sentimiento cálido y reconfortante. Lo que me lleva a pensar una y otra vez en la razón número uno. *No soy egoísta.*

Este es el ciclo que me impide intentar tener algo más que amistad con Keller, pero la amistad es la razón por la cual no puedo apartarlo totalmente de mi vida. Quiero su amistad. Me hace feliz, incluso me marea. Es como una droga y funciona mucho mejor cuando la tomo. Por eso he decidido ir al Grounds. Además, me muero por un café. Mi cuerpo podría dejar de funcionar totalmente sin él.

Y mi cuerpo, eso es harina de otro costal. No está contento conmigo últimamente. Hasta las actividades normales se han vuelto complicadas. El dolor se ha vuelto tan intenso que el Ibuprofeno no me hace nada. Es un dolor imparable y constante. Me presiona, como si me comprimiese desde dentro. Me mantiene despierta por la noche. Hasta ha encontrado la forma de alterar mi apariencia física. He perdido unos kilos, lo sé porque los vaqueros me quedan más sueltos de lo normal. También se me nota

en la cara. Tengo la piel pálida y ojeras. Sabía que ocurriría esto, así que, a regañadientes, pido cita para mañana por la tarde con el doctor Connell. No lo he visto desde mi primera visita en agosto. Estoy segura de que no está contento porque quería verme todos los meses. Me llaman de su consulta cada pocas semanas. Yo ignoro las llamadas. Sé que es un comportamiento inmaduro, pero es mi forma de lidiar con esto, y lo he estado llevando bastante bien con Ibuprofeno y durmiendo más siempre que puedo.

Cuando llego al Grounds, Keller está tras el mostrador. No me ofrece el saludo relajado y amistoso al que estoy acostumbrada.

—Hola —se limita a decir.

Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente.

Intento sonreír, pero es difícil. No finjo muy bien; al menos eso es lo que siempre me ha dicho Gus. Mentir se me da fatal. Se me da bien ocultar información, pero ¿mentir tal cual? Fatal.

—Hola —respondo.

Me sirve un café grande y me lo da en silencio. Yo le doy mi tarjeta regalo del cumpleaños como pago y él completa la transacción sin una palabra. Todavía no me ha mirado a los ojos. No hay nadie más, pero igualmente susurro:

—Escucha, lo siento. No quería hacerte daño.

—Demasiado tarde. —Habla con dureza. Un segundo después sacude la cabeza gacha—. Perdona. He sido un maleducado. —Entonces me mira a los ojos por fin. El dolor desaparece de ellos enseguida y se transforma en preocupación—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma, Katie?

Keller no me ha visto en toda la semana, así que probablemente sea más evidente para él que para alguien a quien veo todos los días.

—Sí. —Una parte de mí quiere poner las cartas sobre la mesa—. Tengo hora con el médico mañana por la tarde.

Keller cambia de postura. Parece como si no supiera qué hacer. Ahora me vendría bien un abrazo, pero no me sale de manera natural pedir consuelo, así que elevo el vaso de cartón.

—Que tengas un buen jueves, tío. Saluda a Stella de mi parte y a la señorita Higgins cuando hables con ella esta noche.

Keller asiente.

—Lo haré. —Parece preocupado—. Ya me dirás qué tal te va la visita con el médico.

Viernes, 11 de noviembre

Kate

La cita con el doctor Connell es tan deprimente y desesperanzadora como esperaba que no lo fuera, pero sabía que lo sería. Las mismas pruebas, peores resultados... más noticias. En realidad no puedo decir que sean malas noticias llegados a este punto; simplemente son noticias. Cuando todo esto empezó juré que no sentiría lástima de mí misma, pero en el camino de vuelta de Minneapolis a Grant decido darme hasta la medianoche para regodearme en la pena.

Regodearme en la pena como si no hubiera un mañana.

Ahora tengo una receta de analgésicos más fuertes, así que hago una parada para comprarlos de camino a casa, pero cuando llego a la residencia decido que esta noche el alcohol será mi medicina. Beberé hasta no sentir nada. Hasta que no note el dolor. Hasta que no pueda recordar lo que intento olvidar. Mañana averiguaré cómo hacerle frente a esto. Esta noche voy a olvidar.

Olvidar como si no hubiera un mañana.

Apago el móvil mientras atravieso el pasillo hasta mi habitación y lo meto en la mochila. Casualmente, Sugar está aquí. Mi plan de entregarme a la perdición al cien por cien empieza a encajar.

—Oye, tía, ¿cuánto alcohol tienes ahí dentro?

No sé quién se lo compra, pero esta chica siempre tiene alcohol escondido en el armario. Creo que es parte de la diversión cuando vienen sus pretendientes. Ella parece un poco sorprendida. No hablamos mucho y no es típico de mí entrar de repente haciendo preguntas y dando órdenes, especialmente sobre algo así.

—Mmm, no sé. ¿Qué buscas?

—Cerveza no. Aparte de eso, me da igual.

La he dejado fuera de juego y está demasiado confundida como para comportarse como lo hace siempre.

—Vale. Veamos.

Rebusca en el armario y saca una botella de vino barato, una de *whisky* de setecientos cincuenta mililitros que está casi vacía y una de vodka en la que quedan tres cuartos. Resulta inquietante lo emocionada que está por alardear de su alijo. En el mundo de los negocios ilícitos, esto es cosa de niños. Aun así, sonrío como si fuera

una mafiosa presumiendo de sus negocios. Archivo ese pensamiento y prometo abordar en otro momento el tren a punto de descarrilar en el que se ha montado Sugar. Cuando no me encuentre montada en mi propio tren descarrilado. Quizá mañana.

Busco en los bolsillos de los vaqueros y saco un billete de veinte. Lo tiro al suelo y cojo la botella de vodka.

—Gracias. —Compruebo mis otros bolsillos para asegurarme de que tengo las llaves, bajo la cremallera del abrigo, meto la botella dentro, vuelvo a subir la cremallera y salgo sin decir otra palabra.

Es la hora de la cena, pero me la salto a cambio de la botella que llevo en el abrigo. Hace frío fuera, así que me dirijo al edificio más cercano con menos posibilidades de estar ocupado un viernes por la noche: la biblioteca. Lo sé porque he pasado muchos viernes por la noche ahí. Siempre está el mismo tipo en el mostrador y normalmente se queda dormido a las nueve. Podría sentarme y beber toda la noche y no ver ni un alma.

Así que eso es exactamente lo que hago. Encuentro una esquina en la sección de biografías, me dejo caer en la moqueta y saco la botella. Me tomo mi tiempo porque mi objetivo es que me declaren incapacitada, no muerta. El vodka me quema cuando me recorre la garganta. Nunca me ha gustado el sabor del alcohol puro. Es inflamable, por el amor de Dios, y sabe a eso. El calor empieza a radiar de mi estómago. Enseguida tengo las orejas calientes y no siento ni la nariz ni las yemas de los dedos. Los títulos de los lomos de los libros empiezan a emborronarse. Tomo otro trago. La siguiente vez que los miro, los libros de las estanterías apenas se distinguen unos de otros; son tiras difusas de colores alineadas unas junto a otras. Me cuesta un poco ver la hora en el reloj de pared porque, cada vez que inclino la cabeza para enfocar, la habitación empieza a dar vueltas. Creo que marca las doce menos cuarto. Casi se me ha acabado el tiempo. Es prácticamente medianoche.

Qué bien que la botella esté a punto de terminarse. Me tomo las últimas gotas y la guardo dentro del abrigo. Por alguna razón, siento que es un buen momento para dar un paseo. Vuelvo a salir al frío exterior, en dirección a la residencia, pero en el último momento, mis pies deciden cambiar de ruta. Giro a la derecha y me dirijo a la calle principal.

Keller

Me despiertan golpes en la puerta. Entreabro los ojos y miro el reloj. Sin las gafas me cuesta ver qué hora marca. Las doce y cuarenta y siete minutos de la madrugada. Los golpes vuelven a empezar. Dunc debe de haberse olvidado la llave. Creía que iba a quedarse en casa de Shel esta noche. Me destapo y me estiro antes de levantarme de la cama. Solo llevo puestos los calzoncillos, así que me giro cuando el aire frío entra por la puerta abierta y sorprende a mi piel desnuda.

—¿Qué coño haces, Dunc? Date prisa.

No entra nadie.

Cuando vuelvo a mirar, veo que no es Dunc... Es Katie. Una Katie que no reconozco. Si ayer parecía enferma, eso no es nada comparado con el aspecto que tiene esta noche. Está pálida y parece frágil, derrotada. Está empapada. Está nevando y me pregunto cuánto tiempo lleva fuera. Le castañetean los dientes y tiene los labios azules. Lleva su abrigo de lana, pero no tiene ni gorro ni guantes. La temperatura apenas sobrepasa los cero grados.

Todavía no ha entrado. Está esperando a que haga algo. La cojo del brazo y tiro de ella.

—Entra. —Se tambalea y la agarro del brazo. Pestañea demasiado despacio—. ¿Estás borracha?

—Eres una de las personas más inteligentes que conozco —dice, lentamente.

La arrastro hasta el sofá de dos plazas y hago que se siente. Le quito los zapatos y, cuando le bajo la cremallera del abrigo, cae una botella de vodka vacía. La recojo.

—¿Te has bebido todo esto?

Katie echa un vistazo a la botella con los ojos entrecerrados y asiente.

—Sí.

Con lo pequeña que es, es como si yo me bebiera la botella entera en una noche, lo cual sé, por experiencia, que no es buena idea. Tiene las manos y la cara frías como el hielo.

—¿Cuánto tiempo llevas fuera?

Toda su ropa está empapada. Katie se encoge lastimeramente.

Lo único en lo que pienso es en hacerla entrar en calor primero y luego en que vuelva a estar sobria. Le cojo la mano y cuando se levanta la llevo despacio al baño. La coloco en la ducha y le quito la camiseta. Tiene vendajes en ambos brazos y codos. Dijo que hoy iría al médico. Deben de haberle sacado sangre. Al pensarlo se me hace un nudo en la garganta. ¿Le duele algo? ¿Va todo bien? Ver esto me mata. Cuando le desabrocho los vaqueros y le bajo la cremallera no protesta. No creo que sepa lo que está pasando. Mientras le bajo el pantalón mojado y pegado no puedo evitar pensar en todas las veces que he fantaseado con este momento. Tampoco puedo

evitar pensar en lo mal que parece que está ahora mismo. Me arrodillo frente a ella.

—Pon las manos en mis hombros —digo.

Hago una mueca cuando noto sus dedos fríos. Después de sacar las piernas del pantalón, la giro para que esté de espaldas a mí. No la quiero ver así. Se me revuelve el estómago y siento como si la estuviera violando. Cierro los ojos y le desabrocho el sujetador. Tras deslizar los tirantes por sus brazos, lo tiro al suelo hacia atrás. Entonces le bajo las bragas. Tengo los ojos cerrados con fuerza; tanteo la pared con la mano para abrir el grifo. Le hago una advertencia, como haría con Stella:

—Voy a abrir el grifo, Katie. Quiero que te quedes aquí hasta que entres en calor, ¿vale?

—Vale. —Sueno cansada.

Recojo su ropa mojada y la pongo en la secadora antes de ponerme una camiseta. También me decido a coger una camiseta y unos bóxers para ella. No tengo nada que le quede bien, así que nos las arreglaremos con esto hasta que su ropa se seque.

Toco en la puerta antes de entrar al baño porque me sentiría como un perverso si entrara sin más. Dios, también me siento como un perverso aunque llame primero.

—¿Va todo bien, Katie?

—Sí. Estoy calentita. —El eco de su voz resuena desde la ducha.

—Date otro minuto. Te estabas congelando. Voy a dejar una toalla y ropa en el suelo. Tómate tu tiempo.

Cinco minutos después escucho que se cierra el grifo. Camino hacia la puerta cerrada y presto atención por si se cae o me necesita. La oigo chocarse contra la pared varias veces, pero parece que le va bien, así que me siento en el sillón reclinable a esperar.

Cuando se abre la puerta y sale todavía parece borracha, pero su aspecto ya no es tan terrible. La camiseta le queda tan larga que no veo los bóxers por debajo, lo que es increíblemente *sexy*. Tiene el pelo retorcido en una toalla como solo saben hacer las chicas. Está más consciente.

—Gracias, Keller.

—¿Tienes hambre?

Katie se para a pensar. Le lleva más tiempo de lo que debería.

—Un poco. No he cenado. Solo he tomado líquidos esta noche.

—Pues entonces necesitamos algo más sustancial —dijo.

Recaliento los *fettuccine* con salsa Alfredo que hice para la cena. No les puse pollo como suelo hacer. Supongo que estaba pensando en Katie.

Le lleva una eternidad, pero se lo termina todo. No me importa porque me da una excusa para mirarle la boca. Y para pensar en su sabor, en la suavidad de sus labios

cuando la besé hace menos de una semana.

El tenedor tintinea contra el plato vacío cuando lo suelta y me saca de mi ensoñación.

—Estaba muy bueno, Keller.

Sonrío porque vuelve a sonar más como ella misma.

—Gracias. ¿Qué tal te sientes?

También tiene mejor aspecto. Se ha quitado la toalla de la cabeza y tiene el pelo seco, aunque salvaje. Vuelve a tener el aspecto de la Katie de siempre.

—Ahora muy bien. Parece que mi plan ha funcionado. Pero probablemente no estaré tan bien por la mañana.

Estoy de acuerdo.

—¿Qué quieres decir con que tu plan ha funcionado?

Niega con la cabeza como si no quisiera hablar de ello. Ya no tiene las vendas de los brazos y veo que lo que había debajo eran moretones y pinchazos de agujas. Los señalo y cruza los brazos de inmediato para ocultarlos.

—¿Has ido al médico hoy?

Asiente y resopla con amargura.

—Ya lo sabían. —Estira los brazos ante ella. Tienen peor pinta así, extendidos, para que los vea. Me vuelve a doler el estómago—. Esto es lo que hacen para sentirse mejor, para sentir que hacen su trabajo. —Resopla con amargura de nuevo—. Pero solo están jugando, porque no cambia nada. —Arrastra la palabra «nada» como si fueran dos palabras diferentes.

Algo va muy mal. Tengo ganas de vomitar.

—¿Qué es lo que no cambia, Katie?

Levanta la mirada y sonrío, pero es la cosa más triste que he visto nunca, porque esboza su sonrisa más auténtica y honesta mientras me mira desesperanzada.

—El final.

La aguja del cuentakilómetros de mi ansiedad marca el límite. Mi corazón está desbocado.

—¿Qué pasa?

No responde y un silencio inquietante se cierne sobre los dos. Estoy temblando; estoy muy alterado. Estoy nervioso, asustado y frustrado. Grito desesperado:

—¡Dime qué coño pasa!

Nada. Sigue sentada, sin hacer nada, pero empieza a temblar.

—¡Te quiero, Katie! —Más gritos. Es una declaración y una promesa. También es una aclaración, porque no sé qué se le está pasando por la mente, pero necesita

saber lo mucho que me importa. Lo mucho que la quiero.

Le empieza a temblar el labio inferior y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Por favor, no digas eso.

Me tiro del pelo porque no sé qué más hacer conmigo mismo.

—Maldita sea, te quiero. ¿Por qué es tan malo? Sé que tú también me quieres. Solo acéptame. Dilo. —Se me ha agotado la paciencia.

Las lágrimas le caen por las mejillas sin cesar e inspira por la nariz.

—Sí. Te quiero —dice en voz baja; suena derrotada.

No es así como quiere uno escuchar a alguien decir que lo quieren. Me destroza. Suspiro y miro al techo antes de volver a mirarla a ella y, sin saber por qué, vuelvo a gritar. No puedo parar de gritar.

—¿Entonces cuál es el problema?! ¡Tú me quieres! ¡Y yo te quiero!

Katie ha llegado al límite y suelta:

—*¡Ese es el puto problema! ¡Que tú también me quieres! ¡Se suponía que no tenía que ser así!*

—Maldita sea, Katie —suspiro—. Eso no lo eliges tú. Lo elijo yo. Me enamoré de ti. Habría pasado tanto si me quisieras como si no. Es imposible no quererte. Eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida. ¿Por qué no puedo quererte? *¿Por qué?*

Se levanta, alza las manos y grita como nunca he oído a nadie hacer. Es doloroso y solitario. Es miedo y rabia. Es exasperación.

—*¡Porque me estoy muriendo, por eso! ¡Tengo cáncer!* —Se vuelve a dejar caer en el sofá como si las palabras hubieran consumido toda su energía—. Me muero —añade, y sus palabras se vuelven sollozos.

Siento como si alguien me hubiera apuñalado en el corazón. El dolor que sentí cuando Lily murió fue lo peor que he experimentado en mi vida... hasta este momento. Siento como si alguien estuviera retorciendo un puñal y lo sacara y lo volviera a hundir. Una y otra vez. Se me acaba de romper el corazón por segunda vez en mi vida. No puedo moverme. No puedo hablar. No puedo respirar.

Finalmente, Katie se enjuga las lágrimas de la cara con el antebrazo. Estoy a punto de entrar en pánico cuando algo cambia. Veo que me está mirando fijamente. Y cuando Katie te sostiene la mirada... *te atrapa*. Lo sientes. Es físico; te quedas plantado en el sitio, incapaz de moverte, incapaz de respirar. Se pone de pie, se acerca y se detiene cuando sus rodillas chocan con las mías. Estoy a su merced y, a pesar de lo que ha pasado, no hay otro lugar en el que me gustaría estar. Baja la mirada hacia mí, sentado frente a ella, con esos indescifrables ojos color jade, y toma aire. No aparta la vista de mis ojos en ningún momento.

—Keller, si te pidiera un favor, ¿lo harías?

Tal y como me mira en este momento, haría cualquier cosa que me pidiera sin ninguna duda. ¿Quieres que salte de un acantilado? Vale. ¿Que camine delante de un autobús que va a toda velocidad? Claro, ¿por qué no?

—Quiero una noche contigo. Solo una. Sé que es egoísta y que está muy mal por mi parte pedírtelo, pero...

Poso los labios sobre los suyos antes de que termine ese pensamiento y la reclamo para mí antes de que cambie de idea. Sin romper el beso, estiro el brazo, la agarro por los muslos y la levanto hasta que me envuelve la cintura con las piernas. Entonces la llevo a la cama. Sé que debería ir despacio, pero tengo tanta adrenalina en el cuerpo que no puedo. Tengo demasiadas ganas de hacer esto.

Ella tampoco se contiene. Sus besos son resueltos y exigentes. Cuando la tumbo, lleva la mano al dobladillo de mi camiseta y me la quito. Tengo las rodillas dobladas, estoy a horcajadas sobre su cintura, encima de ella. Katie me pasa las manos por el pecho y recorre mi torso con la punta de los dedos hasta llegar al estómago. Tiemblo y no puedo evitar soltar un gemido. Sus manos continúan hacia los bóxers sueltos que lleva puestos. Engancha la punta del dedo a cada lado de la banda elástica, tira de ella hacia abajo y yo la ayudo a quitárselos con un meneo. Le levanto el dobladillo de la camiseta y se la paso por la cabeza. Se me acelera la respiración cuando mis ojos se fijan ávidamente en su cuerpo desnudo debajo de mí. Brilla con la luz de la lámpara de la mesita de noche. Si es posible que un cuerpo parezca grácil, incluso cuando está descansando, ese es el suyo. Es ágil y, aunque está increíblemente delgada, hay señales que indican un pasado atlético. Su sedosa piel y una blandura absolutamente femenina exaltan su complexión esbelta. Es una diosa.

Tengo que ir más despacio. «Despacio, hombre. Más... despacio... joder», me aconsejo a mí mismo.

Con Lily era reservado en la cama, reprimido por mis propias inseguridades, mi inexperiencia, mi juventud y una compañera que era más de lo mismo. No me quejo. Era una época diferente.

Pero esto es ahora. *Ahora mismo*. Y Katie me brinda una seguridad que nunca supe que tenía. Me libera de mis miedos. Me deshago de cualquier reserva que tuviera y me tomo mi tiempo. Exploro, beso, lamo, mordisqueo y toco cada centímetro de su cuerpo. Soy rotundamente minucioso; memorizo cada detalle: la elegante curva de su cuello donde descende hasta las angulosas clavículas; sus pechos son pequeños, pero también redondos, suaves y firmes, son perfectos; la hendidura de su ombligo, que suplica que lo laman; y el interior de sus muñecas, que parecen seda al tacto. Me recompensa con gemidos y jadeos en todos los lugares

adecuados, al igual que en algunos que no me esperaba. Expresa con la voz sus necesidades y su agradecimiento. Podría correrme solo con los sonidos y las palabras que salen de su boca.

Cuando nuestros labios vuelven a encontrarse, Katie rueda para intercambiar posición y entonces es ella es la que me explora a mí. Tira de mis bóxers y me recorre todo el cuerpo con las manos y la boca: me besa, me chupa, me acaricia, me toca. Jadeo, digo su nombre y le suplico que no pare. Es erotismo en su máxima expresión. He fantaseado con ella, pero esto es más. *Esto es mucho más*. Todos mis nervios arden, se remueven, gritan para que los agarren, los retuerzan, los asolen y los expriman.

Cuando llega el momento y le digo que no tengo condones, me suplica:

—Por favor, Keller. Lo necesito. Te necesito.

Su voz es anhelante. Sé que debería parar en este momento... *lo sé...* pero no lo hago. *No puedo*. Nunca he querido nada tanto en toda mi vida como enterrarme en lo más profundo de su interior. La hago rodar con cuidado y deja caer las piernas a ambos lados de mi cuerpo. Tiene los ojos cerrados y le cuesta respirar.

—Mírame, Katie. —Pestañea y abre los ojos despacio, oscurecidos por el deseo. No parpadea. —Quiero mirar esos preciosos ojos mientras te hago el amor.

Cuando me deslizo despacio en su interior, ella gime y cierra los ojos. *Maldita sea...*

—Abre los ojos —la persuado.

Vuelve a posar la mirada en la mía. La beso una vez y me alejo para poder mirarla a los ojos, llenos de lujuria. Encontramos el ritmo rápidamente y en lo único en lo que me concentro es en el tacto de su piel contra la mía.

—Me encantas, nena. —Estoy sin aliento.

Nos balanceamos uno contra el otro y ella acelera el ritmo. No aparta la vista de mis ojos en ningún momento. No olvidaré esto en toda mi vida. Cuando dice mi nombre y empieza a temblar debajo de mí pierdo el control.

—Katie. Katie. Katie. —No puedo parar de decir su nombre.

Cuando nuestros cuerpos se quedan quietos, ruedo a su lado, repentinamente consciente de lo pequeña que es. Siento que la voy a machacar.

Tiene una expresión de ensoñación en los ojos. Está total y completamente satisfecha. Todos sus rasgos y ángulos se han suavizado. No puedo ni empezar a explicar lo mucho que adoro el aspecto que tiene ahora mismo.

—Dios mío, Keller, eso ha sido increíble. Ya está. Es oficial. Voy a ir al infierno.

Sonrío porque no puedo evitarlo. Nadie podrá arrebatarme este momento nunca.

—Y yo te seguiré.

—No hace falta que me sigas. Tómate tu tiempo; te esperaré.

Katie me tienta con un beso dulce. Yo se lo devuelvo y lo hago más profundo. Ella responde. Le digo lo mucho que la quiero y lo hermosa que es entre besos. Aunque sigue mi ritmo sé que está cansada. La realidad hace acto de presencia.

Está enferma.

Presiono los labios contra los de ella una última vez y prometo aprovechar al máximo cada segundo que me queda con ella y empezar a vivir mi vida como quiero.

Echo un vistazo con los ojos entrecerrados al reloj. Son casi las cinco de la mañana.

—Deberíamos dormir. Sabes que no voy a dejar que hoy salgas de la cama, ¿verdad?

Ella sonríe y se enrosca a mi lado.

—Eso espero.

Sábado, 12 de noviembre

Keller

Aparte de para ir a la residencia a coger sus medicamentos, al supermercado a comprar condones, comer cuando toca y llamar a Stella por la mañana y por la noche como siempre, no abandonamos la cama en todo el día.

Ha sido como estar en el cielo.

Domingo, 13 de noviembre

Kate

Nunca pensé que estar con alguien me haría sentir tan bien, pero lo hace. *Lo hace*. Es mi cuento de hadas y, aunque será corto y tendrá un final horrible, es todo *mío*. Contarle a Keller lo de mi cáncer ha sido lo más difícil que he tenido que hacer en la vida, pero al final ha valido la pena. Nunca he querido que soportara esta carga conmigo, pero no puedo negar que parece más ligera ahora que lo sabe. Ahora que me está ayudando. Y creedme: sé lo mal que está eso.

Keller sigue durmiendo, bocarriba. Yo estoy de lado, enroscada sobre él, excepto por la cabeza, que tengo apoyada en la almohada, al lado de la suya. Lo observo. Parece totalmente sereno, como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo. Pero sé que eso no es verdad; se preocupa por todo.

Keller habla antes de abrir los ojos.

—Buenos días, Katie.

—¿Cómo sabías que estaba despierta? —susurro.

—Porque respiras más rápido cuando estás despierta que cuando duermes. —Gira la cabeza y estamos nariz contra nariz. Entonces, abre los ojos y sonríe—. Noto como tu pecho sube y baja contra mí.

—Keller, probablemente debería volver hoy a la residencia.

Me rodea entre sus brazos y contesta:

—Es una mala idea. Me gusta que estés justo donde estás.

—No puedo vivir aquí.

Keller no vacila.

—¿Por qué no?

En realidad no tengo respuesta, excepto que parece algo precipitado. Y me haría parecer dependiente.

Entrecierra los ojos.

—¿Siempre has tenido la manía de negarte lo que quieres de verdad o es algo nuevo que solo haces conmigo?

Me ha pillado por sorpresa.

—¿Qué?

—Creo que llevas veinte años cuidando de los demás y anteponiendo sus necesidades a las tuyas. Te pido que seas sincera contigo misma ahora, Katie. Que cedas ante lo que de verdad quieres. —Me besa en la frente y esboza una amplia sonrisa—. ¿Recuerdas lo bien que nos fue eso anoche?

No puedo evitar sonreír a pesar de que me lo haya echado en cara. Tiene razón.

—¿No te gusta estar aquí conmigo? —insiste.

—Claro que sí, pero me siento una intrusa.

Keller me acaricia los labios antes de besarme.

—Tú nunca eres una intrusa. No sé qué haría si te marcharas ahora.

—Pero tendré que marcharme algún día. No quiero que esto sea más difícil para ti de lo que tiene que ser. No puedo ser tan egoísta.

Me coge la cara entre las manos.

—No te preocupes por mí. Yo decido de quién me enamoro, ¿recuerdas?

—Lo sé.

—Katie, sé que en realidad no quieres hablar de ello, pero ¿no se puede hacer nada? ¿Quimio, radiación, cirugía?

Niego con la cabeza.

—Es inoperable. La quimio es una opción, pero lo más probable es que me dé unos meses más como máximo. Y es una mierda; no vale la pena estar enferma por el cáncer y la quimio solo para retrasar lo inevitable. Va a ocurrir de todos modos. Quiero disfrutar del tiempo que me queda sin vomitar y con la cabeza llena de pelo.

Parece que va a empezar a llorar.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—El doctor Connell dice que sin el tratamiento unos tres meses. —Sonrío porque no puedo dejar que esto me deprima más. Tengo que vivir el presente, y con los medicamentos que tengo ahora el dolor es soportable.

Las lágrimas le caen por las mejillas.

—Tiene que haber algo que se pueda hacer. Quizá mi padre conozca a un oncólogo. ¿Qué tipo de cáncer tienes?

Le enjugo las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—No llores.

—¿Qué tipo de cáncer, Katie? —insiste.

—De hígado y de pulmón, en los dos pulmones.

Pone una cara larga y le vuelven a caer las lágrimas.

—Por favor, no llores. No quiero perder el tiempo llorando.

—No quiero perderte, Katie. Esto no debería pasarle a alguien como tú. No es

justo.

—Yo tampoco quiero dejarte, Keller, pero así es como acaba mi historia. Siento que soy la chica más afortunada del mundo. Voy a pasar mis últimos meses contigo, para amarte y para que me ames. Nunca pensé que viviría eso. Eres toda una bendición.

—¿Qué tal si no volvemos a hablar del cáncer? Lo odio. —Es como si me leyera la mente.

Asiento y sonrío.

—Trato hecho.

Ya le he dicho que no le cuente nada a nadie. No quiero que los demás lo sepan hasta que no pueda esconderlo más.

Lunes, 14 de noviembre

Keller

Hoy hace frío. Mi aliento se convierte en vaho mientras camino por la calle principal hacia Tres petunias. Sé que no debería molestar a Katie en el trabajo, pero hago un turno extra en el Red Lion Road esta noche y no puedo esperar a compartir las buenas noticias con ella. Todo mi cuerpo vibra por la emoción de la rebelión y la satisfacción. Me siento *muy* bien. ¿Esto es lo que se siente cuando controlas tu destino? Me siento poderoso. Y no poderoso en plan egocéntrico y gilipollas, sino poderoso como si lo tuviera todo controlado.

La campana anuncia mi llegada. Nunca me había fijado en las campanas hasta el día que conocí a Katie. La mirada llena de desprecio que le dirigió a la campana del Grounds fue tan adorable que cada vez que escucho una me acuerdo de ese momento.

Shel levanta la vista del arreglo floral que tiene delante y me dirige una sonrisa maliciosa; sé que se va a meter conmigo.

—Hola, *Romeo*.

Decido que ignorar sus intentos de avergonzarme es la mejor manera de lidiar con ella.

—Hola, Shel.

El calor de mis mejillas me traiciona y su sonrisa se ensancha. Katie se gira al oír mi voz. ¿Esa reacción? Es adictiva. Un simple hecho que me hace jodidamente feliz. Solo hemos estado separados desde esta mañana temprano, cuando Katie se ha ido a clase, pero, después del fin de semana, unas cuantas horas son toda una eternidad.

—Hola, preciosa.

Ella sonrío de manera sugerente.

—Hola, guapo. No podías estar lejos de mí, ¿eh?

Niego con la cabeza, rodeo el mostrador y abrazo. *No puedo* estar lejos de ella. La piel le huele a mi jabón. Me encanta saber que ha usado mi jabón. En mi ducha. En mi piso. Esta mañana. Y ahora que la tengo entre mis brazos no puedo resistirme a besarla.

Shel se aclara la garganta.

—Keller, intento gestionar un negocio y eso. No te la saques de los pantalones.

Sonrío, me encojo de hombros y pestañeo inocentemente hacia ella.

—¿Qué?

Sé que solo nos está chinchando. Tras superar el asombro inicial al vernos juntos a Katie y a mí el sábado por la noche, nos dio su bendición y después me advirtió con dureza que me «cortaría los putos huevos» si le hacía daño a Katie.

Le juré por mis cojones que no lo haría.

Shel me mira amenazante y entonces se le escapa una risita ronca aunque femenina.

—Odio decirlo, pero aunque las cosas monas me dan náuseas, vosotros dos sois monísimos. No se me ocurre otra palabra para describirlo. *Sois jodidamente monos.*

—Jo, Shelly —protesta Katie—, no quiero ser mona. ¿Por qué no puedo ser la hostia como tú? Nunca me dices que soy la hostia, tía. Estropea un poco la imagen que tengo de mí misma en mi cabeza.

Shelly pone los ojos en blanco y no responde a la burla, y Katie ríe.

Yo le doy un beso en la coronilla a Katie otra vez.

—Ah, eres la hostia... y mona... y *sexy*...

Shelly interrumpe rápidamente.

—Vale, tortolito, suficiente. Será mejor que tengas una buena razón para estar aquí aparte de manosear a mi compañera de trabajo.

Sonrío a Katie como respuesta.

—La tengo. ¿Puedo robártela un segundo?

Shel asiente.

—Que sea rápido. Y si escucho algo remotamente sexual os advierto que entraré, así que ni lo penséis.

Katie hace un saludo militar.

—Sí, mi capitán.

—Gracias —digo.

Llevo a Katie a la trastienda y cierro la puerta para tener algo de privacidad.

Me sonrío, pero veo la preocupación en sus ojos.

—¿Qué pasa?

—Hoy he hablado con mi orientador.

Abre los ojos, expectante, y sé que está emocionada por oír lo que voy a decir a continuación. Mi valentía aumenta.

—Me he cambiado de carrera.

Esboza una sonrisa triunfante y salta a mis brazos.

—¡Oh, Dios mío! Estoy muy orgullosa de ti. Keller, lo has hecho. *Lo estás*

haciendo. —Deja de moverse, se libera de mi abrazo y me mira a los ojos. Su expresión se torna muy seria de repente—. ¿Estás bien? O sea, esto es *muy importante*.

Mis nervios decaen y la calma se apodera de mí ahora que lo he dicho en alto. Es real. Asiento.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—No. Lo haré este fin de semana. Quiero decírselo en persona. —Me aclaro la garganta—. ¿Puedo pedirte un favor?

Katie no duda.

—Claro. Lo que sea.

El apoyo incondicional es increíble. Hace que me sienta como Superman.

—¿Vendrías conmigo a Chicago este fin de semana?

No sé qué haré si dice que no.

Katie me sostiene la mejilla con su diminuta mano.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

No está rechazando mi propuesta. Quizá se quiere asegurar de que lo he pensado bien.

—Sí. Les daré yo solo la noticia, pero me sentiría mejor sabiendo que estás cerca.

Katie asiente.

—Entonces vale, por supuesto. Iré contigo.

Su apoyo hace que sienta que puedo hacer lo que sea. Lo que sea. Ya me siento más fuerte.

—Gracias.

—Ahora que la decisión está tomada, ¿qué vas a hacer?

Vuelve a parecer preocupada. Coloco las manos sobre los hombros para consolarla.

—Cambiar de carrera significa que tengo que estudiar un año y medio más. Por suerte, ya tenía muchas clases de Inglés, así que eso ayuda. Me he quitado todas las clases por las que no me dan créditos en mi nueva carrera.

Katie hace una mueca.

—¿Ha sido muy difícil? Sé que te molesta no terminar algo con lo que te has comprometido.

Esta chica me conoce. Me *conoce*.

—Sí, probablemente haya sido lo único difícil de todo esto. Odio dejar las cosas sin terminar. Me hace sentir que soy un fracasado.

Coloca un dedo sobre mis labios para que me calle.

—No eres un fracasado. Has cambiado de planes. Es una diferencia enorme.

Cuando sonrío, Katie baja el dedo.

—Gracias.

—¿Y qué pasa con la beca?

—Todavía no lo sé. Mi orientador va a hablar con el señor Watkins, el director del Departamento de Inglés, para ver qué se puede hacer. No me sorprendería que la perdiese, pero, aunque la pierda, hay más formas de obtener becas, ¿verdad?

Asiente.

—Verdad. —Hace una pausa y luego repite—: ¿Estás seguro de que estás bien?

—Sinceramente, creo que no he estado mejor en toda mi vida.

Katie me mira fijamente. Suelo odiar este tipo de escrutinio intenso, pero cuando me mira así me siento vivo, como si por fin hubiera alguien que me ve, que ve a mi yo de verdad. No tengo que avergonzarme. No tengo que fingir. Puedo ser yo mismo, Keller Banks. Katie esboza la sonrisa más amable que he visto y me coge de la mano.

—Joder. Estoy asombrada, tío. En serio. *Lo estás haciendo*. Has recuperado oficialmente una gran parte de tu vida. ¿Qué se siente al ser la hostia?

Me encojo de hombros.

—La hostia.

Mi respuesta es despreocupada, pero sus palabras han tenido el efecto de un chute de adrenalina directo al corazón. Mi pecho se llena de orgullo y amor.

Katie ríe, vuelve a abrazarme y me roza la oreja con los labios.

—Estás muy *sexy* cuando eres la hostia —lo dice en ese susurro grave que me vuelve loco.

Le recorro la columna con las manos y me detengo en las caderas mientras recorro a besos su cuello, hasta llegar a la oreja.

—No tienes ni idea de lo que te espera después. Más te vale que hayas hecho la siesta hoy, porque cuando vuelva a casa esta noche...

Me provoca lamiéndome el lóbulo de la oreja con la punta de la lengua antes de responder:

—¿Me lo prometes?

—Que me parta un rayo si no.

Martes, 15 de noviembre

Kate

Hace bastante tiempo que no hablo con Maddie. Aunque me pongo al día con regularidad a través de Clayton porque pasa mucho tiempo en el piso de Maddie y Morris, quiero comunicarme con ella directamente. A pesar de la conversación —al parecer real— que llevó a que Morris se convirtiera en su compañero de piso, la cosa ha ido en declive desde entonces. Ha vuelto a levantar las barreras.

Por eso, a pesar de no tener muchas esperanzas, le mando un mensaje: «Ey, ¿quieres que cenemos juntas el viernes?».

Miércoles, 16 de noviembre

Kate

Maddie responde a mi mensaje: «Puede».

No se compromete. Pero ¿qué esperaba, de todas formas?

Viernes, 18 de noviembre

Kate

Maddie acaba de responderme para decir que está libre para cenar esta noche a las siete y cuarto. Son las seis y treinta y siete. El mensaje no es tanto una aceptación como una rendición ante un chantaje. *Yo no estaba haciendo chantaje*. Cualquiera pensaría que le estaba retorciendo el brazo a la chica. Siento un poco haber preguntado llegados a este punto. Hoy estoy especialmente cansada e intento ser positiva, pero estoy de mal humor. Esto no ayuda.

Me siento culpable por mostrarle a Keller el mundo de Maddie Spiegelman, pero no puedo hacer esto sola.

—Keller, ¿conoces el dicho «Hoy por ti y mañana por mí»?

Levanta la vista del libro que está leyendo y esboza esa media sonrisa que me encanta.

—Sí —dice sugerente.

Ahora me siento peor porque piensa que saldrá algo bueno de esto.

—Mañana iré a Chicago contigo. ¿Vendrías a cenar con mi tía y conmigo esta noche?

Marca la página que está leyendo y deja el libro.

—Claro. ¿En Minneapolis o viene ella a Grant?

Le he contado a Keller que tengo una tía en Minneapolis, pero he omitido intencionadamente el resto de detalles sobre ella. Es una situación en plan «Si no tienes nada bueno que decir, no digas nada».

—Minneapolis. ¿Puedes estar listo en quince minutos?

Ya está a medio camino del baño.

—¿Me alcanzas unos vaqueros limpios y una camiseta? Voy a darme una ducha rápida. ¿Quieres sumarte?

Una sonrisa me derrite por dentro y su flirteo alivia algo de la tensión que siento en el cuerpo.

—Sí... pero eso llevaría más de quince minutos y entonces nos perderíamos toda la cena.

Se encoge de hombros.

—Una pena.

Cada día se vuelve más adorable.

Nos detenemos en el edificio de Maddie a las siete y cuarto exactamente. Dijo que estaría preparada. Cuando abre la puerta y posa los ojos en Keller, percibo en ellos una expresión hambrienta y depredadora, como si su mente se debatiera entre dos opciones: devorarlo entero o saborear cada bocado. Keller también se da cuenta. Mierda, hasta el chico ciego al otro lado de la calle se ha dado cuenta. Keller le estrecha la mano cuando los presento, pero no suelta la mía.

Sugiero que vayamos a cenar al restaurante que hay al final de la calle, donde Maddie y yo desayunamos hace meses. Es un buen sitio y es barato, y, lo que es más importante, no hay *sushi*. Keller apoya mi propuesta y Maddie no se queja, a pesar de que no es su tipo de cita ideal para un viernes por la noche. Está vestida como una señorita de compañía de lujo.

Caminamos juntos por la acera, con Keller en medio de las dos. Sostiene mi mano con las dos suyas. Quizá tiene miedo de que Maddie le coja la mano libre si la deja al descubierto. Probablemente tenga razón. Maddie está monopolizando la conversación y no me ha hecho ni una pregunta ni ningún comentario. Solo se dirige a Keller. Empiezo a pensar que se ha olvidado de que estoy aquí. Me siento cansada, así que es un alivio no tener que seguir la conversación o concentrarme en ella. Y es divertido porque Maddie se está esforzando mucho para impresionar a Keller.

Aunque no está impresionado.

Para nada.

Le debo una.

Tomo notas mentales durante la cena y, al parecer, la vida de Maddie sigue siendo la misma que hace meses. Esperaba que la mudanza de Morris la hubiera ayudado económicamente y que eso le hubiera permitido tener una visión más profunda del mundo y encontrar significado en otras cosas. Parece que nada ha cambiado.

Quizá sea porque estoy cansada, quizá sea la medicación, o quizá sea una zorra indolente en lo más profundo de mi ser, pero no puedo seguir escuchando. Mi plan para esta noche era poner las cartas sobre la mesa, porque sinceramente no creo que vaya a ver a Maddie muchas más veces y quiero sentirme en paz sabiendo que he hecho todo lo que he podido para abrirle los ojos.

—Esto, Maddie... —Da un brinco al escuchar mi voz. *Sip*, se había olvidado de que estaba aquí—. Hacía tiempo que no te veía. ¿Qué tal todo con tu nuevo compañero de piso?

Voy a empezar con las preguntas fáciles.

—Morris es un cielo. Tengo mucha suerte de haberlo encontrado. —Vuelve a hablar con Keller.

Él asiente como hago yo cuando la he escuchado durante demasiado tiempo o lo que dice es increíble. Casi me echo a reír.

—Keller, fue una locura. Morris se acababa de mudar desde Londres.

—Manchester —murmuro, pero no me oye y sigue hablando por encima de mí.

—No conocía a un alma y estaba buscando un sitio en el que vivir y aunque yo estaba *encantada* con tener mi piso de *dos* habitaciones para mí sola, bueno, me daba mucha pena decirle que no cuando el pobrecito *casi me suplicó* que le dejara mudarse.

Vaya. Esa es una versión un poco diferente a la que yo recuerdo. Siento que estamos jugando al juego del teléfono... y soy la última persona... de una fila *muy* larga.

Keller tampoco es estúpido. Lee entre líneas.

—Sí que fue una suerte. ¿Cómo lo conociste?

Maddie esquivo la pregunta porque está claro que ella tiene que ser la salvadora de esta historia y es un detalle sin importancia.

—No me acuerdo exactamente.

Suelto una risa que suena como un ladrido porque a) es verdad que no se acuerda o b) finge que no se acuerda. Cualquiera opción me parece una mierda. Este es el tipo de cosa que suelo dejar pasar, pero parece que esta noche no puedo hacerlo.

—¿No te acuerdas de quién te presentó a Morris?

Maddie aparta con dificultad los ojos de Keller y me mira como si fuera una niña pequeña a la que se debe mirar, pero no escuchar.

—No es importante, *Kate*.

Le ofrezco una sonrisa falsa.

—Supongo que no. —Y luego añado con una tos por lo bajini—: De nada.

Keller suelta una risita silenciosa a mi lado. Me ha oído. Sabe lo que está pasando.

—¿Qué es tan gracioso, Keller, cariño? —dice con un ronroneo. Ronronea de verdad. Empieza a ponerme histérica.

Keller carraspea.

—Nada. Lo siento. Solo pensaba en algo que Katie dijo antes.

Maddie se amarga, pero no quiere rendirse ahora que Keller participa en la conversación.

—Pues la pequeña Kate nunca me contó que estuviera saliendo con nadie. ¿Cuánto tiempo te ha mantenido en secreto?

Keller me mira y me guiña un ojo antes de contestar. Ese guiño me dice que va a ocurrir algo gracioso.

—Me enamoré de ella en cuanto la conocí hace meses, pero empezamos a salir hace muy poco. Nunca he conocido a nadie como ella, alguien tan compatible conmigo en todos los aspectos: emocional, intelectual y sexualmente. Ninguna mujer podrá hacerme nunca tan feliz.

Casi quiero sonrojarme porque sé que lo dice en serio, pero la expresión de la cara de Maddie no tiene precio. Me siento triunfante. El triunfo ha machacado a la vergüenza.

Keller me besa en la mejilla para indicar que necesita que lo deje salir del reservado.

—Tengo que ir al baño antes de que nos marchemos, nena. Estoy listo para llevarte a casa si no te importa. —Me guiña de nuevo.

Dios, sabe cómo batirse en retirada. Y esta nueva seguridad en sí mismo me pone. Ahora estoy preparada para ir a casa y por otras razones aparte de para escapar de la cena.

Me deslizo para salir y él me susurra en la oreja al pasar:

—Todo es verdad.

Maddie casi babea cuando lo observa alejarse; tiene los ojos clavados en su culo. No tiene vergüenza.

Carraspeo para desviar su atención porque todavía tenemos asuntos que tratar.

—Mmm, Maddie, quería preguntarte cómo va todo. Ya sabes, ¿has ido al médico últimamente? —Se acabaron las preguntas fáciles.

Pone los ojos en blanco.

—No vamos a hablar de *eso* otra vez, ¿no?

Asiento.

—*Sip*. —Por eso estoy aquí. Siento que le he fallado como familia si no saco el tema—. Vamos a hablar de eso.

—Ya te lo dije, Kate. *No* es un problema.

Tengo que darme prisa antes de que Keller regrese. No quiero apurar esto porque entonces parecería forzado, pero es todo lo que tengo.

—Maddie, escucha, estoy preocupada por ti. Pienso mucho en ti y solo quiero que estés sana y seas feliz. El estilo de vida que llevas, la dieta que has elegido... No son realmente óptimos, tía. —Estoy nerviosa porque no me estoy explicando muy bien. No quiero avergonzarla o hacer que se sienta mal. Estoy intentando ser considerada,

pero firme.

No le gusta que la ponga en evidencia.

—Kate, *soy feliz*. Y en cuanto a mi salud no tengo ningún problema. Además, los hombres encuentran más atractivas a las mujeres delgadas. —Se encoje de hombros como si lo supiera todo el mundo—. Es un hecho. —Me mira de arriba abajo—. Tiene pinta de que tú también lo has entendido. Parece que has perdido unos michelines desde la última vez que te vi y ahora estás saliendo con el guaperas de ojos azules. —Lo susurra como si estuviéramos juntas en esto, como si yo también quisiera adelgazar, como si mi pérdida de peso fuera producto de mis acciones y una elección, no el efecto de una enfermedad terminal—. No es una coincidencia. —Guiña el ojo—. Créeme.

Levanto la vista y Keller está detrás de ella. Lo ha oído todo y la expresión de su cara es la de un asesino. Niego con la cabeza ligeramente. No merece la pena.

Se acerca a mi lado, saca veinte dólares del bolsillo y los deja en la mesa para pagar nuestra parte de la cuenta y la propina. Me extiende la mano.

—Ha sido suficiente por hoy.

Maddie no pilla la indirecta.

—¿A quién le apetecen unas copas?

Estoy a punto de decir que paso cuando Keller se me adelanta.

—Tenemos que volver a casa. Estaremos muy ocupados el fin de semana y Katie necesita descansar.

Le suplico con los ojos que no saque el tema. Por favor, no le digas que estoy enferma.

Maddie ríe. Es el tipo de risa que sueltas cuando piensas que compartes un momento privado con alguien a expensas del sujetavelas.

—Sí, parece que a Kate le vendría bien descansar. Dormir es una maravilla para estar guapa. —Se pasa el pelo por encima del hombro—. No todos podemos tener tan buen aspecto solo con dormir unas horas por la noche.

Vaya. ¿En serio ha dicho eso?

Keller sacude la cabeza. Tampoco puede creérselo.

—¿Sabes cuál es una de mis cosas favoritas de Katie?

Maddie vuelve a estar triste, como cada vez que Keller ha dicho mi nombre esta noche, como si al decir mi nombre reafirmara que ella no tiene ni una oportunidad con él.

—No. ¿Cuál?

Keller tira de mí con suavidad para ponerme a su lado. Le tiembla la mano. Está cabreado. No sé si dejar que diga lo que sea que está a punto de decir o empujarlo

hacia la puerta. Al final decido que quiero oírlo, porque últimamente ha estado experimentando con su valentía y la necesita este fin de semana más que nunca.

—Me encanta saber que Katie nunca jamás, ni en un millón de años, trataría a alguien tan mal como la has tratado tú a ella esta noche. Es una pena que estés tan ensimismada contigo misma que eres incapaz de conocerla mejor. Porque, créeme, si pudieras, serías mejor persona.

Le aprieto la mano. Me siento mal por Maddie, pero me gusta tener a alguien que da la cara por mí. Keller baja la vista y me sonríe. La sonrisa se esfuma cuando vuelve a ver la expresión estupefacta de Maddie.

—Me gustaría poder decir que ha sido un placer, pero, bueno, no lo ha sido. Ni de lejos.

Entonces salimos. No miro atrás. De alguna manera sé que esta es la última vez que hablaré con Maddie. No hay forma de que vaya a hablarme después de esto.

Camino hacia el coche, acongojada, así que antes de entrar le doy un abrazo a Keller y lo estrecho con fuerza. Necesito que me abrace. Todavía le tiembla el cuerpo, y no es por el frío.

—Es una de las personas más narcisistas, insensibles e irrespetuosas que he conocido...

Lo interrumpo con un beso.

—Gracias. No me va mucho lo de que me rescaten, pero estás hecho todo un príncipe azul, Keller Banks.

Keller quiere sonreír, pero no puede. Me acaricia el pelo y me mira a los ojos. Eso lo calma, así que lo dejo.

—¿No te cabrea? ¿Por qué estás tan tranquila? Es una persona tóxica.

Me encojo de hombros.

—No es la persona más agradable del mundo, pero tiene problemas. Quería intentar hablar con ella de eso esta noche.

—Si su problema no es ser la mayor hija de puta del mundo, permíteme disentir.

Tengo que sonreír porque suena como Gus. Y es difícil creer que haya dos personas en mi vida a las que les interese tanto protegerme. Sacudo la cabeza y mi sonrisa desaparece cuando la realidad de Maddie se hace un hueco.

—Es bulímica, Keller.

Niega con la cabeza.

—No es suficiente. O sea, sé que eso suena muy desconsiderado y, vale, para ser justos sí que es una mierda, pero, Katie, tú tienes un *puto*... ya sabes. —No puede decirlo—. Debería estar preocupada por ti.

—La vida no debería ser una competición para ver quién está más en la mierda.

—Bajo la mirada—. Además, no quiero que lo sepa.

Me levanta la barbilla con un dedo y susurra:

—¿Por qué no?

Me quedo en silencio y tengo que tragar saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—¿Es porque ya tiene sus propios problemas? ¿No quieres que se preocupe por ti? Porque, para ser sincero, a esa mujer le vendría bien preocuparse por alguien que no sea ella, para variar.

Niego con la cabeza. Esa es la razón por la que no quiero que los demás lo sepan, pero no por la que no quiero decírselo a Maddie. Con Maddie es diferente. Es un miedo que no quiero verbalizar, porque verbalizarlo lo haría real. ¿Por qué los asuntos familiares tienen que ser tan difíciles? ¿Tan dolorosos?

Keller me abraza y traza círculos en la parte de atrás de mi abrigo. Sabe que eso me calma.

—¿Por qué, nena? ¿De qué tienes miedo?

—Sé que es estúpido, pero ¿y si no le importara? Mi madre no estaba hecha para que le importaran las cosas. Lo acepté. A mi padre nunca le importaron. Es como si no existiera. Fue su elección. Lo acepté. ¿Y si mi tía descubre que me estoy muriendo y no le importa, Keller? Es la única familia que me queda. No busco su lástima o su amor, pero creo que no podría soportar la indiferencia de otro familiar. Toda esta situación hipotética es solo una variante de un juego psicológico retorcido en el que he participado toda mi vida. No necesito desenterrarlo otra vez. Es agotador. Quiero dejarlo atrás porque me llena la cabeza de mierda.

Keller me besa la coronilla.

—Amén. Conozco bien ese juego. Mi cabeza ha estado llena de mierda desde siempre.

Me pongo de puntillas y lo beso porque, al menos, sé que tenemos esto en común.

—Ah, empatía, la prima más íntima de la simpatía. Es agradable saber que empatizas conmigo en este tema de mierda.

Keller me besa antes de añadir:

—Puedo empatizar contigo cuando quieras, nena.

Sus labios me gustan tanto que cierro los ojos y vuelvo a besarlo.

—Preferiría besarte.

—Mucho mejor.

Keller me besa con más intensidad y, antes de darme cuenta, lo estoy manoseando en público en el aparcamiento. Aleja a Maddie de mi mente, y eso es justo lo que necesito ahora.

Cuando para de besarme los dos estamos sin aliento. Echo un vistazo por el aparcamiento. Está oscuro y apartado. Miro el coche. Las ventanas están tintadas. Entonces le hago una propuesta:

—¿Alguna vez lo has hecho en un coche, guapo?

Niega con la cabeza y esboza esa maldita media sonrisa.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Keller abre la puerta del asiento trasero en el lado del conductor, se sienta y tira de mí para colocarme a horcajadas sobre él. Estiro el brazo hacia atrás y cierro la puerta a ciegas porque mis labios vuelven a estar sobre los suyos y no tengo intención de prestarle atención a nada más.

Debido al pequeño espacio se nos hace difícil quitarnos los abrigos, pero nos los arreglamos. Le dedico un agradecimiento a nadie en particular —porque creo que es raro darle las gracias a Dios por los preliminares— cuando me doy cuenta de que llevo una camisa de botones. Keller está concentradísimo y enseguida me desabotona la camisa y deja ver mi único sujetador de encaje. Es la única prenda de ropa interior bonita que poseo.

Keller gime en mi boca y su voz vibra dentro de mí, resonando en todas las células de mi cuerpo, desde mi cuero cabelludo a los meñiques de los pies. Siento su deseo cuando mueve de forma seductora las caderas contra las mías. Nos separamos y posa su mirada hambrienta en mi pecho.

—Dios, Katie, eres preciosa.

Me sostiene los pechos con las manos por debajo del encaje. Parecen grandes en sus manos, y cuando me roza suavemente los pezones con los pulgares, arqueo la espalda y los acerco más a su boca prodigiosa. Como respuesta a esta súplica física, Keller reivindica para sí mi carne sensible. Sus dientes tiran con la cantidad perfecta de presión y extiende un placer increíble y algo doloroso. Hay una fina línea entre el placer y el dolor, y Keller la domina. Jadeo. Y cuando su lengua delinea y acaricia la punta de mis pezones, no puedo contenerme.

—Eso es, cielo, no pares.

Estiro la mano hacia abajo, le desabrocho el botón de los vaqueros, le bajo la cremallera y deslizo la mano en el interior de sus bóxers. Le cojo el miembro, que reconoce el atrevimiento y se agita. Le recompenso y lo acaricio a lo largo, despacio, con aprecio y admiración.

Keller gruñe sonoramente.

—Ah, joder, Katie. —Cada vez se expresa más cuando nos acostamos juntos.

Maldita sea. El sonido de su voz, el deseo de su voz, podría hacer que me corriese. Me inclino hacia abajo y trazo el contorno de su oreja con la punta de la

lengua y a él le da un escalofrío.

—Dime qué quieres —propongo en un susurro grave. Le encanta cuando hablo así.

—Te quiero a ti. Cada precioso centímetro de ti.

Me vuelve a besar. El ritmo es lento. El nivel de control y seguridad que tiene en este momento es lo más *sexy* que he visto nunca. Me desabrocha los vaqueros y baja la cremallera. Desliza las manos por debajo de mis bragas, me cubre el culo con la palma de las manos y me empuja hacia él. Estoy casi sin aliento por el deseo carnal.

—Sé más específico, cielo. ¿Qué quieres que haga?

Sus caderas se mueven a un ritmo tentador mientras me acaricia el cuello con los labios.

—Quiero que te quites los pantalones —ordena mientras su lengua se dirige hacia el sur—. Las bragas también.

Eso ha sido casi brusco. Me gusta. *Mucho*. Y de repente no puedo moverme lo suficientemente rápido. Ser rápido es complicado debido al pequeño asiento trasero, así que me conformo con ser seductora. A Keller le gusta que lo seduzcan.

—Bájame los pantalones y los bóxers hasta las rodillas. —Es su segunda orden.

Obedezco de nuevo, y cuando Keller se libera como un resorte de la restricción de la ropa quiero cogerlo en mis manos. Quiero hacerlo *de verdad*. Pero espero.

—Siéntate a horcajadas.

Con gusto. Keller está expuesto entre nosotros. Me presiona el estómago con su miembro.

—Tócame, Katie.

Tiene los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, contra el asiento. Lo rodeo con los dedos delicadamente, pero con firmeza. Puede que el tacto sea mi sentido favorito. La fricción desde la base hasta la punta, el delicioso cosquilleo al rozar mi bajo vientre y el suyo con la mano; es alucinante.

Keller me observa. Su mirada es pesada, penetrante. La percibo. Y saber lo mucho que me desea justo en este momento hace que me sienta poderosa en el sentido más primitivo e íntimo. Pero ese poder empalidece en comparación con el control que él está ejerciendo ahora. Tengo que hacerlo por él, no porque sea un tipo de control aterrador y violento, sino porque se controla en plan «voy a pedir exactamente lo que quiero». Y es muy *sexy*.

—¿Estás preparada?

Asiento porque si empiezo a hablar daré órdenes y quiero que termine lo que ha empezado. Yo lo sigo a él.

—¿Cuánto?

Gimoteo cuando desliza la mano ociosamente ente mis piernas. Es agonizante. El anhelo se intensifica.

—Joder, Katie, me encanta tocarte. —Siento su aliento en mi oreja; su voz es *sexy* y grave—. Estás *muy* preparada.

Me muerdo el labio y siento el dolor agudo infligido por mis dientes. Keller me está volviendo loca. Y cuando desliza los dedos en mi interior, no puedo aguantarme.

—*Dios*.

Empiezo a mover las caderas con él mientras me inundan las sensaciones.

La lujuria ha consumido la luz en los ojos de Keller.

—Me encanta mirarte. Eres tan*sexy*. Te deseo, nena. Necesito oírtelo decir. Dame órdenes. Dime guarrerías. Dime *qué quieres*.

La hostia, ¿acaba de pedirme que le diga guarrerías? Con los ojos fijos en los suyos, sin parpadear, le digo exactamente lo que quiero con la voz que lo vuelve loco.

—Te quiero dentro de mí, cielo, *muy* dentro. Quiero que sientas la desesperación y el deseo que me arrasa ahora mismo. Quiero que me folles como si quisieras demostrar algo y que nunca lo olvidara, jamás.

Un rugido retumba en lo más hondo de su pecho. Me levanta las caderas y con un único movimiento rápido me llena con todo su ser. Jadeo. Y cuando empezamos a movernos juntos, sé que ninguno de los dos va a durar demasiado. ¿El control de antes? Sí, ha desaparecido... para los dos. Las palabras se me escapan de la boca, porque, en este momento, es independiente de mi mente.

—Más fuerte... sí, así... más... —Keller me está dando todo lo que mi cuerpo quiere.

Cuando llega al clímax, gruñe y exhala. Es un sonido animal y primitivo, lo más erótico que he oído en mi vida. Me lleva al límite con él.

Los dos nos abrazamos mientras nuestros cuerpos se detienen y se calman. Tengo la cara enterrada en la curva de su cuello. Hay una pizca de sudor brillante a pesar de que hace frío en el coche. Huele a hombre. El aroma a hombre es mi nuevo olor favorito.

—¿Katie?

—¿Sí?

—Te quiero.

—Yo también te quiero, cielo.

—Me encanta cuando me llamas así. Dilo otra vez.

Me alejo y lo miro a los ojos porque necesita ver lo muy en serio que lo digo.

—Te quiero, cielo.

Keller sonríe. No es una sonrisa feliz, ni triste ni seductora. Es una sonrisa de confirmación. De satisfacción.

Sábado, 19 de noviembre

Keller

La manera en que me miran hace que me sienta pequeño e insignificante. Es como si su decepción hubiera marcado un récord, y todavía no he abierto la boca. La última vez que les pedí un poco de su tiempo fue cuando les dije que Lily estaba embarazada. Supongo que senté un precedente que ellos interpretan como malas noticias y ahora no esperan nada menos.

Echo un vistazo a la palma de mi mano, a la letra de Katie: «Eres valiente». Lo ha escrito con permanente esta mañana, antes de llevarse a Stella al parque. Repito el mantra en mi cabeza. «Eres valiente». Me aclaro la garganta.

—He decidido cambiar de carrera.

Mi madre se pone de pie. Así de rápido. Una frase y ya está poniendo objeciones como si estuviera en los tribunales. Que empiece la crucifixión.

—No harás tal cosa. No vas a tirar a la basura años de estudio.

Mi padre apoya una mano en el antebrazo de ella. Le pide que se siente sin dirigirse a ella directamente. Siempre ha sido el yin pasivo que complementa el yang dinámico que es mi madre. De nuevo, están sentados al otro lado de la mesa como un frente unido. Emocionalmente distantes, incluso entre ellos, pero unidos. Algunas cosas nunca cambian.

Mi padre sustituye el silencio.

—¿Qué planes tienes, Keller?

No quiero ver la decepción, pero lo miro de todas formas.

—Quiero enseñar Inglés en el instituto.

Mi madre vuelve a ponerse en pie y se aleja de la mesa. El golpeteo de sus tacones contra el suelo de madera es el equivalente a unas uñas rasgando una pizarra.

—Oh, por el amor de Dios, Keller, ¿cómo vas a mantener a Stella con el sueldo de un profesor? —Pronuncia la palabra «profesor» muy rápido.

—La gente lo hace. Mi objetivo no es hacerme rico. Stella y yo estaremos bien.

Mi madre hace un gesto irritado con la mano y se gira un momento antes de soltar:

—Esto no es un juego, Keller. Tienes una hija a la que mantener. Pensaba que querías estudiar Derecho...

La interrumpo.

—*Tú* querías que estudiara Derecho, que siguiera tus pasos. Nunca se ha tratado de mí, de lo que *yo* quiero.

Sacude la cabeza.

—Después de todo lo que hemos hecho por ti, ¿así es como nos lo pagas?

Increíble.

—¿Y qué pasa conmigo, madre? Quiero un trabajo que me guste, algo que me apasione. Quiero volver a casa cada noche y sentir que he cambiado la vida de alguien.

Mi madre me señala de manera acusatoria con su uña bien cuidada.

—¿Crees que yo no cambio la vida de nadie, Keller?

Nunca ganaré a esta mujer.

—Dios, no es una competición —suspiro—. Tu trabajo es más importante que el mío, más importante que el suyo. —Hago gestos hacia mi padre, que ha estado muy callado. —Esto es sobre lo que me hace feliz. A mí. A *tu hijo*.

—Perderás la beca. —Parece segura de ello y me pregunto cuántos hilos ha movido en el pasado para conseguir lo que tengo ahora.

No pestañeo. No puedo mostrar miedo. Echo un vistazo a la palma de mi mano. «Eres valiente».

—Es una posibilidad.

Ríe con arrogancia.

—¿Posibilidad? ¿*Posibilidad*? Es una certeza, Keller.

—Pediré un préstamo para estudiantes.

Suelta una risa fría, como si pedir un préstamo no estuviese a la altura de la familia Banks.

Mi padre habla por fin.

—¿Y qué pasa con Stella, Keller? ¿Has pensado en cómo le afectará tu decisión en el futuro?

«Valiente, valiente, valiente».

—Me voy a llevar a Stella a Grant para que viva conmigo. En cuanto los exámenes finales terminen...

Mi madre se abalanza sobre la mesa.

—¿Qué?! Stella no se irá de esta casa hasta que termines de estudiar.

Yo también me abalanzo. Estamos frente a frente sobre la mesa.

—Es *mi* hija.

—No voy a pagar a Melanie para que se mude a Grant y cuide de Stella.

Piensa que me ha ganado.

—Hablaré con Melanie y le informaré de que ya no precisamos de sus servicios a partir del diecinueve de diciembre. Tengo planeado recoger a Stella y sus pertenencias después de los exámenes. Es cuando Duncan se muda con su novia.

Ahora está furiosa.

—¿Qué vas a saber tú de cómo cuidar de una niña? Venir de visita algunos fines de semana es muy diferente a estar con ella las veinticuatro horas al día los siete días de la semana.

—Ya lo averiguaré.

Mi madre mira a mi padre y sacude la cabeza, desafiante.

—¿Has oído eso? Ya lo averiguará. —Levanta las manos al aire—. Maravilloso. Ya lo averiguará.

Mi padre me mira y, por primera vez en mi vida, veo compasión en sus ojos. Por un segundo pienso que se va a poner de mi lado. Va a alzarse por primera vez contra de mi madre. Pero cuando el silencio se alarga, mi esperanza se desvanece.

No puedo seguir aquí. Me siento atrapado, como si no pudiera respirar. Sé que mi madre interpretará mi huida como la admisión de mi derrota. Se lo tomará como una victoria.

Pero esta vez no. Esta vez gano yo.

Lunes, 21 de noviembre

Kate

Yo: «Cena. Comedor. A las 7. No aceptaré un no por respuesta».

Clayton: «Eso no ha sido una invitación adecuada, Katherine».

Yo: «Vale. Por favooooooooor. Te echo de menos».

Clayton: «Yo también te echo de menos. Nos vemos a las 7».

Clay me está esperando en nuestra mesa cuando llego a la cafetería a las siete y siete. Pongo mi bandeja en la mesa y le doy un abrazo antes de sentarme.

—Dios, hacía mucho que no te veía. —Lo miro de arriba abajo—. Tienes buen aspecto, amigo mío, elegante como siempre.

Es verdad. Su suéter rosa chillón y sus pantalones de traje verdes son adorables, y parece mucho más contento que la última vez que lo vi.

Se le sonrojan las mejillas y pestaña.

—Gracias, Katherine. —Y ahora parece preocupado. Me mira fijamente—. Katherine, ¿va todo bien? Te veo un poco pálida. Y parece que has perdido peso. No me malinterpretes, sigues estando despampanante, pero parece que algo no vaya bien.

No estoy aquí para hablar de mí, eso seguro, así que escondo los trapos sucios.

—Estoy bien. Estuve un poco enferma la semana pasada. Nada de lo que preocuparse. —Clayton todavía no está convencido. Cambio de tema—. ¿Y qué tal todo en Minneapolis? ¿Qué tal Morris?

Ha estado durmiendo en casa de Morris todas las noches y desplazándose a Grant solo para ir a clase. Lleva haciéndolo desde que descubrí lo del capullo aquel, Ben Thompson. Intento no pensar mal de las personas, pero que jodan a ese tipo.

Ver a Clayton es como ver un personaje de dibujos cobrar vida delante de mí; tiene corazones en los ojos.

—Morris es maravilloso. Nunca pensé que me enamoraría, Katherine, pero lo quiero. Me encanta todo de él. —Mira a su alrededor con complicidad y se inclina para susurrar—: Voy a mudarme a Los Ángeles con él después de Año Nuevo. Su tío va a abrir una discoteca allí y quiere que la dirija porque lo ha hecho muy bien con la de aquí.

—¡La hostia, Clay! ¿Los Ángeles? Es una gran decisión. —Estoy sorprendida. Clayton sonrío como un niño emocionado.

—Lo sé. ¿No es emocionante?

Asiento porque sí, *es* emocionante.

—Me alegro por ti, tío. —Lo digo en serio, así que lo repito—: Me alegro por ti. Sabe que lo pienso de verdad.

—Gracias, Katherine.

—No quiero sonar prepotente, porque no te juzgo, pero tengo que preguntarlo. Te vas porque es la elección correcta para ti y el rumbo que quieres tomar en la vida, ¿no? No estás huyendo de las cosas malas de aquí, ¿verdad? Porque me entristecería saber que tus amigos de aquí te pierden por un gilipollas.

Clayton ríe.

—No. Creo que necesito salir de la piscina y nadar en el océano. Nunca he vivido en una ciudad grande.

Lo entiendo, así que repito:

—Me alegro por ti. —Y entonces mi yo protector entra en acción—. Solo prométeme que no dejarás la universidad. Sácate la carrera, tío. Al mundo le vendría bien un contable bien vestido.

No sé por qué, pero pensar en Clay sentado en un despacho dedicándose a algo tan mundano como la contabilidad me resulta extraño. Su personalidad es demasiado grandiosa como para contenerla detrás de un escritorio.

Clay pone los ojos en blanco y levanta la mano derecha como si fuera a jurar que su respuesta es sincera.

—Sí, madre, prometo no dejar la universidad. Además, ¿quién más te va a hacer la declaración de la renta y el plan de pensiones?

Ay. Eso duele. Justo en el corazón. No quiero que Clayton sepa que lo más probable es que nunca tenga que volver a hacer la declaración de la renta. Fuerzo una sonrisa en su lugar.

Se frota las manos y sonrío taimadamente.

—Pete me ha contado un rumor muy jugoso —dice, señalándome y con los ojos brillantes—. Que Keller y tú estáis saliendo oficialmente. —Menea las cejas—. ¿Hay algo de verdad en ello? —Vuelve a sonreír—. Y no te ahorres los detalles escabrosos.

Mi expresión es impasible.

—¿Pete ha estado cotilleando? Me parece que voy a tener que hablar con él.

Clay tiene los ojos bien abiertos, expectantes.

—¿Y bien, Katherine? —Extiende el brazo por encima de su cabeza y apunta hacia abajo, hacia sí mismo, teatralmente—. Este de aquí se muere por saberlo.

Río y asiento.

—Puede que haya algo de verdad en ese rumor.

Aplaude tan rápido que parece un colibrí batiendo las alas, como hace cuando está emocionado.

—Oh, Dios mío, Katherine. Estoy muy contento por ti. —Entonces sus manos se detienen y vuelve a susurrar—. Katherine, sé que no eres superficial y yo tampoco. Vale, a quién estoy engañando, puede que lo sea, *c'est la vie*. Pero ese chico está más bueno que el pan.

Clayton me hace reír, pero estoy de acuerdo al cien por cien.

—Sí... sí lo está.

Chilla.

—No es que quiera apresurar las cosas entre vosotros, porque primero tenéis que terminar la universidad y quizá viajar un poco. De verdad pienso que deberíais ver Europa algún día, al menos Francia... oh, y las islas griegas —continúa—, pero espero que las cosas funcionen entre vosotros dos porque... Oh. Dios. Mío. Vais a tener los niños más adorables que hayan sido creados genéticamente. —Sonríe de oreja a oreja.

Su sonrisa adorable suaviza el impacto de sus palabras. Nunca tendré eso. Nunca. Y es una mierda.

Cuando terminamos de cenar nos prometemos estar más en contacto de lo que lo hemos estado estas últimas semanas. Adoro a Clayton y quiero asegurarme de que está bien hasta que se marche y continúe con el siguiente capítulo de su vida... y yo continúe con el mío.

Le doy un abrazo cuando estamos junto a su coche y me resulta muy difícil dejar que se vaya.

Intento no pensar en la muerte, pero no puedo evitarlo últimamente. Y eso me pone triste. No quiero estar triste porque, en realidad... tengo una vida alucinante. Hoy mi vida es increíble. No quiero pensar en el mañana. O en el día siguiente. Así que me repito: «Hoy mi vida es alucinante».

Jueves, 24 de noviembre

Kate

Shelly se ha presentado esta mañana temprano en casa de Keller con comida: un pavo, un *tofupavo* para mí y todas las guarniciones. No me había dado cuenta antes, pero le encanta cocinar. Tras meter el pavo en el horno y preparar todo lo demás, Shelly, Duncan y yo nos dirigimos al Grounds a por un café. Hoy está cerrado, así que tenemos todo el local para nosotros solos. Son las ventajas de conocer al personal. Nos juntamos alrededor del fuego y hablamos de cómo Keller va a arreglárselas con el fin de semana que lo espera. Ha ido al aeropuerto a recoger a Stella. Melanie se dirige a Seattle para pasar las vacaciones con la familia y lo ha organizado todo de manera que haya vuelos directos a Minneapolis para poder volar con Stella de un lado a otro. Este es un gran paso para Keller; Stella nunca ha venido aquí de visita.

Shelly sigue estupefacta por lo de Stella. Duncan se lo dijo anoche porque Keller se lo pidió. Yo he intentado aliviar su conmoción.

—Yo tampoco me lo habría creído nunca —le cuento—. Es algo que tienes que ver para creer. —Stella es como un mundo en sí misma. Un mundo en el que me gustaría vivir para siempre.

Keller nos manda dos mensajes para decirnos que el vuelo se ha retrasado y que va a llegar tarde. Entonces, a las diez y media, se abre la puerta del piso y ahí está ella: la pequeña y dulce Stella, cuyas risitas llenan el espacio. Shelly y yo estamos haciendo pastel de calabaza en la cocina. Stella se dirige directamente a Duncan, que está en el sillón de dos plazas.

—¡Tío Duncan! —grita con deleite.

Duncan la atrae hacia sí y la abraza.

—¿Cómo está mi Stella favorita? —Le hace cosquillas.

Sus risitas aumentan.

—Cosquillas no, tío Duncan.

La besa en la mejilla y la suelta un poco.

—¿Dónde está Kate? —pregunta—. Papá ha dicho que Kate está aquí.

Duncan le indica mi paradero señalando con el pulgar por encima de su hombro.

—Ya veo en qué puesto estoy, niña —murmura sin mala intención.

Stella chillaba otra vez cuando me localiza. Yo saludo con la mano.

—Hola, cielo.

Stella sale corriendo hacia mí, con las manos levantadas por encima de la cabeza. La cojo y la abrazo muy fuerte. Entierro la cara entre sus rizos salvajes. Huele como el aire después de una tormenta, limpio y puro. Se aleja para mirarme.

—Tenemos una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí?

Keller trae las maletas desde el coche, las deja dentro del piso, justo en la puerta, y se rasca la cabeza.

—Sí, es de lo más raro, pero nos encontramos con alguien en el aeropuerto...

Justo entonces Gus entra por la puerta.

Stella aplaude.

—¡Sorpresa!

—¡La hos...! —Me doy cuenta de que tengo a Stella cogida y cambio el chip—. Dios mío, ¿qué haces aquí?

Gus esboza su típica sonrisa vaga y se encoge de hombros.

—¿Me creerías si te dijera que solo pasaba por aquí?

Dejo a Stella en el suelo y corro hacia él. Me da uno de sus grandes abrazos que tanto he echado de menos.

—No.

Me besa en la coronilla, estira el brazo y le da un empujoncito juguetón a Keller en el hombro.

—Ha sido idea suya.

—¿Tú lo has planeado? —Sigo estupefacta.

La expresión de Keller es alegre y amorosa. Se encoje de hombros.

Vuelvo a mirar a Gus.

—¿Cómo?

Gus sonrío.

—Tu chico aquí presente me llamó la semana pasada con tu teléfono. Estabas durmiendo. —Le guiña el ojo a Keller—. Hemos estado hablando mucho toda esta semana. Si fuera tú me preocuparía; se está cocinando algo entre nosotros que solo difiere de lo vuestro en que no hay sexo de por medio. ¿Y sabías que el tío tiene pufs en el asiento trasero de su camioneta? *Pufs*. Es lo más guay que he visto nunca. Puede que yo también esté enamorado de él, Bright Side.

Stella está abrazada a la pierna de Keller.

—¿Qué es «sexo», papá?

Gus se empieza a reír, me suelta y le ofrece su gran mano a Stella. Ella la coge sin dudar. Gus siempre ha gustado a los niños.

—Cuéntame algo de esa tortuga tuya, Stella. Siento curiosidad. ¿Qué come la señorita Higgins?

Los dos caminan hacia el sillón para terminar la conversación que, sin duda, empezaron de camino aquí. Conozco a Gus; me está dando tiempo para que hable con Keller.

Le rodeo el cuello con las manos y le susurro en la oreja:

—Gracias, cielo.

—Me encanta cuando me llamas así. —Me besa el cuello—. De nada. Él también necesita pasar tiempo contigo.

Miro a mi alrededor.

—Esto es perfecto.

Es entonces cuando veo que Shelly está de pie en la cocina y parece que le va a dar un derrame cerebral. Tiene los ojos como platos. La estupefacción se ha hecho con el control de cada rasgo de su cara. Creo que nuestros nuevos visitantes la superan.

Me aclaro la garganta y levanto la voz:

—Oye, ¿Gus?

Él levanta la vista e interrumpe la conversación con Stella. La niña está sentada en el sillón entre él y Duncan. Ojalá tuviera una cámara a mano.

—¿Sí, qué pasa, Bright Side? Estoy aprendiendo un montón de mier... —Sonríe cuando se da cuenta de que está a punto de decir una palabrota—... cosas sobre tortugas en este momento.

Stella ríe.

Yo señalo la cocina.

—¿Te acuerdas de mi amiga, Shelly?

Gus gira la cabeza.

—¿Qué pasa, Shelly? Me alegro de volver a verte.

La cara se le pone de un rojo brillante. Nunca la he visto tan avergonzada como ahora. Eleva la mano y la mueve tímidamente.

—Hola, Gus. Yo también me alegro de volver a verte.

Gus se ha girado del todo en el asiento para mirarla.

—Debo decir que nunca había visto a nadie devolver la *pizza* en la acera con tanta entrega y precisión como tú la última vez que te vi. Nunca llegué a felicitarte.

Shelly tiene la cara enterrada entre las manos.

—Por supuesto que lo ibas a recordar. —Sigue avergonzada por haber vomitado frente a todo el mundo.

Gus no es malo. En realidad es un elogio. Entonces, sonrío.

—No, va en serio. Apuntaste lejos. Fue impresionante. Lo hiciste genial, amiga. —Estira el brazo y le da palmaditas a Duncan en la espalda—. Eres un tío afortunado.

—Ay, Dios, quiero morirme —murmura Shelly.

Me uno a ella en la cocina y le rodeo la cintura con el brazo.

—No te molestaría si no le cayeras bien. Y por asqueroso que parezca, lo impresionaste. Es un chico.

Volvemos al Grounds, entramos y nos sentamos alrededor de la chimenea mientras se hace la comida. Estoy entre Gus y Keller en el sofá de dos plazas. Stella está sobre el regazo de Keller y Shelly sobre el de Duncan en una silla a nuestro lado. Gus, como siempre, siente curiosidad por todos. Hace un montón de preguntas. Por supuesto, todos los demás también sienten curiosidad por él, así que da casi tantas respuestas como preguntas hace.

—¿Y por qué llamas Bright Side a Kate? —pregunta Shelly.

Gus me mira a mí y de nuevo a Shelly. Después vuelve a dirigirme otra mirada. Y luego otra a ella. Entonces, me señala.

—¿Conoces a esta chica?

Todos me miran y esbozan una sonrisa adorable. Hacen que me sienta muy bien.

Gus continúa.

—Es el epítome del optimismo. Es un puto rayo de sol. No *mira* el lado bueno de las cosas... *vive* en él.

—Ya, siempre pensé que vivía en el mundo de los rayos de sol y los arco iris —le chincho.

Gus se encoge de hombros.

—Es lo mismo. Pero Rayo de Sol y Arco Iris son motes horribles.

Todos ríen.

—Aunque Bright Side tiene un lado oscuro —advierde Gus—. No le habléis de las pegatinas esas que representan a tu familia con monigotes, las que se ponen en los coches. Las odia. Se pone furiosa...

Interrumpo porque las odio de verdad.

—Eso es porque son estúpidas. No necesito que una representación de tu familia me mire fijamente mientras espero detrás de ti en un semáforo. Y no puedo evitar

preguntarme cuán imperfecta es tu familia en realidad si necesitas inmortalizarla en la ventana para que todo el mundo la vea. Siempre he sospechado que esconden una relación disfuncional tras esa fachada. Hipócritas.

Gus ríe como si acabara de demostrar que tiene razón.

—¿Veis? Y odia Facebook.

—Facebook es el declive de la civilización tal y como la conocemos. Crea una visión distorsionada de la realidad. ¿Qué ha pasado con preferir la compañía en carne y hueso? La gente ya no se da cuenta de lo importante que es el contacto humano cara a cara. Ahora todo son números, «Me gusta» y demasiada información. ¿Me importa si anoche te bebiste una Coca-Cola *light* y te comiste unas patatas fritas mientras veías una reposición de CSI? No, me importa una mier... No me importa. Dame algo con contenido. Todos tus «amigos» no tienen por qué enterarse al momento de los detalles mundanos de tu vida... tu vida triste que gira alrededor de internet. Quiero mantener una conversación contigo que esté hecha a medida para nosotros en concreto. No quiero que se publique a tiempo real para compartirla con el mundo. Facebook impide el desarrollo social. Oprime las habilidades sociales...

Gus interrumpe, entre risas.

—*Vale*, vale, Bright Side. —Pero también asiente, lo que significa «Eso es cierto» o, quizá, «Amén». Está de acuerdo. Odia las redes sociales tanto como yo. Y, por si acaso, añade—: Y nada de jugar con ella a las cartas. Hace trampas.

Jadeo ante la acusación.

—No es verdad. —Pero me echo a reír al final de mi patética defensa y todos saben que admito mi culpabilidad.

Gus asiente, sonriendo.

—Sí que hace trampa. Creedme.

Después de la cena, salgo con Gus para que se fume un cigarro y ver la puesta de sol. Me coge de la mano y sonrío.

—Que empiece el espectáculo.

Es lo que siempre decía Gracie. Sonrío y susurro:

—Que empiece el espectáculo.

La puesta de sol es de un naranja brillante. Hacía tiempo que no era tan brillante, casi como si intentara jactarse ante nosotros, para demostrarnos que las puestas de sol también pueden ser bonitas en Minnesota.

Cuando volvemos dentro, todos vamos de nuevo al Grounds.

—¿Por qué no cantáis algo Gus y tú para nosotros? He visto la funda de su guitarra.

Gus nunca va a ninguna parte sin su guitarra. Hace años que la tiene y le ha dado años de atención y de canciones. Siempre está a su lado.

Gus me mira.

—¿Qué dices, Bright Side?

Stella aplaude.

—Quiero volver a oír cantar a Kate.

Keller se apunta.

—Yo también. —Me hace sonreír.

Gus vuelve con la funda de la guitarra en una mano y algo más en la otra que hace meses que no veía. Shelly mira ambas fundas y le pregunta:

—¿También tocas el violín?

Niega con la cabeza y deja ambos instrumentos en la mesa detrás de nosotros.

—*Nop.* —Me mira fijamente.

Suspiro.

—Gus.

—Le pedí a mi madre que me lo enviara esta semana para poder traértelo. Debería estar aquí contigo. Deberías *tocarlo*. —Me está retando.

Todo el mundo tiene los ojos puestos en mí.

—¿Tocas el violín? —pregunta Keller.

Gus niega con la cabeza.

—Oh, no, no lo *toca*. Lo *borda*. Nunca he visto a nadie con tanto talento como Bright Side. En serio. Lo hace que te cagas. —Hay orgullo en su mirada.

Shelly me lanza una mirada con los ojos entrecerrados.

—¿Qué más nos ocultas? —Y se le enciende la bombilla—. ¡Oh, Dios, eres tú! —chilla.

Keller y Duncan parecen confundidos.

—Ella es ¿quién? —pregunta Duncan.

Shelly me señala con el dedo y mueve la otra mano en el aire como una fan loca.

—¡Eres tú! Tú eres la que toca el violín en *Missing You*.

Gus sonríe.

—La única e incomparable.

Keller y Duncan todavía están confundidos.

—¿Qué es *Missing You*? —pregunta Keller.

—Es la canción más alucinante de la radio en este momento, la canción acústica que tocó Gus en el concierto —contesta con altivez, como si todos debieran saberlo. Pusieron la canción muchas veces en la emisora de la universidad durante la semana

pasada. La lanzaron como el segundo sencillo del álbum de Rook—. Tenéis que tocarla —suplica.

—¿Qué dices? ¿Por los viejos tiempos? —pregunta Gus, con las cejas levantadas.

Stella vuelve a aplaudir.

—¡Toca, Kate, toca! —me anima.

No puedo decir que no a eso.

Cojo el violín; está frío. Hace meses que no toco, pero cuando lo coloco bajo la barbilla se convierte en una parte de mí, como si no lo hubiera dejado ni un día. Es cómodo y hace que tenga los pies en la tierra. Tras frotar el arco con resina, lo paso suavemente por las cuerdas. Me da vida. Asiento mirando a Gus.

—Estoy lista.

Percibo preocupación en su cara.

—¿Segura?

—*Sip*. A lo mejor Grace nos está escuchando. —Nadie interrumpe este momento íntimo.

Gus sonrío.

—Estoy seguro de que sí. —Mira hacia arriba—. Gracie, esta va por ti.

Me levanto y me apoyo en el reposabrazos del sofá. Gus se sienta justo frente a mí en el borde de la mesita de café. Todos los demás se quedan donde están. No se oye ni una mosca. Ni siquiera Stella ha dicho ni mu. Está apoyada en el pecho de Keller, estrechada entre sus brazos.

Cuando Gus y yo tocamos juntos nos comunicamos sin palabras. Siempre ha sido así. Escuchamos y sentimos la música de la misma manera. La comunicación es recíproca a través de la música; uno reacciona y alimenta al otro. Nos hablamos con miradas y asintiendo la cabeza sutilmente.

Gus toca un par de acordes para avisarme de que está listo. Asiento y, despacio, empiezo a tocar el melancólico principio. Cierro los ojos y me dejo llevar; el violín es una extensión natural de mi cuerpo y mis emociones.

Gus se une; su guitarra suena suave y su voz, amable. Es tranquilizadora. Es como si nada malo pudiera suceder cuando escuchas cantar a Gus. Me fascina. Siempre me ha encantado eso.

Cuando Gus pronuncia las últimas palabras y toca los últimos acordes, yo me quedo sola para continuar con lo que queda. Mientras arrastro el arco por las cuerdas para tocar la última nota, abro los ojos. Gus me mira con una expresión de orgullo y respeto en la cara.

—Esa es mi chica.

Sonrío.

Stella empieza a aplaudir con locura otra vez.

—Toca otra vez, Katie. Toca otra vez.

Me sonrío de oreja a oreja cuando la miro a los ojos, azules. Los mismos ojos azules de Keller brillan unos centímetros por encima de los de ella.

—Nunca dejas de sorprenderme, Katie.

Dios, lo quiero.

Miro a Shelly y a Duncan. Shelly está boquiabierta.

—¿Qué coño, Kate? ¿Por qué no nos has contado que tocabas el violín? Eres increíble. —Está anonadada.

Me encojo de hombros.

—Ya no toco. A mi hermana le encantaba oírme tocar... —Mi voz se apaga. El resto se sobreentiende. Le hablé a Duncan de mi hermana la noche en que conversamos después del concierto. Estoy segura de que se lo contó a Shelly.

Ella asiente para hacerme saber que lo entiende.

Gus da una palmada y añade:

—No podemos parar ahora. Stella quiere otra. ¿Cuál viene ahora, Bright Side?

Aunque el dolor en la parte baja de mi espalda se está convirtiendo en un latido intenso y profundo, tengo que admitir que me estoy divirtiendo. Aunque nunca más vuelva a coger el violín, en este momento quiero tocar. Le susurro la respuesta a Gus en la oreja.

—Claro. No la hemos tocado desde hace mucho. ¿Estás segura de que puedes seguirme el ritmo? —me provoca.

Guiño el ojo.

—Lo intentaré. Shelly reconocerá esta canción.

Gus se gira hacia Shelly.

—Bright Side y yo fuimos a una escuela de música. Ella estaba dos cursos por debajo de mí, pero siempre me daba unas pu... —Mira a Stella antes de continuar— ... pedazo de palizas...

—Espera —interrumpe Shelly—. ¿No me digáis que fuisteis a La Academia, en San Diego?

—Sí —responde Gus.

—¿Qué es La Academia? —pregunta Duncan.

—Solo es uno de los institutos privados especializados en música más prestigiosos del país. Entrar es prácticamente imposible y solo aceptan a los candidatos con más talento. —Niega con la cabeza y me mira. Está sonriendo—.

¿Cómo es que no sabía esto de ti?

Me encojo de hombros.

Gus continúa.

—Así que en mi último curso uno de mis proyectos finales era hacer una versión de una canción que estuviera en el *ranking* de las más populares del momento, pero teníamos que darle nuestro toque. Darle la vuelta y hacerla nuestra, irreconocible. Yo, por supuesto, recluté a mi talentosa amiga —dice, y me señala y yo pongo los ojos en blanco— para que me ayudara. La canción era de *rock* duro y Bright Side, porque es un genio de la música, la convirtió en una lenta y melódica balada con un arreglo para violín que es de otro mundo.

—No dejéis que os engañe —añado—. Gus reescribió toda la canción para guitarra acústica. Yo solo *añadí* el violín. Fue idea suya.

—Toquémosla. Que juzguen por sí mismos.

Y eso hacemos. Y cuando llegamos al estribillo, veo como los ojos de Shelly se iluminan y esboza una sonrisa. Conoce la canción.

Keller tararea en voz baja en el oído de Stella mientras la acuna. Tiene los ojos soñolientos de Keller. Cuando termina la canción, está frita.

Shelly todavía sonrío.

—Eso ha sido increíble. No sé qué más decir. Simplemente. Increíble.

Gus se levanta y hace una reverencia exagerada.

—Gracias.

Yo inclino la cabeza.

—Gracias, *milady*.

Duncan da golpecitos en la pierna de Shelly.

—Será mejor que nos vayamos o tu madre se pondrá histérica. Ya llegamos cinco minutos tarde.

Shelly suspira.

—Sí, tienes razón. —Frunce el ceño—. Pero esto es mucho más divertido que las obligaciones familiares.

Duncan le da un beso en la mejilla y la insta amablemente a que se levante de su regazo.

—Tienes razón, pero tus padres nos esperan. Vamos.

Shelly se marcha arrastrando los pies y, para cuando se han ido, el dolor es casi insoportable. Ha aumentado durante esta hora, pero lo cierto es que en los últimos cinco minutos ha alcanzado límites insospechados. El dolor me da náuseas y me hace ver borroso.

Mientras Keller mete a Stella en la cama, le pido disculpas a Gus y me dirijo al baño para tomarme las medicinas para el dolor. Me siento en el suelo y entonces trastabillo con la tapa del bote de pastillas, porque no tengo equilibrio como para estar de pie. Mi campo de visión disminuye, y cuando siento que mi cabeza choca contra los azulejos del suelo con un chasquido, todo se vuelve negro.

Keller

Empiezo a preocuparme. Katie lleva diez minutos en el baño y no he oído nada. Gus se termina una cerveza.

—¿Dónde está el meadero? Tengo la vejiga llena.

Señalo hacia la puerta.

—Katie está dentro.

Gus toca en la puerta con suavidad.

—Bright Side, date prisa. Tengo que mear. Llevas ahí mucho tiempo. ¿Estás plantando un pino?

Me reiría si no estuviera preocupado, pero no hay respuesta al otro lado de la puerta. Se me desboca el corazón. No quiero preocupar a Gus innecesariamente, pero no dejo de tener la sensación de que algo va muy mal. Toco en la puerta.

—Katie, nena, ¿estás bien?

Silencio.

Abro la puerta despacio, pero esta tropieza con algo. Me encojo de horror, empujo y entro a presión por la abertura.

—Oh, mierda.

Gus está al otro lado.

—¿Qué pasa? ¿Bright Side?

Katie se ha desplomado en el suelo contra la puerta del baño. Las pastillas están desperdigadas por todas partes. Hay vómito en el suelo, salpicado de sangre. La coloco en mi regazo para que Gus abra la puerta. Está inconsciente, pero al menos respira.

—Llama a emergencias.

Gus asoma la cabeza por la puerta y cuando la ve no hay nada que indique menos que terror en sus ojos.

—Joder. —Saca el teléfono y marca el número antes de que me dé tiempo a pedírselo otra vez.

La mezo y le aparto el pelo de la cara. Lo tiene apelmazado por un líquido marrón rojizo. Empiezo a susurrarle en la oreja y no puedo parar.

—Estás bien, Katie. Tienes que estar bien. Esto no es el final. No me dejes. Hoy no. No puedes irte hoy. Te quiero. Te quiero.

Gus me saca del trance.

—¿Cuál es la dirección, tío?

Mientras se la digo, la repite por teléfono y luego lo vuelve a meter en el bolsillo, coge una toalla del estante, la moja en el lavamanos y empieza a limpiar con cuidado la línea de nacimiento del pelo y la cara a Katie. Me mira a los ojos, expectante. Busca respuestas.

Le digo lo que sé.

—Katie tiene cáncer.

Se le escapa el aire de los pulmones a toda prisa y cae hacia atrás contra la pared. Las lágrimas fluyen como un torrente.

—No. No. No. —Intenta negarlo—. No puede estar pasando otra vez.

—¿Otra vez? —pregunto al mismo tiempo que golpean la puerta y Gus se levanta con dificultad para responder.

Los paramédicos entran apresurados y dejo a Katie a regañadientes en sus manos. No quiero soltarla porque tengo miedo de no recuperarla nunca. Les digo todo lo que sé y les doy el bote de su medicina. Le ponen una vía y la suben a la ambulancia en minutos. Gus se sube con ella.

Después de despertar a Stella y subirla en el Verdinator, conduzco más rápido que en toda mi vida. El hospital está en Minneapolis. Stella está dormida en el asiento de al lado. No soy una persona religiosa y nunca he rezado, pero durante todo el viaje imploro en voz alta:

—Dios, *por favor*, dale más tiempo... por favor, no te la lleves todavía... La necesito... Gus la necesita... Stella la necesita... Clayton la necesita... La quiero tanto... por favor, por favor, *por favor*.

Stella está durmiendo en mis brazos cuando encontramos a Gus en urgencias. Está rellenando unos documentos. Me dejo caer en la silla que hay a su lado.

—¿Cómo está?

Gus tiene los ojos rojos e hinchados.

—Está estable. Le están haciendo un reconocimiento médico ahora mismo. Han dicho que llamarían a su doctor, al que le recetó la medicación.

Suspiro y abrazo a Stella. Su cabeza descansa sobre mi hombro y tiene el cuerpo

relajado y pesado por el sueño. Coloco la mochila de Katie en la silla de al lado y con una mano busco su cartera. Cuando la encuentro, saco su carné de identidad y la tarjeta del seguro y se los doy a Gus. Tras terminar de rellenar los documentos y llevarlos al mostrador, regresa.

—Todavía no hay noticias. Voy a salir un momento. Necesito fumarme un cigarro. Ven a buscarme si hay cualquier novedad.

Asiento. Tiene un aspecto que refleja lo que yo siento: desesperanza, impotencia y tensión. Gus vuelve diez minutos después y tras lo que parece una eternidad, el médico nos recibe.

—¿Familiares de Kate Sedgwick?

Gus se pone en pie de un salto.

—Sí.

—Kate está estable. La hemos trasladado a la habitación 313 de la Unidad de Cuidados Progresivos. Tendrá que quedarse esta noche en observación. El traumatismo craneal ha resultado ser una contusión leve. Hemos hablado con su oncólogo, el doctor Connell, y como ya debéis saber, Kate tiene cáncer de ovarios con presencia de metástasis...

—¿Qué? —Cuando empiezo a preguntar al médico, Gus levanta la mano para que me mantenga callado.

Lo hago. Obviamente conoce esta parte de la historia de Kate. Yo no.

El médico continúa.

—... que se ha extendido a otros órganos, a los pulmones y al hígado. El cáncer de Kate está en un estado avanzado, el equivalente a la fase IV, inoperable y con muy pocas probabilidades de que responda a un tratamiento. Kate ha renunciado a dichos tratamientos y ha optado por uno para paliar el dolor y los síntomas. Quiere sentirse cómoda y eso es lo que nosotros y su oncólogo, el doctor Connell, estamos tratando de hacer.

Gus habla primero.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Aunque no podemos predecir el tiempo exacto, el doctor Connell dice que dos meses, quizá tres. El cáncer es muy agresivo. Progresará de manera drástica en las próximas semanas. —Observo como Gus traga saliva para deshacer el nudo que tiene en la garganta y asiento—. ¿Podemos verla? ¿Habitación 313?

El médico asiente.

—Sí. Lo siento.

Sigo a Gus porque ahora mismo no puedo concentrarme en ascensores y direcciones. Tengo bien agarrada a Stella; es lo único que me mantiene atado a la

realidad. Caería en un pozo de desesperación si la soltara.

Katie parece muy pequeña tumbada en la gran cama de hospital. Todavía tiene puesta la vía, que asumo que administra analgésicos fuertes. Tiene los ojos cerrados, pero parecen confusos, groguis. Le está saliendo un moretón por debajo de la mejilla izquierda y tiene puntos por todo el pómulo, donde debe de haberse golpeado con el suelo del baño. Levanta la mano unos centímetros por encima de la cama para saludar.

—Vaya, mis tres personas favoritas. —Tiene la voz ronca.

Gus intenta sonreír.

—¿Qué tal estás, Bright Side? —Se sienta en el borde de la cama y le coge la mano que no tiene la vía.

—Ahora mejor —sonríe.

Me siento en la silla al otro lado de la cama con Stella todavía dormida en mis brazos. Katie la mira y frunce el ceño.

—Siento que tuvieras que sacarla de la cama, Keller.

Acaricio la espalda de Stella.

—No te preocupes. Stella duerme como un tronco. Podría pasar un tren por esta habitación y no se despertaría.

Kate sigue con el ceño fruncido, pero se le elevan las comisuras de la boca.

—Es un tesoro, Keller. Eres afortunado por tenerla.

La expresión de su cara es desgarradora. Katie nunca tendrá hijos. Nunca tendrá lo que tengo yo. No es justo.

—¿Cuándo te enteraste? —susurra Gus. No quiere molestarla, pero tiene que preguntar.

—Justo antes de venir a Grant.

Gus parece destrozado.

—Pero dijiste que la revisión fue bien.

Ella asiente.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? —Intenta no llorar.

Katie le aprieta la mano.

—Porque yo tenía que venir aquí y tú tenías que irte de gira. Si te lo hubiera contado, ¿qué habría pasado?

Gus no duda.

—Habría cancelado o pospuesto la gira para estar contigo.

—*Exacto*. Habrías puesto en espera tus sueños o los habrías tirado a la basura para sentarte en casa a esperar que me muriera. Quiero más que eso para ti. Te has

esforzado mucho, Gus. Te mereces salir al escenario todas las noches y hacer feliz a la gente con tu música. ¿Sabes lo feliz que me hace saber que estás viviendo tu sueño?

Él asiente.

—Lo sé, pero tú eres más importante.

Katie sacude la cabeza.

—No, no lo soy. Nuestra amistad significa para mí mucho más de lo que nunca sabrás, pero la vida no viene con garantía, Gus. Hemos pasado veinte años juntos. *Veinte años*. Si te paras a pensarlo, es increíble. —Sonríe, y le brillan los ojos—. Y esa amistad no morirá conmigo, lo sé. Viviré dentro de ti el resto de tu vida. Es como si una pequeña parte de mí pudiera continuar contigo. Y quiero que sea una experiencia de la hostia. Tienes tantas cosas que hacer, tanta gente a la que conocer y alguien de quien enamorarte, alguien con quien tener una familia. Será precioso. No quiero que pares tu vida solo porque yo estoy enferma. Pero te prometo que te fastidiaré siempre que pueda. Nada tiene por qué cambiar. Yo sigo queriéndote y tú sigues queriéndome, lo sé tanto si estás aquí sentado en esta habitación como si estás a miles de kilómetros.

Las lágrimas recorren las mejillas de Gus.

—¿Por qué? ¿Por qué tú? ¿Por qué ahora?

Katie niega con la cabeza.

—No lo sé, tío. Supongo que es mi hora. Quizá Gracie me echa tanto de menos como yo a ella y le ha hecho una solicitud al jefazo de arriba. —Bosteza y me mira—. Keller, ¿quieres acostar a Stella en la cama conmigo? Hay espacio y puede que sea más cómodo para ella.

Aunque no quiero soltarla, Katie se echa a un lado y coloco a Stella junto a ella. Stella no se despierta, pero se acurruca al lado de Katie en busca de calor y comodidad. Katie sonríe.

—Gracias. Creo que lo necesitaba. —Besa a Stella en la frente, bosteza y me mira—. No creo que pueda mantener los ojos abiertos más tiempo. Menudo cóctel del infierno al que me han conectado. Acércate y dame un beso.

Yo obedezco aunque siento que me desmorono. ¿Cómo es posible que esta mujer tan radiante esté desapareciendo ante mis ojos?

—Te quiero, cielo —Entonces, mira a Gus y le hace gestos—. Acércate tú también.

Gus la besa en la frente.

—Buenas noches, Bright Side. Te quiero.

—Yo también te quiero —murmura ella mientras se queda dormida.

Me armo de valor y le doy una palmada a Gus en la espalda.

—Vamos, tío, te invito a un café.

Nos hacemos con dos cafés calientes de la máquina expendedora del segundo piso y volvemos a la habitación de Katie. Con su brazo libre rodea a Stella, cuya cabeza descansa en el hombro de Katie, en la curva de su cuello. No puedo evitar sonreír al mirarlas a las dos. Les hago una foto mental, recortando cuidadosamente la vía y los aparatos que las rodean: son solo dos caras dulces y dormidas; la almohada esconde los moretones de Katie.

Gus sonríe cuando se deja caer en una silla al otro lado de la habitación.

—Habría sido la mejor madre del mundo.

Arrastro la otra silla para sentarme con él.

—Totalmente.

Su sonrisa crece.

—Deberías haberla visto con su hermana, Grace. Era increíble. No sé cómo lo hacía. Cuidaba de ella todos los días. No me malinterpretes; era fácil querer a Gracie. Pero ser la cuidadora de alguien a tiempo completo es mucho trabajo, y Bright Side nunca se quejó. Su madre nunca estaba. Janice prefería la compañía de los hombres a la de sus hijas. —Hay desdén y condena en todas las palabras—. Y ni siquiera las cuidaba cuando estaba. Tenía problemas mentales para los que necesitaba medicación, pero no sé qué era peor: si la Janice medicada o la no medicada. También bebía... *mucho*. Y era una gran fan de la coca. —Gus hace una pausa, sacude la cabeza y ríe con ironía—. La vida en la casa de Bright Side era una puta pesadilla. Cuidaba de Gracie porque su madre no podía, o no lo hacía. Pasaban mucho tiempo en nuestra casa. Mi madre y yo siempre las consideramos de la familia. Y después de que su madre se suicidara...

—Espera —interrumpo—. ¿La madre de Katie se suicidó?

—Sí. Una noche se ahorcó de una viga del techo de su habitación. Bright Side la encontró a la mañana siguiente.

Me froto los ojos con la palma de las manos; me está empezando a doler la cabeza.

—Joder.

—Sí, fue una locura. Janice le había estado dando a la botella durante unos meses y dejó de tomarse las medicinas. Supongo que al final resultó ser demasiado para ella y no aguantó más. Por muy mal que suene, me sentí aliviado por Bright Side y Gracie. Fue como salir de la cárcel. Eran libres.

—La madre debió de haber sido malísima.

Gus sacude la cabeza.

—No tienes ni idea. Por supuesto, mi madre y yo no nos enteramos de la mayoría hasta que Janice murió. Bright Side se emborrachó una noche justo después de que su madre muriera y me lo contó todo... lo de las drogas... las palizas. —Suspira y tensa el puño que tiene sobre el muslo—. Ni de coña habríamos dejado que se quedaran con ella si lo hubiéramos sabido. Bright Side nunca dijo nada mientras Janice estaba viva porque tenía miedo de que los servicios sociales vinieran y la separaran de Grace. Y probablemente tenía razón, porque estaban ocurriendo muchas cosas chungas. Bright Side se llevó la peor parte, sobre todo del abuso físico, para proteger a Grace. Dios. Ni siquiera quiero pensar en ello. Todavía me pone enfermo. —Niega con la cabeza—. No lo sabíamos. —Respira hondo y continúa—: Bright Side estaba a punto de graduarse en el instituto cuando su madre murió. Tenía una beca para ir a Grant y tocar el violín, y renunció a ella para poder quedarse en San Diego cuidando de Gracie. Una semana después del funeral fue al médico para un control rutinario y descubrió tras unas pruebas que tenía cáncer de ovarios. Un «carcinoma seroso», dijeron. Los siguientes meses fueron brutales. La operaron y le sacaron todo. Luego la trataron con quimioterapia. Ella y Grace se quedaron con nosotros y la llevamos a todas sus citas. No has estado en el infierno hasta que ves a alguien que pasa por lo que ella ha pasado. Se le cayó todo el pelo y estaba muy enferma por la quimio. No podía comer. Lo vomitaba todo. Perdió tanto peso que la tuvieron que hospitalizar solo para alimentarla y ponerle suero. Fue horrible, pero ella nunca se quejó. —Señala a Katie—. Esa mujer es una puta luchadora. Tenía fe en que se pondría mejor y que todo merecería la pena. Y se preocupaba por Grace, claro. Con el tiempo se puso mejor. Volvió al trabajo y alquiló un lugar donde quedarse con su hermana. Mi madre quería que se quedara con nosotros, pero Bright Side decía que necesitaban estar solas. —Gus ríe—. Deberías haber visto el sitio.

—Ella me dijo que tenían un piso.

Gus vuelve a reír.

—Eso es exagerarlo. Era un *garaje* de una plaza. Tenían una cama doble que compartían, algunas cajas en las que guardaban la ropa y una mesa plegable. Eso es todo. Y les encantaba, joder. —Vuelve a reír—. Solo Bright Side y Gracie podrían vivir en un puto *garaje* y pensar que estaban en el paraíso.

—¿Su madre no les dejó dinero? —Esto solo va a peor.

—Joder, no, eso fue otra cosa de la que no nos enteramos hasta que murió Gracie. Por lo visto, Janice había estado viviendo de la manutención que le daban por Bright Side y Grace. Nunca trabajó. Su padre se marchó cuando Bright Side era un bebé y se mudó a Inglaterra, de donde era. Supongo que conoció a alguien, empezó una familia y se olvidó de la que tenía en California. Nunca habló con Bright Side o Gracie, pero le pagaba a Janice una buena cantidad para que las criara. Janice solo se gastaba el

dinero en ella. El tipo ese está forrado, así que pagar no supone nada para él. El dinero dejó de llegar cuando las chicas cumplieron dieciocho años y Janice empezó a endeudarse cada vez más. Cuando Bright Side vendió la casa y el coche de su madre apenas consiguió dinero para pagar la deuda que Janice había dejado. Bright Side se llevó su furgoneta y la ropa a la espalda. Ella y Grace vivían de lo que ganaba conmigo en la sección de correos de la empresa de publicidad de mi madre. No era suficiente para vivir, pero de alguna manera lo hacían.

Esta chica nunca deja de sorprenderme.

—No sabía que había tenido una vida tan difícil.

Gus resopla.

—Eso es porque estamos hablando de Bright Side. Nunca se queja. Odia que la gente sienta pena por ella. Apuesto a que si la despertáramos ahora y le preguntáramos sobre su cáncer, nos diría que hay alguien ahí fuera que está peor que ella. Así es Bright Side.

Domingo, 27 de noviembre

Kate

Mi teléfono móvil vibra en la cómoda de Keller. Pestañeo soñolienta y miro el reloj. Es la una y treinta y siete de la madrugada. Deja de vibrar antes de que conteste, pero en cuanto lo tengo en la mano empieza a vibrar de nuevo insistentemente. Es Franco.

—Hola, Franco. —Siento que mi lengua es demasiado grande para mi boca, lo que hace que mi voz suene pesada y lenta. Esa nueva medicación para el dolor hace que despertarse sea un proceso lento, como si la consciencia no estuviera de acuerdo conmigo. Es una mierda muy fuerte.

—Kate. Siento despertarte, pero ¿qué coño pasa con tu chico?

Me incorporo y contesto:

—¿Qué? ¿Qué pasa, Franco? —Miro a Keller, que duerme a mi lado.

—Gus. Ese cabrón apareció ayer por la tarde en la prueba de sonido quince minutos tarde, totalmente borracho. Y luego desapareció. Lo encontramos en un bar calle abajo y prácticamente tuvimos que cargar con él para que volviera al concierto, lo que en retrospectiva fue un error de proporciones épicas. El concierto fue una puta mierda. Estaba tan borracho que se olvidó de la mitad de las letras, se negó a tocar la guitarra, dijo palabrotas al público y se cayó dos veces. Fue perfecto, joder. —El sarcasmo es evidente en la última frase—. Claro, puede tocar borracho. Lo ha hecho muchas veces, pero esto... ha sido pasarse, coño. Ahora se ha encerrado en el autobús y no deja entrar a nadie. No habla con ninguno de nosotros. Nos salta el contestador automático. ¿Qué coño pasó en Minnesota? Nunca lo había visto así.

Mierda. Esto es malo. Gus se cierra en banda cuando no se siente bien. Las únicas personas con las que habla son su madre y yo. Siempre ha sido así. No puedo reprimir un suspiro.

—¿Qué, Kate? ¿Qué pasa? Es algo malo, ¿no? —El enfado de su voz se dulcifica.

—Sí, espera —susurro mientras me levanto de la cama.

Keller se estira a mi lado.

—Nena, ¿qué pasa?

Sostengo el teléfono lejos de la cara.

—No pasa nada, cielo. Volveré en unos minutos. Tengo que atender esta llamada.
—Me pongo el abrigo y las botas y abro la puerta para salir tan rápido y silenciosamente como puedo.

—Vale, Franco. Lo siento. Tenía que ir a algún lugar en el que pudiera hablar.

—No pasa nada. Siento haberte despertado, Kate, pero no sabía qué más hacer. Este no es Gus. Estoy preocupado.

—Sí, yo también. —Respiro hondo varias veces antes de hablar—. Estoy enferma, Franco.

—Oh. Joder. —Y entonces añade en voz baja—: Joder. —Y después dice en voz alta—: Por favor, dime que el cáncer no ha vuelto.

—Ha vuelto. —Me siento horrible al decirlo, como si de alguna manera lo hubiera decepcionado por darle la respuesta que no quería.

Escucho un sonoro estallido, como si hubiera dado una patada o un golpe a algo, seguido del silencio.

—Gus se enteró el jueves por la noche —continúo—. Pasamos la noche en el hospital. Lo estaba llevando muy bien hasta que lo hemos dejado en el aeropuerto esta mañana.

—Ayer por la mañana —corrige.

—Eso, supongo que hoy es domingo, ¿no?

—¿Y cuál es el pronóstico? —Parece asustado.

—No es bueno.

—Vaya, Kate. —Y ahora parece muy triste—. Lo siento mucho.

La voz de Keller se abre paso en la oscuridad.

—Katie, hace mucho frío ahí fuera. Entra y habla aquí. No despertarás a Stella. Está dormida en el sofá.

Mis botas crujen en la nieve mientras vuelvo a la puerta.

—Escucha, Kate, tengo que irme. Puede que tenga que tirar abajo la maldita puerta del autobús.

Susurro cuando entro y Keller me abraza.

—Ojalá pudiera hacer algo para ayudarlos. Para ayudar a Gus.

Franco suelta una carcajada, pero apenas hay diversión en ella.

—Y esa es la Bright Side a la que tanto quiere Gus. Nosotros cuidaremos de él, Kate. Tú cuida de ti misma. Lucha con garras y dientes, ¿me oyes? Lucha, joder.

Asiento a pesar de que sé que no puede verme.

—Vale —respondo, aunque soy consciente de que ya no hay nada por lo que luchar.

—Hasta otra.

—Adiós, Franco.

Por esto no quería que Gus lo supiera. Acabo de convertirme en su perdición.

Le envío a Gus un mensaje de inmediato: «Llámame. Es una orden».

Mi teléfono suena a las dos y veinticinco esa tarde. Llevo doce horas con el teléfono en la mano esperando su llamada.

—Hola, Gus. ¿Estás bien?

—Siento que Bruce Lee se está peleando con Mike Tyson en mi interior. —Suena como si estuviera en el bando del perdedor.

—¿Quién gana? —Tengo que intentar animarlo.

Gus tose. Creo que se supone que debería ser una carcajada.

—Bruce es rápido, el muy cabrón, pero Mike es una fiera. Podría ganar cualquiera, tía.

—Una noche dura, ¿eh? —No quiero reprimirlo o ser pesada. Estoy segura de que ya ha tenido suficiente de eso.

Gus suspira.

—Eso es lo que dicen, pero permíteme disentir. Cambiaría lo que siento ahora por una noche que no puedo recordar sin ninguna duda.

—Gus, no me voy a poner en plan santurrona contigo porque eso me haría quedar como la persona más hipócrita del mundo, pero quizá haya una manera mejor de lidiar con esto. Quizá haya una forma de mantener el grupo a flote y la gira en marcha. Tienes que ser capaz de trabajar, tío. Este es tu sueño, ¿recuerdas? No la cagues. —Siento mucha pena por él, pero no puedo tratarlo como a un bebé. No le hace ningún bien a nadie.

Oigo el chasquido del mechero, seguido de una larga inhalación y de una igualmente larga exhalación. Por primera vez en mi vida, no tengo el valor de meter baza.

—Lo sé, pero esto es una mierda. Lo siento, Bright Side. Es que no sé cómo voy a superar esto. Ni siquiera sé cómo empezar.

Suena triste; me rompe el corazón.

—Ojalá no tuvieras que hacerlo. Lo siento.

—Para. *Por favor*, no te disculpes. No te permito que pidas perdón por estar enferma y porque yo me preocupe por ello. —El enfado se difumina hasta convertirse en un doloroso eco.

Nos quedamos en silencio durante varios segundos.

—Deberías componer, Gus. Desahogarte.

Gus resopla y sé que piensa que es una mala idea.

—Nadie quiere oír ese tipo de enfado.

—¿Quién dice que alguien tiene que oírlo? Compón la canción para ti. Puedes compartirla conmigo si quieres. Podríamos colaborar. Como si fuera nuestro último «¡Hurra!». ¿Qué dices?

—¿Es un reto?

Se lo está pensando. Todavía no ha aceptado, pero se lo está pensando. Sé que nunca se echa atrás cuando lo desafían, así que me meto con él.

—Sí, lo es.

—Oh, maldita mujer. Eres mala, ¿lo sabías?

Oigo su sonrisa a través del teléfono. Nos hemos quitado algo del peso que teníamos encima.

—Eso dicen.

—Vale, joder. No tenemos nada que perder, ¿verdad? Puede que yo sí. Además, mi hígado necesita un descanso. Solo pensar en el *whisky* me da ganas de vomitar.

—Ayudará, te lo prometo. Yo compuse un montón después de la muerte de Gracie.

—Nunca me lo habías dicho.

—Eso es porque nunca se lo había dicho a nadie. Solo componía. La mayoría es para guitarra porque no soportaba tocar el violín. Probablemente son todas una porquería, pero eso no era lo que importaba entonces. Entonces era una terapia barata, y eso era lo que necesitaba.

—Ya. Me gustaría oír algún día lo que compusiste.

—Claro. Algún día. Ahora descansa antes del concierto de esta noche y prométeme que empezarás a componer mañana.

—Sí, señora. —Ahora suena más como él mismo.

—Hazlo épico.

—Hazlo épico —repite en voz baja.

—Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero, Bright Side.

—Adiós.

—Adiós.

Miércoles, 30 de noviembre

Kate

Gus y yo hablamos por Skype. Me toca lo que ha compuesto. La acústica en el autobús no es la mejor, pero me resulta difícil contener la emoción al verlo desnudar su alma. Tenía razón; la canción refleja enfado, pero también es hermosa porque sé que es Gus en su estado más puro. No se esconde. Es solo una guitarra descarnada y palabras sin filtrar. Ese tipo de pureza me hace llorar.

Cuando termina también él tiene lágrimas en los ojos. Dejo que se recupere antes de decir de broma:

—Creo que quizá tienes problemas de ira.

Gus traga con dificultad.

—¿Tú crees?

Niego con la cabeza.

—No. Solo estaba ganando tiempo. Necesitaba un minuto. —Es verdad. Todavía lo necesito. Me cuesta tragar saliva—. Tío, eso ha sido fabuloso. ¿Qué tal si le añadimos algo de violín para suavizar la tendencia a la violencia?

Gus tose y bebe agua de la botella que tiene en la mesa.

—El violín podría ayudar a que no fuera tan extremo, a disminuir la histeria.

No quiero reír, pero necesita que lo animen.

—Estoy totalmente de acuerdo con atar la histeria con las cuerdas. ¿Puedes grabar lo que tienes en tu ridículo *smart phone* y mandarme el vídeo por correo electrónico? Tengo una idea en la cabeza, pero necesito oírla otra vez.

—Hecho.

—Genial. Te llamaré mañana. Sigue componiendo así.

—Gracias, Bright Side. Por todo. Esto ayuda.

—Yo también te lo agradezco, tío. Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero.

—Adiós.

—A partir de ahora no voy a decir adiós. Te quiero.

Skype se desconecta y su foto desaparece.

Viernes, 2 de diciembre

Kate

Hace días que no voy a mi habitación de la residencia. Necesito coger mi detergente y hacer la colada.

Meto la llave en la cerradura, pero ya está abierta. Es extraño. Regla número uno en una residencia: cierra siempre la puerta con llave.

Sugar está en la cama, pero está despierta. Decido ofrecerle un saludo amistoso.

—¿Qué hay, Sugar? —le digo, aunque dudo que vaya a contestarme. Las respuestas hostiles o desdeñosas no cuentan.

Nada. No dice nada. Vale. Ella sabrá. No es que seamos mejores amigas. Joder, ni siquiera somos amigas, así que me doy prisa para hacer lo que tengo entre manos.

Mientras meto en la cesta de la colada la ropa de la pila que hay junto a la cama, escucho como Sugar sorbe por la nariz. Me acaba de poner en una situación en la que tengo que tomar una decisión en medio segundo: ¿reconozco que sé que está llorando o no? Quiero ignorarla, pero no puedo. Le echo un vistazo y me doy cuenta de que está en posición fetal y que las lágrimas le caen en silencio por las mejillas, hasta la almohada. Su cara está desprovista de toda emoción, está sufriendo el tipo de ataque de nervios que más miedo da. Es la máscara de la conmoción. La máscara que el cuerpo se pone cuando estás pasando por algo demasiado intenso y preferiría cerrarse en banda antes que enfrentarse a lo que ocurre.

Joder, parece que no voy a hacer la colada esta tarde. Como no somos exactamente amigas, no voy a excederme, pero estoy preocupada. Odio que la gente llore.

—Sugar, tía, ¿quieres hablar de ello?

No responde. Ni siquiera pestañea.

Vuelvo a intentarlo porque ahora no puedo irme como si nada.

—Escucha, sé que probablemente soy la última persona con la que quieres hablar, pero se me da bien escuchar.

Ella pestañea y levanta la vista para mirarme como si se acabara de dar cuenta de que estoy ahí. Sigue llorando.

—¿Qué pasa, tía?

Sugar vuelve a sorber por la nariz y le paso un pañuelo de la caja que hay en mi escritorio. Después de sonarse, la expresión de su cara refleja una mezcla de tristeza y vergüenza. Vuelve a sorber por la nariz.

—Estoy embarazada.

Por un instante, pienso: «¿Y eso te sorprende, ninfómana?», pero el malvado pensamiento desaparece tan rápido como ha venido porque yo tampoco soy una santa en ese aspecto, desde luego. Solo una virgen podría opinar. Y, sin duda, ese no es mi caso.

—¿De cuánto estás?

Ella se enjuga las lágrimas de las mejillas con el dorso de las manos.

—No lo sé. No me vino la regla la semana pasada. Ayer me hice tres pruebas de embarazo. Todas dieron positivo.

Mi mente funciona a toda velocidad. No puedo evitar ponerme en su lugar. Es como una especie de versión morbosa de vivir a través de otro. Dios, ¿qué haría yo si fuera Sugar? Así que intento apoyarla sin resultar falsa.

—¿Has hablado con el padre?

Niega con la cabeza y suelta una risa que refleja en parte asco y en parte odio hacia sí misma.

—Ni siquiera sé quién es.

—¿No puedes reducir la lista? Puede que averiguar de cuanto estás ayude.

Pone los ojos en blanco y fija la mirada en el pañuelo que está rompiendo hasta convertirlo en confeti delante de ella, en la cama.

—Sabes tan bien como yo que muchos chicos han venido por aquí. —Vuelve a empezar a llorar—. Joder, soy muy estúpida, Kate.

Tengo la necesidad repentina de consolarla, porque todo el mundo la caga. *Todo el mundo*. Me siento en su cama y le ofrezco otro pañuelo.

—No eres estúpida, Sugar. Puede que estés cachonda, pero no eres estúpida.

Se suena la nariz y me lanza una mirada con odio. Hace que sonría. Por primera vez, estoy teniendo una conversación con la Sugar de verdad.

—¿Qué vas a hacer?

—No puedo tener un bebé —dice sin reservas—. Simplemente no puedo.

Me duele el corazón. Aunque creo totalmente que esta es una decisión que cada mujer tiene que tomar por sí misma, en mi cabeza todavía estoy en su lugar. En mi interior sé que yo querría tener el bebé. Trago saliva y me recuerdo que esto no se trata de mí, sino de Sugar. Y solo Sugar sabe qué es mejor para ella.

Pero, igualmente, tengo que hacer de abogada del diablo porque es lo que haría

por una amiga.

—¿Podrías vivir habiendo tomado esa decisión? ¿Dentro de uno, dos o diez años? ¿Podrías vivir con ello?

Hay miedo en sus ojos, pero repite:

—No puedo tener un bebé ahora.

Asiento. Lo ha pensado.

—¿Has ido a la clínica de la universidad? Quizá puedan ayudar.

Niega con la cabeza.

—No... Tengo miedo.

No puedo creer que vaya a decir lo siguiente:

—Ve a lavarte la cara y vístete. Nos vamos de excursión, Sugar.

Sugar se hace otra prueba de embarazo en la clínica de la universidad, lo cual confirma lo que ya sabía. Habla con el médico de guardia, conmigo a su lado, y coge todos los panfletos y tarjetas que le ofrecen sobre el embarazo, la adopción y el aborto.

Para cuando salimos, Sugar ha tomado una decisión. Tiene un plan. Aun así, le tiemblan tanto las manos que no puede marcar el número de teléfono para pedir cita. Le quito el teléfono de la mano y termino de marcar el número de la tarjeta. Una mujer contesta y digo:

—Necesito pedir hora para una amiga.

Concertamos una cita para el jueves por la mañana.

Jueves, 8 de diciembre

Kate

Sugar ha abortado. Yo la he llevado a la clínica. Ya está hecho. Fin.

Después me he asegurado de que fuera a nuestra habitación y le he dado algo de comer y beber. Me ha dado las gracias y entonces me he tenido que marchar. No le guardo rencor. No la juzgo. De verdad. Pero me duele el estómago y no puedo dejar de pensar en Stella. ¿Y si Lily y Keller hubieran tomado la misma decisión? Stella no existiría. Pensar en que Stella no existiría me da ganas de llorar.

Corro hasta el coche y empiezo a conducir. Cuando llego al piso de Keller todavía estoy sin aliento. No sé qué es tener un ataque de ansiedad, pero esto tiene que parecerse. Se me va a salir el maldito corazón del pecho. Siento que estoy perdiendo los papeles. Da miedo. Nunca me he sentido así antes. Irrumpo en el piso y me inclino hacia delante, intentando llenar de oxígeno mis pulmones y calmar mi mente, pero en lo único en lo que pienso es en la inexistencia. Y no puedo evitar acabar pensando que la inexistencia equivale a la muerte.

Keller está a mi lado en un instante.

—Katie, ¿qué ocurre?

Levanto la vista.

—Stella. Tengo que hablar con Stella ahora. —Mi respiración es irregular—. ¿Puedes llamarla, por favor? ¿Ahora?

Keller parece confundido, pero saca el móvil del bolsillo y la llama de inmediato. Me guía para que me siente en la cama mientras lo hace.

—Hola, Melanie. ¿Puedes pasarme con Stella, por favor? —Hace una pausa y espera. Esboza una sonrisa, aunque está tenso. Tiene el ceño fruncido. Lo estoy asustando—. Hola, cielo. ¿Cómo está mi Stella?

Oigo débilmente la vocecilla de Stella. Mi corazón comienza a calmarse.

—Stella, Katie quiere saludarte. Voy a ponerla al teléfono para que hable contigo.

Ya tengo el brazo estirado y espero nerviosa a Stella, que está al otro lado.

—Hola, cielo.

—Hola, Kate. ¿Qué haces? —Suenas como una adulta.

—Solo estaba pensando en ti y me he dado cuenta de que hace unos días que no hablamos. ¿Qué tal está la señorita Higgins? —Esto me sienta bien. Es lo que necesito.

—Está bien. Ha comido manzanas esta mañana. *Le encantan* las manzanas. — Alarga la palabra unos tres segundos y me hace sonreír.

—Bien, eso está bien. Me alegra oír eso. ¿Qué has hecho hoy? —Ya respiro con normalidad, pero necesito otro minuto con ella.

—Melanie y yo hemos ido a hacer patinaje sobre hielo y me ha leído el libro del poni, pero no lo lee bien como tú. No hace los ruidos de los caballos. Es un poco aburrido.

—Te lo leeré la próxima vez que te vea, ¿vale? —Sé que no debería prometer nada si no estoy segura de poder cumplirlo, pero no puedo evitarlo.

—Vale.

—Voy a volver a poner a papá al teléfono. Que tengas buenas noches, Stella.

—Vale.

Tras colgar, Keller me coge la cara entre las manos y me mira directamente a los ojos. Todavía hay preocupación en ellos.

—¿Qué es lo que acaba de pasar, nena?

—No lo sé. Me he puesto histérica. Lo siento. Es solo... He acompañado a alguien a hacer algo antes... y ha sido duro... me ha hecho sentir... —Balbuceo, así que paro. Miro su preciosa cara—. Creo que acabo de tener mi primer ataque de ansiedad por el hecho de que voy a morir. Lo siento.

Sábado, 10 de diciembre

Kate

Gus y yo hemos estado trabajando en su canción durante una semana y media y ayer la tocamos para el resto del grupo. Gus ha decidido —y con eso quiero decir que está empeinado y que nada podrá pararlo— que quiere grabarla.

Son las ocho de la mañana y ya me está llamando; estoy segura de que es la primera llamada de muchas hoy.

—Hola, Gus. ¿Qué tal hoy en Portland?

—Llueve. ¿Y tú en Grant?

—No he salido todavía, pero diría que hay un cien por cien de probabilidades de que haga un frío de muerte.

Gus ríe.

—Oye, no te entretendré demasiado, pero quería asegurarme de que estás libre el próximo fin de semana.

Lo dice como si fuera una pregunta.

—Claro. Ahora tengo exámenes finales. Creo que el último es el jueves por la mañana. Después soy libre. ¿Qué pasa, tío?

—He estado hablando con P. A. S. sobre lo de grabar esta canción y nos ha conseguido un estudio de grabación en Minneapolis el próximo fin de semana.

—¿Y qué pasa con los conciertos?

—Pospuestos. El viernes por la mañana iremos todos en avión y tendremos el estudio para nosotros hasta el domingo por la tarde, cuando nos vamos.

Gus no pierde el tiempo con esto. Me parece bien porque el dolor cada vez es más fuerte, incluso con las medicinas, y a veces me duele hasta al respirar. Mis pulmones no funcionan como deberían. No sé hasta cuándo podré tocar o cantar.

—Vale. ¿Estarán listos los chicos?

Gus toma una actitud profesional.

—Lo estarán.

—Vale, vaya. Con calma, tío.

—Lo siento, Bright Side. Sé que esto es mucha presión para ti. ¿Estarás bien? C sea, ¿cómo te sientes? —Trastabilla al hablar porque no quiere decir algo incorrecto.

Es el momento de tranquilizarlo.

—Estoy bien, Gus. Todo saldrá bien el próximo fin de semana. Tengo muchas ganas de veros.

—Yo también tengo muchas ganas de verte. Te llamaré más tarde para contarte todos los detalles.

—Me parece bien. Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero, Bright Side.

Colgamos después de eso. Supongo que yo tampoco puedo decir adiós ya.

Domingo, 11 de diciembre

Keller

Hemos estado bebiendo café toda la noche mientras estudiamos para los exámenes finales. Katie parece exhausta, pero es muy trabajadora.

—¿Keller?

—¿Sí, cielo?

—¿Podemos descansar unos minutos?

Esa pregunta me trae a la mente muchas otras cosas que preferiría estar haciendo ahora.

Como acostarme con Katie.

Dejo el libro en el suelo al lado del sofá, me levanto y le ofrezco la mano.

Ella le lanza una mirada inquisitiva a mi mano y levanta las cejas.

Se la vuelvo a ofrecer.

—Bailad conmigo, preciosa dama.

La sonrisa que tanto adoro aparece en sus labios. Es una sonrisa que se abre y tira de ti hacia el interior. Que te atrae a su mundo. Es mi lugar favorito.

Katie me coge la mano y se levanta despacio.

—¿Es en serio?

Saco el teléfono del bolsillo y navego con el pulgar por mi música. Tras seleccionar *Pictures of You* de The Cure, subo el volumen, pongo el móvil en la mesita de café y la guío de la mano al espacio que hay tras el sofá de dos plazas.

—Nunca bromeo sobre el romanticismo.

Katie mira al suelo antes de atraparme en esos increíbles ojos suyos y sé que lo que está a punto de decir significa mucho para ella. Tiene el hábito de contar la mitad de la historia antes de abrir ni siquiera la boca.

—Nunca he bailado nada lento.

Le rodeo la espalda con el brazo izquierdo y la acerco a mí mientras le cojo la mano derecha con la mía y las apoyo en mi pecho.

—Te encanta bailar. ¿Qué quieres decir con que nunca has bailado nada lento?

—He bailado con chicos —dice mientras acurruca la mejilla contra mi pecho y me besa el dorso de la mano—, pero nunca un baile lento de verdad. Esto es bailar a

la antigua usanza. Me gusta.

Me gusta. La canción es melancólica, emotiva, pero eso es lo que la hace totalmente hermosa. Y dura casi ocho minutos. Todos los bailes lentos deberían durar eso como mínimo. Nos mecemos y nos entregamos el uno al otro. Podría abrazarla así toda la noche. Cuando la canción termina, se aleja un poco y levanta la vista para mirarme.

Conozco esa mirada.

Me *encanta* esa mirada.

Tiene *muchas* ganas de hacerlo.

Ya tiene los dedos enroscados en la dobladillo de mi camiseta. Me inclino y la beso en los labios.

—¿Seguimos en el descanso?

Ella asiente y tira del cordón de mis pantalones de chándal.

—Mmm, sí.

Me quito la camiseta y los pantalones. Me inclino, le toco el muslo y recorro hacia arriba la pierna desnuda con la mano hasta que desaparece debajo de sus pantalones de pijama cortos.

—¿Qué tenías en mente?

Katie jadea cuando meto los dedos en sus bragas.

—Tú eliges. Siempre... —Hace una pausa y su garganta emite un sonido que parece un zumbido. *Maldita sea*, ese sonido. Hace que quiera venerarla y destrozarla al mismo tiempo. Inclina la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y añade—: ... tienes las mejores ideas.

Le aparto el pelo revuelto del cuello. Con las clavículas expuestas de ese modo, tengo que probarlas. Sabe tan bien que continúo.

Katie me deja.

Nuestra maravillosa conexión es más suave y lenta que otras veces, pero no tardamos mucho en alcanzar la satisfacción mutua.

Ninguno de los dos está listo para volver a estudiar. Katie sugiere que nos vistamos y vayamos a su residencia.

Son las once menos cuarto de la noche, pero durante los exámenes finales todo el mundo pasa la noche en vela. Conduzco su coche porque Dunc tiene el Verdinator en casa de Shel.

Hay ajeteo en la residencia. La mayoría de las puertas del pasillo están abiertas y la música se cuele en él desde varias habitaciones. La gente holgazanea en el pasillo, paseándose con tazas de café. Por lo que parece, muchos han llegado al límite y están tomándose un descanso.

Vamos primero a la habitación de Clayton y Peter. Clayton es un tipo guay. Es majo y siempre dice cosas muy graciosas. Él y Katie forman un buen equipo. Peter es muy serio, pero simpático. Y a Katie le cae muy bien. Es más, él se preocupa por Katie y la respeta al cien por cien, y por ello lo aprecio. Sabe reconocer a una buena persona cuando la encuentra.

A continuación, hacemos una parada en su habitación. No soy muy fan de Sugar. Para ser sincero, es una idiota engreída. Las pocas veces que he estado aquí con Katie, Sugar se ha comportado como una niña mimada, como si fuera demasiado buena para Katie. Intenta hablarle con condescendencia, pero como Katie tiene carácter, la pone en su lugar. No deja que la gente la putee. En realidad es increíblemente *sexy*. Solo con pensar en Katie estoy listo para la segunda ronda de nuestro «descanso». Tenemos que salir de aquí. Inmediatamente.

—¿Estás lista, nena? Porque yo sí. —Cuando se encuentra con mi mirada, le guiño el ojo.

Katie sonríe ante la insinuación.

—Ah, creo que *podría estar lista* si me das otro par de minutos para hablar con Sugar.

Maldita sea. Ahora sí que estoy listo sin duda.

Habla en voz baja con Sugar. No oigo bien de qué, pero Katie suena preocupada. Creo que será mejor que espere en el pasillo y les dé algo de privacidad. Camino por el pasillo y me alejo del dispensador de agua, y entonces oigo una puerta que se cierra y miro hacia atrás. Veo a Katie caminando en la otra dirección, hacia las escaleras, con Clayton. Estoy a punto de llamarla cuando ese gilipollas, Ben Thompson, entra tambaleándose en el pasillo desde una habitación que está a unas puertas de la de Katie.

¿Qué coño hace aquí? Es un estudiante de tercero y vive en la casa de una fraternidad al otro lado de la universidad. Nunca me ha gustado ese capullo. Es un cabrón arrogante y más tonto que las piedras. Aparte de eso, la verdadera razón por la que no lo soporto es por algo que ocurrió en primero. Vivíamos los dos en esta misma residencia y una chica que vivía al final del pasillo, Gina, lo acusó de violación. Se retractó al día siguiente, hizo las maletas y sus padres la recogieron y se la llevaron. Sé que el capullo lo hizo. Debería estar en la cárcel, pero en lugar de eso, ese enfermo sigue aquí. Corre el rumor de que Gina no ha sido la única, que ha habido más. Ese tipo es un mierda.

Está como una cuba y sigue a Katie por el pasillo. No le voy a quitar los ojos de encima a Katie porque juro que le arrancaré el brazo al tipo ese si tan solo piensa en tocarla. Katie se detiene y se gira para mirarlo. Debe de haberle dicho algo. Distingo

la mirada asesina en la cara de Katie.

Lo siguiente que sé es que Ben agarra a Clayton de la camiseta y lo lanza contra la pared.

—Quítate de en medio; intento hablar con la calientapollas. Te machacaré en un minuto, maricón.

Clayton eleva la voz.

—Ya no puedes amenazarme.

Yo empiezo a correr por el pasillo, empujando a la gente para apartarla de mi camino. Cuando estoy a unos seis pasos escucho la voz de Katie.

—Déjame en paz, cabrón. —Lo dice con convicción, en voz alta. No parece asustada. No tiene ni idea de lo que es capaz este tipo.

Estoy a cuatro pasos. Veo como le pone la mano a Katie en el culo cuando se da la vuelta para alejarse. Ya está; ese hijo de puta está muerto.

Dos pasos. Me lanzo y lo derribo por la espalda. Katie grita y se aparta de un salto. No le damos por los pelos cuando caigo al suelo encima de Ben. Sin siquiera pensar, empiezo a aporrearle la cara. Lo golpeo una y otra vez. Mis nudillos se vuelven rojos de la sangre, la suya o la mía, no lo sé. Me da igual. Entonces alguien me aleja de él.

Ben empieza a ponerse en pie, arrastrándose. La sangre le cae de la nariz por la cara, hasta la camiseta.

—¿Qué coño? —Escupe sangre a mis pies.

Intento arremeter contra él otra vez, pero no puedo deshacerme de los tres chicos que me sostienen.

—Puto pedazo de mierda. No te atrevas a tocarla otra vez, ¿me oyes? Si te veo siquiera mirarla, te juro que te arrancaré los ojos, joder.

Levanta las manos como si fuera completamente inocente.

—Lo siento, jefe. No hay pena sin delito.

Se gira para marcharse como si no le hubieran dado una paliza.

Se detiene para lanzarle un beso volado a Katie cuando pasa a su lado. «No acaba de mofarse de ella justo delante de mí».

Estoy a punto de soltarme y hacer trizas a este tipo cuando Katie agarra a Ben de los hombros y le da una patada directa en los huevos. Cae al suelo. Ha sido tan alucinante que tengo que reírme.

Katie se agacha hasta su oreja.

—El karma es un cabrón, tío. Espero que tu patética juventud haya valido la pena porque, créeme, el futuro va a ser un infierno para un mierda como tú. Disfrútalo, hijo de puta, porque te has ganado cada horrible segundo.

Dios, mi diminuta novia de cuarenta y cinco kilos es la persona más valiente y guay que he conocido en la vida. Ben se levanta y se va tambaleándose por el pasillo con las manos en las pelotas.

Entonces, Katie me pone sus delicadas manos en la cara y busca mis ojos frenéticamente.

—¿Estás herido?

Niego con la cabeza y no puedo dejar de sonreírle. Estoy eufórico, lo cual es absurdo ya que le acabo de dar una paliza a alguien... y nunca le había puesto la mano encima a nadie en mi vida.

Quizá sea toda la adrenalina.

O quizá solo sea Katie.

Esboza esa hermosa sonrisa suya.

—Tienes un buen gancho de derecha, cielo. Vamos a casa para meterte en la ducha y limpiarte.

Elevo la ceja.

—¿Vamos? ¿Vas a ayudarme?

Se muerde la comisura del labio superior. Dios, me encanta cuando hace eso. Se encoge de hombros.

—Me gusta ayudar. ¿Qué puedo decir?

Entonces alguien me da un golpecito en el hombro.

—Disculpa, ¿estás bien?

Me giro y veo a John, el supervisor de la residencia, de pie delante de mí con un pantalón de pijama y una camiseta de Grant que parece que han lavado un millón de veces. También era supervisor cuando yo estaba en primero y vivía en la residencia. Sé que no se acuerda de mí, pero, por su aspecto, está tan gruñón como siempre. Nunca lo he visto sonreír.

—¿Estás bien? —repite.

Asiento, a pesar del dolor que siento en los nudillos. John levanta el pulgar por encima de su hombro.

—Bien. Ve a lavarte al baño y luego sal de aquí. No quiero volver a verte por aquí. —Es un gran espectáculo. Me había olvidado de lo mucho que le gusta a este tío la autoridad.

Le cojo la mano a Katie.

—Vamos.

John niega con la cabeza.

—Tengo que hablar con Kate y con Clayton primero. Kate te verá fuera.

Katie eleva las cejas y mira a Clayton, quien ha retrocedido contra la pared intentando mantenerse alejado del follón todo este tiempo, antes de acceder.

—Vale. Te veo en la entrada en un minuto, Keller.

Tras limpiarme la sangre de las manos, vuelvo a estar enfadado. ¿Cómo se atreve John a echarme a patadas? No le ha dicho una palabra a Ben y estoy muy seguro de que lo ha visto todo. Abro la puerta principal de un empujón y bajo las escaleras. Katie está en la acera con Clayton y John.

Señalo a John con un dedo acusatorio.

—Tú...

Katie coloca las dos manos en mi pecho y me empuja hacia atrás.

—Eh. Una pelea de artes marciales es suficiente por una noche, tigre.

Entonces veo en la cara de John algo que no había visto nunca: una sonrisa. Bueno, no es tanto una sonrisa como el comienzo de una mueca pequeña y deforme, pero para él equivale a una sonrisa de oreja a oreja que deja ver todos los dientes. Mira a Katie; ella está de espaldas a él. Levanta la vista para mirarme a mí, la sonrisa se desvanece y se aclara la garganta.

—Me disculpo por haber montado un numerito ahí, pero tengo que hacer mi trabajo. —Me mira a los ojos—. En lo que a mí respecta, esto nunca ha pasado.

Estoy confundido y la adrenalina que tengo en el cuerpo no ayuda.

—¿Qué es lo que no ha pasado?

—Exacto. Nunca has estado aquí. —Está dejando que me vaya de rositas.

—¿No vas a informar a los de seguridad de la universidad?

—No. Llevo tiempo esperando una oportunidad para echar a Ben Thompson de Grant. Y al parecer esta noche Ben ha decidido atacar verbal y físicamente a dos de mis residentes antes de provocar una pelea con una persona desconocida.

—¿Desconocida? —insisto.

John se encoge de hombros.

—Ha ocurrido todo tan rápido que no he visto bien al chico con el que se ha peleado. Ahora que lo pienso, Ben estaba tan borracho que lo más probable es que la pelea ocurriera después de que se marchara de camino a casa.

Kate asiente.

—Qué raro —reflexiona.

—Qué raro —añade Clayton. Esboza una sonrisita extraña.

—Qué raro —coincide John—. Además, solo atacar a Kate y Clayton es suficiente como para echarlo. Lo he visto y lo he escuchado todo. Ha sido un canalla. Ni siquiera tendré que hablar de la pelea. La lista de violaciones de Ben es tan larga

como mi brazo y esto será la gota que colme el vaso. Y será todo un placer para mí. He esperado tres años para ver pagar a este tipo por lo que ha hecho.

Asiento. Quizá este chico no sea tan malo.

—¿Gina?

John asiente y la tristeza de Stella en su cara.

—Sí.

Katie interrumpe.

—Clayton también está de acuerdo en presentar una queja. —Sonríe a Clayton como si estuviera orgullosa de él—. Tenemos que ir con John a la oficina de seguridad de la universidad.

Contesto sin vacilar:

—Os llevaré en mi coche.

Katie me mira los nudillos raspados y la sangre de mi camiseta.

Miro la camiseta.

—Yo, eh... esperaré en el coche.

Katie sonríe.

—Buena idea.

John ya está haciéndonos gestos hacia el aparcamiento. Ha vuelto a ser el tipo seco y mandón de siempre.

—Ben Thompson se habrá ido antes de que salga el sol. Me apuesto mi Máster en Administración de Empresas —sentencia John.

Lunes, 12 de diciembre

Kate

John tenía razón. Ha sido imposible evitar la agitación y los cotilleos en la universidad esta mañana. Corre el rumor de que han sacado a Ben Thompson de la casa de la fraternidad escoltado por la mañana temprano, antes de las clases. Incluso han metido en cajas todas sus pertenencias. Yo lo interpreto como una victoria de Clayton frente a los capullos del mundo. «El karma es un cabrón, Ben Thompson».

Solo tengo un examen final esta mañana, así que me dirijo a la residencia a comprobar que Sugar esté bien antes de ir al piso de Keller. Estoy preocupada por ella. El embarazo y lo ocurrido después hacen que no deje de pensar en ello. Parece querer hacer unos cuantos cambios en su vida, pero le faltan algunos elementos clave para que eso ocurra. Primero, la determinación. La presión de sus amigos es su ruina. Aniquila su propia identidad. Segundo, ser proactiva. Ha tenido una vida muy cómoda; se lo han dado todo hecho. La chica no sabe cómo hacer un plan y mucho menos cómo llevarlo a cabo. Y, finalmente, autoestima. Las chicas como Sugar hacen cosas para llamar la atención, el tipo equivocado de atención, y eso las lleva a odiarse a sí mismas. Es un círculo vicioso.

En el fondo, no creo que sea mala persona. Creo que le falta el apoyo adecuado y un modelo a seguir fuerte. Tiene cojones, eso lo admito. Lo ha demostrado una y otra vez, incluso aunque se haya comportado como una auténtica zorra la mitad del tiempo. Si pudiera canalizar esa valentía para cambiar sería una puta estrella del *rock*.

Así que Sugar y yo somos amigas. Es un poco raro, pero me gusta. Y yo soy rara, ¿qué puedo decir?

Jueves, 15 de diciembre

Kate

Hoy ha sido el último día de exámenes y Keller y yo hemos decidido hacer una gran comida para todos nuestros amigos. Hemos invitado a Shelly, Duncan, Clay y Pete y compartido una gran lasaña vegetal, una ensalada César crujiente y pan de ajo salado con mantequilla. La comida ha sido excelente y la conversación, mejor todavía. Cuando colocas a seis personas completamente diferentes en la mesa ocurren cosas interesantes.

Por supuesto, todo lo bueno se acaba. Al menos eso es lo que se dice. Y estoy empezando a pensar que es un muy buen dicho. Después de la cena, he soltado la bomba. Ha sido horrible hacerlo. Me ha hecho sentir que busco atención o algo cuando lo único que quería era informar a mis amigos de Grant. Keller quería que se lo contara hace semanas, pero no quería que se preocuparan, especialmente con los exámenes finales a la vuelta de la esquina. He intentado mantenerme positiva cuando les he dado la noticia, pero mientras observaba como cada uno de ellos explotaba o se derrumbaba, he optado por guardar la compostura. Ser testigo de la tristeza de las personas a las que quiero es un resultado directo de... ¿mí misma? Es una mierda.

Shelly se ha estremecido varias veces; todo su cuerpo se convulsionaba como si intentara rechazar la noticia. No paraba de negar con la cabeza y morderse el labio inferior como hace cuando intenta no llorar. En cuanto Duncan le ha dado un abrazo, ha empezado a sollozar sonoramente sobre su hombro.

Pete ha abierto los ojos tanto que le he visto todo el blanco de los ojos. Creo que no ha pestañeado durante diez minutos. No ha dicho nada.

¿Y Clayton? Su preciosa carita se ha contorsionado en una expresión de angustia total cuando he pronunciado la palabra cáncer. La transformación ha llegado de forma instantánea, al igual que las lágrimas. No dejaba de decir: «Esto no puede pasarte a ti, Katherine. Simplemente no puede pasarte».

Ha habido muchos abrazos después de que se disipara la estupefacción, lo que me ha ayudado inmensamente.

Espero también que los haya ayudado a ellos.

Sobre todo, me siento aliviada de que todo haya terminado para que podamos volver a ser amigos y ya está.

Domingo, 18 de diciembre

Keller

Estamos todos en el estudio esta mañana. He traído a Dunc, Shel y Clayton conmigo. Katie se ha quedado con Gus esta noche en el hotel, en una *suite* con el grupo. Yo no he dormido. No podía dormir. Cada vez que cierro los ojos y no la siento a mi lado en la cama entro en pánico. Sentía que ya se había ido.

Estoy cansado. Ella también parece agotada, pero pensándolo mejor, últimamente siempre parece agotada. Aun así, sus ojos cansados reflejan felicidad. Casi siempre lo hacen. No sé cómo lo consigue. Le brillan los ojos y se muestra tan divertida como siempre cuando bromea con el grupo. Son unos tipos muy guays en realidad. Están muy relajados cuando están juntos. Todos son profesionales, Katie incluida, pero se divierten mientras trabajan. He oído más risas provenientes de este grupo en dos días de lo que probablemente escuche la mayoría de las personas en toda una vida. Y todos adoran a Kate, especialmente Franco, quien la chincha sin piedad. Pero no puedo evitar sentir mucha pena por ella porque se las devuelve todas. Esa es mi Katie. Es tan enérgica, joder.

Tom entra con un café extragrande en la mano y asiente hacia todos nosotros. No es una persona muy madrugadora, así que todos responden con el mismo gesto, evitando el saludo verbal. El grupo y Katie lo llaman P. A. S. No estoy muy seguro de qué va eso. Tendré que preguntarle a ella. Después de que Tom se sienta al lado del chico de sonido tras la mesa de mezclas, se aclara la garganta.

—Será mejor que hoy estéis todos preparados para hacer historia porque no he venido hasta Minneapolis este fin de semana para que me decepcionéis. Lo de ayer fue increíble, pero vais a tener que daros prisa si queréis al menos competir con lo que dejasteis ayer —dice esto último con la mirada puesta en Gus—. Tenemos que cerrarlo.

A Tom le cae bien Gus; solo prepara el terreno. Esta grabación tiene que ser perfecta si van a terminarla hoy.

Gus se aclara la garganta.

—Entendido. —La grandiosa estrella del *rock* parece nerviosa.

Tom asiente con sequedad y entonces se le suaviza la cara.

—Entonces mete el culo ahí y acabemos con esto.

—Quiero que Bright Side esté en la otra cabina. Tienes que grabarnos al mismo tiempo. Hay demasiadas armonías; no puedo hacerlo perfecto a menos que la escuche. —Kate canta armonías en casi todos los versos y luego cantan juntos el estribillo.

—Pensaba que habíamos decidido que grabaríamos a todos por separado y que luego lo montaríamos.

Gus se encoge de hombros, pero levanta un poco las cejas. Se lame el labio inferior. De repente, el chico de trato fácil que he visto estos dos días se esfuma. Parece que va a derrumbarse y creo que no tiene nada que ver con la grabación. Esto tiene que ver con Katie y se acaba de convertir en algo demasiado real.

—La necesito —dice en voz baja.

Tom exhala, pero su expresión se dulcifica. Sabe en qué circunstancias estamos aquí este fin de semana y no va a llevarle la contraria a Gus. Le dará lo que necesita para terminar con esto.

—Vale. —Creo que nadie podría negarle nada a este chico ahora mismo. Ni siquiera yo.

Tom y el chico de sonido conversan brevemente y colocan un micrófono en la cabina en la que estará Gus. El estudio está en silencio, lo que resulta un poco incómodo porque no ha habido ni un momento de silencio durante cuarenta y ocho horas. Shel está sentada en el regazo de Dunc en una gran silla en la esquina. Clayton, Jamie y Robbie están sentados en un gran sofá detrás de la mesa de mezclas. Franco y yo estamos de pie a un lado, mirando por el cristal hacia las cabinas de grabación. Katie y Gus están justo enfrente de nosotros, al otro lado del cristal. Charlan en voz baja mientras esperan situarse en sus respectivas cabinas. Katie parece relajada y feliz, como si hubiera hecho esto un millón de veces. Intenta tranquilizar a Gus. Parece muy tenso. No puedo imaginar lo que se le estará pasando por la cabeza. He escuchado la letra. La repasaron unas cuantas veces el viernes por la noche. La canción es emotiva; habla del dolor y el sufrimiento que supone perder a alguien, de intentar enfrentarse a la realidad y no conseguirlo y, al final, de rendirse. Sé que Gus la ha escrito desde su perspectiva, pero también podría haberla escrito Katie. Es triste la mires como la mires. Si no conoces la historia que hay detrás de la canción podría interpretarse de diferentes maneras: una muerte, una ruptura, una pérdida en general. La letra es una mezcla de enfado y total desesperación sin restricciones. Es poética, profunda y personal, son tres minutos de desenfreno. Terminar con la grabación será duro. Katie se lo ha tomado con calma. Las tiene todas consigo porque no se lo toma como algo personal. Odia la lástima, así que para ella no es triste. Es casi como si le hubieran hecho el regalo de contar su historia. Y su historia, al menos desde su punto de vista, no es triste. A pesar de que, como dice la canción, se rinde,

en su extraña y optimista cabeza rendirse está bien en este caso. Morir está bien. Estará bien.

Tom habla por el micrófono.

—Creo que estamos listos, chicos.

Gus y Katie se miran. Katie dice algo y levanta su diminuto puño hacia él. Gus sonríe y se lo choca con los nudillos. Todos los del estudio prestamos atención y parecemos contener el aliento. Franco bota sobre los talones y se dice en voz baja: «Vamos, Gus, tú puedes hacerlo».

Tanto Katie como Gus se ponen los cascos, los ajustan y se colocan detrás de los micrófonos. Katie todavía parece relajada, pero observo un cambio en sus ojos. Se está conteniendo. Gus tiene los ojos cerrados y estira el cuello y traza movimientos circulares con la cabeza de un lado a otro, intentando relajarse.

El chico de sonido aprieta algunos interruptores y los oímos respirar por los micrófonos. Tom pulsa un botón y los llama:

—¿Estáis listos, chicos?

Katie respira hondo y asiente. Gus está en silencio. Tom lo vuelve a llamar:

—Gustov, ¿estás listo?

Gus suspira unos segundos después y junta las manos detrás de la espalda. Sus bíceps se flexionan con la tensión. Aprieta los ojos.

—Necesito un puto cigarro. —No sé si está hablando consigo mismo o con Tom.

—Este va a ser un día muy largo —murmura Tom entre dientes antes de pulsar un botón para conversar con Gus—. ¿Necesitas otro minuto?

Katie ya se ha quitado los cascos y entra en la cabina de Gus. Oímos la conversación.

—Gus, tío, ¿estás bien? —Él niega con la cabeza—. Escucha, hagamos esto. Esta canción es la hostia. Quiero escucharte cantarla, en plan de verdad. No te contengas. Estoy emocionada, estoy lista. Vamos y haz esto conmigo.

La cara de Gus se relaja un poco.

—¿Crees que va a ser buena?

—¿Crees que estaría aquí si no? —lo chincha.

Gus asiente.

—¿Por mí? Sí.

Katie asiente para darle la razón, suspira y luego esboza una sonrisa.

—Sí, probablemente tengas razón, pero *va* a ser increíble. Venga, Gustov, ponte tus pantalones de niño grande y hagamos esto, joder.

Gus sonríe a su vez y niega con la cabeza. Le hace gracia lo mandona que es.

Katie guiña el ojo y se mete con él mientras sale.

—En serio, será mejor que lo hagas bien porque estoy lista.

—Está tan buena —dice Jamie, que está a mi lado. No es grosero; solo comenta un hecho—. ¿Hay alguien más que esté extrañamente cachondo ahora mismo?

Todos los que estamos en la habitación, incluso Clayton y Shelly, respondemos al unísono:

—Sí.

Franco me da un codazo.

—Eres un capullo con suerte, Keller.

Sí. Que. Lo. Soy.

Katie se vuelve a poner los cascos. Tom los llama.

—¿Estamos bien ya? Gustov, ¿estás listo?

Gus vuelve a respirar hondo y mira a Tom a través del cristal, tirándose de los vaqueros.

—Sí, tío. Ya tengo puestos mis pantalones de niño grande. —Le echa un vistazo a Katie y sonríe con suficiencia.

Katie aplaude y ríe.

Tom mira a Katie y la llama:

—Kate, ¿todo bien?

Ella levanta los pulgares con dramatismo enfrente del micrófono para que los vea Tom, esboza la sonrisa más bobalicona y abre los ojos como platos. Todos los que estamos allí nos echamos a reír, incluido Tom.

—¿En qué coño me he metido? —Entonces niega con la cabeza—. ¿De dónde ha salido esta chica? —Lo dice como un cumplido. Durante el fin de semana se ha hecho evidente que Tom respeta el talento de Katie. Ha caído bajo su hechizo, igual que todos los que se encuentran con ella.

Robbie interviene.

—Del espacio exterior. No hay otra como ella. Como los dos, en realidad.

Franco ríe.

—Muy bien dicho.

El chico de sonido aprieta más interruptores y la música entra en la habitación. El sonido grabado del violín de Katie es grave y fantasmagórico. El principio es largo, lo cual está bien porque puedo escucharla tocar para siempre. La guitarra acústica termina por unirse al violín, seguidos de la batería, el bajo y la guitarra eléctrica.

Gus y Katie se miran fijamente. Todos los miramos como si fueran peces en dos peceras, pero creo que han olvidado que hay más gente en este mundo excepto el

mejor amigo que está a unos metros, tras unos paneles de cristal. Los dos dejan que la música que les llega por los cascos tome el control. La barbilla de Gus sube y baja con cada rasgueo de la guitarra acústica. Todo el torso de Kate está en movimiento, pero se mueve lentamente, al ritmo del violín. Mueve la mano derecha de forma involuntaria en uno de los lados, como si tuviera el arco. Le echo un vistazo a Franco a mi lado, que sigue el ritmo de la batería golpeándose con el índice el muslo. Creo que ninguno es consciente de que no están tocando.

Tom señala a Gus cuando este comienza con el primer verso de la canción. Los dos primeros son solo suyos; su voz es grave y susurrante. Hay una tristeza innegable en ella. Katie se une para cantar la armonía como si fuera un recuerdo del primer verso. Es tenue y parece un eco que refuerza la emoción de Gus.

Gus continúa con la primera aparición del estribillo. El volumen de su voz aumenta mientras Katie añade profundidad. La emoción se acumula en el segundo verso. Aunque Katie sigue cantando la armonía, su voz aumenta de volumen para igualar a la de Gus. Este roza la angustia; ella aporta los cimientos. Es una extraña combinación, pero funciona. Sientes la lucha en ambos. Continúa hasta el segundo estribillo. Los dos están cantando a pleno pulmón y sé que el siguiente verso es solo de Gus. Es el clímax de la canción. No sé cómo puede dar más de lo que ya ha dado.

Pero entonces lo descubrimos. Gus tiene los ojos cerrados llegados a este punto. Aferra las manos a los cascos y arquea la espalda un poco por el esfuerzo. Está en otro mundo. Todo el cuerpo de Katie se mueve al ritmo de la batería que domina esta parte de la canción. Es como si la música fluyera directamente a través de ella y la controlara. Desearía poder perder el control así. Cuando las palabras de Gus se transforman en un grito de angustia que roza el dolor, Katie sonrío de oreja a oreja al alzar los puños al aire, pidiéndole que continúe.

Todos los del estudio de grabación estallan en una ovación desenfrenada, aplauden y silban. Se han quedado flipando por lo que han visto y oído.

Con los ojos cerrados, Katie vuelve a unirse a él y su voz iguala la intensidad de la de Gus. Canta el estribillo final sola, mientras Gus canta los versos anteriores sobre ella. La energía y la intensidad de la cabina es palpable. Si yo estoy tan alterado, ¿qué sentirán Katie y Gus?

Katie grita el último verso. Gus la sigue con un grito de guerra.

—Me he rendido ante la vida. O la vida se ha rendido a mí. Sea lo que sea, estoy acabado. —Y, entonces, su voz se frena y se tranquiliza—. Acaba conmigo.

Katie sigue dando botes, con los ojos cerrados, una amplia sonrisa, los puños apretados y el pecho agitado por el esfuerzo, mientras sigue el final de la canción, que es todo instrumental. Es el principio de la canción al revés. La guitarra eléctrica

y el bajo abandonan la canción, seguidos poco después por la batería. La guitarra acústica y el violín danzan de inmediato en el aire, a nuestro alrededor. Finalmente, la guitarra toca los últimos acordes y el violín fantasmagórico continúa solo.

Cuando termina la última nota, Gus y Katie abren los ojos. Gus sonríe, aliviado y agotado.

—Te quiero, Bright Side —susurra.

Katie le devuelve la sonrisa.

—Yo también te quiero, Gus —responde igual de suave.

Eso no era parte de la canción, pero ha quedado grabado y eso me hace feliz. Escuchar a otro hombre decirle a tu novia que la quiere debería molestarme, pero no es así. Quiero que Katie esté rodeada de la gente que la quiere.

La habitación vuelve a estallar en ovaciones. Tom lanza al aire los papeles que tenía bien enrollados, apoya la espalda en la silla y niega con la cabeza. Mira a Jamie, Robby y Franco y vuelve a hacerlo.

—¿Qué coño ha sido *eso*? —Está estupefacto—. ¿De dónde ha salido? Nunca he visto así a Gustov. Lo han clavado. —Pestañea, incrédulo.

Franco habla en voz alta.

—Es Kate, tío. Es su musa. Siempre lo ha sido. Has visto lo que han hecho juntos. Nadie más puede sacar lo mejor de Gus así. Se nutren el uno al otro. Nunca he visto nada igual en mi vida. Están tan sintonizados musicalmente el uno con el otro que es como si se leyeran la mente. Pero tienes razón. Lo que hemos presenciado ha sido increíble, joder... incluso para ser ellos. —Sonríe—. Supongo que no vas a hacer que lo repitan.

Tom carraspea, niega con la cabeza y aprieta el botón para dirigirse a Gus y a Katie.

—Creo que ha salido bien. ¿Queréis venir a escucharlo?

Unos momentos después, Gus está en pie detrás de Jamie y Robbie y apoya los brazos en sus hombros como si los necesitara para sostenerse. Katie está frente a mí, con la espalda apoyada en mi pecho. La abrazo y la beso en la cabeza. Noto que le cuesta un poco respirar.

—*Eres* una estrella del *rock* —le susurro al oído—. Acabo de presenciarlo. Has estado increíble.

Me acaricia los antebrazos con sus suaves manitas.

—Gracias, cielo.

Me encanta cuando me llama así.

Gus por fin ha recuperado el aliento.

—Maldita sea, Bright Side, creo que los pantalones de niño grande han

funcionado.

La risa de Katie vibra a través de mí.

La grabación suena tan fenomenal como en directo. Noto como a Katie se le pone la piel de gallina. Tom mira a Gus cuando terminan los «Te quiero».

—¿Qué opináis? ¿Os gusta cómo ha quedado?

Gus mira a Katie en busca de una confirmación antes de responder. Ella asiente y Gus sonrío.

—Sí, nos gusta.

Tom exhala.

—Bien, porque de ninguna manera iba a dejaros intentar volver a grabarlo. — Apunta a la mesa de mezclas—. Ha sido genial.

A continuación Robbie, Jamie y Franco se reúnen en torno a un micrófono en una de las cabinas para grabar las armonías de fondo. Les lleva varios intentos, pero terminan en una hora. Esta parte de la canción es menos importante, pero cuando se combina con todo lo demás es como la guinda del pastel.

Escuchamos la versión final sin pulir cuando volvemos del almuerzo. Franco y Katie se turnan para decirse lo horrible que suenan. Ayuda a aliviar el estrés que tortura a Gus. Insiste en que la escuchemos cinco o seis veces. Tom rechaza todas las sugerencias que hace Gus de cambiarla. Cuando Katie muestra su acuerdo en dejarla como está, Gus accede.

Poco después, un taxi llega para llevar al grupo y a Tom al aeropuerto. Eso quiere decir que es el momento de decir adiós a Katie. No saben si la volverán a ver. Tom la abraza y le dice lo honrado que se siente por haber trabajado con ella otra vez. Jamie llora sin tapujos mientras la abraza. No puede ni hablar cuando se da la vuelta para subirse al taxi. Robbie la abraza con delicadeza, como si tuviera miedo de romperla. Los ojos le brillan al decirle «Aguanta, Kate» antes de subirse al asiento trasero del taxi con Jamie.

Franco mira hacia el cielo y pestañea deprisa.

—Me dije a mí mismo que no haría esto. —Las lágrimas le recorren las mejillas. La coge de los hombros y le da un abrazo de oso—. Voy a echarte mucho de menos, Kate. No puedo decirte adiós. Esto está muy mal, joder.

Katie intenta forzar una sonrisa, pero el labio le empieza a temblar.

—Yo también te echaré de menos.

Franco le da un beso en la frente, le aprieta la mano y camina hacia el taxi. Katie lo detiene antes de que entre.

—¿Franco?

Él se gira.

—¿Sí?

—Siento todas las gilipolleces que siempre te he dicho. Espero que sepas que nada iba en serio. Eres uno de los tíos más increíbles que conozco.

Franco sonrío a pesar de estar llorando.

—Lo mismo digo, Kate.

Ver esto es desgarrador.

Gus está a unos centímetros, fumándose un cigarro. Da una última y larga calada y lo tira al suelo antes de girarse hacia Katie. Ella coge sus inmensas manos con las suyas, pequeñas. Es curioso lo bien que encajan dada la extrema diferencia de tamaño.

—Deberías dejarlo, ¿sabes? —dice Katie.

Gus asiente y adquiere una expresión de solemnidad.

—Lo sé. Créeme, lo sé.

Katie balancea sus brazos entre los dos. Ninguno quiere decir adiós, como si el hecho de que uno lo hiciera significara que todo tiene que acabar. Así que se quedan de pie en silencio, mirándose el uno al otro. Las lágrimas empiezan a caer lentamente de los ojos de Gus, pero cuando se convierten en un río constante, la levanta del suelo y la abraza de repente. Suena considerablemente calmado a pesar de estar llorando.

—Esto no es un adiós. Te veré después de Navidad.

La gira termina unos días después de las vacaciones.

Katie asiente con la cabeza sobre su hombro.

—No es un adiós. Te veo en unas semanas.

Gus la abraza con más fuerza. Entonces dice con la voz entrecortada:

—¿Me lo prometes?

La voz de Katie suena pesada y amortiguada.

—Te lo prometo, Gus.

La deja con cuidado en el suelo, sostiene su mejilla contra el pecho y le acaricia el pelo dos veces antes de soltarla. Katie se aferra al dobladillo de su camiseta como si no quisiera que se fuese. Gus le coge la cara con las manos y se inclina hasta que sus ojos están a la misma altura.

—Te quiero, Bright Side. —Le da un rápido beso en los labios.

—Yo también te quiero —susurra ella.

Gus se dirige a zancadas al taxi, abre la puerta del copiloto y sube.

No hay adiós.

Katie lanza besos al aire y se despide con la mano mientras el taxi se aleja de la

acera. Las lágrimas le recorren en silencio la cara cuando se gira para mirarme. Finalmente las ha dejado caer. Me abraza, y es como si se cayera sobre mí. Le acaricio la espalda trazando círculos.

—Tienes unos amigos geniales, Katie.

—Lo sé. Tengo mucha suerte, joder. —Lo dice en serio.

Le doy un beso en la coronilla.

—Somos nosotros los afortunados.

Lunes, 19 de diciembre

Keller

Mi madre lleva un mes sin hablarme. Todavía está enfadada conmigo por cambiarme de carrera... por cambiar mi vida, supongo. Sé que no debería molestarme porque esto es lo que hacemos, lo que hemos hecho durante toda mi vida. Hay un patrón: yo me esfuerzo al máximo, pero nunca es suficiente, ella se decepciona y me siento como un fracaso... entonces, otra vez... y otra... y otra.

Supongo que me molesta porque, por primera vez en mi vida, yo estoy orgulloso de mí mismo. Me siento centrado. Me siento seguro. Me siento valiente. Y siento todas estas cosas gracias a Katie. Estar cerca de ella estos últimos meses me ha cambiado. Soy un hombre mejor gracias a ella.

¿Por qué mi madre no lo ve?

Katie y yo hemos ido en coche de Grant a Chicago esta mañana temprano. Hemos cenado con Stella y Melanie en casa de mis padres. Mi padre trabaja esta noche en urgencias y mi madre se ha negado a cenar con nosotros. La cena ha sido melancólica dado que probablemente sea la última vez que vea a Melanie en mucho tiempo. Va a volver a Seattle. Nos prometimos seguir en contacto, pero ambos sabemos lo que ocurrirá. Hacer promesas es fácil. Se va a vivir con sus padres e irá a la universidad a terminar la carrera. Estoy contento por ella. Es una buena persona. No sé lo que habría hecho sin ella. Ha sido el ángel de Stella durante casi cuatro años. No puedo agradecerse lo suficiente.

Stella ha llorado cuando Melanie se ha marchado. Me he quedado destrozado y, por un segundo, me ha hecho preguntarme si estaba haciendo lo correcto.

Ya son las once de la noche pasadas. Stella lleva dormida un poco más de dos horas y mi madre está en el despacho, donde se ha refugiado desde que hemos llegado esta tarde.

Katie se ha ido a dormir a la habitación de invitados hace una hora. Esta semana ha sido movidita y no ha dormido tanto como necesita. Sé que está luchando. Es muy fuerte, la persona más fuerte que he conocido, e intenta mostrarse valiente delante de todos, pero cuando está sola deja que la domine el dolor. Lo he visto, y me rompe el corazón. La realidad de que voy a perderla se hace más real con cada día que pasa.

No quiero perderla.

Me cambiaría por ella si pudiera. Es la única persona, aparte de Stella, por la que puedo decir sinceramente que moriría. Ni siquiera lo dudaría. Me interpondría entre una puta bala y cualquiera de mis chicas.

Me destapo porque no puedo seguir aquí tumbado. Paseo por la habitación, mordiéndome las uñas. Ya no me quedan uñas. Estoy ansioso de cojones y mi mente está desbocada. No puedo calmarla lo suficiente como para dormir.

Me pongo unos pantalones de pijama sobre los bóxers y camino por el pasillo para echarle un ojo a Stella. Está profundamente dormida. Está tan tranquila que el amor me invade el corazón. Katie tenía razón. Es una bendición.

Mi siguiente parada es la habitación de Katie. Está dormida sobre el lado izquierdo. Lleva durmiendo así toda la semana. Dice que está más cómoda en esa postura, pero conozco la verdadera razón. El dolor la está matando. Es tan intenso que ya no puede tumbarse bocarriba o bocabajo.

Odio el cáncer, joder.

Duerme profundamente, pero sé que no por mucho tiempo. Nunca duerme mucho. Tiene el sueño más ligero que he visto nunca. Debe de despertarse una docena de veces todas las noches y su malestar solo lo empeora.

Cuando se quedaba en mi piso me encantaba verla dormir. Es tan hermosa que a veces me tumbaba a su lado y me limitaba a mirarla. El sube y baja de su pecho. El temblor tras los párpados cuando los sueños pasaban apresurados por su mente. La absoluta tranquilidad me dejaba sin aliento. El dolor ha empezado a atacarla por la noche. Su cuerpo se pone rígido para luchar contra él. Su cara se contorsiona y contraataca. A veces grita. La tranquilidad se esfuma. Y eso me destroza.

Así que no miro.

Esta noche no puedo estar en otro sitio que no sea en esta habitación con ella porque siento que no me queda mucho tiempo. No quiero molestarla, así que me siento en el sillón al otro lado de la habitación. La oscuridad la oculta a mis ojos, pero todavía siento su presencia. Inclino la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y dejo que todo me invada. No sé cuánto tiempo me quedo sentado, puede que durante una hora o más, antes de decidir que debo irme a la cama e intentar descansar. Sin embargo, cuando llego a la puerta no puedo. Sé que no seré capaz de respirar si salgo de esta habitación, así que camino hacia la cama, levanto las sábanas lentamente y me deslizo a su lado. La cama de matrimonio es enorme comparada con la que solemos compartir. Hay treinta centímetros entre nosotros.

—No irás a dormir tan lejos de mí, ¿no?

Su voz es soñolienta y ronca. Hace que sonría y la ansiedad que se ha acumulado en mi pecho durante las últimas horas desaparece.

—¿Cómo sabías que estaba aquí contigo?

Katie ríe.

—No eres tan sigiloso como piensas, Keller Banks. Serías un ladrón malísimo. O un ninja. No vuelvas a cambiar de carrera.

Me acerco a ella, presiono todo mi cuerpo contra el suyo y la abrazo. Está calentita. Podría vivir en este momento para siempre. La beso en la nuca dos veces.

—Buenas noches, Katie.

—Buenas noches.

Se hace el silencio y estoy casi seguro de que se ha vuelto a dormir.

—¿Keller?

—¿Sí?

—Gracias por venir. Odio dormir sola.

Entrelaza los dedos con los míos, se los lleva a la boca y me besa el dorso de la mano.

—Te quiero, nena. —Tengo que decir las palabras antes de que me atragante más.

—Yo también te quiero, cielo... Yo también te quiero, cielo. —Lo dice dos veces para que no tenga que pedirle que lo diga otra vez.

La quiero mucho. Muchísimo.

Martes, 20 de diciembre

Keller

Casi hemos terminado de meter las cosas de Stella en el coche de Katie. (Se ofreció a que utilizáramos el suyo para el viaje porque, aunque le *encantan* mis pufs, no le parecía que fueran cómodos para estar sentados varias horas. Lo dijo ella, no yo.) No podemos llevarnos demasiadas cosas con nosotros porque no hay mucho espacio en mi piso, pero Stella tendrá todo lo que necesita.

Katie está ayudando a Stella a darle de comer a la señorita Higgins. Recogen el terrario y todo lo necesario para cuidar de una tortuga. Dios, es como si nos lleváramos todos los animales del zoológico en lugar de una única y solitaria tortuguita. Digamos que la Señorita Higgins tiene una buena vida. Podría ser la tortuga más cara de mantener de toda la historia.

Paso una última vez por el salón para asegurarme de que Stella no se ha dejado nada que luego echará de menos.

—Keller. —La voz de mi padre me sorprende. Carraspea. Es el mismo carraspeo formal que precede todo lo que me dice—. ¿Puedo hablar contigo antes de que te vayas?

Sé adónde va a parar esto y hoy no estoy de humor para discutir. Va a pedirme que vaya con él al despacho de mi madre porque ahí es donde ella se siente más poderosa. Y porque él es el chico de los recados; se encerrará en sí mismo cuando crucemos la puerta y ella proceda a decirme todo lo que estoy haciendo mal. Intentaré defenderme. Mi madre levantará la voz e intentará intimidarme para que vea las cosas a su manera. He pasado por esto un millón de veces.

Como decía, no estoy de humor.

—Papá, sin ofender, pero sé que *hablar contigo* y que *madre me hable* es lo mismo. Así que no, gracias. Hoy no.

Vuelve a carraspear.

—Esto no tiene que ver con tu madre, hijo. Es sobre Kate.

Hasta entonces he estado de espaldas a él, pero me giro cuando oigo su nombre. No puedo *no* reaccionar con su nombre.

—¿Qué pasa con Katie? —Carraspea de nuevo—. Solo dime lo que tengas que decir, papá.

Me mira directamente a los ojos, pero percibo en ellos una delicadeza que solo reserva para Stella. No se puede resistir a Stella.

—Kate está muy enferma, ¿no?

Asiento. No he contado nada a mis padres de la enfermedad de Katie, pero mi padre pasa mucho tiempo con enfermos como para reconocer a uno cuando lo ve. Y es muy observador.

Suspira.

—Eso me temía. ¿Cuál es el diagnóstico?

Solo puedo contestar con una palabra porque no quiero derrumbarme delante de él.

—Cáncer. —Odio esa puta palabra.

—¿Se está tratando? —pregunta en un tono frío, pero la delicadeza de sus ojos no ha cambiado.

De nuevo, solo puedo pronunciar una palabra.

—Terminal.

Mi padre asiente.

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo? —Sé qué pregunta, pero no quiero responder. Levanto un dedo en su lugar—. ¿Un año? —intenta adivinar. Sabe que eso sería optimista.

Niego con la cabeza.

Mi padre exhala y vuelve a asentir.

—Un mes. —No es una pregunta.

Nos miramos fijamente durante unos momentos mientras lo asimilamos. Justo entonces entra Katie con la señorita Higgins en su terrario. Sonríe, ajena al hecho de que estamos hablando de ella.

—Creo que la señorita Higgins está lista para el viaje, Keller. Acaba de comerse un gran desayuno y Stella dice que no le quedan medicamentos para el mareo para reptiles, así que tendrás que conducir con calma, tío. El delicado aparato digestivo de la señorita Higgins está en tus manos. ¿Aceptas el reto?

Es gracioso, pero no tengo ganas de reír.

Mi padre se limita a mirarla. Sus ojos todavía reflejan una expresión delicada de tristeza, pero hay algo más: una mirada de admiración y una pequeña sonrisa le iluminan la cara. Se gira hacia mí y me estrecha la mano.

—Cuídalas, Keller.

Asiento y trago saliva con dificultad porque no es una despedida cariñosa, sino quizá la primera vez que siento que mi padre se ha dirigido a mí como a un igual,

como a un hombre.

—Lo haré.

Mi padre asiente a modo de respuesta.

—Llama si necesitas algo.

—Estaremos bien, papá, gracias.

Nos marchamos sin decirle adiós a mi madre.

Jueves, 22 de diciembre

Kate

Me he despedido de Pete esta mañana. Se ha sentido incómodo y me ha resultado difícil porque odio que la gente tenga sentimientos negativos por mi culpa, especialmente si se trata de alguien que me importa. Pete vuelve a casa hasta que empiece el segundo cuatrimestre a mediados de enero.

Me ha dicho que me verá entonces.

No lo hará.

Los dos lo sabemos. Pete simplemente no sabía qué más decir. Le he dicho que lo echaría de menos.

Nos hemos abrazado.

Clayton me ha ayudado a poner en cajas las últimas cosas que dejé en mi habitación y las ha metido en la parte de atrás de mi coche porque yo no podía levantarlas. Es la primera vez que me he sentido realmente avergonzada por mi enfermedad. Volverse una inútil es humillante.

Intento no ponerme triste por el final de este capítulo de mi vida, pero me cuesta al saber que Clayton también se marchará pronto. Irá a su casa a pasar un mes con la familia y luego se mudará a Los Ángeles para estar con Morris. Lo echaré de menos. Y sé que esto, ayudarme, le resulta difícil, pero no he tenido el valor de pedírselo a Keller. Keller tiene suficiente con lo suyo ahora mismo y no quiero estresarlo más con tachar otra cosa en mi lista de cosas por hacer. Ahora todo parece tan terminante. Hemos pasado tan rápido de las primeras veces a las últimas en esta relación que no me parece justo molestarlo con esto.

Domingo, 25 de diciembre

Kate

—Feliz Navidad, Kate.

La voz de Audrey siempre me ha sonado como la de un ángel, incluso por teléfono. Recuerdo ir a casa de Gus y Audrey cuando era una niña y estar emocionada por verla porque siempre me hablaba. Y era amable cuando lo hacía. Mi madre no nos hablaba mucho ni a Grace ni a mí y, cuando lo hacía, solía gritar. Audrey nunca gritaba. Siempre pensé que si llegaba a conocer a un ángel sonaría igual que Audrey.

—Feliz Navidad, Audrey. ¿Habéis comido Gus y tú rollitos de canela en la playa esta mañana?

—Sí. —Sonríe; lo oigo. Gus llegó ayer a casa. Lo ha echado de menos desde que se fue de gira. Siempre le hace sonreír.

Los rollitos de canela en la playa son una tradición navideña de los Hawthorne. Todas las Navidades por la mañana, antes del amanecer, Gracie y yo íbamos a la puerta de al lado, a casa de Gus y Audrey, con los pijamas puestos. Gus siempre estaba despierto porque estaba demasiado emocionado como para dormir en Nochebuena. A Gus le *encanta* la Navidad. Así que despertábamos a Audrey y ella ponía una bandeja de rollitos de canela en el horno. Cuando estaban hechos, nos llevaba a la playa frente a su casa y extendía un mantel. Nos sentábamos y comíamos, y no nos dejaba abrir los regalos hasta que la bandeja estuviera vacía. Lo hacíamos todos los años. Esos son mis recuerdos navideños favoritos. Recuerdo que a Gracie y a mí siempre nos entristecía volver a casa después. Nuestra madre no era de las que se levantaban antes del mediodía habitualmente, y Navidad no era una excepción. Nunca estaba despierta cuando volvíamos a casa y nunca nos hizo rollitos de canela.

—Echo de menos estar ahí contigo —digo—. Aunque he hecho rollitos de canela esta mañana para Keller y Stella y les he obligado a comerse toda la bandeja antes de abrir los regalos. El único pequeño cambio en las normas es que no salimos. A doce grados bajo cero sería un poco intenso.

Audrey ríe.

—Celebrarlo dentro es probablemente la mejor forma de hacerlo en Minnesota. Me alegra que hayas compartido la tradición con ellos.

—A mí también. —Quiero compartirlo *todo* con ellos. Las pequeñas cosas como

esta son importantes.

—¿Has hablado con Gus hoy? Puedo ir a buscarlo. Está abajo, en la sala de cine, viendo una película mientras yo hago la cena.

—No te preocupes. Antes hemos hablado unos minutos. Nos pondremos al día más tarde. Quería hablar contigo, Audrey.

—Claro, cariño, ¿qué pasa?

Audrey ha mantenido la compostura muy bien. Ella lleva el corazón en la mano como Gus, pero se le da mejor mantenerse bajo control. Apuesto a que se esfuerza por sonar simplemente preocupada y no asustada ahora mismo.

—¿Te acuerdas de cuando hablamos de que volvería a casa cuando ya fuera demasiado?

—Claro, sí.

—Creo que casi ha llegado el momento. —Intento luchar contra las lágrimas porque de verdad que no quiero llorar. Esta es la realidad y esto es solo el siguiente paso.

Audrey respira hondo.

—Vale, cielo. Vale... Sí... —Debe de estar mentalmente conmocionada porque esta no es la Audrey que conozco. Audrey nunca hace pausas ni trastabilla con los pensamientos o las palabras. Siempre sabe qué decir.

Se me tensa el pecho porque empiezo a temer que quizá no sepa qué hacer conmigo. Quizá es pedir demasiado.

Pero Audrey se recupera.

—Cielo, voy a ponerte en la habitación de invitados para que tengas tu propio baño. Mándame por correo electrónico los nombres de tus médicos y sus datos de contacto. Quiero el de tu médico de aquí y también el del médico al que has ido en Minnesota. Hablaré con ambos de inmediato y me aseguraré de que tengo todo lo que necesito en casa para cuidarte adecuadamente. Asegúrate de que incluyes una lista completa de los medicamentos que estás tomando ahora. Sé que eres alérgica a la penicilina, pero si tienes otras alergias que yo no sepa, inclúyelas también. Me ayudaría tener información sobre tu seguro médico. ¿Necesitas algo en especial? ¿Algo que quieras tener en tu habitación? Si es así, dímelo. Me aseguraré de que todo esté preparado cuando llegues.

No sé por qué he dudado de ella. Esta es la Audrey que conozco. Es la puta Wonder Woman.

—Gracias, Audrey. Creo que estaré allí alrededor de Año Nuevo, si te parece bien.

—Kate, eres una de mis hijos. Lo sabes, cielo. Desearía con todo mi corazón que

volvieras en otras circunstancias, pero siempre serás bienvenida en mi casa. Movería cielo y tierra por ti. Te quiero.

—Yo también te quiero. Muchísimo.

—Te estoy dando un gran abrazo por teléfono. ¿Lo sientes? —Siempre le han gustado los abrazos. Siento el abrazo.

No tengo el valor de contarle a Keller que he hablado con Audrey. Sabía que llegaría este momento. Cuando lo haga, lo destrozaré. No me emociona pensarlo. En absoluto. Resistiría aquí si pudiera, pero no puedo hacerle eso ni a él ni a Stella. Sé que el final no va a ser bonito y que será agotador. Sinceramente, no quiero pedirle a nadie que esté conmigo mientras tanto, pero si no puedes pedírselo a mamá, ¿a quién si no? Siempre he pensado en Audrey como mi mamá. Puede que Janice fuera mi madre, pero Audrey es mi mamá. Sin embargo, este es el primer día de toda mi vida que desearía que no lo fuera. Alguien como ella no debería pasar por esto.

Miércoles, 28 de diciembre

Kate

Hoy estoy enfadada. Ojalá no lo estuviera. *Maldita sea*, ojalá no lo estuviera... pero lo estoy.

Esta mañana he visto al doctor Connell. Ha echado un vistazo a mi historial, luego a los resultados recientes del laboratorio y por último luego a mí. No ha puesto cara de póker. Se lo he echado en cara porque, francamente, a estas alturas del juego me gustaría ver a una sola persona que no me mirara con pena.

Keller lo intenta con todas sus malditas fuerzas, pero hasta él a veces falla.

Así que sí, hoy estoy enfadada.

En serio.

Jodidamente.

Enfadada.

Le he estado gritando a Dios en mi cabeza toda la mañana. «¿Por qué tengo que ser yo la que se muere? ¿No puede ser otra persona? ¿Alguien a quien no haya conocido y que viva muy lejos?».

Sé que eso suena horrible, pero así me siento hoy. Y por eso no puedo volver al piso de Keller todavía. Keller y Stella no se merecen ver o sentir este tipo de enfado.

Me voy el sábado a San Diego. Ayer compré el billete y se lo dije a Keller anoche, después de que Stella se fuera a la cama y se quedara dormida. Si dijera que no se lo tomó bien me estaría quedando corta. Se rompió en pedazos delante de mí. Intentó no hacerlo con todas sus fuerzas. Verlo destrozado y saber que yo era la responsable de ver así de devastado al hombre al que amo con todo mi corazón... Sí, me odio a mí misma por ello.

Así que ahora mismo estoy sentada en mi coche en el garaje de un comercio cualquiera en el centro de Minneapolis y no sé qué hacer a continuación.

Y cuando no sé qué hacer a continuación, hablo con Gus. No debería llamarlo cuando estoy enfadada, pero no me quedan ideas, y si no hago algo en los próximos cinco minutos, voy a volverme loca. Así que lo llamo. Responde al primer tono.

—Bright Side, ¿cómo vas?

—No quiero morirme —digo, desafiante.

—Bright Side, ¿qué? —Está confundido.

Por supuesto que está confundido. Nadie empieza una conversación así.

—No quiero morirme, joder —repito.

—Oh, mierda, Bright Side. —Lo oigo respirar hondo, el primer paso para la conversación que está a punto de desarrollarse—. Háblame. ¿Qué pasa?

—Me estoy muriendo, Gus, joder. No quiero morirme. *Eso* es lo que pasa. —Golpeo el volante con la palma de las manos—. ¡Maldita sea! —grito. Solo me he puesto histérica con Gus dos veces en mi vida: una cuando encontré a mi madre colgando del techo y otra cuando murió Gracie. Gus no se merece esto, pero sé que lidiará con ello mejor que nadie.

—Cálmate, tía. ¿Dónde estás?

—No sé. Estoy sentada en el coche en un puto garaje en medio de la puta Minneapolis. —Eso ha sido hostil.

—¿Estás sola?

—Sí —suelto.

—Se supone que no debes conducir si te has tomado los analgésicos.

No quiero que me hable con su tono paternal.

—Lo sé.

—¿Estás en peligro o herida?

Me echo a reír, sorprendida de que hasta al reír suene enfadada, pero la pregunta resulta absurda. *Me estoy muriendo*.

—Bright Side, cállate un segundo y háblame. ¿Tengo que llamar a emergencias? ¿Qué coño pasa? —Suena asustado.

Niego con la cabeza como si pudiera verme.

—No, no. Es solo... que estoy muy enfadada, Gus, joder. Eso es todo. —Y sin palabras, porque tengo la cabeza hecha un lío, llena de amargura y resentimiento. No sé qué más decir, así que repito—: Estoy muy enfadada, joder.

—Bueno, joder. Por supuesto, puedo hacer frente a más ira. —Lo ha pillado. Al fin y al cabo, por eso lo he llamado—. Llevo guardándome para mí mismo la rabia durante un mes. Me siento mejor al saber que no soy el único que está destrozado por no poder controlar la ira. Así que dispara. Suéltalo, joder.

Lo hago. Una retahíla explosiva de palabrotas sale de mi interior. Lo maldigo todo, grito preguntas, golpeo el volante y me enjugo lágrimas de rabia. Ocasionalmente, Gus se une, gritando afirmaciones. A veces espera a que yo haga una pausa y le toque el turno y a veces solo me pisa las palabras. No me grita *a mí*, grita *conmigo*.

Después de lo que podrían ser horas, pero probablemente hayan sido minutos, dejo de gritar. He perdido el sentido del tiempo y del espacio tras mi estallido. Me lleva unos minutos calmar los latidos del corazón y aclararme la cabeza. Con el tiempo, mis lágrimas se detienen y soy capaz de respirar con normalidad. Siento la garganta tensa y me duele un poco la cabeza, pero estoy tranquila. Al otro lado de la línea, Gus también está callado. El silencio se cierne sobre nosotros. Sé que me está dando el tiempo que necesito. Se quedaría sentado todo el día sin decir nada si eso fuera lo que necesitara.

Decido romper el silencio y digo con una voz rasposa:

—¿Gus?

—¿Sí, Bright Side? —Vuelve a sonar como él mismo. Tranquilo.

—Gracias. —Siento como si me hubiera quitado un peso enorme de encima. Y ahora tengo que disculparme—. Lo siento, tío.

Gus ríe.

—No te preocupes. ¿Te sientes mejor?

Ahora incluso puedo sonreír.

—Sí, de verdad.

—Bien. Yo también. Creo que deberíamos haber hecho esto hace semanas.

—Creo que deberíamos haberlo hecho hace meses. —Lo digo en serio. Me siento muy bien al dejar salir todo.

—Bright Side, sabes que te quiero cuando eres feliz y adorable en tu mundo de rayos de sol y arco iris, pero estás *sexy* cuando te enfadas. Me ponen las chicas agresivas. Y eso ha sido *muy* agresivo.

Gus sabe lo que voy a decir a continuación, pero no puedo evitarlo.

—Lo que tú digas. —Incluso pongo los ojos en blanco.

—Creo que voy a cambiarte el nombre a Semilla del Diablo.

—¿Qué? ¿Te enseñé mi lado oscuro y ahora piensas que soy el puto anticristo? No me gusta. ¿Por qué no puedo llamarme Puta Loca?

Gus se ríe mucho y la felicidad invade mi corazón porque no había oído reír así a Gus en un mes. Y me encanta esta risa.

—Bueno, tío, como parece que mi sesión de terapia se ha acabado, será mejor que me vaya. Tengo que volver a casa.

—Claro. Conduce despacio y mándame un mensaje cuando llegues. Y nada de volver a conducir.

—Sí, señor. Te quiero, Gus.

—Yo también te quiero, Puta Loca. —Su voz es grave e intensa. Hace una pausa

porque sabe que no voy a colgar después de decir eso—. Solo estaba probando —añade con inocencia.

—Creo que no me gusta.

—A mí tampoco —dice impasible—. Yo también te quiero, Bright Side.

—Eso está mejor.

Me gusta ser Bright Side. Me gusta mucho.

Viernes, 30 de diciembre

Kate

—Gus cogerá el avión contigo a San Diego mañana. —Keller tiene los brazos cruzados; cree que me voy a oponer.

Tiene razón.

—¿Gus va a venir *aquí*? —Normalmente estaría contenta de ver a Gus, pero el hecho de que venga a hacer de niñera me pone furiosa.

Keller asiente.

—¿Cuándo llega? —Ahora yo también cruzo los brazos, desafiante. Ni Stella se comporta así. ¿Qué mosca me ha picado?

—Su vuelo llega un par de horas antes de que salga el tuyo. Nos encontraremos con él en la terminal y se encargará de ti a partir de ahí porque yo no puedo pasar el control de seguridad.

Es el Keller directo. Quiere acabar rápido con esto. Sabe que he estado gruñona todo el día y que esto solo va a empeorarlo. Sé que lo hacen por mi bien, pero odio que me traten como a una inválida.

—No soy una puta niña, Keller.

Keller se frota las sienes con la base de la palma de las manos.

—Nena, lo sé. —Mi actitud irritada está agotando su paciencia—. ¿Quieres comer algo? Es la hora de cenar. ¿Tienes hambre? ¿Puedo preparar algo para que te tomes la medicina.

Intenta cambiar de tema para ayudarme, pero todavía estoy molesta. Esquivo el intento y vuelvo a por más.

—¿De quién ha sido la idea?

—Nuestra. —Lo dice con exasperación. Quiere acabar ya.

—¿Así que tú y Gus habéis planeado el rescate juntos? ¿Yo no tengo voto? Lo único que tengo que hacer es meterme en el avión, Keller. Creo que puedo hacerlo sola.

No quiero ser maliciosa. No es típico de mí, pero hoy no puedo evitarlo. Gracias a Dios que Shelly y Duncan han venido a buscar a Stella esta mañana para que pasara el día y la noche con ellos. No quiero que me vea comportándome así jamás. Nadie

se merece verme así, especialmente Keller. El dolor y el sufrimiento que me provoca la enfermedad me está convirtiendo en alguien a quien aborrezco.

—Dios, Katie, ¿qué quieres que haga? ¿No estás tan enferma como para que te acompañen a casa, pero sí para vivir aquí? ¿Para abandonarme por San Diego y Gus?

Las palabras abren una nueva herida de culpabilidad, así que suelto con rabia:

—Detente ahí y da marcha atrás. Esto no es un concurso de popularidad. —Estoy tan cabreada que empiezo a sentir un latido en la cabeza. No estoy eligiendo a uno en vez de al otro porque me importe más. Tengo que elegir a alguien, *un lugar*, que cargue con este peso. Es una diferencia enorme.

Keller me da la espalda, se lleva las manos a las caderas y se gira para mirarme.

—En el fondo de mi corazón, lo sé. Lo sé. Pero estoy celoso. Ya está, lo he dicho. Estoy jodidamente celoso. Es lo más sincero que puedo ser.

Mi yo solidaria se ha esfumado.

—Eso es una estupidez.

La irritación se le pasa rápido. No va a participar en mi enfado. Se le alarga la cara y sé que ahora está triste.

—No puedo negarlo. Es una estupidez. Una estupidez, además de un comportamiento inmaduro. Estoy trabajando en ello. Tu relación con Gus ha durado décadas. La nuestra, solo unos meses. Eso me pone celoso. Yo solo... quiero más. Quiero más tiempo contigo.

Esto es desgarrador, pero sigo enfadada. Mi cabeza quiere desesperadamente que mi boca se calle, pero le suelto:

—¿Y crees que yo no?

Keller niega con la cabeza y da un paso hacia mí para colocar las manos sobre mis hombros. Yo retrocedo un paso para que no me alcance.

—Cariño, sé que tú también quieres. No quería insinuar...

Lo interrumpo. Respiro con dificultad y entrecierro los ojos por el dolor.

—Vale. ¿Quieres que me quede aquí? ¿Quieres ver cómo lucho por llevar oxígeno a mis pulmones? ¿Quieres ver cómo todo empeora cuando mi hígado acabe su descenso al infierno? ¿Quieres ver cómo me meten tantos putos narcóticos para aliviarme el dolor que no pueda pensar correctamente ni hablar como una persona normal? ¿Quieres ver cómo me consumo y me muero de hambre cuando ya no pueda comer ni beber? Va a ser genial, joder... —Estoy gritando cuando me interrumpe.

Tiene los oídos cubiertos con las manos y las lágrimas se arremolinan en sus ojos.

—¡Para! Para ya. No quiero pelearme contigo, nena. Quiero ayudarte. Quiero hacer desaparecer tu dolor. Quiero amarte. *Eso es lo único que quiero.* —Me mira

desesperado, como si quisiera volver a alcanzarme. En su lugar, coge el abrigo que cuelga del respaldo del sofá, se lo pone y camina hacia la puerta—. Voy a dar un paseo. A intentar tranquilizarme. No es bueno para a ti que te pongas tan nerviosa. Volveré en unos minutos.

No lo veo salir por la puerta, pero oigo que esta se cierra silenciosamente cuando sale. No puedo deshacer el nudo que tengo en la garganta y, antes de darme cuenta, estoy sollozando. Es el tipo de sollozo que hace que me sienta como si me ahogara. No hago ruido y jadeo para conseguir aire. No puedo respirar. Sacudo los hombros con violencia y me duele la cabeza. Mi cuerpo lucha contra el caos que supone cada nuevo sollozo. Tengo los músculos tensos y rígidos, lo cual aumenta el dolor. Nunca pensé que podría morir de dolor, que hubiera algo tan intenso como para hacer que el corazón deje de latir.

Ahora me lo replanteo todo.

Necesito mi medicina.

Doy dos pasos hacia el baño y de repente una descarga de dolor me derrumba. Tumbada en el suelo, siento que he perdido el control de mi cuerpo y mi mente. Me oigo gritar en medio del silencio mientras el oxígeno trata de llegar hasta mis pulmones por lo que parece la primera vez en minutos. Mi segunda o tercera exhalación es un grito de dolor que viene acompañado por bilis y segundos más tarde vomito todo el contenido de mi estómago en el suelo de madera. Esa era la primera comida que había sido capaz de digerir en dos días. Y ahora ya no está.

Sigo sollozando, pero el enfado se ha esfumado. Ahora la única emoción en la que puedo concentrarme es el miedo. El dolor me domina, pero el miedo me arrastra como un depredador a punto de atacar que viene a por la presa. No puedo darle la espalda o me atacará. ¿A esto se ha reducido mi vida? ¿A estar tirada en el suelo en un charco de mi propio vómito, incapaz de dejar de llorar, incapaz de calmarme mentalmente e incapaz de levantarme físicamente?

Estoy empezando a verlo todo negro. Las cosas se oscurecen y eso me asusta más que nunca. De repente, todo mi cuerpo se pone rígido por el dolor. Me viene a la cabeza un último pensamiento. «Ahora entiendo por qué mi madre acabó con todo».

A veces, cuando algo terrible ocurre, intento hacer todo lo que puedo para concentrarme en el detalle más inconsecuente e inconexo que tengo disponible. Un detalle que, según un punto de vista general, no tiene nada que ver con la situación actual. En este momento ese detalle sería pensar en lo asqueroso que es lo que hay debajo del sillón. Estoy tirada en el suelo intentando entender qué ha pasado, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en el hecho de que probablemente Keller y

Duncan nunca han barrido debajo del sofá.

El siguiente pensamiento que me viene a la cabeza es lo mucho que me duele la mandíbula. Es como si hubiera estado apretando los dientes toda la noche. Siento que tengo costras en los ojos y que están pegajosos. Y huele a muerto, como a comida podrida y a orina. Estoy confundida. Esto es lo que se siente al despertar de un profundo sueño.

Repito ese pensamiento. Esto es lo que se siente al despertar de un profundo sueño. ¿Me acabo de despertar?

Ruedo sobre mi espalda, lo que conlleva un gran esfuerzo. Miro al techo. ¿Qué coño acaba de pasar? Siento que mis miembros están rellenos de gelatina y me duelen las articulaciones como si hubiera corrido un maratón. Intento sentarme, pero estoy tan mareada que decido volver a tumbarme en el suelo.

Al mirarme la ropa comprendo de dónde proviene ese olor horrible. Me he vomitado encima y en el suelo. Mierda. Esta era una de mis camisetas favoritas. Bueno, ahora es historia. Estoy segura de que la salsa de los espaguetis reciclada no se va con más facilidad que la recién hecha. También siento la entrepierna húmeda. Genial. Mearme encima tampoco ayuda a nada.

—¿Keller? —Tengo la voz ronca y me duele la garganta. No sueño como yo. No hay respuesta.

Soy capaz de apoyarme con las manos y las rodillas. Me arrastro hasta el baño, cojo la medicina y me meto en la ducha. No tengo fuerzas, pero no aguanto más este olor. El agua hace que me sienta tan bien que me acurruco en el suelo de azulejos y dejo que me empape la ropa y el pelo. Los recuerdos confusos de mi cabeza empiezan a cobrar sentido. Recuerdo la pelea con Keller, los gritos. Recuerdo que se ha marchado. Recuerdo que he llorado, recuerdo el dolor, los temblores y el vómito. Y entonces, no recuerdo nada. Y todo tiene sentido.

—¿Katie? —La voz de Keller suena amortiguada y lejana, pero el pánico es innegable. La puerta del baño casi se sale de los goznes cuando la abre violentamente—. ¿Katie? —Está llorando. Es un noventa y cinco por ciento miedo y un cinco por ciento tristeza. Cuando me ve, cambia: cinco por ciento miedo y noventa y cinco por ciento tristeza—. Cielo, ¿qué ha pasado? —Tras cerrar el grifo, se arrodilla, se inclina sobre la ducha y con una mano me levanta la cabeza del agua que se encharca a mi alrededor, mientras con la otra busca el móvil en el bolsillo—. Joder, ¿dónde está mi móvil? Tengo que llamar a una ambulancia.

Sacudo la cabeza.

—No, nada de ambulancias. —Me siento como una mierda por cómo lo he tratado durante todo el día. Los sentimientos horribles que albergaba antes, fueran los

que fueran, se han desvanecido. Lo miro a los ojos y no me gusta lo que veo—. Estoy muy segura de que he tenido un ataque de ansiedad y luego me he desmayado. No voy a volver a ese maldito hospital.

Su expresión se entristece y se aparta el pelo. Luego se mete en la ducha conmigo, totalmente vestido y me acerca hacia su regazo. Me abraza y me mece.

Apoyo la mejilla sobre su desbocado corazón.

—¿Cielo?

—¿Sí?

—Lo siento. Siento lo de antes. No estoy enfadada contigo; es que he estado de muy mal humor. —Señalo mi ropa mojada—. Es evidente que necesito que me cuiden.

Keller me abraza con más fuerza.

—Lo siento, Katie. No debería haberte dejado sola así. Debería haberme quedado contigo. —Se está castigando.

Levanto la barbilla para verle la cara.

—Esto no es culpa tuya.

—Oh, Katie, lo siento mucho. Odio esto. Odio que estés enferma y que no haya nada que yo pueda hacer para que te sientas mejor. Solo quiero que todo desaparezca.

—Tú haces que me sienta mejor todos los días. Quizá no puedas curarme el cuerpo, pero me curas el espíritu. Creo que por eso he estado tan cabreada todo el día. No quiero dejarte. —Las lágrimas se arremolinan en mis ojos—. No quiero. Pero tengo que hacerlo. No puedo ser una carga para ti, especialmente con Stella aquí. El final va a ser horrible. Lo he aceptado. Sé que pasarías por ello conmigo si te lo pidiera, pero no puedo hacerte eso. Audrey ya lo ha preparado todo para que una enfermera venga a casa a echarme un ojo. Quiero que recuerdes los buenos tiempos, no los momentos de mierda. No el final.

Me incorpora y nos miramos el uno al otro con lágrimas en los ojos.

—Haría lo que fuera por ti, Katie. Iría al infierno por ti. Lo único que tienes que hacer es pedírmelo.

Esto es lo más duro que he dicho nunca:

—Creo que necesito que me dejes ir, cielo. —Cierro los ojos con fuerza para combatir las lágrimas.

Su cara se contorsiona de dolor y reprime un sollozo.

—Todavía tenemos esta noche, ¿verdad?

Sonrío y asiento.

—Sí.

Keller nos quita la ropa mojada y me envuelve en una toalla. Cuando vuelve con ropa limpia para los dos, se viste y me ayuda a ponerme los pantalones de chándal y la sudadera y procede a desenredarme el pelo, mojado.

Cierro los ojos.

—Esto se te da muy bien.

No le veo la cara, pero sé que sonrío.

—Años de práctica. Soy padre, ¿recuerdas?

Pienso en él cuidando de Stella de pequeña. Pienso en él guiándola de adolescente, en él estando ahí para ella cuando sea una adulta. Pensar en ello me hace feliz. Keller tiene un propósito, una razón para continuar después de que yo me marche. Eso me da algo de paz. Tengo que recordarle lo buen padre que es.

—Es una de mis cosas favoritas sobre ti.

Levanta una ceja, asombrado por mi comentario.

—¿De verdad?

Asiento.

—Sin duda. —Estoy agotada y me duele todo el cuerpo por el incidente de antes—. ¿Podemos terminar esta conversación en la cama?

Me coge de la mano y me ayuda a levantarme.

—Hay algo que tenemos que hacer primero —dice y cruzamos la puerta al Grounds. Ya está cerrado, así que hay poca luz y está silencioso. Keller se detiene cuando estamos frente a la ventana. Me aprieta la mano—. Veamos la puesta de sol.

Sonrío y sostengo su mano con las mías mientras miro al horizonte. Lo agarro con más fuerza cuando los colores se vuelven tonos rosas y azules brillantes y solo cuando la oscuridad desciende me doy cuenta de lo fuerte que le estoy estrechando la mano.

Keller me ofrece una mirada llena de amor, simple y llanamente.

—Me encanta cuánto te apasionan las cosas importantes de la vida. Como las puestas de sol. —Sonríe—. Y la gente.

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la barbilla.

—Las puestas de sol y la gente, de eso va todo. Especialmente de la gente. Me apasionan más las personas que se llaman Keller Banks.

Keller flexiona las rodillas y me alza en brazos. Antes de darme cuenta estamos al lado de su cama. Baja las sábanas, levanta las almohadas y me ayuda a meterme en la cama antes de deslizarse a mi lado. Descanso la cabeza contra la pared y lo miro. Quiero recordarlo exactamente como es.

—Ojalá te conociera mejor. —Es verdad.

Él pasa una mano por detrás de mí, me envuelve con sus brazos y me acerca a él. Apoyo la mejilla contra su pecho desnudo y escucho su corazón, que bate lento y constante. Me besa en la cabeza.

—Katie, me conoces mejor que nadie. Puede que no sepas las cosas triviales, pero me conoces. A mi yo de verdad; el que llevo dentro. Sabes cómo pienso, lo que temo, cómo amo. Nadie me ha visto nunca de la manera en que tú lo haces. Ni siquiera Lily.

Sonrío.

—¿Podemos jugar a un juego?

Keller ríe.

—¿Quieres jugar a un juego?

—Sí. ¿Cuál es tu color favorito? —pregunto—. Quiero saber *algunas* de las cosas triviales.

—Vale. Mmm...

—No es una pregunta difícil, cielo —lo chincho.

Ríe otra vez.

—Lo sé. Voy a decir el negro. ¿Y el tuyo?

No dudo al responder:

—El naranja. Un naranja como el de una puesta de sol en el Pacífico. Te toca.

—Mmm. Vale... ¿Cuál es tu comida favorita? Y no vale el café.

—El chocolate... o los tacos.

—¿Cuál de las dos? Solo una respuesta. No es una pregunta difícil, cielo. —Se divierte.

—Vale. Los tacos de verdura. ¿La tuya?

—La lasaña que hacía mi abuela.

—¿La madre de tu madre o la de tu padre?

—La de mi madre. No se parecían en nada. Y le puse su nombre a Stella. —Sonríe—. Venía de visita en Navidad y siempre hacía lasaña. Murió cuando tenía diez años.

—Lo siento.

—Sí, era divertida. La echo de menos. ¿Cuál es tu animal favorito?

—Mmm, los gatos. Siempre quise un siamés. Quería ponerle señor Miyagi.

—¿Señor Miyagi?

—Sí, ya sabes, como el viejo de la película original de *Karate Kid*.

Keller niega con la cabeza. No lo entiende.

—¿Nunca has visto la película original de *Karate Kid*? —Estoy estupefacta.

Gracie y yo crecimos con la vieja colección de mi madre de películas de los ochenta y un reproductor de vídeo. Podíamos recitar *La chica de rosa* de pe a pa.

—No. —No me lo puedo creer. No bromea.

—Bueno, tienes que verla. Está claro que te falta cultura de los ochenta.

Sonríe.

—Está claro.

—Ahora que ya lo hemos aclarado, ¿cuál es tu animal favorito?

—Siento que debería decir que las tortugas, dado el interés de Stella. —Río y él continúa—: Pero probablemente son los delfines. Siempre he querido nadar con uno.

—¿Hacías algún deporte en el instituto?

—No, yo era un empollón. Corría o montaba mucho en bicicleta solo para salir de casa, pero eso era todo, porque vivíamos en la ciudad. Pero tú hacías surf. ¿Algo más?

—No. Los institutos especializados en música no le dan mucha importancia al deporte. Solo surf. Y bailar.

Es el turno de Keller.

—Vale, siguiente pregunta: ¿Elvis en su etapa inicial o en su etapa final?

—Esa es una pregunta muy buena. En su etapa final.

—¿Por qué? —me reta.

—Porque Elvis en su etapa inicial era guapo, pero en su etapa final era la hostia cantando. *Suspicious Minds* es su mejor canción. No has vivido hasta que escuchas una grabación de una actuación en directo. Lo clavaba. ¿Y tú qué piensas? ¿Etapa inicial o final?

—Me gusta en su etapa final, pero sobre todo por los monos que se ponía.

—En su etapa final tenía muy buen vestuario en el escenario —conuerdo—. Vale. Siguiente: si pudieras viajar a cualquier parte del mundo, ¿adónde irías?

—Mmm. Me gustaría llevar a Stella a ver las pirámides de Egipto algún día. Esc es algo que siempre quise ver de pequeño. Parecían muy mágicas. Todavía lo parecen. Así que sí, Egipto. ¿Y tú?

—Vi un documental sobre la bahía de Ha Long en Vietnam cuando estaba en séptimo y desde entonces ha sido el único lugar que creía que sería extraordinario ver en persona. Como si las imágenes no le hicieran justicia. Necesitaba verlo con mis propios ojos para creer que un lugar tan hermoso podía existir.

Keller se queda en silencio unos momentos, acariciándome el pelo. Me siento bien, pero el silencio hace que me pique la curiosidad. Me aparto de su pecho rodando y me apoyo en la almohada que hay a su lado. Estamos tumbados nariz con nariz. Parece muy pensativo.

—¿Qué pasa, cielo?

Keller duda.

—¿Podemos dejar de lado la realidad y vivir en este momento durante unas cuantas preguntas más? No quiero que te pongas triste; quiero que finjamos que los dos viviremos para siempre. Que todo es posible.

Sonrío.

—¿Quieres decir que puedo vivir un poquito en un mundo de cuento de rayos de sol y arco iris?

Keller se relaja y también sonrío.

—Y de unicornios.

—Claro. Y de unicornios. Siempre me olvido de ellos.

—En mi cuento de hadas, ha pasado otro año y medio. Me he graduado en Inglés y te pido que te cases conmigo. ¿Qué dirías?

No vacilo.

—¿Te arrodillarías?

—Por supuesto.

El corazón me revolotea en el pecho como si la pregunta fuera real.

—Diría que sí. *Joder, sí.*

Su sonrisa crece y me besa en la nariz.

—No sabes lo feliz que me hace.

Me toca. Estoy nerviosa por esta pregunta.

—¿Tendríamos hijos? ¿Un hermano o una hermana para Stella?

—Tendríamos uno de cada: un niño y una niña. Y se parecerían a ti.

—Eso no es justo. Creo que deberían tener tu pelo y tus ojos. Y tu altura. Ah, y tus labios también. —Le doy un beso.

Keller me devuelve el beso y, entre más besos, pregunta suavemente:

—¿Te gustan mis besos?

Gimo mi respuesta e intensifico el beso.

—Mmm, sí.

Tras un minuto tengo que romper el beso porque me canso y me quedo sin aire. Acostarnos resulta imposible llegados a este punto. Joder, incluso besarnos parece demasiado.

Keller lo entiende y me sostiene la mirada.

—Tus hijos serían hermosos, tendrían talento y serían inteligentes, pero yo les enseñaría a conducir.

La dulce conversación y su provocación me hacen volver a sonreír.

—Y yo te dejaría hacerlo. Eres un profesor de conducción excelente. Y aunque nuestra familia sería perfecta, no te dejaría poner esas pegatinas estúpidas en la luna trasera del coche.

Keller ríe.

—De acuerdo. Nada de pegatinas familiares.

Siento que la cabeza me pesa menos. Me ha dado un regalo maravilloso.

—Te quiero, cielo.

—Mmm. Otra vez.

—Te quiero, cielo.

—Yo también te quiero, nena. Siempre.

Sábado, 31 de diciembre

Kate

El doctor Connell me dio una placa para el coche para poder aparcar en plazas reservadas a discapacitados. Nunca la había usado hasta ahora. Lleva en el salpicadero desde entonces porque Keller y yo coincidimos sin hablarlo en no mostrarla hasta el último momento. Cuando Keller encuentra una plaza de aparcamiento libre cerca de la terminal, espera hasta que abro la puerta del coche para ponerla en el espejo retrovisor.

Abro la puerta y ayudo a Stella a salir de la sillita para niños mientras Keller saca mi maleta de ruedas del maletero. Me enviará el violín y el resto de mis pertenencias —que no son muchas— a la casa de Audrey el lunes.

Miro hacia la terminal y aunque está bastante cerca me pregunto cómo coño voy a caminar hasta allí. Solo mirar hace que me sienta sin aliento. Keller percibe el nerviosismo en mi cara, se da la vuelta y empieza a buscar algo por el aparcamiento.

—Katie, ¿por qué no vuelves al coche y yo voy a ver si puedo encontrar una silla de ruedas? Estoy seguro de que podemos pedir una prestada. —Parece triste por tener que decirlo; creo que tiene miedo de herir mis sentimientos.

Sé que no debería dudar. Que solo debería dejarle ir a por la maldita silla de ruedas, pero el mero hecho de pensarlo lo hace imposible de aceptar. Me quedo de pie a modo de protesta silenciosa. Sabe que esto es duro para mí. Se me acerca y se arrodilla frente a Stella.

—Oye, mujercita, ¿crees que podrías ayudarme? —Stella asiente con entusiasmo y Keller la coge de la mano y la lleva hasta mi maleta—. ¿Crees que podrías llevar esto al interior del aeropuerto?

Stella vuelve a asentir y coge el asa de la maleta con seguridad. Lo inclina y el asa está a punto de chocar con el suelo antes de que Stella recupere el equilibrio. Levanta la vista y esboza una sonrisa de oreja a oreja a su padre.

—Lo tengo. ¿Listo, papá?

Keller le devuelve la sonrisa.

—Casi. —Keller me da la espalda y se agacha—. Súbete, cielo.

No puedo evitar reír.

—Keller, no vas a cargar conmigo.

Se encoje de hombros.

—No voy a cargar contigo; te voy a llevar a caballito. Es diferente. Pregúntale a Stella.

Stella ríe. Piensa que esto es gracioso.

—¿Cuál es la diferencia, Stella?

La niña deja de reír, pero sigue sonriendo.

—Cargar es cuando tienes demasiado sueño como para caminar. A caballito es solo por diversión.

Keller sonríe.

—Bien dicho, Stella. ¿Ves? Vamos, nena.

¿Cómo puedo oponerme a tanta lógica? Incluso con Stella llevando la maleta y Keller cargando conmigo lo pasamos bien mientras facturamos y llegamos al control de seguridad quince minutos antes de tiempo. Nos sentamos en un banco y Keller le envía un mensaje a Gus con nuestra ubicación.

Enseguida tengo a Gus frente a mí. Me encanta ver a Gus, pero la gravedad de la situación me golpea. Este es otro de esos pasos finales. No llevo muy bien los pasos finales.

—Hola, Bright Side. —Se agacha delante de mí y me da un beso en la frente.

—Hola, Gus. —Intento ser fuerte, pero una tristeza abrumadora se alza en mi interior.

Gus le estrecha la mano a Keller y Stella repta al regazo de Gus.

—Hola, Gus.

—Vaya, hola, señorita Stella.

La niña pestañea y lo mira con sus grandes ojos azules.

—¿Kate va a vivir contigo y con tu mami?

Gus traga saliva y asiente. Esto es difícil para él.

—Sí.

—Papá dice que está enferma. —Gus solo es capaz de asentir—. ¿La cuidaréis bien?

Gus vuelve a tragar saliva y mira a Keller a los ojos.

—Lo prometo. La cuidaremos bien.

Keller asiente. Es un «Gracias».

Gus asiente. Es un «De nada».

Gus se pone de pie y levanta a Stella en sus brazos.

—Vayamos a tomar algo, Stella. Tengo sed. ¿Y tú?

Caminan por el pasillo hacia un quiosco con periódicos y golosinas.

En ese momento, miro a Keller y no sé qué decir. Tengo miedo y estoy triste, pero sé que él se siente igual. Quiero ser fuerte por él, pero el nudo que tengo en la garganta me lo pone difícil.

Keller me coge de la mano, se lleva la otra al bolsillo del abrigo y saca un rotulador permanente. Le quita la tapa y escribe en la palma de mi mano izquierda. «Eres valiente».

Empiezo a derramar lágrimas de una en una cuando la abro y pronuncio «Gracias» en silencio.

Me coge la cara cuidadosamente con las dos manos. También hay lágrimas en sus ojos.

—No, Katie. Gracias a ti. Por todo. Eres la persona más valiente que he conocido.

Tras lo que parece un breve momento, Gus y Stella se acercan. Stella lleva un zumo y Gus tiene las manos vacías. No tenía sed; solo nos estaba dando un minuto a solas.

Gus mira el reloj.

—Probablemente deberíamos irnos, Bright Side. Las colas del control de seguridad son largas.

Asiento. Bajo la mirada y me encuentro a Stella, que me tira del abrigo.

—Kate. —Levanta las manos por encima de la cabeza.

Desearía poder cogerla, pero no tengo fuerzas. En su lugar me agacho y le doy un abrazo. Es tan pequeña y delicada. Hoy el pelo le huele a lavanda.

—Sé buena con papá, Stella.

Ella se aferra a mí.

—Sí. ¿Nos llamarás o hablarás con nosotros por el ordenador?

La abrazo más fuerte.

—Sí. Todos los días. Te quiero.

Stella se aleja y me da un beso en los labios.

—Yo también te quiero.

Las lágrimas están listas para derramarse de nuevo cuando me giro hacia Keller. Me acerca a su pecho y pasa las manos por debajo de mi abrigo desabrochado. Sus manos se deslizan también por debajo de mi camiseta hasta llegar a la parte baja de mi espalda. Acaricia mi piel desnuda trazando círculos lentos. Al instante, me siento más tranquila. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en su cuello. Tiene los labios junto a mi oreja y me hace cosquillas por debajo del pelo.

—Llámame cuando aterrices, cielo.

—Sí.

Me besa una vez la oreja y susurra:

—Te quiero más de lo que podrías imaginar.

Me alejo y lo beso una vez. Sus labios son suaves y tentadores. Coloca la mano en mi nuca y me acerca hacia él para darme dos besos más antes de apoyar la frente contra la mía.

—Mi imaginación no tiene límites —digo. Ahora hay lágrimas en los ojos de los dos. Me aferro a su camiseta con ambas manos. Dios, no quiero soltarlo.

—Bien. Igual que mi amor. —Me sonrío y es la sonrisa más feliz y triste que he visto jamás. Uno pensaría que dos emociones tan contradictorias no podrían vivir en una sonrisa, pero sí pueden. Él está presente. Este momento es todo lo que importa.

—El mío también. Te quiero, cielo.

Tiene los ojos cerrados.

—Una vez más —susurra.

—Te quiero, cielo —respondo con un susurro.

Stella vuelve a estar al lado de Gus y le tira de la camiseta.

—Gus, tienes que llevar a Kate a caballito. No porque tenga sueño, sino por diversión.

Gus le revuelve el pelo a Stella.

—Bueno, qué bien que me encante divertirme, niña. —Se da media vuelta y se agacha—. Todos a bordo, Bright Side.

Me subo y Keller le pasa a Gus mi maleta.

—Gracias.

Gus hace un gesto con la mano mientras retrocede unos pasos por el pasillo hacia el control de seguridad.

—Para lo que quieras, tío. Para lo que quieras.

Cuando Gus se gira, estoy de espaldas a Keller y Stella, así que vuelvo la cabeza y los observo alejarse. Los tres nos decimos adiós con la mano hasta que Gus gira en la esquina y, entonces, ya no los veo.

Viernes, 13 de enero

Kate

Hablo por Skype con Keller y Stella todas las mañanas y todas las noches y, como las clases no empiezan hasta dentro de otra semana, también hablamos varias veces por teléfono durante el día cuando Keller no está trabajando o durmiendo.

Ahora duermo mucho. La enfermera que contrató Audrey, Tammy, dice que su trabajo es que yo esté cómoda. Y para mí la comodidad tiene la forma de la oxiconona. Como no soy muy amiga del dolor intenso, funciona. También ayuda estar conectada al oxígeno. Respirar se estaba volviendo muy difícil; ahora está chupado. Resulta que a mi cuerpo le encanta tener la cantidad adecuada de oxígeno. Este tubo nasal es mi nueva cosa favorita.

Se suponía que Gus tenía que irse de viaje la semana pasada a Europa. Se negó a ir. El mánager de la gira está cabreado. Gus ha empezado a llamarlo Puto Hitler. El resto de la banda apoya a Gus, así que no hay nada que se pueda hacer salvo reprogramar los conciertos. Me siento culpable porque esté posponiendo su vida, pero estoy feliz de que esté aquí conmigo.

Se pasa todos los minutos del día y todas las noches en esta habitación. Es una compañía constante y reconfortante. Escuchamos música, jugamos a las cartas —sí, hago trampas y él me deja— o nos limitamos a hablar —recordamos mucho el pasado—. Y casi todos los días, Franco, Robbie o Jamie también vienen de visita. A veces se quedan unos minutos; a veces se quedan una hora. Depende de cuánto tiempo logro estar despierta.

Tammy incluso deja que Gus me lleve a la terraza para tomar aire fresco una vez al día. Me coge en brazos y empuja todos mis nuevos accesorios —el pie del gotero y el oxígeno—. Ahora me resulta imposible caminar. Incluso ir al baño es cosa del pasado, algo con lo que no estoy contenta. Los catéteres son una mierda y los colectores urinarios son simplemente asquerosos.

Hace una hora que Audrey ha vuelto del trabajo. Ha estado trabajando desde casa, pero de vez en cuando va a la oficina una o dos horas. Tiene un negocio que gestionar, como si mi enfermedad fuera poco. No sé cómo lo hace.

Llama a la puerta con una taza de café en la mano, justo como hace todos los días a esta hora.

—Hola, cariño, ¿qué tal estás?

Sonríó porque últimamente no puedo hacer otra cosa cuando miro a Audrey. Siempre he pensado que era un ángel y ahora no tengo dudas.

—Fabulosa.

Me devuelve la sonrisa y me besa en la frente.

—Me alegro de oírlo —dice antes de pasarme un tazón de sopa de verduras—. La cena está servida. —Mira a Gus—. Gus, cariño, también he hecho algo de comer par a ti. Está en la cocina.

Gus da golpecitos a un lado de la cama.

—Volveré enseguida. —No le gusta comer delante de mí porque yo ya no puedo hacerlo, así que come solo en la cocina. Juraría que devora la comida porque tarda cinco minutos como mucho.

—Tómate tu tiempo, Gus. Tengo que hablar con Kate unos minutos. —Su tono es amable, pero firme.

Gus asiente y me mira, con las cejas levantadas.

—Tía, creo que te has metido en un lío.

Río. Las últimas semanas han vuelto a ser fáciles para nosotros. Gus parece agotado y sé que no está durmiendo mucho, pero su sentido del humor ha regresado. Eso me encanta. Se ha liberado de algo de estrés. Y, en cuanto a mí, siento que me ha invadido el sosiego. Estoy tan cómoda y satisfecha como es posible. Incluso en paz, de una manera que no había sentido antes. Quizá es el Xanax que Tammy ha añadido al cóctel de la vía. Insistí en que no lo necesitaba —no he tenido ningún problema de ansiedad desde el ataque en Grant el mes pasado— y aunque ella tuvo en cuenta mis sentimientos dijo que quizá me haría sentir más cómoda. Últimamente me va la comodidad, así que lo probé. Con medicamentos o no, estoy bien. Estoy bien.

Audrey se sienta en el borde de la cama a mi lado y me acaricia la frente como hacía cuando yo era pequeña e intentaba calmarme. Sonríe.

—Tienes mejor aspecto esta tarde. Tienes algo de color en las mejillas.

—Hoy me siento bien, Audrey. Me alegra que se note. ¿Qué tal estás tú?

—Estoy bien, cariño. —Me vuelve a besar en la frente—. No te preocupes por mí.

Pero me preocupo. Me preocupo por todos ellos. Esto debe de estar consumiéndolos.

—¿Qué pasa? ¿Me he metido en un lío?

Audrey ríe.

—No. Hay unas cuantas cosas de las que necesito hablarte. No creo que podamos retrasarlas más. Siento tener que ser la que saque el tema, pero es mi trabajo como

madre asegurarme de que estés atendida.

—Gracias. ¿Entonces de qué necesitamos hablar?

Pone los papeles que tenía en la mano en la mesita de noche.

—Tú tomate la sopa. Yo hablo.

—Vale. —Hago lo que me dice, aunque ya me estoy cansando de la sopa de verduras. Últimamente es lo único que mi estómago es capaz de digerir.

—Ya me diste poder notarial, así que me aseguraré de que se solucionen tus asuntos económicos. La cantidad deducible de tu seguro médico es muy baja. Cumpliste con el del año pasado y lo pagaste en su totalidad. Las facturas de este año serán mínimas, después de que abones la cantidad deducible y todo quede pagado. Tienes suficientes ahorros para cubrirlo. ¿Qué otras facturas tienes?

No quiero compartir esto con Audrey, porque sé que le va a doler que no le pidiera ayuda hace meses, pero es mi responsabilidad.

—Solo los costes del entierro de Gracie. Tengo un plan de pagos mensual. El saldo es alrededor de dos mil dólares. No sé si me quedará dinero suficiente para pagarlo debido a las facturas del tratamiento médico.

Audrey pestañea, confundida.

—Creía que habías dicho que el funeral de Gracie estaba pagado. Que te quedaba algo de dinero de la venta de la casa de Janice.

No puedo mirarla.

—Mentí.

—Oh, Katie, ¿por qué no dijiste nada? Me habría encantado pagarlo por ti.

Sigo con la mirada fija en las sábanas en lugar de en ella.

—Por eso no podía decírtelo. Gracie era mi responsabilidad. Era mi hermana. Era mi trabajo.

Audrey niega con la cabeza.

—Bueno, no te preocupes por eso. Me encargaré de ello. —Lo dice de manera rotunda—. ¿Qué más?

—Aparte de mi teléfono móvil, nada. El seguro del coche lo pagué en abril.

—Vale. Eso nos lleva a lo siguiente de la lista: tu testamento. —Me sostiene la mirada y las lágrimas le llenan los ojos—. Lo siento, Kate. Esto es difícil.

Le doy golpecitos en la pierna.

—No pasa nada, Audrey, pero no sé si un testamento es necesario. En realidad no tengo nada. Le di el coche a Keller, aunque todavía se opone. Y quiero que Gus se quede con mi violín, mi portátil y la música que he compuesto. Eso es prácticamente todo.

Audrey se aclara la garganta.

—No exactamente. Hay algo que no sabes. —Me incorporo en la cama porque ella ha adoptado la expresión preocupada y protectora de una mamá osa—. Hablé con tu padre el mes pasado.

—¿Que tú qué? —Mi intención era hablar más alto de lo que lo hago, pero me he quedado sin aliento.

—Hace unos años Janice me dio su nombre, su dirección y su teléfono en caso de que necesitara contactar con él en tu nombre o en el de Gracie. Solo lo he llamado tres veces: una cuando murió Janice, una cuando murió Grace y el mes pasado, cuando me enteré de tu enfermedad.

Escucho como las palabras salen de mi boca, pero siento que es la voz de otra persona.

—¿Qué dijo?

Audrey ladea la cabeza y la expresión de sus ojos se dulcifica. Apuesto a que está intentando discernir cómo contarme que es un capullo sin corazón.

—Al saber de Janice parecía indiferente. Recibió la noticia en silencio y me dio las gracias por avisarlo. Con Gracie parecía triste. Le di los detalles del funeral. Envié flores.

—No las vi. No había una tarjeta con su nombre. —Estoy estupefacta.

Audrey sacude la cabeza.

—Las envié de manera anónima. Era un gran ramo de claveles.

Me río sin gracia.

—Qué apropiado; Gracie odiaba los claveles. Los llamaba flores apestosas de anciana. Le gustaban los tulipanes. Los tulipanes amarillos.

Audrey curva los labios y esboza una sonrisa.

—Lo sé.

Ahora estoy nerviosa. La siguiente llamada fue sobre mí.

—¿Qué dijo sobre mí?

—Kate, eres una persona maravillosa. La aprobación o participación de tu padre nunca ha importado...

—Solo dímelo, Audrey.

Ella suspira.

—Dijo que era una noticia horrible. Que sentía no haberte conocido. Le ofrecí organizar una reunión, que cogiera un avión desde Inglaterra, pero se negó. Lo siento, cariño.

No recuerdo a mi padre, así que en realidad nunca lo he echado de menos. Hasta

ahora. Ahora me siento engañada. Me cabrea que haya elegido otra familia por encima de la nuestra. Aprieto los dientes y murmuro:

—Es un capullo, ¿verdad, Audrey?

—Creo que es un buen adjetivo para él, sí. De hecho se me ocurren otros que prefiero, pero «capullo» servirá. —Audrey dice palabrotas muy pocas veces; está enfadada.

Me reiría si no estuviera echando humo.

Audrey coge el sobre de la mesita de noche.

—Sí que te envié esto. Ya lo he abierto. Espero que no te importe. Quería asegurarme de que no fuera nada que te molestara.

Cojo el sobre y me tiemblan las manos. He pasado de estar enfadada a estar asustada en un segundo. Levanto la parte superior del sobre abierto y miro dentro. No hay ninguna carta, sino un pequeño trozo de papel. Lo cojo con el pulgar y el índice y lo saco.

—¿Un cheque? —Audrey asiente y miro la cantidad—. Audrey, son cincuenta mil dólares. —Nunca había visto tantos ceros. Audrey vuelve a asentir. Lo tiro a un lado, sobre la mesita de noche—. Que le jodan, Audrey. —Vuelvo a estar cabreada. Intento no usar esa expresión delante de Audrey porque sé que no le gusta, pero no puedo contenerme—. Que le jodan a él y a su dinero. Devuélvele el cheque. Dile que no lo quiero.

Ella parece estresada, pero resignada.

—Normalmente, Kate, estaría de acuerdo contigo. Elogiaría tu dignidad y orgullo y le diría que se fuera a freír espárragos, pero creo que deberías aceptarlo.

Quizá tenga razón.

—Quédatelo tú. Te lo firmaré. Ayudará a pagarte todo lo que has hecho por mí todos estos años. —No es el enfado lo que habla. Lo digo sinceramente y ella lo sabe.

—Oh, Kate, no podría aceptar algo así. Gus y yo nunca hemos tenido problemas económicos. Ambos hemos tenido mucha suerte. ¿Quizá conoces a alguien a quien le vendría bien el dinero?

No me lleva mucho tiempo tomar una decisión. Apruebo aceptar el cheque, le doy instrucciones específicas a Audrey y luego escribo una pequeña carta de agradecimiento a mi padre.

Thomas:

Gracias por darme a Grace. Ojalá la hubieras conocido. Era el ser humano más dulce e inocente del mundo.

Aunque tu dinero apesta a culpabilidad y va en contra de mis principios aceptarlo, sé que le daré buen uso.

Por último, espero que seas bueno con tu esposa e hijos y que les digas que los quieres todos los días. Los niños necesitan eso. Audrey Hawthorne me enseñó lo que era el amor que siente un padre por sus hijos. Es una mujer increíble. Siempre me he sentido querida. Espero que con esto te quedes tranquilo.

Kate

Después de escribir la nota y de que Audrey salga de la habitación, decido hablar con Dios, lo que hace que me sienta un poco culpable, porque lo he estado evitando durante mucho tiempo. «Hola, jefazo. Va en serio lo que le he escrito a Thomas. No sé si me corresponde a mí pedirte esto, pero como sea. Ahí va. Por favor, perdónalo. Es verdad que espero que quiera a su esposa y a sus hijos, y que ellos lo quieran. Gracias por bendecirme con tanta gente a quien querer».

Domingo, 15 de enero

Kate

Keller me ha enviado flores cada cuatro o cinco días desde que estoy en casa de Audrey, lejos de él. Gus siempre las pone en la mesita de noche que hay junto a mi cama para que las mire y las huela de cerca. Siempre he dicho que no me van las cursilerías. Desde entonces he cambiado de parecer. Estoy totalmente a favor de las cursilerías.

Ayer recibí un paquete de Keller. Ponía «Las vacaciones soñadas de Katie» y dentro había un DVD sobre la bahía de Ha Long, dos pares de gafas de sol baratas, dos sombrillitas para bebidas y una nota con instrucciones. Siguiendo las instrucciones, Gus y yo nos pusimos las gafas de sol y vimos el DVD. Gus se sentó a mi lado en la cama con un vaso de Jack Daniel's con Coca-Cola mientras yo disfrutaba de mi taza de sopa de verduras fingiendo que era piña colada. Decoramos los cócteles con las sombrillitas. Creo que nunca he visto nada tan gracioso como a Gus bebiendo algo con una sombrilla diminuta en el vaso. Fue perfecto. Este regalo tan detallista de Keller fue perfecto.

Keller, Stella y yo hemos hablado por Skype esta noche, como todas las noches. Me ha enseñado los billetes de avión que ha comprado. Le han costado mucho dinero que sé que no tiene. Ha perdido la mayoría de la beca y ahora se ocupa de Stella a tiempo completo, así que las facturas se le están acumulando. Keller quería estar aquí este fin de semana, pero sé que solo lo veré una vez más y no tengo ganas de que pase demasiado pronto o todo habrá terminado y entonces no me quedará nada que espere con ilusión. Será otra «última vez» para mí. Quiero retrasar esta «última vez» todo lo que pueda. Pero, en lugar de eso, él y Stella vendrán a verme este viernes por la noche y se quedarán hasta el domingo por la tarde. Tengo muchas ganas de verlos, olerlos y tocarlos. Han pasado dos semanas.

Dos semanas que parecen una eternidad. La distancia es una mierda. Los echo de menos. Lo echo de menos *a él*.

Lunes, 16 de enero

Kate

Hola, Dios. Soy yo, Kate. Creo que nunca hemos hablado sobre lo que está ocurriendo excepto cuando me puse a despotricar el mes pasado, pero quiero que sepas que no estoy enfadada por esto, ya sabes, lo del puto cáncer. No cambia la forma en la que veo mi vida. He tenido una buena vida. No habría cambiado nada. Gracie, Gus, Audrey, Keller, mis amigos y mi música; todos han sido un regalo de... bueno, ya sabes, tuyo. Lo entiendo, así que gracias. Cada uno de ellos ha sido una bendición.

Hablando de ello, también estoy aquí para pedirte algo. Por favor, echa un ojo a todos los que quiero cuando me haya ido, especialmente a Keller y a Gus. En lo que respecta a seres humanos, son mis favoritos, y sí, solicito un trato preferente. Para Audrey también. Tómatelo como te plazca. Gracias de antemano.

Y una cosa más. Sé que quizá me esté pasando de la raya, pero supongo que ya estarás acostumbrado a que lo haga. No te pienses que soy una cobarde, pero cuando llegue mi hora ¿puedes llevarme contigo sin dolor, quizá mientras duermo o algo? Estoy un poco harta de todo el rollo del dolor, para ser sincera contigo. Además, sé que probablemente Gus y Audrey estarán conmigo cuando ocurra y preferiría no dejarles con una última impresión traumática.

Ah, ¿y puedes avisar a Gracie de que voy a ir? Por si todavía no se ha enterado. Dile que cantaremos, bailaremos, leeremos historias, comeremos Twix y veremos puestas de sol.

Probablemente esta sea la última vez que hablo contigo hasta que me tengas en tu umbral, golpeando fuerte la puerta como un familiar antipático al que hace tiempo que no ves. Sé que en secreto tienes ganas de pasar tiempo conmigo. El cielo será mucho menos silencioso y mucho más divertido en cuanto esté ahí. Estás advertido. No te preocupes; te encantará. Vale. Buenas noches.

Martes, 17 de enero

Keller

Me despierta el móvil. Está sonando en mi mano. Es la una y diez de la mañana. Gus me está llamando. Duermo con el móvil en la mano por esta razón.

Pero de repente me quedo paralizado por el miedo y el dolor. No quiero recibir esta llamada. Es demasiado pronto. He hablado con ella hace unas horas. Hace unas horas me ha dicho que me quería y que hablaríamos por la mañana.

Mi teléfono no debería estar sonando. Todavía no es por la mañana.

Deja de sonar.

Vuelve a sonar.

El mensaje por fin viaja de mi cerebro a mis dedos y contesto, pero no me salen las palabras. Necesito que hable él. Escucho como se le acelera la respiración y se me cae el alma a los pies.

Encuentro las palabras.

—Por favor, no me digas que se ha ido.

—No. —Ni siquiera intenta contenerse. Está llorando abiertamente—. Ha tenido un derrame cerebral. No puede hablar. No puede abrir los ojos. No puede mover el lado derecho del cuerpo. Tienes que coger un avión y venir aquí rápido.

Oh, Dios.

—Cogeremos el primer vuelo que salga mañana.

El primer vuelo que encuentro sale a las siete menos diez de la mañana. Con el cambio de hora llegamos a San Diego alrededor de las siete y media. Para cuando cogemos un taxi y encontramos la casa son las ocho y cuarto.

Gus nos dijo que la puerta principal estaría abierta, así que Stella y yo entramos. La puerta pesa y se cierra con un ruido sordo cuando entramos. Atravesamos el vestíbulo y nos detenemos en la sala de estar. La casa es grande y no estoy seguro de qué dirección tomar hasta que una mujer de mediana edad alta y rubia entra en la habitación. Su parecido con Gus es innegable.

Tiene los ojos rojos e hinchados.

—Debéis de ser Keller y Stella. Soy Audrey. —Su voz denota cansancio, pero es

acogedora.

Le ofrezco la mano y me siento ansioso e incómodo porque lo único que quiero hacer es ir corriendo a ver a Katie.

—Hola, Audrey. Soy Keller Banks. Esta es mi hija, Stella. Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por Katie.

Ella me coge la mano con las suyas y la aprieta. Me consuela.

—Bienvenido. Te llevaré con Katie.

No estoy preparado para lo que estoy a punto de ver. Katie y yo nos comunicamos todos los días por Skype. Ha empaldecido y adelgazado más, eso lo sabía. La he visto en la pantalla de mi ordenador. Verla en mi portátil y verla en persona son dos cosas completamente diferentes. Está demacrada. Tiene los pómulos prominentes y las sienas hundidas. Tiene la piel pálida y un tono amarillento. Sus pequeñas manos están extendidas sobre su estómago por encima de las sábanas. Las venas son visibles y azules bajo su piel, transparente y fina como el papel. Le cojo la mano izquierda. Está fría, como siempre. Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar y entonces me inclino para besarla en los labios.

—Hola, nena. Stella y yo hemos venido a verte antes. Gus ha dicho que has pasado una noche difícil.

Hay una pequeña muestra de movimiento. Su brazo se crispa y entonces envuelve mis dedos con los suyos y aprieta. Es un gesto muy débil, pero hace que se me derrita el corazón. Que lo atesore.

Audrey, Gus, Stella y yo pasamos el resto del día reunidos alrededor de Katie. Nos turnamos para hablar con ella. Uno podría pensar que hablar con alguien que prácticamente no responde sería difícil, pero con Katie no lo es. Sabemos que nos escucha.

Miércoles, 18 de enero

Keller

Me gustaría pensar que sigue escuchando, pero ya no sé si eso es verdad.

La enfermera dice que Katie ha entrado en coma. Su cuerpo está dejando de funcionar. Sus órganos están fallando. Ya no me estrecha la mano cuando se la sostengo.

Reunidos junto a su cama, Audrey y yo le decimos que se puede ir en cuanto esté preparada. Que Grace la espera. Que la queremos.

Gus no dice nada.

Jueves, 19 de enero

Kate

Son las tres de la mañana. Stella está dormida en el sofá de la sala de estar y Audrey nos echa amablemente a Gus y a mí de la habitación de Katie y nos dice que vayamos a tomar el aire mientras revisa el catéter de Katie, que le ha causado una infección. Es un ritual que se repite cada hora para mantener cómoda a Katie. Normalmente Gus y yo nos negamos a marcharnos, pero creo que nos hemos topado con un muro. Necesitamos tomarnos un respiro.

Las vistas al océano desde la terraza son increíbles. El agua parece no tener límites. Con todo por lo que hemos pasado en el último mes estoy empezando a temer que mi realidad quede distorsionada para siempre. Las vistas son preciosas, pero es una belleza diferente a la que habría percibido hace dos o tres meses. Hace dos o tres meses habría sido viva y vibrante, como Katie. Mi mundo se está volviendo negro, blanco y gris. Eso me asusta.

Gus está apoyado con los codos en la barandilla, mientras se fuma un cigarro. Tiene los ojos cerrados y el pelo como un nido de pájaros amarillo. Sé que ahora solo actúa por inercia. No ha dormido mucho en semanas. Vive a rastras. Parece derrotado. No habla mucho a menos que sea con Katie o con Stella, y hace dos días que Katie no responde.

—¿Qué es lo primero que recuerdas de Katie?

No abre los ojos ni se gira hacia mí cuando responde.

—He estado pensando mucho en eso esta semana, sobre cómo fue crecer con Bright Side y Gracie. En casi todos los recuerdos que tengo de mi infancia están ellas. No tengo un primer recuerdo porque siempre estaban ahí. No recuerdo un momento en el que no estuvieran. Recuerdo otras primeras veces. La primera vez que una medusa picó a Bright Side ella tenía cuatro años. La primera vez que la oí tocar el violín tenía ocho. La primera vez que me dijo una palabrota tenía once. La primera vez que me di cuenta de lo guapa que era tenía dieciséis. El bikini era blanco, por cierto.

Escuchar estas anécdotas sobre ella tiene un sabor agrídulce, pero quiero saber más.

—¿Son muy diferentes la Katie de ahora y la de diez años? Parece tener un alma

envejecida, como si hubiera salido con una sabiduría y una gracia increíbles directamente del útero.

Gus se ríe, pero se termina el cigarro y enciende otro antes de hablar.

—Bright Side siempre ha sido diferente a los otros niños. Más lista, más amable, más divertida —contesta. Por fin me mira y sonrío—. Y más bocazas.

—¿Alguna vez se ha metido en algún lío por eso? —Hablar de ella me relaja.

Gus niega con la cabeza.

—¿Es el cielo azul? ¿Tú qué crees? Pero esa es la cosa. La gente siempre retrocede cuando ella se mantiene firme. Y la quieren y la respetan por ello, porque siempre hay una verdad detrás. Esa mujer diminuta puede hacer que hombres hechos y derechos se acojonen, créeme, lo he visto. Joder, si hasta me ha hecho acojonarme a mí. —Ríe.

Yo río con él.

—Y a mí también.

Ahora estoy apoyado en la barandilla a unos centímetros de él. Ambos observamos como las olas rompen en la costa mientras el silencio se cierne sobre nosotros. Gus deposita el cigarro número dos en el cenicero y enciende el número tres.

—Keller, voy a tener que preguntarte algo y quiero que seas sincero conmigo. Nada de mentiras, tío. —Me echa un vistazo por el rabillo del ojo y asiento—. La quieres, ¿verdad? O sea, ¿la quieres con toda tu alma y todo tu corazón?

Asiento.

—La quiero. Con toda mi alma y todo mi corazón.

Gus considera mi respuesta un segundo y vuelve a fijar la mirada en las olas.

—Bien, porque esa chica te quiere con todo su puto ser. Te machacaría si no sintieras lo mismo. —No es broma; lo dice en serio.

Debería mantener la boca cerrada porque siento que en otras circunstancias lo que voy a decir sería inapropiado, pero el tío necesita soltarlo.

—Tú también la quieres. —No es una pregunta.

Gus está concentrado en las olas en la distancia. Vuelve a dar otra calada al cigarro.

—Por supuesto. Es mi mejor amiga. ¿Quién no querría a Bright Side?

Yo también me concentro en esas mismas olas porque no puedo mirarlo a él cuando insisto:

—Eso no es lo que he preguntado. Con toda tu alma y todo tu corazón, ¿estás enamorado de ella?

Deja caer los hombros.

—No te gustaría oír la respuesta, tío.

—Probablemente no, pero he visto la forma en que la miras. Todo esto te está destrozando a otro nivel. Siento que me miro en el espejo cuando te veo.

Resopla, se pasa las manos por el pelo y se lo recoge en una cola. Quiere desahogarse, pero se contiene por mi bien.

—Gus, necesitas hablar con alguien. Está claro que no soy la persona ideal, pero cualquier cosa que digas ahora se quedará entre nosotros.

Por fin me mira a los ojos. Me sostiene la mirada antes de pestañear varias veces y suspirar.

—Oh, a la mierda. Sí, estoy enamorado de ella. Sinceramente no puedo recordar un momento en que no fuera así.

Es lo que he sospechado siempre.

—¿Alguna vez se lo has dicho? O sea, ¿se lo has dicho de verdad?

Le da la espalda al agua y se sienta en la barandilla de cara a la casa.

—No.

—¿Por qué no?

Son las tres de la mañana. Estoy sentado hablando del amor que otro hombre siente por mi novia y que me parta un rayo si no siento pena por él. Necesito dormir.

—Porque pensaba que se merecía algo mejor. Sabía que encontraría a alguien algún día que fuera tan increíble como ella. Eso es todo lo que siempre he querido para Bright Side. —Es una de las cosas más sinceras que he oído en mi vida.

Camino hasta la otra punta de la terraza. No puedo mirar a Gus cuando digo lo que tengo que decir.

—Sé que te acostaste con ella. La noche antes de que viniera a Grant.

Estoy esperando a que me desafíe, a que me pregunte cómo sé algo tan privado, pero no lo hace.

—La mejor puta noche de toda mi vida, tío. Lo siento. Sé que es muy raro contarte esto, pero es verdad.

Me giro para mirarlo y asiento. Hay una extraña sensación de camaradería que solo puede ser resultado de la carencia de sueño y la muerte inminente.

Gus sacude la cabeza como si estuviera pensando abrir la boca o no, pero lo hace de todas formas.

—Keller, tío, no tienes que contestar, pero ¿no te preocupa no volver a ser el mismo cuando se haya ido? ¿Como si el resto de tu vida fuera a ser solo un agujero negro carente de felicidad y amor?

Asiento.

—No me gusta pensarlo, pero a veces no puedo evitarlo. La conozco desde hace muy poco, pero me ha cambiado por completo. Me siento como si le debiera no desperdiciar todo eso, ¿sabes? Pero sí, va a ser duro. Todos los putos días, tío.

Gus se acerca y me da una palmada en la espalda. Sus ojos parecen cansados otra vez.

—Volvamos adentro. Gracias por escucharme, tío. Nunca hemos tenido esta conversación, ¿de acuerdo?

Asiento.

—De acuerdo.

—Y gracias por no darme un puñetazo en la cara y arrancarme los huevos. No estoy seguro de que yo hubiera podido hacer lo mismo si estuviera en tu lugar. Eres un buen tío, Keller. No me sorprende que Bright Side te quiera tanto.

Tengo que mirarlo a los ojos para que crea lo que estoy a punto de decirle.

—Tú tampoco estás mal. A ti también te quiere, Gus.

Gus asiente y abre la puerta corredera de cristal.

—No me gusta hacer esperar a Bright Side. Nunca me ha gustado. Vamos.

Viernes, 20 de enero

Keller

Katie ha muerto hoy.

Se ha ido tranquilamente, en paz. No ha sido un final dramático, lo cual parece apropiado, porque ella odiaba llamar la atención. Ha inspirado y luego ha exhalado. Eso ha sido todo. La siguiente respiración nunca ha llegado.

Ha sido a la una y treinta y siete minutos de la tarde. Hacía sol. La ventana junto a su cama estaba abierta para que pudiera oler la sal del agua en el aire y sentir la brisa en la cara.

Gus estaba sentado a la izquierda de la cama, sosteniéndole la mano con las suyas. Yo estaba sentado a su derecha, sosteniéndole la otra mano. Audrey estaba sentada en una silla al pie de la cama con Stella en el regazo. Estaba rodeada por aquellos a quienes más quería.

Cuando el monitor cardíaco se ha convertido en una línea recta y ha pitado, la enfermera ha venido tranquilamente y le ha buscado el pulso. No lo ha encontrado. Ha asentido a modo de disculpa, nos ha dado el pésame y luego nos ha dejado solos.

En el caso de Gus, las lágrimas han llegado de inmediato. Le ha estrechado la mano una última vez, la ha besado en la frente, le ha dicho adiós y que la quería y entonces, se ha marchado. Hemos oído un portazo un momento después y más tarde el chirrido de las ruedas de su camioneta en la calle al aumentar la velocidad.

Yo he continuado acariciándole el pelo unos minutos más porque todavía no quería dejar a Katie. Cuando Stella se ha bajado del regazo de Audrey, se ha subido al sitio vacío de Gus y le ha dicho adiós a Katie, ya no podía aguantar más las lágrimas. Me he bajado de la cama y le he cogido la cara, la he besado en los labios suavemente una última vez y le he susurrado al oído:

—Gracias por confiar en mí. Gracias por haberme dejado quererte.

He extendido los brazos hacia el otro lado de la cama y he cogido a Stella en brazos, preguntándome si he sido un padre horrible por haber dejado que estuviera aquí para presenciar esto. Stella se ha aferrado a mí. A pesar de la tristeza que flotaba en el aire, estaba tranquila. Me he acercado a la silla en la que Audrey estaba sentada y le he puesto la mano en el hombro. Ella ha colocado una mano sobre la mía y me la ha estrechado. Ha sido un apretón de agradecimiento, desolación y consuelo,

todo en uno.

Stella y yo hemos bajado a la playa y hemos construido un castillo de arena gigante. Nos ha llevado horas. Nos hemos cubierto de la cabeza a los pies de arena y ya estaba oscuro cuando hemos decidido que estaba terminado.

A Katie le habría encantado.

Domingo, 22 de enero

Keller

Hoy es el funeral. Empieza en unos minutos. Hace una hora que Audrey y yo hemos llegado a la iglesia para encargarnos de los preparativos de última hora. Stella está con mi padre, Dunc y Shel. Anoche cogieron un vuelo para venir aquí.

La capilla está llena cuando entro. Es extraño ser tan cercano a alguien y aun así no reconocer las caras que veo a mi alrededor. Me siento al lado de Dunc y Stella se sube a mi regazo.

—Hola, papá.

—Hola, nena. ¿Has sido buena con el tío Dunc esta mañana?

Ella asiente.

—Hemos caminado por la playa. He encontrado dos conchas. —Se lleva la mano al bolsillo de la falda y saca dos dólares de arena—. Los he traído para Kate. Le gustan las conchas, ¿verdad, papá?

Asiento.

—Sí, le gustan las conchas. Eso ha sido muy bonito, Stella. —Le doy un beso en su cabeza llena de rizos y respiro la dulzura de mi hijita.

Estoy en la inopia durante casi toda la misa. No sé si ha sido larga o corta. Simplemente no podía concentrarme. Mi mente recorre imágenes y recuerdos, y, al mismo tiempo, siento que estoy totalmente en blanco. Hasta que el cura no le pasa el micrófono a Audrey no salgo de mi ensimismamiento. Se seca los ojos con un pañuelo de papel y sorbe por la nariz antes de carraspear.

—Soy Audrey Hawthorne. Kate vivió en la casa de al lado a la mía durante la mayor parte de su vida. Siempre consideré a ella y a su hermana Gracie mis propias hijas. Había muchas cosas que me encantaban de Katie y son muchas las que vamos a echar de menos. Hemos decidido que, en lugar de un discurso, le íbamos a escribir cartas. Ahora me gustaría leerlas. —Audrey respira hondo y abre la primera carta.

Querida Kate:

Cuando pienso en ti, todavía te veo como una niña de seis años jugando con

Gus y Grace en la playa. La felicidad que radiaba de ti era tangible, física. Todos los que estaban a tu alrededor la sentían.

Esa felicidad nunca desapareció al crecer. Era un deleite estar cerca de ti. Estoy muy orgullosa de la mujer en la que te convertiste. Eras muy fuerte, muy inteligente, muy leal, muy carismática, muy hermosa y tenías mucho talento.

Para Gus y para mí fue una auténtica bendición tenerte en nuestras vidas y decir que eras parte de nuestra familia. Ahora te estoy abrazando, ¿lo sientes?

Te quiere:

Audrey

Queridísima Katherine:

Estoy totalmente seguro de que me enamoré de ti —en el sentido más platónico de la palabra, por supuesto— la primera vez que te puse los ojos encima. Al principio pensaba que era solo por tu extraordinario sentido de la moda, pero entonces hiciste el esfuerzo de hablar conmigo, de hablar conmigo de verdad, y supe, sin ninguna duda, que eras la persona más amable que había conocido jamás. Estaba pasando por un mal momento de mi vida cuando te sentaste en mi mesa ese día en la orientación para nuevos alumnos y me honraste literalmente con tu presencia. Tu amistad me abrió todo un mundo de posibilidades que nunca había imaginado para mí mismo. Y tu valor me ha demostrado una y otra vez que la vida no es fácil para nadie. Todos tenemos que luchar y aprovechar lo mejor posible la vida que nos han dado. Nunca te olvidaré. Eres, simplemente, la persona más encantadora por dentro y por fuera que conoceré jamás. Eres mi ángel en la vida real.

Con todo mi amor:

Clayton

Querida Kate:

Echo de menos quedar para jugar. Echo de menos tus cosquillas y tus abrazos. Echo de menos tus canciones. Echo de menos que me leas cuentos. La señorita Higgins también te echa de menos.

Con amor:

Stella

Kate:

Como grupo, echaremos de menos tu tremendo talento. Tu devoción nos hizo a todos mejores músicos y nos obligaba a esforzarnos cuando estabas con nosotros. Tenías en un solo meñique más talento que todos nosotros juntos. No estaríamos donde estamos ahora si no fuera por ti. Gracias.

Como amigos, te echaremos de menos. Echaremos de menos todo: tu tenacidad, tu actitud de no andarse con rodeos, tu apoyo y tu amabilidad. Sobre todo echaremos de menos tu sentido del humor. Nadie podía hacernos reír como tú, especialmente si era a costa de Franco.

Te echamos de menos:

Jamie, Robbie y Franco

P.D.: Esperamos que tengan una pista de Fórmula Uno en el cielo y que Dios te ponga tras el volante el primer día porque vas a macharcarlos a todos. Buen viaje, Kate.

Querida Kate:

Me enseñaste que está bien salir de mi zona de confort y hacer cosas que me asustan o que me hacen sentir incómoda. Está bien hacer el tonto y cometer errores. Está bien reírse de todo o no reírse de nada.

No lo sabías, pero llevo luchando contra demonios toda mi vida y gracias a ti estoy yendo a terapia para enfrentarme a ellos. Gracias por entrar por mi puerta hace seis meses, tía. Es una de las mejores cosas que me han pasado. Me cambiaste la vida.

Con amor:

Tu compañera de baile

P.D.: Eres la chica más dura que he conocido en toda mi vida.

Katie:

Es difícil expresar con palabras lo que significas para mí. Admiro cómo viviste tu vida. Me ha inspirado. Hizo que me enamorara de ti. Me retaste como nadie. Me enseñaste qué son el coraje y la valentía. Tu sinceridad, tu mente abierta, tu apoyo sin límites y tu amor me hicieron ser mejor persona, mejor padre, mejor pareja, mejor hombre.

Te echo tanto de menos que duele.

Te querré para siempre, nena.

Keller

Bright Side:

No se me dan bien estas mierdas y lo sabes, así que será bueno y breve. Espero que ahora estés con Gracie sentada en una nube compartiendo un Twix. Espero que el sol brille todos los días en el cielo, que las olas sean siempre enormes y que las puestas de sol sean espectaculares. Espero que sirvan café solo por la mañana, por la tarde y por la noche y tacos vegetarianos los martes. Y espero que tengan un violín hecho especialmente para ti y que lo toques todos los días.

Tú me decías «Hazlo épico». Tú lo has conseguido. Has hecho que cada día fuera épico. Echaré eso de menos.

Te quiere:

Gus

Escucho como los asistentes sorben por la nariz y sollozan. Audrey se esfuerza por mantener la compostura y justo cuando pienso que ha alcanzado el límite, respira hondo un par de veces.

—Kate pasó sus últimas semanas en mi casa. Me dio esto —dice mientras levanta un sobre cerrado— y me pidió que lo leyera en su funeral.

Le tiemblan las manos tanto que me pregunto si será capaz de abrirlo. Muy despacio, desgarró el borde del sobre y saca una hoja de papel doblada. Recorre el papel con la mirada y se cubre la boca con la mano.

—Lo siento. No puedo.

Quiero levantarme y leerla, ayudarla, pero sé que no seré capaz de contener las

lágrimas que ya me recorren la cara ni de deshacerme del nudo que tengo en la garganta. El cura se coloca junto a Audrey y le pone una mano en el hombro, pidiéndole que le dé la carta para leerla en voz alta cuando alguien habla desde la parte trasera de la iglesia.

—Espera. —Se aclara la garganta y todos se vuelven y lo observan caminar por el pasillo—. Yo la leeré.

Es Gus. Desapareció después de la muerte de Katie y, aunque le envió mensajes a Audrey unas cuantas veces, no lo hemos visto desde hace dos días. No estaba aquí antes y temía que fuera a saltarse todo el funeral. Lleva traje, pero tiene un aspecto horroroso. Parece que no ha dormido desde entonces.

Gus rodea con el brazo los hombros de Audrey y le besa un lado de la cabeza antes de coger el papel. Traga varias veces y empieza a leer las palabras de Katie:

Desearía con toda sinceridad que hoy estuviéramos en otro lugar, haciendo cualquier cosa menos esto, porque los funerales son deprimentes y una mierda. Pero como todos vosotros habéis sido tan amables de reuniros por mí, me gustaría aprovechar la oportunidad para establecer algunas reglas básicas. Estas reglas entran en vigor en este mismo momento y no expiran hasta que lo hagáis vosotros.

Número uno: No lloréis por mí. Tuve una vida alucinante. Valía la pena celebrarla, si se me permite a mí decirlo. Así que cuando penséis en mí, sonreíd, reíd, sed felices. Nada de llorar.

Número dos: Vivid cada día como si fuera el último. Sé que suena a cliché y probablemente penséis que lo he leído en la pegatina de un coche —ahora que lo pienso, quizá fue así—, pero es verdad. Hacedlo.

Número tres: Sed espontáneos. La vida tiene demasiadas reglas, restricciones y horarios. Cambiad los planes para hacerle hueco a la diversión. Llegad tarde de vez en cuando —te miro a ti, Keller— y disfrutad del momento por lo que es o por lo que podría llegar a ser.

Número cuatro: No juzguéis. Todos nosotros tenemos nuestros propios problemas. Mantened los ojos en los vuestros y no metáis la nariz en los de los demás a menos que os inviten. Y cuando os inviten, ayudad, no juzguéis.

Número cinco: Partíos el culo bailando —os miro a vosotros, Shelly y Clayton.

Número seis: Hacedlo épico —os miro a vosotros, Rook—. La música hace del mundo un lugar más hermoso. La vuestra es épica. Continúad. Todos los días. Os queremos por ello.

Número siete: Tratad a los amigos como a la familia. Gus y Audrey me bendijeron con esta lección. Compartidla.

Número ocho: Permitíos querer con cada fibra de vuestro ser.

Número nueve: Buscad tiempo para ver una puesta de sol de vez en cuando. Puntos extra si lo hacéis con alguien que os importa.

Número diez: No lloréis por mí.

Recordad que ahora estoy en el cielo y que os estoy observando. Seguid las reglas. Lo sabré si no lo hacéis. No me cabreéis.

Quiero agradecerlos a cada uno de vosotros por hacer que mi vida fuera mejor de lo que habría sido si no os hubiera conocido.

Os quiero a todos. Id en paz.

Bright Side.

Una sonrisa asoma en la boca de Gus.

—Esa es mi chica.

Rápidamente la sonrisa deja paso a la tristeza. Asiente con la cabeza y deja el micrófono. Acompaña a Audrey hasta su asiento en primera fila y se sienta a su lado.

El cura concluye con una oración y todos se levantan para salir. Esta es la parte que he temido más que cualquier otra. Beso a Stella en la mejilla.

—Nena, ve con el abuelo y el tío Dunc. Te veré fuera.

Ella asiente con su cabecita y le botan los rizos.

—¿Adónde vamos?

Pestañeando para tratar de no llorar, respondo:

—Vamos a llevar todos a Katie al cementerio. Así tendrá un lugar especial en el que todos puedan visitarla.

—¿Como mami?

—Sí, como mami.

Dunc se lleva a Stella cuando ve que estoy a punto de perder el control.

—Vamos, Stella. Vamos fuera a perseguir a las palomas.

Observo como Stella, Dunc y Shel pasan a mi lado y espero a que mi padre los siga antes de ponerme de pie. Se detiene delante de mí y me pone las manos en los hombros.

—Lo siento, hijo. Nadie debería soportar las pérdidas que tú has sufrido en tu corta vida.

Asiento. Cierro los ojos e intento aclarar mis pensamientos, pero lo único que veo son esos ojos color jade sonriéndome. Quiero sentarme aquí para siempre y

mirarlos.

Pero no puedo.

Gus, Jamie, Robbie, Franco, Gus y Clayton me están esperando.

Nadie dice ni una palabra cuando nos colocamos alrededor de su ataúd. Es más ligero de lo que había imaginado, lo cual solo me hace pensar en lo frágil y delgada que estaba al final. Probablemente solo pesara treinta y cinco kilos. Era desgarrador.

El camino al coche fúnebre es corto.

El viaje al cementerio es largo.

El resto es un borrón. Siento como el pánico me invade.

El cura todavía está hablando cuando le paso a Stella a mi padre y salgo de debajo del toldo para tomar aire fresco. Me doy cuenta de que hay tulipanes amarillos y un Twix sobre la lápida de Grace, al lado de la parcela de Kate.

Rodeo la parte trasera del toldo y me encuentro a Gus, que está fumando. No me mira, pero saca el paquete del bolsillo y me señala con la tapa abierta.

—¿Quieres uno?

Nunca he fumado en mi vida, pero no estoy pensando con normalidad y probaría lo que fuera con tal de calmar la ansiedad que me estrangula. Saco uno del paquete y cojo el mechero que me ofrece. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero lo enciendo e inhalo con toda la energía nerviosa que me recorre el cuerpo. Me arden los pulmones y no puedo reprimir la repentina e insistente tos.

—¿Es la primera vez? —pregunta Gus.

Vuelvo a toser.

—¿Es tan obvio?

—Deberías dejarlo —dice sin gracia.

Le devuelvo el cigarro encendido.

—Sí, probablemente tengas razón.

Le da una última calada y se lo termina. Lo tira al suelo y lo pisa con el zapato mientras se empieza a fumar el mío.

—*Tú* deberías dejarlo —sugiero.

—Lo sé. Bright Side siempre me lo decía. Ahora me siento culpable de cojones cada vez que me fumo uno, ¿sabes? Pero no puedo dejarlo, joder. Lo he intentado. — Entonces me mira—. ¿Te ha dado mi madre el sobre?

—Sí.

Audrey me ha dado un sobre de Katie esta mañana. Me ha dicho que Katie había puesto dos discos en dos sobres: uno para mí y otro para Gus. Lo hizo hace unas semanas y le pidió a Audrey que nos los diera hoy.

—¿Has escuchado el tuyo?

—Todavía no. ¿Tú? —Quiero escucharlo esta noche cuando estemos de vuelta en Minneapolis y Stella se haya ido a la cama. Necesito tranquilidad y privacidad porque, sea lo que sea, me va a hacer añicos.

—Todavía no. —Suenan nerviosos.

La muchedumbre sale del toldo y se dirige hacia sus coches. Entonces, señalo el toldo.

—Vamos, terminemos con esto.

Gus clava la mirada en el suelo y juraría que se ha quedado en la inopia cuando por fin pestañea y responde:

—No puedo, tío. Me despedí hace dos días. Tengo que salir de aquí. No puedo soportarlo más.

—Vale. Nos vemos en tu casa entonces. Tenemos que recoger nuestras maletas antes de ir al aeropuerto.

—No estaré allí —contesta con rotundidad.

—¿Adónde vas a ir?

—No lo sé. Tengo que irme un tiempo. —Tiene una mirada distante.

Tengo que dejar que se aclare por su cuenta. Todos tenemos que encontrar nuestro camino. Le ofrezco la mano y él la estrecha.

—Mantente en contacto, tío. Estaré aquí para lo que necesites.

Me da una palmada en el hombro.

—Gracias, tío. Igualmente.

Observo como cruza todo el cementerio hasta desaparecer en la distancia. No tengo ni idea de adónde va, especialmente a pie. Su camioneta sigue en la iglesia y eso está a kilómetros.

La muerte de Katie continúa golpeándome como las olas que rompen en la costa. En este momento otra ola me golpea. Se ha ido. Nunca volveré a verla. Nunca volveré a oír su voz. Nunca volveré a tocarla. Ser consciente de ello hace que caiga de rodillas y empiezo a sollozar. Sollozo porque quiero que vuelva. Sollozo porque odio el puto cáncer. Sollozo porque la vida no es justa. Una mano me presiona gentilmente la espalda y, más que verlo, siento que alguien se arrodilla a mi lado.

—¿Hijo?

Mi padre. Quiero dejar de llorar, pero no puedo. Lo miro y jadeo en busca de aire.

—Quiero... que... vuelva —digo entre balbuceos. Al ver que no contesta, continúo—: ¿Por qué Katie?

Espero una explicación lógica, una explicación científica, pero en su lugar mi padre me coge de las manos y nos levanta a ambos. Entonces me abraza.

Me *abraza*.

Y me deja llorar.

Cuando las lágrimas cesan, me suelta y me da un pañuelo que saca de su bolsillo. Me seco la cara y me sueno la nariz. Y sin decir una palabra me lleva hasta su coche de alquiler y me ayuda a sentarme en el asiento trasero, donde esperan Stella y Dunc.

Justo cuando crees que conoces a alguien, cambia. O cambias tú. O quizá cambiáis los dos. *Y eso lo cambia todo.*

Miércoles, 25 de enero

Keller

Hoy ha llegado una carta de Audrey. Ver su nombre abre la herida reciente. Espero a que Stella esté en la cama para abrirla. Mientras desdoble la hoja un trozo de papel más pequeño se cae y revolotea hasta el suelo. Lo dejo ahí.

Querido Keller:

Una de las últimas voluntades de Kate fue dejarte esto. Compartió tu situación conmigo y yo no podía estar más de acuerdo. Espero, en recuerdo de Kate, que esto te ayude a alcanzar tus objetivos y tus aspiraciones.

He disfrutado teniéndooos a ti y a Stella en mi casa, aunque desearía que hubiera sido en otras circunstancias. Tu hija es encantadora. Cuídala. Echo de menos escuchar su voz y su risa. La casa está en silencio sin ella. Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para vosotros dos si queréis venir de visita. Por favor, saluda a Stella de mi parte. Espero que el tiempo sane tu corazón roto y te quedes solo con los recuerdos más bonitos de Kate. Tenía un alma preciosa.

Con amor:

Audrey

Estoy llorando de nuevo. Ahora lloro tan a menudo que a veces no me doy cuenta hasta que las lágrimas me recorren las mejillas. El trozo de papel, la voluntad de Katie, está en el suelo frente a mi cómoda. Lo recojo, le doy la vuelta y veo que es un cheque doblado por la mitad. Lo abro. Hay una nota adhesiva con la letra de Katie:

Keller, mi padre me envió dinero hace poco. Le di algo a Audrey para mi funeral. Quiero que te quedes con lo que queda. Espero que cubra los gastos de tus estudios que no puedes pagar con la beca. ¡Serás un profesor genial!

Te quiero, cielo:

Kate

Despego la nota adhesiva. Menos mal que estoy de pie frente a la cama porque me fallan las piernas. Es un cheque por valor de cuarenta mil dólares. A mi nombre.

No puedo evitar pensar en lo que escribió Clayton sobre Katie en el funeral. Es un ángel de verdad.

Viernes, 27 de enero

Keller

Ya llevamos cinco días en casa. He vuelto al trabajo y a las clases y Stella ha empezado preescolar y su nueva rutina en la guardería. Se ha adaptado bien. Sabía que lo haría. Es flexible, simpática y curiosa. Podría prosperar en cualquier parte.

He evitado escuchar el disco de Katie. Lleva sobre la cómoda al lado de una foto de los dos desde que volvimos a casa y deshicimos las maletas. Lo he tenido en las manos en tres ocasiones, preparado para abrirlo, pero no he tenido el valor.

Ahora lo miro fijamente.

Me devuelve la mirada.

Son más de las once y debería estar durmiendo, pero dormir sin ella aquí es difícil. He estado durmiendo en el sillón reclinable estas últimas noches.

Abro las sábanas de la cama y me meto dentro. Entierro la cara en la almohada e inhalo. Todavía huele a ella. Hace un mes que se fue del piso y no soy capaz de lavar la funda de la almohada. Todavía duermo con una de mis camisetas con la que ella dormía. Todavía huele a ella también, aunque el olor está empezando a desaparecer. A veces me pregunto si ha desaparecido por completo y si es solo mi imaginación la que evoca su olor. Doy media vuelta y me pongo de espaldas, con la mirada fija en el techo.

—Katie, te echo de menos. Muchísimo, joder. Pienso en ti cada segundo de todos los días. Voy a escuchar el disco ahora. Sé que me hará llorar, pero estoy esforzándome por ser valiente. Todavía estás a cargo de eso en mi cabeza, así que ahí voy.

Las manos me tiembla cuando cojo el sobre. Paso los dedos sobre mi nombre escrito con su inconfundible letra: es pequeña, atrevida y única, como ella era. Paso el dedo por debajo de la solapa y dudo. De repente el sobre que tengo en la mano es la cosa más aterradora que puedo imaginar. Tengo calor, como si fuera a vomitar. Se me acelera la respiración, como si estuviera corriendo. Cierro los ojos con fuerza en un intento de olvidarme de todo lo demás.

—Eres valiente —me recuerdo a mí mismo. Lo digo varias veces antes de abrir los ojos otra vez. Me escuecen y están húmedos por el pánico. Miro directamente al disco una vez más—. Eres valiente. *Soy valiente.*

Rompo la solapa y saco el disco. Está en blanco; sin nada escrito. No hay indicaciones ni pistas de lo que me espera.

Saco el portátil del maletín que está al lado de la cama y lo enciendo. Entro en el archivo de fotos antes de insertar el disco porque necesito ver su cara mientras escucho esto. Tengo una docena que he ido sacando estos últimos meses. Algunas son de los dos, algunas son de ella y Stella, y otras son solo de Katie. Conecto los auriculares, me los pongo, me seco los ojos, abro el reproductor y le doy al *play*. Nada podía prepararme para lo que estoy a punto de escuchar. Es su voz. Me habla. Si cierro los ojos puedo fingir que está en la habitación conmigo. Eso es justo lo que hago.

—Hola, Keller. Sé que estás escuchando esto después de que me haya ido y probablemente sea un poco extraño, pero, si fuera yo, querría escuchar tu voz otra vez, así que ahí va, cielo.

»Crecí creyendo que cuidar de todo el mundo era mi trabajo. Mi hermana me necesitaba. Mi madre me necesitaba. Crecí creyendo en el amor, tanto en darlo como en recibirlo. Gracie, Gus, Audrey, mis amigos... Los quería y ellos me querían. Evitaron que llegara a ser la persona amargada y hastiada en la que podría haberme convertido, la persona contra la que luché. Crecí creyendo que tenía que ser fuerte. Necesitaba mantener mis problemas bajo control porque había personas que dependían de mí y quería estar ahí para ellas. ¿Me arrepiento? Joder, no. Arrepentirme no me va. Me hizo ser quien soy.

»Pero el día que entré en el Grounds y te conocí, el día en que te hablé y flirteé contigo, algo en mí cambió. Fue uno de los mejores días de mi vida. Punto. Además de sentirme terriblemente atraída por ti físicamente, porque, admitámoslo, Keller, eres *sexy*: tus ojos, tu cara, tu pelo, tu culo... Mmm... También tenías algo auténtico que te hacía incluso más atractivo que tu buena presencia. Eras simpático, un poco vulnerable, un poco nervioso y muy, muy real. Supe que teníamos que ser amigos.

»Luché para no enamorarme de ti. Luché con todas mis fuerzas porque yo, Kate Sedgwick... además de ser una persona a la que no le van las relaciones, me estaba muriendo.

»Aun así, me atrapaste. Me enamoré de ti un poco más cada día. Me enamoró tu media sonrisa. Me enamoró que leyeras literatura clásica. Me enamoró que odiaras que llegara tarde. Y me enamoró tu paciencia. Me enamoró la forma en que me escuchabas como si fuera la única persona del mundo. Y me enamoró que tocaras la guitarra. Me enamoró que te gustara el café solo, la mejor manera de beberlo. Me enamoró que no solo fueras padre, sino un padre increíble. Tu devoción por tu hija es lo más *sexy* de todo; sé que suena raro, pero es así. Me enamoró que fueras tan considerado y romántico. Me enamoró que tuvieras ese instinto natural para enseñar.

Lo que fuera. Me enamoró que te lo curraras todo. Me enamoró tu persistencia y tu incapacidad para aceptar un no por respuesta. Me enamoró que fueras con la pasión por delante y que no pudieras controlar siempre tus emociones. Me echaste en cara mis problemas. La gente no hace eso conmigo. Lo necesitaba. Y me encantaba.

»Me diste mi propio cuento de hadas. Te confié mi corazón. Nunca había hecho eso, pero tú hiciste que valiera la pena jugársela. Tu amor, la manera en que me hacías sentir querida hasta en lo más profundo de mi ser, era celestial. Me sentí tan... *amada*, física y emocionalmente. Cuando me hablabas, cuando me mirabas, cuando me tocabas, me sentía adorada. Me sentía hermosa. Me sentía apreciada. Sentía tu devoción y tu pasión. Era abrumador de la manera más emocionante y satisfactoria. Espero que tú lo sintieras así también.

»Con todo esto me enseñaste que está bien no solo depender de otra persona, sino también dejar que te ayuden a soportar una carga, e incluso que la lleven *por* ti. Podía permitirme llorar delante de ti. Y yo no lloro. Podía ser débil y vulnerable cuando lo necesitaba y tú no me juzgabas. Tú eras fuerte por los dos. Podía dar voz a mis miedos. Podía hablar sobre mi familia y mi pasado. No sabes el alivio que supuso para mí. Tu apoyo fue simplemente... increíble.

»Fui a Minnesota preparada para tachar la universidad de mi lista, pero lo que menos me imaginaba era encontrarte a ti. Gracias, Keller Banks.

»Ahora tengo que hablarte sobre tu futuro, porque para mí es importante que escuches esto. Termina la carrera y enseña Inglés en el instituto. Tienes un don que compartir. Serás justo como Sidney Poitier en la película *Rebelión en las aulas*. Tus niños tendrán suerte. Encuentra un lugar especial en el mundo para ti y Stella, donde ella pueda florecer hasta convertirse en la mujer increíble que no tengo duda que llegará a ser. Anímalas, apóyala, quírela... Sé que lo harás. Y, por favor, encuentra a alguien con quien compartir ese enorme corazón tuyo. Porque cuando te entregas al amor, cielo, es impresionante. Amas la mente, el cuerpo y el alma de una persona. Sin dudas. Sin preguntas. Sin ataduras. Vuelve a encontrar ese tipo de amor. Y, cuando lo hagas, espero que ella te haga tan feliz como tú me has hecho a mí. Stella necesita hermanos y hermanas, Keller. La señorita Higgins es una tortuga alucinante, pero una horrible sustituta de un hermano.

»Sé que ahora estás triste. Llora la pérdida, pero no te aferres a ella. La pena ensombrece la vida. Déjame ir. Recuérdame y sé feliz. Tienes una vida increíble por delante. Aprovecha cada minuto. Empezando ahora mismo.

»Eres valiente. Repítelo conmigo: eres valiente.

»Te quiero, cielo... Te quiero, cielo.

Me duele el corazón y tengo la cara humedecida por las lágrimas. Entonces me doy cuenta de que estoy sonriendo... sonriendo, a pesar de que mi corazón roto amenace con partirme en dos. La sonrisa tiene un poco de esa felicidad que nunca me abandona; es Katie, de la cabeza a los pies. No sabía que la felicidad pudiese hacerte sentir así antes de conocerla. Mi corazón se había cerrado en banda hacía tiempo, pero ella lo abrió totalmente cuando entró por la puerta del Grounds ese día. Tardó unos momentos. No solo era adorable con su pelo revuelto, sus ojos intensos y esa maldita camiseta que había hecho ella, sino que tenía seguridad en sí misma y era divertida y amable. Era la persona más sincera que he conocido. Entendía la vida y sabía cómo tratar a las personas, cómo hacer que se sintieran especiales y valoradas. Le di todo lo que tenía. Le dejé ver lo bueno y lo malo de mí. Le mostré cosas que nadie más ha visto. Me obligó a analizarme a mí mismo y a mi vida. Y su amor me dio el valor de cambiarla.

Todavía no puedo hacerme a la idea de que se haya ido. Lucho todos los días contra el agujero negro del que Gus y yo hablamos. Lucho por ella... y por mí... y por mi hija.

Katie tenía un don increíble para aprovechar al máximo cualquier situación, buena o mala. Parece fácil, pero, en una situación carente de dicha, es difícil. A Katie le costaba ser feliz y, consecuentemente, optimista. Creo que no lo negaría. Necesitaba armarse de valor para perseverar día a día. La felicidad, la consideración y el humor eran parte de ella, pero también eran algo deliberado, una elección consciente. No puedo evitar pensar en lo que dijo Gus hace meses. Katie no solo veía el lado bueno de las cosas... vivía en él.

Tenía razón.

Y eso la hacía la persona más valiente que he conocido.

Eres valiente...

Agradecimientos

Dicen que se necesita a todo un pueblo para educar a un niño.

También se necesita uno para escribir y publicar un libro.

Mucho amor y gracias desde lo más profundo de mi corazón al pueblo de *Bright Side*:

B., Debbie y Robin, los primeros lectores de *Bright Side*. Gracias por vuestros ánimos durante todo el proceso de escritura. Me han encantado los mensajes y los comentarios constructivos que me dabais mientras hacíamos juntos este viaje (por ejemplo, «Más te vale no hacer que...», «Me siento fatal», «¡¡¡Me he dejado los ojos llorando!!!», «Me ha encantado...», «¡Y Clayton!», «Más Keller, por favor», «Oh, Dios mío»). Que hubiera una división femenina entre el Equipo Keller y el Equipo Gus me aseguraba que lo que escribía de ellos estaba bien. Deb, Keller es todo tuyo; Robin, Gus es todo tuyo. Lo cual deja a Kate para B., cosa que sé que no va a decepcionarlo. *En absoluto*.

A la enfermera Tammy Johnson (licenciada en Enfermería) y el doctor John Okerbloom (doctor en Medicina), las personas que me asesoraron sobre los temas médicos de *Bright Side*. Gracias a mi superinteligente hermana por compartir a su superinteligente amigo conmigo, dos de las personas más agradables *del mundo entero*. Juntos, con la paciencia de un par de santos, respondieron muchas, muchas preguntas. Gracias por ayudarme a darle realismo y compasión a la historia de Kate. ¡Sois los mejores!

A Kody Templeman, el experto en música de *Bright Side*. Gracias por leerte las partes de la historia relativas al grupo, la gira y los tecnicismos y darme tu sello de aprobación. Responder todas mis preguntas y ofrecerme tu apoyo significa mucho para mí, mi talentoso amigo.

Por otro lado, a todos los que estáis leyendo esto, deberíais echarle un ojo a los grupos de Kody: Teenage Bottlerocket y The Lillingtons. Lo digo en serio. Echadles un ojo. ¡Son absolutamente alucinantes!

A Jess Danowski, bloguera de Inside the Pages of a Book, simpaticante y creyente. Me has guiado en el mundo de la publicación y promoción independientes con la precisión de un maestro jedi. Me inclino ante ti. ¡Gracias por creer en mí!

A Eric Johnson, mi enlace con una generación más joven. Como hace... MUCHO TIEMPO... que fui a la universidad, esta señora ha tenido que ayudarse de su sobrino para mantenerse al día. Pensabas que decía en broma que te iba a mencionar en los

agradecimientos, ¿no, Eric? Te lo has ganado. ¡Gracias, tío!

A Monica Parpal, la extraordinaria editora de *Bright Side*. No solo eres increíble en tu trabajo, sino que siempre me haces sentir que has invertido tanto en mis proyectos como yo. Gracias por querer a Kate y por todos tus comentarios constructivos que han hecho que este libro sea mejor de lo que habría sido sin ti. ¡Eres mi heroína, Monica!

A Brandon Hando, un diseñador de cubiertas con mucho talento. La cubierta original de *Bright Side* es preciosa y perfecta. ¡Gracias, Brandon! Tu talento nunca deja de sorprenderme.

A mamá y papá, los Mayores Chulos de Libros del Mundo. En lo que se refiere a animadores, vosotros soy los expertos. Sois mis promotores de la calle y no podría pedir algo mejor. ¡Gracias! ¡Os quiero!

B. y P., mis dos personas favoritas. Sois mi mundo. No podría hacer lo que hago... vivir, en general, sin vosotros. ¡Os quiero mucho, mucho, mucho!

Músicos de todo el mundo, no podría escribir sin la magia que creáis. La música me inspira como ninguna otra cosa. Gracias por compartir vuestra pasión con el resto de nosotros.

Pare mí, Kate Sedgwick es el epítome de una mujer muy real y muy fuerte. Tengo la suerte de estar rodeada de mujeres fuertes en mi vida y cada una de ellas ha inspirado una pequeña parte de Kate. Gracias a Barb Harken, Debbie Clark, Robin Stonehocker, Barb Konecny, Tammy Johnson, Andi Hando, Erika Sosias y Monica Parpal por ser unas mujeres tan *duras*. Os quiero, os admiro y os respeto por vuestra inteligencia, actitud, seguridad, humor y amabilidad. Hacéis que las cosas sean épicas todos los días, señoras.

Y, finalmente, a ti, el todopoderoso lector: me das una lección de humildad. *Todos. Los. Días*. Que hayas dedicado tu precioso tiempo a leer mi libro significa más para mí de lo que nunca comprenderás. Me flipa, si quieres saber la verdad. Escribir un libro y compartirlo con alguien es el equivalente a dar un discurso con el culo al aire en una sala llena de gente, es quedarte al descubierto ante el mundo. La gente te juzga, para bien o para mal. ¡Gracias por el apoyo constante! Hace que me sienta menos desnuda.

Voy a marcharme con un último pensamiento porque a veces la vida es dura. Para todos.

Sois valientes...

Y ahora... ¡hacedla épica!

Es una orden.

Hacedlo.
Por favor.

Sobre la autora



Kim Holden siempre ha sido una enamorada de las letras. Le encanta escribir y le apasionan las novelas *Young Adult* o *New Adult*. Entre sus cosas favoritas también se encuentran su marido, su hijo, su bicicleta (que su marido le hizo a mano), el café con hielo con sabor a avellana o la música.

Kim también es una gran soñadora. Hasta hace unos años, escribir libros no era

más que un sueño para ella. Pero un día decidió ponerse manos a la obra y hacerlo realidad. *Bright Side* es su primer libro.

SERIE LA COINCIDENCIA 3

JESSICA SORENSEN

El destino de
Violet y Luke



El destino de Violet y Luke (La coincidencia 3)

Sorensen, Jessica

9788416224517

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Dejarás que el pasado controle tu futuro?

La vida de Luke gira en torno al orden y al control. Para él, las relaciones son una mera distracción, una forma de ahuyentar los terribles recuerdos de su infancia.

De niña, Violet perdió a su familia y de sus padres solo le queda el recuerdo de su asesinato. Una y otra vez, sus pensamientos regresan a esa noche. Ahora mantiene las distancias con todos para no sentir nada.

Cuando Violet y Luke se conocen, no se pueden ni ver, pero pronto descubren que no son capaces de estar lejos el uno del otro y que son mejores cuando están juntos. Pero no les resultará tan fácil escapar del pasado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Monica Murphy

Segundas
oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



OZ
EDITORIAL

Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica

9788416224364

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor

Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla.

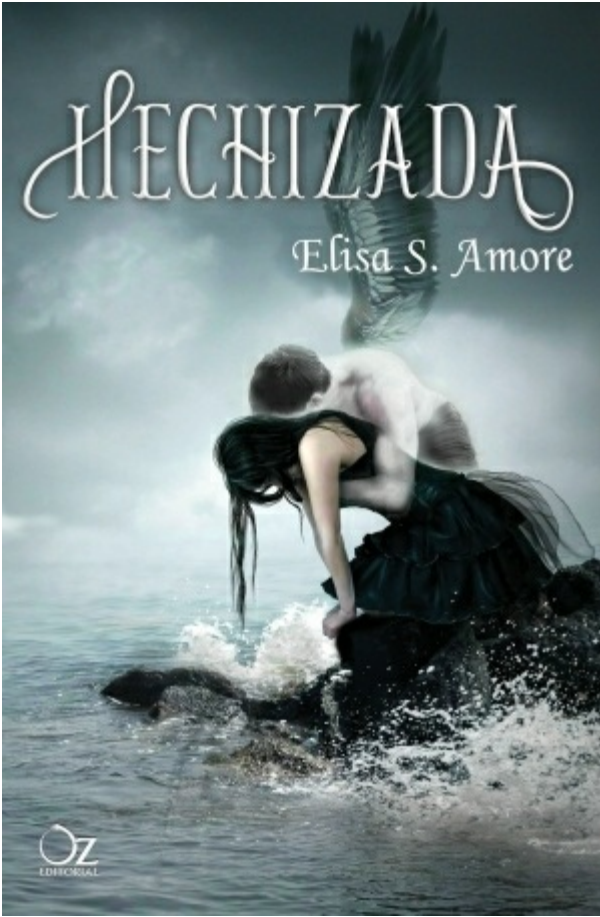
Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin.

Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HECHIZADA

Elisa S. Amore



OZ
EDITORIAL

Hechizada

S. Amore, Elisa

9788416224111

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte?

Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito.

El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo.

¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino?

Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LAS CRÓNICAS DE
SHANNARA
LIBRO 2

LAS PIEDRAS ÉLFICAS DE SHANNARA

TERRY BROOKS



Las piedras élficas de Shannara

Brooks, Terry

9788416224388

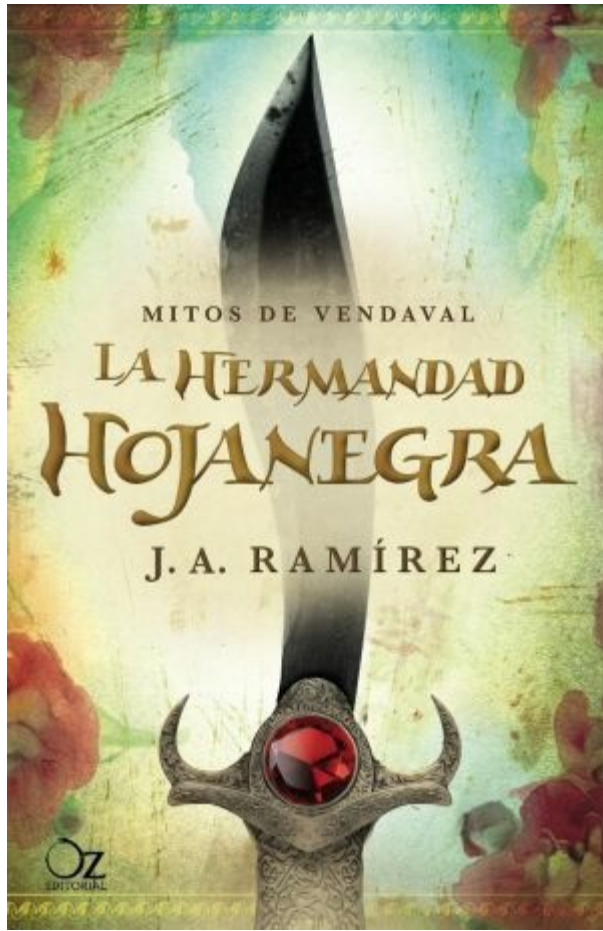
576 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Elcrys, el árbol mágico que mantiene a los demonios cautivos tras el muro de la Prohibición, está muriendo. Sin Elcrys, las hordas de demonios camparán libres entre las razas que habitan las Cuatro Tierras. Allanon, el legendario druida, encarga a Wil Ohmsford que acompañe a Amberle, una joven elfa, en una peligrosa misión: llevar la semilla de Elcrys hasta el misterioso Fuego de Sangre para conseguir que el árbol renazca y restaure la Prohibición.

Pero el Dagda Mor, el demonio más poderoso, ya está libre y ha enviado a su secuaz más temible, la Parca, a acabar con Wil y Amberle. El destino de las Cuatro Tierras está en manos de los dos jóvenes, que se embarcan en la aventura más difícil de su vida. ¿Conseguirán que Elcrys renazca antes de que el Dagda Mor y su ejército de demonios consigan la victoria?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar.

¿Dónde estás, Noah Evans?

Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)